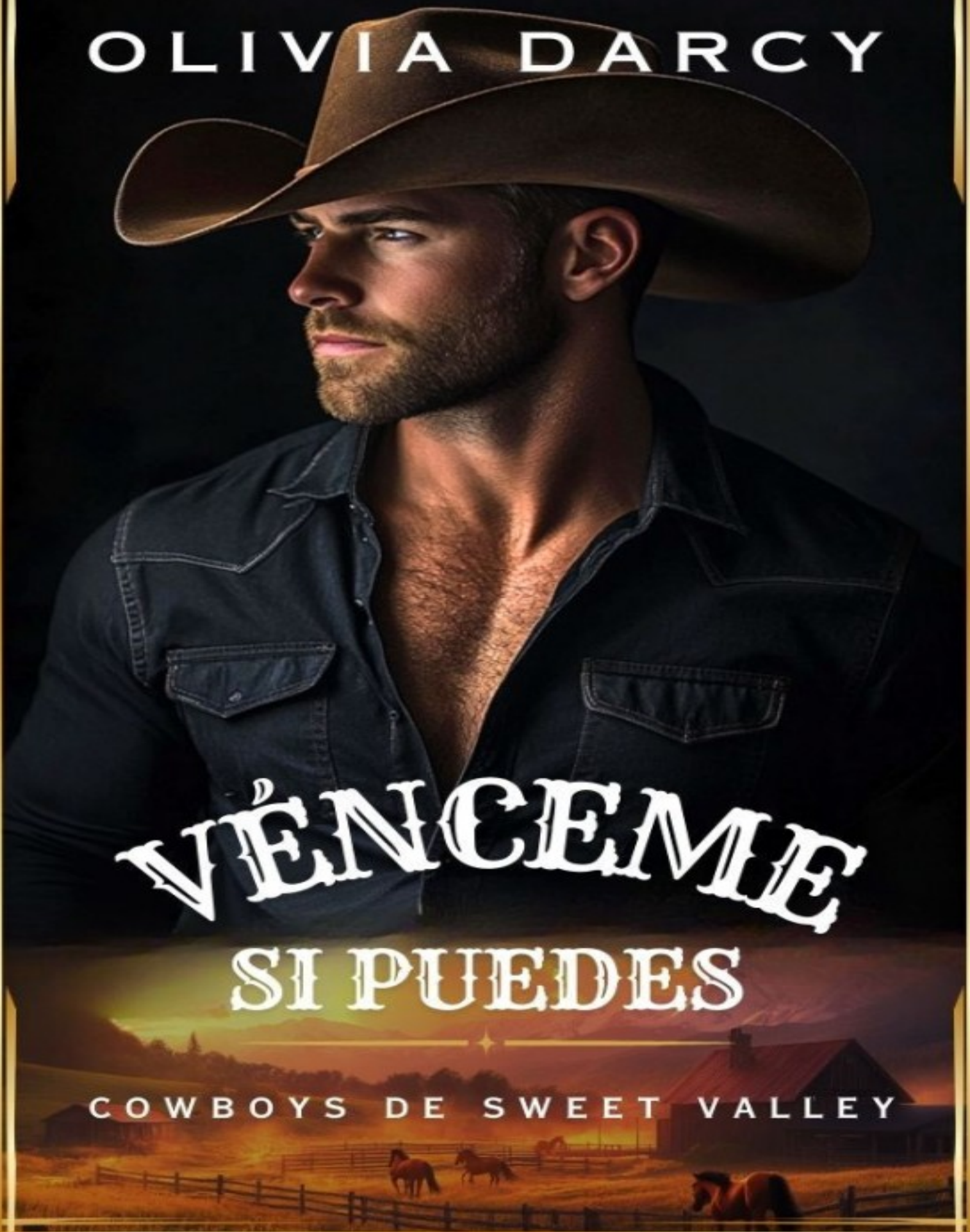
OLIVIA DARCY



VÉNCEME SI PUEDES

COWBOYS DE SWEET VALLEY

VÉNCEME SI PUEDES

COWBOYS DE SWEET VALLEY

LIBRO 2

OLIVIA DARCY

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

Copyright © 2025 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Me gusta escribir y me gusta que me lean, y me encantaría que me siguieras en Amazon para estar al tanto de mis lanzamientos.

Y millones de gracias por tener este libro entre tus manos.

Escanea el código QR

O pulsa AQUI

PRÓLOGO

JAKE

—¡Me voy a España! —Martha suelta la noticia como una bomba en medio de la cena familiar—. ¡Mañana mismo!

El tenedor se me cae al plato, y el estrépito parece resonar en el repentino silencio que ha caído sobre la mesa. Wyatt deja de jugar con sus guisantes y levanta la mirada, confundido.

—¿Perdona? —mi voz suena más áspera de lo que pretendo.

—¡Oh, Jake! —Martha junta las manos contra su pecho, sus ojos brillando con lo que solo puedo describir como locura temporal—. ¡Es tan romántico! Se llama Jorge. Es profesor de flamenco en Sevilla. Nos conocimos en una aplicación de citas hace tres meses y...

—Martha —la interrumpo, intentando mantener la calma—. Eres la niñera de mi hijo.

—¡Y baila como los ángeles! —continúa ella, completamente ajena a mi creciente pánico—. Deberías ver cómo mueve las caderas cuando...

—Martha —esta vez mi voz tiene un filo de advertencia—. ¿Acabas de decir que te vas mañana?

—¡El amor no espera, Jake! —suspira dramáticamente—. Jorge dice que la pasión es como el fuego: si no lo alimentas, se apaga. ¡Y yo no puedo dejar que nuestra llama se extinga!

Emma intenta disimular una risita. Kate y Logan intercambian una mirada que dice claramente «esto va a ser interesante». Y Sarah... maldita sea.

La observo sin poder evitarlo. Lleva unos vaqueros desgastados que probablemente cuestan más que mi pickup y una de esas blusas de seda que parecen fuera de lugar en un rancho, pero que en ella... El tejido color crema se desliza sobre sus curvas como agua, y el modo en que se ha recogido el pelo, con mechones sueltos enmarcando su rostro, la hace parecer una modelo posando para una revista de moda country. Es el tipo de mujer que Rebecca siempre quiso ser: sofisticada, elegante, perfecta.

Pero a diferencia de mi ex, Sarah tiene algo más. Lo veo en cómo sus perfectas uñas de manicura están ligeramente manchadas de tierra porque insistió en ayudar con el jardín esta mañana. En cómo esa blusa de seda tiene una pequeña mancha de harina porque se empeñó en aprender a hacer galletas

con Emma. En la forma en que sus ojos brillan con determinación cada vez que alguien sugiere que no está hecha para la vida del rancho.

—Pero... —miro a Wyatt, que sigue construyendo su fortaleza de guisantes, ajeno al hecho de que su mundo está a punto de cambiar. De nuevo. Como cuando Rebecca se fue sin mirar atrás, dejándonos con nada más que una nota en la mesa de la cocina—. No puedes simplemente irte.

—Yo puedo cuidar de él.

La voz de Sarah corta el aire como un cuchillo, y mi corazón se detiene. La miro, y es un error. Sus ojos, del mismo azul imposible que los de su hermano, pero mil veces más peligrosos, me atraviesan con una determinación que hace que se me seque la boca.

—No —la palabra sale como un gruñido.

—¿Por qué no? —hay un desafío en su voz que hace que todos mis músculos se tensen—. Paso mucho tiempo en el rancho, y Wyatt es encantador.

—He dicho que no —mi tono es cortante, y veo cómo Logan se endereza, preparándose para intervenir si es necesario.

—Jake... —Kate empieza, pero la corto con una mirada.

—¿Eres consciente —me dirijo a Sarah, y mi voz suena más dura de lo que pretendo— de que tendrías que quedarte en mi casa? ¿Dormir bajo mi techo?

Un rubor delicioso tiñe sus mejillas, y el color hace que sus ojos parezcan aún más azules, más profundos. Mantiene mi mirada con esa terquedad que me vuelve loco, mordiéndose el labio inferior de una forma que debería estar prohibida.

—Sí —responde simplemente, y hay algo en su tono que hace que mi estómago se retuerza—. Lo sé.

La observo mientras su mirada se desvía hacia Wyatt, y la suavidad que aparece en sus ojos hace que algo se me retuerza en el pecho. Se inclina hacia mi hijo y pregunta con genuino interés por la fortaleza que está construyendo. Sus movimientos son naturales, sin ese miedo a ensuciarse o despeinarse que Rebecca siempre tuvo. Wyatt, normalmente tan cauteloso con los extraños desde que su madre se fue, le responde con una pequeña sonrisa.

—¿Ves? —Sarah vuelve a mirarme, y hay una vulnerabilidad en sus ojos que hace que todas mis defensas amenacen con derrumbarse—. No soy una completa inútil, aunque sea una «princesa de ciudad».

El sarcasmo en su voz cuando usa mi propio apodo para ella hace que algo se remueva en mi interior. Llevo semanas observándola adaptarse a la vida del rancho, viendo cómo cambia sus tacones de diseñador por botas de trabajo, cómo aprende a montar a caballo, aunque le aterra, cómo se levanta al

amanecer sin una queja, aunque sé que en Nueva York nunca vio esa hora del día.

—Jake —la voz suave de Kate me saca de mis pensamientos—. Sabes que es una buena solución.

—Una solución temporal —murmuro, pero incluso yo puedo oír la derrota en mi voz.

—¡Olé! —exclama Martha, rompiendo la tensión del momento—. ¡Esto hay que celebrarlo! ¿Alguien quiere que le enseñe a bailar sevillanas?

—¡Yo! —Emma levanta la mano entusiasmada.

—¡Entonces está decidido! —Sarah sonríe, y su alegría ilumina toda la maldita habitación—. Empiezo mañana.

La miro, y el peso de lo que acabo de aceptar me golpea como una tonelada de ladrillos. Sarah Hayes, la mujer que llevo semanas intentando evitar, la que aparece en mis sueños vestida con mis camisas de franela, va a vivir en mi casa. Va a estar presente en cada desayuno, en cada cena, en cada momento del día.

Esto es un error. Un error colosal.

Observo cómo se levanta para ayudar a Wyatt con su fortaleza derruida, cómo su pelo cae como una cortina de seda sobre su rostro, cómo su risa hace que algo dentro de mí se derrita... y sé que voy a pagar muy caro esta decisión.

Porque Sarah Hayes es como un incendio forestal: hermosa, salvaje y capaz de reducir a cenizas todas las defensas que he construido desde que Rebecca nos abandonó.

Y lo peor es que una parte de mí, una que me aterra reconocer, está deseando arder.

CAPÍTULO 1

SARAH

El flash de las cámaras me ciega mientras avanzo por la alfombra roja de la Fashion Week de Nueva York. Sonrío automáticamente, inclinando la cabeza en ese ángulo que mis seguidores adoran, el que hace que mi pelo caiga en ondas perfectas sobre mi hombro derecho. Quinientas mil personas verán esta foto mañana. Quinientas mil personas que creen conocerme.

Ninguna de ellas sabe que estoy vacía por dentro.

—¡Sarah! ¡Sarah Hayes! ¡Por aquí! —los fotógrafos gritan mi nombre como si fuera una muñeca.

Giro, poso, sonrío. La Sarah Hayes de Instagram: impecable, radiante, perfecta. La princesa dorada de Manhattan con su vestido de seda color champán y zapatos de diseñador exclusivo que me están matando los pies, aunque jamás lo admitiría en público. La influencer que cobra cinco cifras por una sola publicación patrocinada.

La mujer que, a sus veintisiete años, nunca se ha enamorado de verdad. Y que ahora mismo daría todos sus pares de Louboutin por un plato de nachos con extra de queso.

—Estás deslumbrante, querida —Vivienne, la editora de Vogue, me besa en ambas mejillas sin llegar a tocarme realmente. El arte del aire-beso, lo llamo yo —. Ese vestido es una obra maestra.

—Gracias, Viv. Diseño de Marcelo, exclusivo —respondo con el entusiasmo perfecto, medido, ensayado. Lo que no le digo es que llevo faja por debajo y que respirar es un lujo que me permito solo cada tres minutos.

Mientras avanzamos hacia nuestros asientos en primera fila, siento la vibración de mi teléfono en el pequeño bolso de mano. Lo ignoro. Probablemente sea mi agente con otra oferta publicitaria, o algún admirador persistente, o alguien que me odia a pesar de no conocerme.

La vibración continúa, insistente. Tres, cuatro, cinco veces. Algo no va bien.

—Discúlpame un momento —murmuro a Vivienne mientras extraigo el teléfono.

Siete llamadas perdidas de Marcus, el secretario personal de Logan. Un mensaje de texto: «Urgente. Llámame ahora. Tu hermano se niega a volver de ese rancho de mala muerte.»

Mi corazón da un vuelco. Hace semanas que Logan está en Sweet Valley, recuperándose de aquel ataque de ansiedad que lo mandó al hospital justo

antes de una junta directiva. «Necesito aire limpio y tranquilidad», me había dicho. Lo que no me cuadra es que lleve allí tanto tiempo. Mi hermano, el obseso del trabajo que considera las vacaciones una debilidad mortal.

—¿Todo bien, Sarah? —pregunta Vivienne, notando mi cambio de expresión.

—Sí, sí... solo es un pequeño problema con mi último post patrocinado —miento con fluidez—. Vuelvo enseguida.

Me escabullo hacia el vestíbulo, donde el estruendo de la música queda amortiguado. Mis tacones de doce centímetros resuenan contra el mármol mientras busco un rincón tranquilo. Encuentro un pequeño recoveco junto a una escultura minimalista que parece un espagueti retorcido (por la que alguien ha pagado probablemente millones) y marco el número de Marcus.

—¿Qué ocurre? —pregunto sin preámbulos en cuanto descuelga.

—Tu hermano se niega a volver —la voz de Marcus suena como si estuviera anunciando el apocalipsis—. ¡Lleva días en ese motel de mala muerte!

—¿Motel? —frunzo el ceño—. ¿No estaba en el rancho?

—Ya no —Marcus baja la voz como si estuviera revelando secretos de estado—. Esa mujer lo echó. La ranchera, Kate Foster. Y, aun así, se niega a volver a Houston. Está... —hace una pausa dramática— completamente fuera de sí.

Parpadeo, procesando la información. Esto no suena a mi hermano. Logan, con sus trajes de tres mil euros y su oficina en el piso 50, instalado voluntariamente en un motel de pueblo. El hombre que se pone furioso si el servicio de habitaciones se retrasa cinco minutos.

—¿Has dicho Kate Foster? —pregunto, sintiendo que me falta información crucial.

—La dueña del rancho —Marcus pronuncia «rancho» como quien dice «vertedero tóxico»—. Tu hermano está... —otra pausa dramática. Este hombre debería dedicarse al teatro— obsesionado con ella.

—¿Obsesionado? ¿Logan? —ahora sí que tengo que contener una carcajada —. ¿Estamos hablando del mismo Logan Hayes que dejó plantada a la hija del senador Morrison en plena cena de gala porque tenía una conferencia telefónica con Tokio?

—Créeme, no lo reconocerías —Marcus suena genuinamente perturbado —. Se niega a atender llamadas de la junta directiva. Ha cancelado tres reuniones cruciales.

—Marcus, estás exagerando —digo, aunque una parte de mí está intrigada —. Logan probablemente está teniendo una pequeña crisis. Se le pasará.

—No lo entiendes —insiste Marcus—. Está hablando de quedarse allí. Permanentemente. En Texas. En un pueblo que ni siquiera aparece en la mayoría de los mapas.

Eso sí me deja sin palabras. Logan, que considera que cualquier lugar fuera de Manhattan o Houston es «territorio inexplorado». Logan, que una vez me preguntó, completamente en serio, si la gente «normal» compraba su agua o la sacaban del grifo.

—¿Dónde está exactamente? —pregunto, sintiendo una curiosidad que no había experimentado en mucho tiempo.

—En el Sweet Valley Motel. Habitación 12 —responde Marcus—. Sarah, tienes que hacerle entrar en razón. La junta directiva está enloqueciendo, los accionistas preguntan por él, los proyectos están paralizados.

La música del desfile comienza a sonar con fuerza en el salón principal. Debería estar volviendo a mi asiento. Vivienne estará preguntándose dónde me he metido. Mañana aparecerán titulares sobre mi ausencia en el desfile más importante de la temporada.

Y de repente, nada de eso me importa. Porque, seamos sinceros, ¿cuántas veces puede una chica fingir entusiasmo por telas que nadie puede permitirse?

—Reserva un vuelo a Texas —digo, sorprendiéndome a mí misma—. Salgo esta noche.

—¿Qué? ¡No! —Marcus suena como si le hubiera propuesto viajar a Marte en patinete—. Te necesito aquí, en Nueva York. Puedes llamarle, convencerle de que vuelva.

—Voy a ir a ver a mi hermano, Marcus —mi voz suena más firme de lo que me siento—. Reserva el vuelo o lo haré yo misma.

Cuelgo antes de que pueda protestar o darme la terrible noticia de que tendré que sobrevivir con café de gasolinera. Mi corazón late con fuerza, pero no es ansiedad lo que siento. Es... emoción. Por primera vez en años, estoy tomando una decisión impulsiva, no calculada para mi imagen o mi carrera.

Mientras vuelvo al salón principal, mi mente zumba con preguntas. ¿Quién es esta Kate Foster que ha logrado lo imposible? ¿Qué tiene ese rancho que ha cautivado a mi hermano hasta el punto de hacerle considerar una vida entre vacas y gallinas? ¿Tendrán internet de alta velocidad o tendré que comunicarme con señales de humo?

Y, sobre todo, ¿qué se sentirá al amar a alguien con tanta intensidad como para cambiar toda tu vida por esa persona? Porque eso es lo que le pasa a mi hermano, estoy segura. Solo el amor verdadero puede cambiar tanto a alguien.

Ojalá pudiese experimentarlo.

Porque hay una verdad que nadie sabe sobre Sarah Hayes: nunca he amado a nadie. He tenido relaciones, por supuesto. Romances cuidadosamente seleccionados con hombres atractivos y convenientes que quedaban perfectos en mi feed de Instagram. Pero amor... amor de verdad, el tipo que te hace querer quedarte en un motel cutre de un pueblo perdido solo para estar cerca de alguien, eso nunca lo he experimentado.

A veces me pregunto si hay algo mal en mí. Si estoy rota por dentro, incapaz de sentir con la intensidad con la que otros parecen sentir. Si el abandono de nuestra madre y la muerte de nuestro padre han congelado algo dentro de mí que nunca se ha descongelado.

—¡Sarah! ¡Te estás perdiendo el desfile! —Vivienne aparece a mi lado, con una expresión de confusión en su rostro perfectamente maquillado.

—Lo siento, Viv —digo, sorprendiéndome por la sinceridad en mi voz—. Ha surgido una emergencia familiar. Mi hermano ha descubierto la moda country y necesito intervenir antes de que compre botas con espuelas.

Vivienne me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Perdona?

—Es una emergencia de estilo —improviso, sabiendo que, en su mundo, eso sí constituye una crisis genuina—. Tengo que irme a Texas. Ahora mismo.

—¿Texas? —su voz sube tres octavas—. ¡Pero si eres la invitada de honor! ¡La prensa está esperando tus comentarios sobre la colección!

Miro hacia la pasarela, donde modelos etéreas desfilan con creaciones que costarán miles de euros. Luego miro mi teléfono, donde la dirección de un motel en Sweet Valley, Texas, brilla en la pantalla.

—Lo siento —repito, esta vez con una sonrisa genuina—. Mi hermano me necesita. Y, además, creo que me vendrá bien un poco de aire sin filtrar por sistemas de purificación de diez mil euros.

Mientras me alejo, siento la mirada incrédula de Vivienne taladrando mi espalda. Mañana habrá rumores. Pasado mañana, teorías conspirativas sobre mi ausencia. Mis seguidores especularán. Mi agente enloquecerá.

Y por primera vez en años, no me importa.

Porque tal vez, solo tal vez, en un pequeño pueblo de Texas encontraré respuestas a preguntas que ni siquiera me he atrevido a formular. Tal vez descubriré qué se siente al ver a mi hermano genuinamente feliz.

Mientras salgo a la noche neoyorquina y le indico al conductor la dirección de mi apartamento, siento una extraña ligereza en el pecho. Como si, por primera vez en mucho tiempo, estuviera haciendo algo verdadero.

Sweet Valley, Texas. El nombre suena a polvo, caballos y cielos abiertos. A autenticidad. A todo lo que mi vida en Manhattan no es.

Y, sorprendentemente, no puedo esperar a llegar allí. Aunque eso signifique tener que comprarme unas botas que no sean de diseñador.

Dios mío, las cosas que hago por mi hermano.

CAPÍTULO 2

JAKE

El sol aún no ha despuntado cuando ya estoy en pie. La rutina es sagrada: levantarme antes que nadie, vestirme en silencio para no despertar a Wyatt, y cinco minutos en el porche observando cómo la niebla se desliza entre los pastos rancho. Es el único momento del día que me pertenece por completo.

Apoyo los codos en la barandilla y contemplo el amanecer texano, un espectáculo que nunca me cansa: primero ese azul profundo que se va aclarando, luego las pinceladas naranjas y, finalmente, el sol, implacable y feroz como la vida misma.

Compruebo que Martha ha llegado puntual —su coche ya está aparcado junto a la casa— y dejo una nota en la nevera: «He ido a desayunar con Kate. Volveré para llevar a Wyatt al rancho.» Martha ya sabe la rutina. Todos los días, desde hace años, desayuno en casa de Kate. Es nuestra forma de empezar el día, de planificar el trabajo, de mantenernos unidos como lo hemos estado desde que éramos niños y jugábamos a ser vaqueros entre estos mismos pastos.

El camino hasta la casa principal lo podría recorrer con los ojos cerrados. Lo he transitado en días de sol abrasador y en noches de tormenta, en los momentos más felices y en los más oscuros. Como cuando los padres de Kate murieron y me presenté en su puerta a las tres de la madrugada con una botella de whisky y el hombro listo para sus lágrimas. O cuando Rebecca nos abandonó y Kate apareció cada mañana durante meses con desayuno casero y la determinación de no dejarme caer en el abismo.

No somos solo jefa y empleado. Somos familia, aunque no compartamos sangre.

La luz de la cocina ya está encendida cuando llego. Kate siempre madruga tanto como yo. Es una de las muchas cosas que admiro de ella: su constancia, su fuerza, su capacidad para seguir adelante pese a todo.

—Buenos días, vaquero —me saluda cuando entro, empujando una taza de café en mi dirección—. Negro y fuerte, como tu alma.

Sonrío a mi pesar. Kate Foster es la única persona en el mundo que puede bromear sobre mi carácter y salir ilesa.

—Buenos días —respondo, tomando la taza—. ¿Emma sigue dormida?

—Como un tronco —asiente Kate, volviendo a la cocina donde el olor a bacon y huevos inunda el ambiente—. Anoche estuvo hasta tarde terminando un proyecto de ciencias. Le dije que podía faltar a primera hora.

Me siento en mi lugar habitual, observando cómo Kate se mueve por la cocina con esa eficiencia que caracteriza todo lo que hace. Lleva el pelo recogido en una trenza descuidada, vaqueros desgastados y una camisa de franela que probablemente ha visto mejores días. Y, aun así, hay una dignidad en ella, una fortaleza que ni siquiera ese malnacido de Logan Hayes pudo quebrar del todo.

La mención mental de su nombre hace que mi mandíbula se tense. Han pasado días desde que Kate descubrió quién era realmente y lo echó del rancho, pero las heridas siguen abiertas. Lo veo en la forma en que a veces se queda mirando al vacío, o en cómo su sonrisa no siempre llega a sus ojos.

—¿Qué te preocupa? —pregunta Kate, colocando un plato rebosante de comida frente a mí—. Tienes esa arruga entre las cejas que aparece cuando estás rumiando algo.

—Nada —miento, atacando los huevos revueltos.

—Jake Wheeler, te conozco desde que tenías siete años y te caíste del granero —Kate se sienta frente a mí con su propio plato—. Sé cuando algo te está comiendo por dentro.

Suspiro. Kate siempre ha podido leerme como un libro abierto. Es inútil intentar ocultarle nada.

—Estaba pensando en el Rancho Clearwater —admito finalmente—. Sigue en venta.

Una sombra cruza el rostro de Kate, tan rápida que casi la pierdo. Sabe lo que significa para mí ese rancho. Sabe que llevo años ahorrando para comprarlo, para tener mi propio pedazo de tierra donde criar a Wyatt.

—Deberías ir a verlo —dice con una suavidad que me desarma—. Los precios han bajado desde que la economía se resintió.

—No es el momento —respondo, cortando un trozo de bacon con más fuerza de la necesaria—. No con todo lo que está pasando aquí. No con...

Me detengo, pero es demasiado tarde. La sombra del nombre no pronunciado se cierne sobre nosotros.

—No con Logan habiendo destrozado todo —completa Kate por mí, su voz firme, aunque sus ojos se llenan de lágrimas—. Jake, no puedes poner tu vida en pausa por lo que ha pasado. El rancho sigue funcionando. Emma y yo estamos bien.

Ambos sabemos que es una mentira. El rancho apenas se mantiene a flote, y aunque Kate ha recuperado su fachada de fortaleza, la traición de Logan la

ha herido en lo más profundo. A ella y a Emma, que por primera vez había permitido que un hombre ocupara el vacío que dejó su padre.

—Kate —empiezo, pero ella me corta con un gesto.

—No quiero tu lástima, Wheeler —hay una chispa de la vieja Kate en sus ojos—. Lo que quiero es que mi mejor amigo sea feliz. Y sé que ese rancho te haría feliz.

Mi garganta se cierra con una emoción que no me permito mostrar. Esta mujer, que ha perdido tanto y que acaba de sufrir otra traición, está preocupándose por mi felicidad.

—No es lástima —digo finalmente—. Es lealtad. Tú estuviste ahí cuando Rebecca se fue. Cuando creí que no podría seguir adelante. No voy a abandonarte cuando me necesitas.

Kate extiende su mano sobre la mesa y aprieta la mía brevemente.

—Eso es lo que te hace un buen hombre, Jake Wheeler. Mucho mejor que la mayoría.

Terminamos de desayunar hablando de temas más seguros: el nuevo sistema de riego, las reparaciones en los establos, el próximo rodeo del condado. La normalidad es un bálsamo que ambos necesitamos.

Kate no lo quiere reconocer, pero está absolutamente destrozada por Logan.

Me encantaría partirle las piernas.

Después de Rebecca, juré que nunca volvería a ser tan estúpido como para confiar mi corazón a una mujer. Y después de ver cómo Logan destrozó a Kate, estoy más convencido que nunca de que el amor es para los incautos.

Me despido de ella y la abrazo más fuerte de lo que está acostumbrada solo para ver si soy capaz de trasmitirle algo de amor. Lo necesita.

Mientras camino de vuelta a mi casa para recoger a Wyatt, pienso en el Rancho Clearwater. En esas hectáreas de tierra fértil que podrían ser nuestras. Un lugar donde mi hijo pudiera crecer sin la sombra del abandono de su madre. Un lugar que fuera completamente nuestro.

Pero no puedo hacerlo. No puedo dejar a Kate ahora, cuando la herida de la traición de Logan aún está tan fresca. No cuando su rancho necesita todas las manos disponibles para salir adelante.

Porque eso es lo que hacen los hombres de verdad: anteponen a los suyos. Y Kate y Emma son familia, aunque no compartamos sangre.

Cuando llego a casa, Martha está ayudando a Wyatt a vestirse. Mi hijo, con su pelo rubio alborotado y sus ojos idénticos a los míos, corre hacia mí en cuanto me ve.

—¡Papá! —exclama, lanzándose a mis brazos—. ¡Martha dice que hoy puedo montar a Buttercup!

Lo levanto en el aire, disfrutando de su risa cristalina. Este niño, mi hijo, es todo lo que importa. Por él soportaría cualquier cosa.

—Jake, cielo —Martha me mira con esa expresión que indica que va a pedirme algo—. ¿Puedo tomarme la tarde libre hoy? Es que... hay un hombre...

—Déjame adivinar —la interrumpo, bajando a Wyatt—. Has conocido al amor de tu vida.

Martha suelta una risita como una colegiala.

—¡Es tan emocionante! Nos conocimos en una aplicación de citas y hemos estado hablando durante semanas. Hoy por fin vamos a tener nuestra primera videollamada y...

—¿Nunca lo has visto? —pregunto, escéptico.

—Bueno, he visto sus fotos, y tiene unos ojos preciosos.

Levanto una mano para detener el torrente de información.

—Martha, la última vez que «conociste al amor de tu vida» en internet, resultó ser un estafador de Nigeria que se hacía pasar por un cirujano plástico de Beverly Hills.

—Eso fue diferente —protesta ella—. Esta vez es real. ¡Incluso me ha enviado fotos de su ciudad!

Suspiro, resignado. Martha cambia de «amor verdadero» como yo de camisas de trabajo.

—Está bien, puedes tomarte la tarde libre —concedo finalmente—. Llevaré a Wyatt conmigo al rancho.

—¡Gracias, Jake! —Martha me planta un beso en la mejilla que me hace gruñir—. ¡Eres un encanto cuando quieres!

Mientras Martha revolotea por la cocina, cantando algo sobre «amor verdadero», observo a Wyatt intentando atarse las botas él solo, con la lengua asomando por la comisura de sus labios en gesto de concentración. Mi hijo. Mi mundo entero.

Hace tres años, cuando Rebecca se fue, juré dos cosas: que Wyatt nunca sentiría que no era suficiente, y que yo nunca volvería a ser tan estúpido como para confiar mi corazón a una mujer. La primera promesa la cumplo cada día, asegurándome de que mi hijo sepa que es amado, aunque a veces me cueste expresarlo con palabras. Y la segunda también. Tengo claro que el amor no es para mí. Tengo suficiente con mi hijo, mi trabajo y, algún día, mi propio rancho. No necesito complicaciones. No necesito a una mujer que pueda

abandonarnos como hizo Rebecca, o que pueda romperme por dentro como Logan hizo con Kate.

—¿Papá? —la voz de Wyatt me saca de mis pensamientos—. ¿Me ayudas? No puedo con el nudo.

Me arrodillo frente a él, atando con cuidado los cordones de sus pequeñas botas de vaquero. Su confianza en mí, absoluta e inquebrantable, me llena de una determinación feroz. Haría cualquier cosa por él.

—Listo, vaquero —digo, revolviéndole el pelo—. ¿Preparado para un día en el rancho?

Wyatt asiente con entusiasmo, y su sonrisa ilumina la habitación como ninguna otra cosa podría hacerlo. Esta es mi vida. Este es mi propósito.

Que el mundo siga girando. Jake Wheeler tiene todo lo que necesita justo aquí.

CAPÍTULO 3

JAKE

Estoy revisando la cerca del sector este cuando la veo. Al principio creo que es una alucinación provocada por el calor texano. Una mujer que parece sacada de un catálogo de Victoria's Secret, con piernas interminables y cabello que brilla como oro líquido bajo el sol de la tarde, camina desorientada por el camino principal del rancho.

Me quedo inmóvil, observándola desde la distancia. Lleva una blusa de seda color crema que se adhiere a su cuerpo mostrando todas sus curvas, unos vaqueros que claramente cuestan más que un sueldo mensual, y unas bailarinas que están sufriendo una muerte lenta en nuestro polvoriento camino. Parece tan fuera de lugar en Sweet Valley como un pingüino en el desierto.

«¿Quién demonios es y qué hace aquí?», me pregunto mientras me dirijo hacia ella. El rancho no recibe muchas visitas, y menos aún que parezcan modelos de pasarela.

A medida que me acerco, noto más detalles: la forma en que se muerde el labio inferior mientras mira a su alrededor con confusión, el ligero fruncimiento de su ceño que de alguna manera la hace parecer aún más atractiva, la elegancia natural con la que se mueve incluso cuando está claramente perdida.

Cuando estoy a unos metros, ella levanta la vista y nuestras miradas se encuentran. El impacto es físico, como un puñetazo en el estómago. Tiene los ojos más azules que he visto en mi vida, del color del cielo texano justo antes del anochecer. Un azul imposible, familiar y a la vez...

La claridad me golpea como un toro embravecido.

Conozco ese azul. Lo he visto antes, en otro rostro. En el rostro del hombre que traicionó a Kate, que le rompió el corazón, que intentó robarle el rancho.

—¿Puedo ayudarte? —mi voz suena más áspera de lo que pretendo, pero el shock de reconocer esos ojos ha hecho que todas mis alarmas se disparen.

—Estoy buscando a Kate Foster —responde, y su voz tiene esa cadencia educada que grita «dinero viejo»—. Soy Sarah Hayes.

Hayes. Por supuesto. El apellido confirma mis sospechas. Esta mujer, esta aparición de revista de moda en medio de nuestro rancho, es la hermana de Logan. El enemigo tiene un ángel por hermana. Qué irónico.

—Hayes —repito, sintiendo cómo la desconfianza se apodera de mí—. Como Logan Hayes.

Asiente, manteniendo su mirada fija en la mía, y hay algo en su expresión que me desconcierta. No parece avergonzada ni intimidada. Más bien, curiosa.

—Sí, es mi hermano.

—Por supuesto que lo es —murmuro, recorriéndola con la mirada—. Debí imaginarlo por... todo esto.

Un rubor tiñe sus mejillas, y por un momento me siento como un patán. Pero luego recuerdo a Kate, destrozada después de descubrir quién era realmente Logan, y mi momentánea culpa se evapora.

—¿Todo esto? —repite, irguiéndose como una reina ofendida—. ¿Qué significa exactamente «todo esto»?

Hay algo en su indignación que me provoca, que me hace querer ver hasta dónde puedo empujarla. Es un impulso que no he sentido desde... bueno, desde nunca.

—Significa, *princesa de ciudad*, que no estás precisamente vestida para un rancho —mis ojos se detienen deliberadamente en sus zapatos arruinados—. ¿Pensabas que ibas a una sesión de fotos?

El apodo surge espontáneamente, y veo cómo sus ojos se entrecierran. Pero en lugar de achicarse, se yergue aún más, y algo brilla en esos ojos azules. ¿Desafío? ¿Diversión?

—Para tu información, vaquero —responde con una dulzura que oculta veneno—, acabo de llegar hace poco desde Nueva York. No he tiempo de pasar por botas y sombreros «adecuados».

Su respuesta me toma por sorpresa. Esperaba lágrimas, indignación, quizás una llamada a su abogado. No este fuego, esta chispa. Por un segundo, casi sonrío. Casi.

—Jake Wheeler —me presento finalmente, sin ofrecer mi mano. No confío en lo que podría sentir si toco su piel—. Soy el capataz del rancho.

Un destello de reconocimiento cruza su rostro. Logan debe haberle hablado de mí. Probablemente no cosas buenas.

—Encantada —responde con una sonrisa que es tan falsa como brillante —. ¿Está Kate? Me gustaría hablar con ella.

La desconfianza regresa con fuerza. ¿Qué quiere esta mujer de Kate? ¿Acaso los Hayes no han causado ya suficiente daño?

—¿Para qué? —pregunto directamente—. ¿Para intentar convencerla de que perdone a tu hermano? ¿O quizás Hayes Petroleum ha enviado a otro miembro de la familia para intentar quitarle el rancho?

Su expresión cambia, y por un momento veo algo que parece genuino dolor en esos ojos azules. Pero no puedo confiar en eso. No puedo confiar en nadie que tenga el apellido Hayes.

— Solo quiero hablar con ella. De mujer a mujer —responde con una dignidad que, a mi pesar, me impresiona.

La estudio durante un largo momento. Hay algo en ella que no encaja con la imagen que tengo de los Hayes. Una vulnerabilidad que Logan nunca mostró, una autenticidad que se filtra a través de su fachada de sofisticación.

Finalmente, asiento hacia la casa.

—Está en los establos —digo, y comienzo a alejarme antes de que esta extraña atracción que siento se haga más evidente.

—¡Espera! —me llama—. ¿Dónde están los establos?

Me detengo y la miro por encima del hombro. No puedo evitar una sonrisa torcida al ver su expresión de desconcierto.

—Sigue el olor a caballo, princesa. No tiene pérdida.

Mientras me alejo, siento sus ojos clavados en mi espalda. Esta mujer es peligrosa, me digo a mí mismo.

Sarah Hayes. Princesa de ciudad. La hermana del enemigo.

Y, Dios me ayude, la mujer más atractiva que he visto en mi vida.

SARAH

El GPS me indica que he llegado a mi destino, pero estoy convencida de que debe haber un error. Freno el coche de alquiler —un ridículo todoterreno que el encargado me aseguró que «necesitaría para los caminos rurales»— y contemplo lo que se supone que es el rancho Sweet Valley.

Una verja de madera con un cartel desgastado da la bienvenida a los visitantes. Más allá, un camino de tierra serpentea entre pastos donde varias vacas pastan con despreocupación. A lo lejos, distingo una casa de dos plantas con un amplio porche y, más allá, lo que parecen ser establos y otras construcciones típicas de un rancho.

Es pintoresco, rústico y absolutamente aterrador para alguien cuya idea de «naturaleza» es Central Park.

—Vamos, Sarah —me digo a mí misma mientras intento recordar cómo se abría la puerta de este monstruoso vehículo—. Has sobrevivido a la Semana de la Moda de París con zapatos dos tallas más pequeñas. Puedes con un rancho.

Tras una breve lucha con el cinturón de seguridad, consigo salir del coche. El calor de Texas me golpea como una bofetada, y de inmediato siento cómo

mi peinado perfectamente planchado comienza a encresparse. Genial. A este paso, en diez minutos pareceré un diente de león.

Avanzo por el camino de tierra, maldiciendo internamente mi decisión de usar mis nuevas bailarinas de Chanel. El polvo se adhiere a ellas como si tuviera una venganza personal contra el calzado de diseñador.

La conversación con mi hermano en el motel sigue resonando en mi cabeza. Nunca lo había visto así: vulnerable, casi roto. Logan, el hombre que convertía reuniones con accionistas en su patio de juegos, reducido a mirar fotos de un rancho y una mujer que lo echó de su vida. El amor es aterrador.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que no veo al hombre que se acerca hasta que siento su presencia. Levanto la mirada y, por un momento, el mundo entero se detiene.

Dios mío.

Frente a mí hay un hombre que parece sacado directamente de una fantasía que ni siquiera sabía que tenía. Alto, con hombros anchos que llenan perfectamente una camisa a cuadros remangada hasta los codos, revelando antebrazos musculosos y bronceados por el sol. Lleva vaqueros gastados que abrazan sus muslos de una forma casi obscena, y botas cubiertas de polvo que hablan de trabajo duro y terreno difícil. Un sombrero ensombrece parcialmente su rostro, pero puedo distinguir una mandíbula fuerte, cubierta por una barba incipiente que le da un aire peligrosamente sexy.

Y sus ojos... Madre mía, sus ojos. Del color del whisky bajo la luz del sol, intensos, penetrantes, que me estudian con una mezcla de curiosidad y algo más que no puedo identificar. Me recorren de arriba a abajo, deteniéndose en mis zapatos arruinados, y siento un calor que no tiene nada que ver con el sol de Texas.

—¿Puedo ayudarte? —su voz es profunda, áspera, con un acento texano que hace que cada sílaba suene como una caricia ruda.

Trago saliva, intentando recordar por qué estoy aquí. Normalmente soy buena con los hombres atractivos. Muy buena, de hecho. He cenado con actores de Hollywood y bailado con herederos europeos. Pero hay algo en este vaquero que me desconcierta por completo.

—Estoy buscando a Kate Foster —consigo decir, intentando sonar segura —. Soy Sarah Hayes.

Su expresión cambia instantáneamente al oír mi apellido. La curiosidad se convierte en algo más duro, más frío. Sus ojos se entrecierran, y casi puedo ver cómo levanta un muro invisible entre nosotros.

—Hayes —repite, como si la palabra fuera acido en su lengua—. Como Logan Hayes.

No es una pregunta, pero asiento de todos modos.

—Es mi hermano.

Una risa seca, sin humor, escapa de sus labios, y no debería encontrarla atractiva, pero lo hago. Todo en él parece diseñado para desestabilizarme.

—Por supuesto que lo es —murmura, más para sí mismo que para mí—. Debí imaginarlo por... —hace un gesto vago que abarca toda mi persona— todo esto.

Siento que mis mejillas se calientan, y no es por el sol de Texas. ¿Quién se cree que es este tipo?

—¿Todo esto? —repito, enderezando la espalda—. ¿Qué significa exactamente «todo esto»?

—Significa, *princesa de ciudad*, que no estás precisamente vestida para un rancho —su mirada se detiene en mis zapatos—. ¿Pensabas que ibas a una sesión de fotos?

«Princesa de ciudad». El apodo me golpea como un insulto, pero hay algo en su tono, una especie de desafío burlón, que despierta en mí una respuesta que no esperaba. No indignación, sino... excitación. Como si acabara de invitarme a un juego peligroso.

—Para tu información, vaquero —respondo, inyectando toda la dulzura venenosa que puedo en mi voz—, acabo de llegar hace poco desde Nueva York. No he tiempo de pasar por botas y sombreros «adecuados».

Un destello de algo —¿sorpresa? ¿respeto?— cruza su rostro antes de que vuelva a su expresión impenetrable. Sus labios se curvan ligeramente, casi en una sonrisa, y siento un aleteo en el estómago que me alarma.

—Jake Wheeler —se presenta finalmente, sin ofrecer su mano—. Soy el capataz del rancho.

Jake Wheeler. El nombre resuena en mi memoria. Logan lo mencionó. El mejor amigo de Kate, su mano derecha en el rancho. También mencionó que era protector con ella hasta el punto de la obsesión. Genial.

—Encantada —miento con una sonrisa que reservo para los fotógrafos más irritantes—. ¿Está Kate? Me gustaría hablar con ella.

—¿Para qué? —su tono es cortante—. ¿Para intentar convencerla de que perdone a tu hermano? ¿O quizás Hayes Petroleum ha enviado a otro miembro de la familia para intentar quitarle el rancho?

La acusación me deja sin palabras por un momento. ¿Es eso lo que piensa de mí? ¿Que soy algún tipo de enviada corporativa? La indignación se mezcla con un dolor inesperado. No debería importarme lo que este vaquero arrogante piense de mí, pero por alguna razón, me importa.

——. Solo quiero hablar con ella. De mujer a mujer —respondo, manteniendo la compostura a duras penas.

Jake me estudia durante lo que parece una eternidad, y me encuentro conteniendo la respiración bajo su escrutinio. Sus ojos parecen ver a través de mí, como si buscara la verdad detrás de mis palabras. Finalmente, asiente bruscamente hacia la casa.

—Está en los establos —dice, y comienza a alejarse.

—¡Espera! —le llamo, odiándome por sonar tan desesperada—. ¿Dónde están los establos?

Se detiene y me mira por encima del hombro, una sonrisa torcida curvando sus labios. Y Dios me ayude, es la sonrisa más sexy que he visto en mi vida. Desafiante, un poco cruel, completamente irresistible.

—Sigue el olor a caballo, princesa. No tiene pérdida.

Y con eso, se aleja, dejándome sola en medio del camino polvoriento. Lo observo marcharse, incapaz de apartar la mirada de su andar seguro, de la forma en que sus vaqueros se ajustan perfectamente a su trasero. Para ser un patán maleducado, el hombre tiene sus atributos.

«Contrólate, Sarah», me regaño mentalmente. «No has venido aquí para babear por un vaquero gruñón, por muy sexy que sea».

El olor a caballo, efectivamente, no tiene pérdida. Lo sigo hasta una gran estructura de madera desde donde me llegan relinchos y el sonido de cascos contra el suelo. Me detengo en la entrada, momentáneamente cegada por el cambio de luz.

Mientras mis ojos se adaptan a la penumbra del establo, no puedo evitar pensar en Jake Wheeler y en la forma en que me miró. Con desconfianza, sí, pero también con algo más. Algo que hizo que mi pulso se acelerara y que una parte de mí, una que no reconozco, quisiera demostrarle que se equivoca sobre mí.

Porque por primera vez en mucho tiempo, me importa lo que alguien piense. No por mi imagen, no por mi marca personal, sino por algo más básico y aterrador.

Y eso, más que el calor de Texas o el olor a caballo, es lo que realmente me asusta.

CAPÍTULO 4

SARAH

Salgo del establo con las piernas temblorosas, intentando procesar la conversación con Kate Foster. Su dolor es tan palpable, tan crudo, que me hace cuestionarme si realmente estoy haciendo lo correcto al intervenir. Quizás debería dejar que las cosas sigan su curso natural, volver a Nueva York y olvidarme de todo esto.

Camino hacia mi coche de alquiler, decidida a marcharme de Sweet Valley. He hecho lo que podía: le he contado a Kate la verdad sobre Logan, sobre cómo pagó la hipoteca en secreto, sobre cómo está dispuesto a renunciar a todo por ella. El resto depende de ellos.

Estoy a punto de montarme en el coche cuando escucho pasos apresurados tras de mí.

—¡Espera! ¡No te vayas!

Me giro para encontrarme con quien es, sin duda, la hermana de Kate corriendo hacia mí, su pelo castaño rojizo ondeando tras ella. Se detiene frente a mí, sin aliento, sus ojos brillantes con determinación.

—Te he escuchado —dice entre jadeos—. En el establo, con Kate. Lo que dijiste sobre Logan, sobre la hipoteca... ¿es verdad?

La miro, sorprendida. No sabía que teníamos público durante esa conversación.

—Sí —respondo finalmente—. Es verdad. Todo.

—¿Y de verdad quiere quedarse en Sweet Valley? ¿Dejar su empresa y todo eso?

Asiento, recordando la expresión de mi hermano en el motel, esa mezcla de determinación y vulnerabilidad que nunca antes había visto en él.

—Nunca lo había visto así. Está realmente enamorado de tu hermana.

Una sonrisa ilumina el rostro de la adolescente, transformándola por completo.

—Lo sabía —murmura, más para sí misma que para mí—. Sabía que nos quería de verdad. Soy Emma, por cierto.

Algo en su expresión me conmueve. Esta niña ha perdido tanto, y aun así mantiene esa capacidad de creer, de esperar lo mejor de las personas.

—Emma... —comienzo, sin saber exactamente qué decir—. Tu hermana ha dejado muy claro que no quiere saber nada de Logan. Y no puedo culparla.

—Kate es la persona más testaruda del planeta —dice Emma con una mezcla de exasperación y cariño—. Nunca admitirá que lo echa de menos, aunque se pase las noches mirando por la ventana a la nada y pensando en él.

Cierro el maletero lentamente, mi determinación de marcharme vacilando.

—¿Qué sugieres?

Emma mira a su alrededor, como asegurándose de que nadie nos escucha.

—Necesitan verse. Hablar de verdad, sin toda esa rabia y orgullo en medio —sus ojos brillan con entusiasmo—. Y sé exactamente cómo hacerlo.

—Emma... —dudo, consciente de que estoy a punto de involucrarme en algo que podría salir terriblemente mal—. No creo que debamos interferir.

—¿Prefieres volver a Nueva York y dejar a tu hermano sufriendo en ese horrible motel? —pregunta con una lógica implacable—. ¿Sabiendo que podríamos haber hecho algo?

Sus palabras me golpean con fuerza. ¿Es eso lo que quiero? ¿Volver a mi vida perfectamente vacía, a mis fotos perfectamente editadas, sabiendo que mi hermano está aquí, con el corazón roto?

—¿Qué tienes en mente? —pregunto finalmente.

Emma sonríe, triunfante.

—Ven conmigo. No podemos hablar aquí.

Me guía lejos del establo, hacia un pequeño granero abandonado en el límite de la propiedad. El interior está polvoriento y lleno de telarañas, pero Emma parece no notarlo mientras se sienta en una vieja bala de heno.

—El mirador —dice sin preámbulos—. Es el lugar perfecto. Se puede ver todo el rancho desde allí, y Kate no podrá escapar fácilmente de la conversación.

—¿Y cómo conseguimos que vayan los dos allí al mismo tiempo? —pregunto, sentándome junto a ella y tratando de no pensar en qué estará haciendo esta suciedad a mis vaqueros.

—Yo me encargo de Kate —responde con confianza—. Le diré que un fotógrafo de la revista que organizó el concurso quiere verla allí para hacer fotos del rancho. Y tú...

—Le diré a Logan que mi coche se ha averiado en el mirador y necesito su ayuda —completo, empezando a ver cómo podría funcionar.

Emma asiente entusiasmada y saca el teléfono de su bolsillo. Abre la aplicación de mapas colocándola frente a nosotras.

—Tiene que ser mañana, a las cuatro —señala un punto en el mapa—. El sol estará perfecto, y Kate no sospechará nada porque es una buena hora para hacer fotos.

—¿Estás completamente segura de que esto funcionará? —pregunto, observando cómo Emma traza una ruta en el mapa.

—Confía en mí —responde con esa confianza absoluta que solo se tiene a su edad—. Conozco a mi hermana mejor que nadie.

—El problema no es solo lograr que estén en el mismo lugar —señalo, nerviosa—. Es conseguir que realmente hablen. Tu hermana es... testaruda.

Emma suelta una risita.

—Kate es pura corteza, pero por dentro es blanda como un malvavisco —dice con cariño—. Solo necesita ver que Logan realmente lo siente. Que no es como... —se detiene, mordiéndose el labio.

—¿Como quién? —pregunto suavemente.

—Como el padre de Jake —responde Emma en voz baja—. Se fue cuando Jake era pequeño. Y luego Rebecca, la madre de Wyatt, también los abandonó. Y luego nuestros padres murieron... —traga saliva—. Hay mucho abandono por aquí. Kate tiene miedo de ser la siguiente.

El peso de sus palabras me golpea. No se trata solo de que Logan mintiera sobre quién era. Se trata de un patrón de pérdidas, de confianzas rotas, de personas que se van y no vuelven.

—Logan no se va a ir —digo con firmeza—. Nunca lo había visto así, Emma. Está dispuesto a dejarlo todo. La empresa, Houston, todo.

Emma me mira con esos ojos que parecen demasiado viejos para su rostro juvenil.

—¿Y tú? —pregunta directamente—. ¿También te irás cuando esto termine?

La pregunta me toma por sorpresa. Ni siquiera me había planteado quedarme más tiempo del necesario. Mi vida está en Nueva York: mis contratos, mis seguidores, mi apartamento con vistas a Central Park.

Pero hay algo en este lugar, en el aire limpio y el cielo interminable, en las mañanas tranquilas y las noches estrelladas, que me hace dudar.

—Yo... no lo sé —respondo honestamente—. Mi trabajo está en Nueva York.

—¿Te gusta? —Emma inclina la cabeza, estudiándome con curiosidad—. Tu trabajo, digo.

Abro la boca para responder automáticamente que sí, por supuesto que me gusta. Soy Sarah Hayes, influencer de éxito, invitada a todos los eventos importantes, admirada por cientos de miles de seguidores...

Pero la verdad me golpea con una claridad que me deja sin aliento: no recuerdo la última vez que realmente disfruté de mi trabajo. No recuerdo la

última vez que sentí algo auténtico mientras posaba para una foto o promocionaba un producto.

—Es complicado —digo finalmente.

Emma asiente como si entendiera perfectamente, aunque dudo que una adolescente pueda comprender la jaula dorada que es mi vida en Manhattan.

De repente, la puerta se abre con un crujido. Emma y yo nos sobresaltamos, culpables como niñas pilladas robando galletas.

Jake Wheeler está en el umbral con un niño montado sobre sus hombros, que me doy cuenta de inmediato que es su hijo por su enorme parecido. Su expresión es una mezcla de sorpresa y sospecha.

—¿Qué demonios estáis haciendo aquí? —pregunta, sus ojos moviéndose entre nosotras y el teléfono.

—Solo estábamos hablando —responde Emma, demasiado rápido para ser convincente, mientras intenta ocultar el móvil.

Jake baja a Wyatt, que inmediatamente comienza a explorar el granero con curiosidad infantil.

—Emma, Kate te está buscando —dice, y hay algo en su tono que me hace pensar que no es cierto—. Ha dicho algo sobre tu tarea de ciencias.

Emma me lanza una mirada significativa antes de levantarse.

—Recuerda, mañana a las cuatro —susurra, y sale corriendo del granero, dejándome sola con Jake y Wyatt.

El pequeño está ocupado examinando una vieja herradura, pero Jake me mira fijamente, sus brazos cruzados sobre su pecho. Lleva una camiseta negra que se estira sobre sus músculos de una forma que debería ser ilegal, y hay una mancha de tierra en su mejilla que, inexplicablemente, lo hace parecer aún más atractivo.

—¿Qué estáis tramando? —pregunta directamente.

—No sé a qué te refieres —respondo, intentando parecer inocente.

—Princesa, puede que engañes a otros con esa cara bonita, pero a mí no —se acerca un paso, y de repente el aire entre nosotros parece cargado de electricidad—. Emma tiene esa mirada que pone cuando está tramando algo. Y tú... —sus ojos recorren mi rostro— tienes escrito «conspiración» por toda la cara.

¿Acaba de llamarme «cara bonita»? ¿Y por qué mi corazón late más rápido solo porque está cerca?

—Está bien —suspiro, decidiendo que necesito un aliado—. Estamos planeando un encuentro entre Logan y Kate.

Su expresión se endurece instantáneamente.

—Ni hablar —dice con firmeza—. Kate ya ha pasado por suficiente. No necesita más juegos de los Hayes.

—No es un juego —protesto, molesta por su suposición—. Mi hermano está enamorado de ella. De verdad. Nunca ha estado así.

—¿Y eso debería importarme porque...? —su tono es frío, pero hay algo en sus ojos, una chispa de duda.

—Porque Kate también lo ama —respondo simplemente—. Lo veo en sus ojos cuando menciona su nombre. Lo escucho en su voz cuando intenta fingir que no le importa.

Jake se pasa una mano por el pelo, frustrado.

—Mira, princesa, no sabes nada de Kate. De lo que ha pasado, de lo que ha sacrificado durante toda su vida.

—Pero sí que sé lo que ha hecho mi hermano. Ha pagado anónimamente la hipoteca del rancho —lo interrumpo—. Ha rechazado volver a Houston, aunque la junta directiva lo está presionando. Sé que está dispuesto a dejarlo todo por ella.

Jake se queda en silencio, procesando mis palabras. Finalmente, mira a Wyatt, que está construyendo una pequeña torre con trozos de madera vieja.

—¿Y qué ganas tú con esto? —pregunta, su voz más suave pero aún desconfiada—. ¿Por qué te importa tanto?

La pregunta me toma por sorpresa. ¿Qué gano yo?

—Es mi hermano —respondo automáticamente—. Quiero que sea feliz.

Pero incluso mientras lo digo, sé que hay más. Mucho más. Veo a Emma y su devoción por Kate, a Jake y su lealtad inquebrantable. Veo una familia, no de sangre sino de elección, y algo dentro de mí anhela esa conexión.

—Además —añado, mirándolo a los ojos—, creo que todos merecemos una segunda oportunidad. Incluso los Hayes.

Jake sostiene mi mirada durante lo que parece una eternidad. Finalmente, suspira profundamente.

—Si esto sale mal... —comienza, pero lo interrumpo.

—No saldrá mal —digo con más confianza de la que siento—. Los he visto a ambos. Esto es real.

—¿Cuál es el plan? —pregunta finalmente, y siento una oleada de triunfo.

Le explico rápidamente lo que Emma y yo hemos ideado: ella le dirá a Kate que un fotógrafo de la revista quiere verla en el mirador, mientras yo le diré a Logan que mi coche se ha averiado allí.

—Es demasiado simple —dice Jake, negando con la cabeza—. Kate sospechará.

—Por eso nos vendría bien tu ayuda —respondo.

—¿Quieres que mienta a mi mejor amiga? —su tono es incrédulo.

—Quiero que ayudes a tu mejor amiga a ser feliz —corrijo suavemente.

Jake mira a Wyatt, que ahora está dibujando en el suelo polvoriento con un palo. Su expresión se suaviza, y por un momento veo al hombre bajo la fachada de capataz hosco.

—Si esto sale mal, y Kate resulta herida de nuevo… —advierte.

—Puedes prohibirme la entrada al rancho para siempre —ofrezco—. Y personalmente le diré a mi hermano que se vaya de Sweet Valley y no vuelva jamás.

Jake me estudia durante un largo momento, como si intentara leer mi alma. Finalmente, asiente a regañadientes.

—Está bien. Pero estaré cerca por si Kate me necesita.

—Gracias —sonrío, genuinamente aliviada—. No te arrepentirás.

—Ya me estoy arrepintiendo, princesa —murmura, pero hay un atisbo de sonrisa en sus labios—. Vamos, Wyatt. Este lugar no es seguro.

Recoge a su hijo, que protesta porque quiere seguir jugando, y se dirige hacia la puerta. Antes de salir, se gira para mirarme una última vez.

—Mañana a las cuatro —confirma—. Y Sarah... —su uso de mi nombre, en lugar de «princesa», me toma por sorpresa— espero que tengas razón sobre tu hermano.

—La tengo —respondo con convicción—. Te lo prometo.

Mientras los veo alejarse, una extraña mezcla de emociones se agita en mi pecho. Alegría por Logan, esperanza por Kate y Emma, y algo más, algo nuevo y desconcertante que tiene que ver con la forma en que Jake Wheeler pronunció mi nombre.

CAPÍTULO 5

SARAH

Presente

Si alguien me hubiera dicho hace un mes que estaría viviendo en un rancho de Texas, levantándome al amanecer y aprendiendo a distinguir entre una gallina y un gallo, le habría recomendado un buen psiquiatra.

Y, sin embargo, aquí estoy.

El sol apenas asoma por el horizonte cuando ya estoy despierta, acostumbrándome poco a poco a este nuevo ritmo de vida. Mi habitación en la casa principal del rancho Sweet Valley es sencilla pero acogedora, nada que ver con mi apartamento minimalista de Manhattan. Aquí hay colchas hechas a mano, cortinas con estampados florales y una mecedora junto a la ventana que se ha convertido en mi rincón favorito para contemplar el amanecer.

—Buenos días, dormilona —Kate me saluda desde la cocina cuando bajo las escaleras, ya completamente vestida y preparada para el día—. El café está recién hecho.

Mi cuñada (aún me cuesta creer que puedo llamarla así) se mueve por la cocina con una eficiencia que envidio. En una semana ha pasado de mirarme con desconfianza a tratarme como a una hermana pequeña algo torpe pero bienintencionada.

—¿Cómo es posible que ya estés tan despierta? —pregunto, aceptando agradecida la taza de café que me ofrece—. En Nueva York, esta hora solo la veía cuando volvía de fiesta, no cuando me levantaba.

Kate sonríe, esa sonrisa genuina que ahora aparece con frecuencia desde que Logan y ella arreglaron las cosas.

—Es el rancho —responde simplemente—. Te acostumbras o mueres.

—Estoy bastante segura de que esa no es una expresión real —digo, pero sonrío a mi pesar.

La puerta de la cocina se abre y Logan entra, con esa expresión de felicidad permanente que lleva desde que Kate lo perdonó. Mi hermano ha cambiado tanto que a veces me cuesta reconocerlo. El traje impecable ha sido sustituido por vaqueros y camisas de franela. Su pelo, antes siempre perfectamente peinado, ahora cae más largo y despreocupado. Y hay algo en sus ojos, una paz que nunca antes había visto.

—Buenos días, familia —saluda, besando a Kate en los labios y revolviéndome el pelo como cuando éramos niños—. ¿Lista para tu gran día

en el gallinero, Sarah?

Gimo dramáticamente.

—¿Es realmente necesario? ¿No puedo simplemente ayudar con la contabilidad o algo que no implique ser atacada por aves demoníacas?

—Las gallinas no son demoníacas —ríe Kate—. Solo tienes que mostrarles quién manda.

—Claramente ellas mandan —murmuro, recordando mi desastroso intento de recoger huevos el día anterior, que terminó conmigo huyendo del gallinero mientras Emma se doblaba de risa.

—Jake estará contigo —dice Logan sirviéndose café—. Él te enseñará lo básico.

Casi me atraganto con mi café. Jake Wheeler. El hombre que ha elevado el arte de ignorarme a niveles olímpicos. El mismo que, cuando se ve obligado a interactuar conmigo, lo hace con monosílabos cargados de desdén.

—¿Jake? ¿En serio? —intento que mi voz suene normal, pero fallo miserablemente—. ¿El hombre que me mira como si fuera una enfermedad contagiosa?

—Jake no te mira así —dice Kate, aunque no suena muy convincente—. Solo es cauteloso con los forasteros.

—Llevo aquí una semana —señalo—. Y soy la hermana del hombre con el que vives. Difícilmente soy una «forastera».

Logan y Kate intercambian una mirada que no sé interpretar.

—Dale tiempo —dice mi hermano finalmente—. Jake ha pasado por mucho. No confía fácilmente.

Suspiro, resignada. Si quiero quedarme en Sweet Valley, tendré que aprender a lidiar con el hosco capataz. Aunque sea extremadamente difícil concentrarse en cualquier tarea cuando él está cerca, con esos vaqueros que abrazan sus muslos de una forma casi criminal y esa manera de inclinarse sobre las vallas que debería estar prohibida por la salud mental de las mujeres en un radio de diez kilómetros.

No es que yo me haya fijado, por supuesto.

Después del desayuno, me dirijo al gallinero como una condenada al patíbulo. He cambiado mis bailarinas por unas botas de cowboy que Kate me prestó (y que, sorprendentemente, son bastante cómodas) y llevo unos vaqueros viejos y una camisa a cuadros que compré en la tienda del pueblo. Mi intento de parecer una auténtica ranchera, aunque sospecho que solo he conseguido parecer una turista en un parque temático del Oeste.

Jake ya está allí, por supuesto. Puntual como un reloj suizo. Está agachado, explicándole algo a Wyatt, que lo mira con absoluta adoración. El pequeño

lleva un sombrero de vaquero en miniatura que es posiblemente la cosa más adorable que he visto en mi vida.

Me detengo un momento, observándolos. Jake puede ser un gruñón conmigo, pero con su hijo es otro hombre completamente diferente. Paciente, tierno, atento a cada palabra del niño. La forma en que sus grandes manos, callosas por el trabajo, sostienen las pequeñas de Wyatt mientras le enseña a esparcir el grano para las gallinas hace que algo se derrita dentro de mí.

—¡Sarah! —Wyatt me ve y corre hacia mí con esa energía inagotable de los niños de cuatro años—. ¡Vamos a alimentar a las gallinas! ¡Y a recoger huevos! ¡Y a ver si alguna ha tenido pollitos!

Su entusiasmo es contagioso, y no puedo evitar sonreír mientras se agarra a mi pierna.

—Suena como un plan muy emocionante, vaquero —respondo, revolviéndole el pelo.

Levanto la mirada y me encuentro con los ojos de Jake. Su expresión es inescrutable, una mezcla de resignación y algo que parece irritación contenida. Desvía la mirada rápidamente, como si el mero hecho de mirarme fuera un esfuerzo.

—Llegas tarde —dice secamente, pasándome un cubo sin mirarme directamente—. Las gallinas ya deberían estar alimentadas.

—Buenos días a ti también, Wheeler —respondo, intentando que no se note cuánto me afecta su frialdad—. Perdona por no estar familiarizada con el horario del desayuno de las aves.

Me lanza una mirada que podría congelar el infierno.

—Si vas a quedarte, tendrás que aprender que en un rancho el trabajo no espera —su tono es cortante, profesional—. No estamos en Manhattan, princesa. Aquí no hay horarios flexibles.

Aprieto los dientes, resistiendo el impulso de responderle como se merece. Por Wyatt, me digo. Y porque, aunque me cueste admitirlo, necesito aprender y él puede enseñarme.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunto, intentando sonar profesional.

Jake señala el cubo con un movimiento brusco de cabeza.

—Esparcir el grano. Sin asustar a las gallinas. Y luego recoger los huevos. Sin romperlos.

Su tono sugiere que considera ambas tareas completamente fuera de mis capacidades. Lo cual, siendo justos, probablemente sea cierto considerando mi desastroso intento del día anterior.

—Puedo hacerlo —digo con más confianza de la que siento.

—Ya veremos —murmura, y se vuelve hacia Wyatt—. Enséñale a Sarah cómo se hace, campeón. Yo voy a revisar los nidos.

Y con eso, me deja bajo la tutela de un niño de cuatro años. Lo cual es, probablemente, lo más humillante que me ha pasado en la vida. Y lo más entrañable, porque Wyatt se toma su papel de instructor muy en serio.

—Tienes que ir así —me explica, haciendo un gesto de lanzamiento con su pequeña mano—. Y hablarles bonito. A las gallinas les gusta que les hablen bonito.

Sigo sus instrucciones, sintiendo la mirada crítica de Jake desde el otro lado del gallinero. Todo va sorprendentemente bien hasta que me acerco a una gallina grande y rojiza que parece tener un problema personal conmigo.

—Cuidado con Bertha —advierte Jake, sin levantar la vista de lo que está haciendo—. Tiene mal carácter.

Debería haberle hecho caso. En el momento en que me acerco, Bertha decide que soy una amenaza para la civilización avícola y se lanza hacia mí con un cacareo que suena sospechosamente a un grito de guerra. Retrocedo, tropiezo con el cubo de grano y caigo sentada en el barro mientras Bertha me persigue por todo el gallinero.

El espectáculo debe ser ridículo: yo, Sarah Hayes, que hace una semana estaba en la Fashion Week de Nueva York, ahora corriendo en círculos, perseguida por una gallina furiosa, gritando como una posesa. Wyatt se ríe a carcajadas, y por el rabillo del ojo veo que incluso Jake ha dejado lo que estaba haciendo para observar mi humillación.

Finalmente, cuando estoy a punto de saltar la valla para escapar, Jake silba. Un silbido agudo y autoritario que hace que Bertha se detenga en seco.

—Ya basta, Bertha —dice con una voz firme que me provoca un escalofrío que nada tiene que ver con el miedo—. Déjala en paz.

Para mi asombro, la gallina obedece, alejándose con lo que juraría es un aire ofendido. Me quedo allí, cubierta de barro y plumas, intentando recuperar algo de dignidad.

Jake se acerca, y por un momento pienso que va a ayudarme a levantarme. Pero se detiene a un metro de distancia, mirándome con una expresión que no puedo descifrar.

—Te lo advertí —dice simplemente.

—Gracias por la ayuda tan oportuna —respondo, levantándome por mis propios medios—. ¿Siempre esperas a que tus estudiantes estén a punto de morir para intervenir?

Algo parece titilar en sus ojos, algo que casi podría ser diversión, pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Las gallinas pesan menos de dos kilos, princesa —responde secamente —. Difícilmente son una amenaza mortal.

—Díselo a mi dignidad —murmuro, intentando en vano quitarme el barro de los vaqueros.

Por un segundo, muy breve, creo ver que las comisuras de sus labios se elevan ligeramente. Pero enseguida vuelve a su expresión seria.

—Deberías ducharte —dice, mirando por encima de mi hombro en lugar de a mí—. Antes de que ese barro se seque.

—¿Me estás diciendo que huelo mal, Jake? —hay un desafío en mi voz que no puedo contener.

Sus ojos vuelven a los míos, y por un momento veo algo en ellos que hace que mi corazón se acelere. Algo intenso y crudo que desaparece tan rápido como llegó.

—Te estoy diciendo que estás perdiendo el tiempo —responde con frialdad —. Y haciéndomelo perder a mí.

Se gira hacia Wyatt, que ha estado observando nuestro intercambio con curiosidad infantil.

—Vamos, campeón. Tenemos que revisar la cerca del sector norte.

—¿Pero no íbamos a enseñarle los cerdos? —protesta Wyatt, mirándome con una expresión que me parte el corazón.

—Otro día —responde Jake con firmeza—. Sarah tiene que limpiarse. Y nosotros tenemos trabajo que hacer.

La decepción en el rostro de Wyatt me hace hablar antes de pensar.

—Puedo ir con vosotros —ofrezco—. Solo necesito cambiarme rápido.

Jake me mira como si acabara de sugerir que saltáramos de un acantilado.

—No es necesario —su tono no admite discusión—. Ya has tenido suficiente rancho por hoy.

Y con eso, toma la mano de Wyatt y se alejan, dejándome sola en el gallinero, cubierta de barro y con la extraña sensación de que acabo de fallar algún tipo de prueba que ni siquiera sabía que estaba haciendo.

Mientras camino de vuelta a la casa, no puedo evitar preguntarme qué he hecho para que Jake Wheeler me tenga tanta aversión. Porque más allá de su desconfianza natural hacia los forasteros, más allá incluso de mi apellido Hayes, hay algo personal en la forma en que me evita. Como si mi mera presencia le resultara incómoda.

Y lo más frustrante es que, a pesar de su actitud, no puedo evitar sentirme atraída por él. Por su fortaleza, por su dedicación a su hijo, por esos raros momentos en que algo auténtico y vulnerable parece asomar bajo su fachada de dureza.

Sweet Valley está cambiándome, sin duda. Porque la antigua Sarah Hayes nunca habría perseverado ante el rechazo. Habría dado media vuelta y vuelto a un mundo donde todos la adoraban.

Pero esta nueva Sarah, la que está emergiendo entre gallinas y barro, quiere quedarse. Quiere demostrarle a Jake Wheeler que está equivocado sobre ella.

Y eso, más que el barro y las plumas, es lo que realmente me asusta.

JAKE

Sarah va a ser mi perdición.

Lleva una semana en el rancho, y cada día es una nueva prueba para mi cordura. Intento evitarla, mantener la distancia, recordarme a mí mismo todas las razones por las que es una mala idea siquiera mirarla: es de ciudad, es sofisticada, es temporal. Se irá tan pronto como se canse de jugar a ser una ranchera.

Y, sin embargo, aquí estoy, enseñándole a recoger huevos como un idiota.

—¡Cuidado con esa! —le advierto cuando Bertha, la gallina más temperamental del corral, empieza a mirarla con malas intenciones—. Es un poco...

Demasiado tarde. Bertha se lanza al ataque, y Sarah suelta un grito que probablemente se oye hasta en Nueva York mientras intenta escapar de las garras de diez libras de plumas furiosas. Su expresión de pánico absoluto mientras corre por el gallinero, con los brazos agitándose en el aire, es posiblemente lo más divertido que he visto en meses.

No debería encontrarlo divertido. Es poco profesional. Definitivamente no es manera de tratar a la hermana del novio de mi jefa. Pero cuando tropieza con un cubo y cae sentada en el barro, con Bertha cacareando triunfante sobre su cabeza, tengo que morderme el interior de la mejilla para no sonreír.

Wyatt no tiene tales reservas. Mi hijo se ríe a carcajadas, señalando el espectáculo con deleite infantil. Y por un momento, veo a Sarah a través de sus ojos: una mujer cubierta de barro y plumas, con el pelo revuelto y una expresión de indignación cómica. Una mujer que, a pesar de todo, no sale corriendo ni llora. Una mujer que, maldita sea, se está ganando el respeto de mi hijo.

Eso me pone tenso. Porque Wyatt se encariña demasiado rápido, y las personas tienen la mala costumbre de marcharse. Especialmente las personas como Sarah, que pertenecen a un mundo completamente diferente al nuestro.

Finalmente, cuando parece que Sarah está a punto de saltar la valla para escapar, silbo. Un silbido agudo que hace que Bertha se detenga en seco.

—Ya basta, Bertha —digo con firmeza—. Déjala en paz.

La gallina se aleja, y Sarah se queda allí, cubierta de barro y plumas, intentando recuperar algo de dignidad. Hay algo en su expresión, una mezcla de frustración y determinación, que me resulta perturbadoramente atractivo.

Me acerco, pero me detengo a una distancia segura. No confío en lo que podría sentir si me acerco demasiado.

—Te lo advertí —digo, manteniendo mi voz deliberadamente neutra.

—Gracias por la ayuda tan oportuna —responde, levantándose por sus propios medios—. ¿Siempre esperas a que tus estudiantes estén a punto de morir para intervenir?

Hay un fuego en sus ojos que me provoca de formas que no debería. Un desafío que hace que quiera responder, que quiera ver hasta dónde llega esta chispa entre nosotros. Y eso es peligroso.

—Las gallinas pesan menos de dos kilos, princesa —respondo con toda la frialdad que puedo reunir—. Difícilmente son una amenaza mortal.

—Díselo a mi dignidad —murmura, intentando en vano quitarse el barro de los vaqueros.

Siento que las comisuras de mis labios quieren elevarse, y eso me alarma. No puedo permitirme esto. No puedo permitirme encontrarla divertida, o admirable, o atractiva. No puedo permitirme verla como algo más que una visitante temporal, una complicación que pronto desaparecerá de nuestras vidas.

—Deberías ducharte —digo, mirando deliberadamente por encima de su hombro en lugar de a ella—. Antes de que ese barro se seque.

—¿Me estás diciendo que huelo mal, Jake? —hay un desafío en su voz que hace que mis ojos vuelvan a los suyos contra mi voluntad.

Y es un error. Porque en ese breve momento de contacto visual, veo algo en sus ojos que hace que mi pulso se acelere. Una vulnerabilidad, una autenticidad que contradice todo lo que creía saber sobre ella. Y eso es más peligroso que cualquier atracción física.

—Te estoy diciendo que estás perdiendo el tiempo —respondo con más dureza de la necesaria—. Y haciéndomelo perder a mí.

Me giro hacia Wyatt, necesitando desesperadamente romper este momento antes de que diga o haga algo estúpido.

—Vamos, campeón. Tenemos que revisar la cerca del sector norte.

—¿Pero no íbamos a enseñarle los cerdos? —protesta Wyatt, y su expresión esperanzada me irrita. Mi hijo ya se está encariñando con ella, exactamente lo que temía.

—Otro día —respondo con firmeza—. Sarah tiene que limpiarse. Y nosotros tenemos trabajo que hacer.

—Puedo ir con vosotros —ofrece ella, y hay algo en su voz, una determinación que me desconcierta—. Solo necesito cambiarme rápido.

La miro, sintiendo una mezcla de irritación y algo más que no quiero nombrar. ¿Por qué insiste? ¿Por qué no simplemente acepta la salida que le estoy ofreciendo? ¿Por qué hace todo esto tan difícil?

—No es necesario —mi tono no admite discusión—. Ya has tenido suficiente rancho por hoy.

Tomo la mano de Wyatt y me alejo antes de que pueda protestar más, antes de que mi resolución flaquee. Porque la verdad es que una parte de mí, una parte que me niego a reconocer, quería que viniera con nosotros.

Y eso es exactamente por lo que tengo que mantenerla a distancia.

—¿Por qué no puede venir Sarah? —pregunta Wyatt mientras caminamos hacia la cerca norte—. Me gusta. Y no lloró cuando Bertha la atacó.

—Sarah no pertenece a aquí —respondo, más para convencerme a mí mismo que a él—. Es de la ciudad. Esto es solo una aventura para ella.

—¿Como cuando fuimos al acuario y vimos los tiburones? —pregunta Wyatt, intentando entenderme.

—Algo así —asiento, agradecido por la comparación—. Es como si nosotros fuéramos a Nueva York. Sería divertido por un tiempo, pero luego querríamos volver a casa.

—Pero tío Logan era de la ciudad y ahora vive aquí —señala Wyatt con esa lógica implacable de los niños—. Y le gusta.

No tengo respuesta para eso. Porque tiene razón, maldita sea. Logan Hayes, el ejecutivo de Houston, se ha adaptado a la vida del rancho con una facilidad que me irrita. Y su hermana parece estar siguiendo el mismo camino.

La imagen de Sarah cubierta de barro, negándose a rendirse a pesar de la humillación, vuelve a mi mente. Hay una tenacidad en ella que no esperaba. Una fuerza que contradice su apariencia de princesa de ciudad.

Y eso es lo que más me preocupa. Porque puedo resistir la atracción física. Puedo mantener a raya la tentación de su belleza. Pero esta otra Sarah, la que no se rinde, la que se ríe de sí misma, la que hace brillar los ojos de mi hijo... esa Sarah podría ser mi ruina.

Porque esa Sarah podría hacerme desear cosas que no puedo tener. Cosas como estabilidad, permanencia, un futuro compartido. Cosas que sé que son imposibles con alguien como ella.

Así que mantendré la distancia. Seré profesional pero distante. Le enseñaré lo que necesita saber, pero no le permitiré acercarse demasiado. No a mí, y

definitivamente no a Wyatt.

Porque Sarah Hayes es como un espejismo en el desierto: hermosa, tentadora y completamente irreal. Y he aprendido por las malas que perseguir espejismos solo te deja más sediento que antes.

Lo que necesito recordar es que, sin importar cuánto se esfuerce en encajar, sin importar cuántas gallinas enfrente o cuánto barro soporte, Sarah Hayes no pertenece a Sweet Valley. Pertenece a las pasarelas y cócteles de Manhattan. Y tarde o temprano, volverá allí.

Y cuando lo haga, es mejor que no deje tras de sí corazones rotos. Especialmente el mío.

CAPÍTULO 6

JAKE

—¡Me voy a España! —Martha suelta la noticia como una bomba en medio de la cena familiar—. ¡Mañana mismo!

El tenedor se me cae al plato, y el estrépito parece resonar en el repentino silencio que ha caído sobre la mesa. Wyatt deja de jugar con sus guisantes y levanta la mirada, confundido.

—¿Perdona? —mi voz suena más áspera de lo que pretendo.

—¡Oh, Jake! —Martha junta las manos contra su pecho, sus ojos brillando con lo que solo puedo describir como locura temporal—. ¡Es tan romántico! Se llama Jorge. Es profesor de flamenco en Sevilla. Nos conocimos en una aplicación de citas hace tres meses y...

—Martha —la interrumpo, intentando mantener la calma—. Eres la niñera de mi hijo.

—¡Y baila como los ángeles! —continúa ella, completamente ajena a mi creciente pánico—. Deberías ver cómo mueve las caderas cuando...

—Martha —esta vez mi voz tiene un filo de advertencia—. ¿Acabas de decir que te vas mañana?

—¡El amor no espera, Jake! —suspira dramáticamente—. Jorge dice que la pasión es como el fuego: si no lo alimentas, se apaga. ¡Y yo no puedo dejar que nuestra llama se extinga!

Emma intenta disimular una risita. Kate y Logan intercambian una mirada que dice claramente «esto va a ser interesante». Y Sarah... maldita sea.

La observo sin poder evitarlo. Lleva unos vaqueros desgastados que probablemente cuestan más que mi pickup y una de esas blusas de seda que parecen fuera de lugar en un rancho, pero que en ella... El tejido color crema se desliza sobre sus curvas como agua, y el modo en que se ha recogido el pelo, con mechones sueltos enmarcando su rostro, la hace parecer una modelo posando para una revista de moda country. Es el tipo de mujer que Rebecca siempre quiso ser: sofisticada, elegante, perfecta.

Pero a diferencia de mi ex, Sarah tiene algo más. Lo veo en cómo sus perfectas uñas de manicura están ligeramente manchadas de tierra porque insistió en ayudar con el jardín esta mañana. En cómo esa blusa de seda tiene una pequeña mancha de harina porque se empeñó en aprender a hacer galletas con Emma. En la forma en que sus ojos brillan con determinación cada vez que alguien sugiere que no está hecha para la vida del rancho.

—Pero... —miro a Wyatt, que sigue construyendo su fortaleza de guisantes, ajeno al hecho de que su mundo está a punto de cambiar. De nuevo. Como cuando Rebecca se fue sin mirar atrás, dejándonos con nada más que una nota en la mesa de la cocina—. No puedes simplemente irte.

—Yo puedo cuidar de él.

La voz de Sarah corta el aire como un cuchillo, y mi corazón se detiene. La miro, y es un error. Sus ojos, del mismo azul imposible que los de su hermano, pero mil veces más peligrosos, me atraviesan con una determinación que hace que se me seque la boca.

—No —la palabra sale como un gruñido.

—¿Por qué no? —hay un desafío en su voz que hace que todos mis músculos se tensen—. Paso mucho tiempo en el rancho, y Wyatt es encantador.

—He dicho que no —mi tono es cortante, y veo cómo Logan se endereza, preparándose para intervenir si es necesario.

—Jake... —Kate empieza, pero la corto con una mirada.

—¿Eres consciente —me dirijo a Sarah, y mi voz suena más dura de lo que pretendo— de que tendrías que quedarte en mi casa? ¿Dormir bajo mi techo?

Un rubor delicioso tiñe sus mejillas, y el color hace que sus ojos parezcan aún más azules, más profundos. Mantiene mi mirada con esa terquedad que me vuelve loco, mordiéndose el labio inferior de una forma que debería estar prohibida.

—Sí —responde simplemente, y hay algo en su tono que hace que mi estómago se retuerza—. Lo sé.

La observo mientras su mirada se desvía hacia Wyatt, y la suavidad que aparece en sus ojos hace que algo se me retuerza en el pecho. Se inclina hacia mi hijo y pregunta con genuino interés por la fortaleza que está construyendo. Sus movimientos son naturales, sin ese miedo a ensuciarse o despeinarse que Rebecca siempre tuvo. Wyatt, normalmente tan cauteloso con los extraños desde que su madre se fue, le responde con una pequeña sonrisa.

—¿Ves? —Sarah vuelve a mirarme, y hay una vulnerabilidad en sus ojos que hace que todas mis defensas amenacen con derrumbarse—. No soy una completa inútil, aunque sea una «princesa de ciudad».

El sarcasmo en su voz cuando usa mi propio apodo para ella hace que algo se remueva en mi interior. Llevo semanas observándola adaptarse a la vida del rancho, viendo cómo cambia sus tacones de diseñador por botas de trabajo, cómo aprende a montar a caballo, aunque le aterra, cómo se levanta al amanecer sin una queja, aunque sé que en Nueva York nunca vio esa hora del día.

—Jake —la voz suave de Kate me saca de mis pensamientos—. Sabes que es una buena solución.

—Una solución temporal —murmuro, pero incluso yo puedo oír la derrota en mi voz.

—¡Olé! —exclama Martha, rompiendo la tensión del momento—. ¡Esto hay que celebrarlo! ¿Alguien quiere que le enseñe a bailar sevillanas?

—¡Yo! —Emma levanta la mano entusiasmada.

—¡Entonces está decidido! —Sarah sonríe, y su alegría ilumina toda la maldita habitación—. Empiezo mañana.

La miro, y el peso de lo que acabo de aceptar me golpea como una tonelada de ladrillos. Sarah Hayes, la mujer que llevo semanas intentando evitar, la que aparece en mis sueños vestida con mis camisas de franela, va a vivir en mi casa. Va a estar presente en cada desayuno, en cada cena, en cada momento del día.

Esto es un error. Un error colosal.

Observo cómo se levanta para ayudar a Wyatt con su fortaleza derruida, cómo su pelo cae como una cortina de seda sobre su rostro, cómo su risa hace que algo dentro de mí se derrita... y sé que voy a pagar muy caro esta decisión.

Porque Sarah Hayes es como un incendio forestal: hermosa, salvaje y capaz de reducir a cenizas todas las defensas que he construido desde que Rebecca nos abandonó.

Y lo peor es que una parte de mí, una que me aterra reconocer, está deseando arder.

CAPÍTULO 7

SARAH

Doblo cuidadosamente mi última blusa de seda y la coloco en la maleta abierta sobre la cama. Mi habitación en la casa principal del rancho, que ha sido mi hogar durante las últimas semanas, parece ahora extrañamente ajena, como si ya estuviera despidiéndome de ella.

—¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo? —la voz de Logan desde la puerta me sobresalta. Está apoyado en el marco con los brazos cruzados y el ceño fruncido, una postura que reconozco de nuestras discusiones de la adolescencia.

—Honestamente, no —admito, cerrando la maleta con un suspiro—. Pero Martha se va mañana y Wyatt necesita a alguien.

Logan entra en la habitación sin ser invitado, como siempre ha hecho. A pesar de sus camisas de franela y sus botas polvorientas, sigue teniendo ese aire de autoridad que lo caracterizaba en las salas de juntas de Houston.

—Hay otras soluciones —dice, con ese tono que usaba para cerrar negocios millonarios—. Jake puede encontrar otra niñera. Alguien del pueblo con experiencia.

—¿Y dejar que Wyatt pase por otra transición? —niego con la cabeza, aunque en el fondo sé que es una excusa. La verdad es mucho más complicada, mucho más aterradora—. Ya ha tenido suficientes personas entrando y saliendo de su vida.

Logan me estudia con esa mirada penetrante que siempre me ha hecho sentir como si pudiera leer mis pensamientos. Dios, odio cuando hace eso.

—Wheeler es un tipo difícil —dice finalmente, y hay una dureza en su voz que me sorprende—. Si te hace sentir incómoda, si te trata mal...

—Logan —lo interrumpo, intentando sonar más segura de lo que me siento—. Puedo manejar a Jake.

Mi hermano suelta una risa seca que no contiene ni pizca de humor.

—¿Igual que «manejaste» a ese fotógrafo en Milán que te acosó durante toda la semana de la moda?

El recuerdo me hace apretar los dientes. Logan tuvo que intervenir, usando su influencia y sus abogados para que el tipo finalmente retrocediera.

—Esto es diferente —protesto, aunque no estoy segura de por qué—. Jake no es así. Él ni siquiera me hace caso.

—No, es peor —insiste Logan, acercándose hasta quedar frente a mí—. Es un hombre herido, Sarah. Y los hombres heridos son peligrosos.

—¿Peligrosos? —casi me río—. Jake puede ser hosco y maleducado, pero no es peligroso.

—No me refiero a físicamente —aclara, con una expresión que no puedo descifrar—. Me refiero a que puede hacerte daño aquí —toca ligeramente mi pecho, justo sobre el corazón.

Su gesto me deja sin palabras. ¿Tan transparente soy? ¿Puede ver la inexplicable atracción que siento por Jake, a pesar de todas las razones por las que debería mantenerme alejada de él?

—No sé de qué estás hablando —miento, girándome para fingir que reorganizo los productos de mi tocador.

—Vamos, Sarah —su tono se suaviza ligeramente—. Te conozco. Te he visto mirarle.

Siento que mis mejillas arden, y agradezco estar de espaldas a él.

—Es atractivo —admito con fingida indiferencia—. De una forma rústica y primitiva. Eso no significa nada.

—Si te hace sentir mejor seguir diciéndote eso... —deja la frase en el aire, y puedo imaginar perfectamente su sonrisa condescendiente sin necesidad de verla.

Me giro para enfrentarlo, súbitamente irritada.

—¿Qué quieres que diga, Logan? ¿Que me siento atraída por un hombre que claramente me detesta? ¿Que cada vez que me mira con esos ojos que parecen querer fulminarme, una parte de mí quiere provocarlo más? ¿Que me fascina la forma en que sus manos, tan ásperas y fuertes, pueden ser tan increíblemente gentiles con su hijo?

Las palabras salen en tropel, y en cuanto las pronuncio, quiero retirarlas. La expresión de Logan cambia de la sorpresa a la preocupación.

—Sarah... —comienza, pero levanto una mano para detenerlo.

—No —digo firmemente—. No necesito tus consejos ni tu protección. Soy perfectamente capaz de manejar mis propios sentimientos.

Logan suspira profundamente, pasándose una mano por el pelo en un gesto que reconozco como frustración contenida.

—Escúchame bien —dice, y su tono no admite réplica—. Si Wheeler se pasa de la raya, si te hace sentir incómoda o te trata mal, quiero que me lo digas inmediatamente. No me importa que sea el mejor amigo de Kate o el capataz más eficiente del condado. Nadie trata mal a mi hermana.

Hay una ferocidad protectora en su voz que me conmueve y me irrita a partes iguales. Siempre ha sido así, desde que éramos niños. Logan, el

protector. El que arreglaba todo.

—¿Vas a ir a defender mi honor, hermano mayor? —pregunto, intentando aligerar el ambiente—. ¿Tú y tus nuevos músculos de ranchero?

—Si es necesario —responde con total seriedad, aunque veo un atisbo de sonrisa en sus labios—. He estado levantando fardos de heno. Soy prácticamente un vaquero ahora.

Ambos nos reímos, y siento que parte de la tensión se disipa. Logan siempre ha tenido ese efecto en mí, incluso en los momentos más oscuros.

—Hablo en serio, Sarah —dice, volviendo a ponerse serio—. Ten cuidado. No solo con Jake, sino contigo misma. No quiero verte sufrir.

Su preocupación es genuina, lo sé. Ha visto de primera mano cómo me derrumbé después de la muerte de nuestro padre, cómo me refugié en mi trabajo, construyendo una versión perfecta y pulida de mí misma para las redes sociales mientras por dentro estaba completamente vacía.

—Estaré bien —le aseguro, aunque ni yo misma lo creo del todo—. Es solo temporal, hasta que Martha regrese.

Logan me mira como si quisiera decir algo más, pero finalmente asiente.

—Sabes dónde encontrarme si me necesitas —dice simplemente, y me da un breve abrazo antes de dirigirse a la puerta—. Día o noche.

—Lo sé —respondo, agradecida por su apoyo a pesar de todo—. Gracias.

Cuando se va, me siento en la cama junto a mi maleta cerrada, y la magnitud de lo que estoy a punto de hacer me golpea con toda su fuerza. Voy a vivir bajo el mismo techo que Jake. Voy a compartir desayunos y cenas con él. Voy a verlo recién levantado, quizás incluso... No. No debo permitirme esos pensamientos.

Esto es una locura. Una completa y absoluta locura.

Jake Wheeler me detesta. Me tolera únicamente porque soy la hermana de Logan y porque, aparentemente, soy la única opción disponible para cuidar de Wyatt. Me mira como si fuera una intrusa, una complicación no deseada en su vida ordenada.

Y, aun así, aquí estoy, recogiendo mis cosas para mudarme a su casa. Poniendo mi corazón en la línea de fuego cuando ni siquiera entiendo por qué me siento tan atraída por él.

Tal vez sea la forma en que sus ojos parecen contener todo un universo de emociones que se niega a expresar. O quizás sea cómo, a pesar de su rudeza, nunca ha dudado en poner a su hijo por encima de todo. O podría ser simplemente lo injustamente atractivo que es.

Sea lo que sea, estoy a punto de sumergirme de cabeza en aguas peligrosas. Y lo peor es que una parte de mí, una parte que no reconozco, está deseando

ahogarse.

Cierro los ojos, intentando calmar los nervios que revolotean en mi estómago. «Es solo temporal», me repito como un mantra. «Solo temporal».

Pero mientras recojo mi maleta y me dirijo hacia la puerta, no puedo evitar preguntarme si estoy cometiendo el mayor error de mi vida.

O si, tal vez, estoy a punto de descubrir exactamente lo que he estado buscando todo este tiempo.

CAPÍTULO 8

JAKE

La veo llegar desde la ventana de la cocina. Sarah Hayes, con su maleta de diseñador y esa postura que delata su educación cara, caminando por el sendero hacia mi casa como si estuviera desfilando por una pasarela. El sol de la tarde arranca destellos dorados de su pelo, y lleva unos vaqueros que abrazan sus curvas de una forma que debería ser ilegal.

Aprieto el vaso de agua en mi mano con tanta fuerza que temo romperlo. ¿En qué estaba pensando cuando acepté esto? Sarah viviendo en mi casa. La princesa de ciudad durmiendo bajo mi techo. Es una receta para el desastre.

Un desastre que yo mismo he aceptado.

El golpe en la puerta llega demasiado pronto. Respiro hondo, intentando prepararme para lo que está por venir, y abro.

Y ahí está ella, con una sonrisa nerviosa y esos ojos azules que parecen atravesarme. Lleva una simple camiseta blanca y una chaqueta vaquera que reconozco como un préstamo de Kate, y, aun así, parece sacada de una revista.

—Hola —dice, y hay una vulnerabilidad en su voz que no esperaba—. ¿Llego demasiado pronto?

—No —respondo secamente, haciéndome a un lado para dejarla entrar—. Pasa.

Sarah cruza el umbral, y de inmediato siento cómo el espacio de mi casa parece encogerse. Su presencia lo llena todo, desde el aire que respiro hasta los rincones más oscuros de mi mente. Observo cómo mira a su alrededor, tomando nota de los muebles gastados, las fotos de Wyatt en las paredes, la simplicidad austera de mi hogar.

—Es acogedor —dice, y sorprendentemente, no suena condescendiente.

—Es pequeño —respondo, determinado a no dejarme engañar por su aparente amabilidad—. No es a lo que estás acostumbrada.

—No sabes a qué estoy acostumbrada, Jake —hay un filo en su voz que me toma por sorpresa—. No me conoces.

Tiene razón, por supuesto. No la conozco. Solo he visto fragmentos: la princesa de ciudad que llegó con sus zapatos de diseñador, la hermana protectora que hizo todo lo posible por unir a Logan y Kate, la mujer valiente que se enfrentó a Bertha la gallina sin llorar. Retazos de una persona que parece cambiar cada vez que la miro.

Y eso me aterroriza.

—Tu habitación está arriba —digo, ignorando su comentario—. Al lado de la de Wyatt. El baño está al final del pasillo. Lo compartimos los tres.

Veo cómo sus ojos se abren ligeramente ante la mención del baño compartido, y una parte mezquina de mí disfruta de su incomodidad. Que sepa exactamente en qué se está metiendo.

—Sí, solo hay un baño —continúo, quizás con más dureza de la necesaria —. Y el agua caliente a veces escasea. No hay servicio de habitaciones ni wifi de alta velocidad. Si buscas lujos, has venido al lugar equivocado.

Sarah me mira fijamente, y en lugar de la indignación que esperaba, veo determinación.

—No busco lujos, Jake —responde con una calma que me desconcierta—. Solo busco ser útil.

Antes de que pueda responder, escucho los pasos apresurados de Wyatt bajando las escaleras. Mi hijo aparece como un torbellino, y su rostro se ilumina al ver a Sarah.

—¡Sarah! —exclama, corriendo hacia ella—. ¿Ya vas a vivir con nosotros? ¿Vas a leerme cuentos como Martha? ¿Puedo enseñarte mi colección de dinosaurios?

La veo agacharse para quedar a su altura, con una sonrisa tan genuina que me deja sin aliento.

—Claro que sí, vaquero —responde, y hay una calidez en su voz que hace que algo se retuerza en mi pecho—. Y espero que me enseñes todo sobre dinosaurios. No sé mucho sobre ellos.

—¡Yo sé todo! —asegura Wyatt con la confianza absoluta de los cuatro años—. Te enseñaré. ¿Quieres ver mi habitación? Está al lado de la tuya.

Antes de que pueda intervenir, Wyatt toma la mano de Sarah con naturalidad, como si lo hubiera hecho mil veces, y tira de ella hacia las escaleras.

—Vamos, te enseñaré donde vas a dormir. Y luego te presentaré a Rex. Es mi T-Rex. Es el más feroz de todos.

Observo cómo Sarah se deja guiar por mi hijo, cómo se adapta a su paso, cómo lo escucha con atención genuina mientras él parlotea sobre dinosaurios. Y algo dentro de mí se contrae dolorosamente.

Porque esta es exactamente la escena que más temía: Wyatt abriéndose a ella, confiando en ella, creando un vínculo que inevitablemente se romperá cuando ella se canse de jugar a ser una ranchera y vuelva a su vida en Nueva York.

—Vaya, eso ha sido rápido.

La voz de Kate me sobresalta. No la he oído entrar, demasiado absorto en la visión de Sarah y Wyatt subiendo las escaleras juntos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, más brusco de lo que pretendía.

—He venido a asegurarme de que no la espantas en los primeros cinco minutos —responde Kate, cerrando la puerta tras ella—. Pero parece que me he preocupado por nada. Wyatt ya la ha adoptado.

Hay una nota de diversión en su voz que me irrita.

—Es temporal —murmuro, dirigiéndome a la cocina para escapar de su mirada penetrante—. Hasta que Martha vuelva o encontremos a alguien más adecuado.

Kate me sigue, apoyándose en la encimera mientras yo finjo buscar algo en la nevera.

—¿Alguien más adecuado? —repite—. Sarah es perfecta para el puesto. Es inteligente, cariñosa, y Wyatt la adora.

—Es una princesa de ciudad jugando a ser niñera —respondo, cerrando la nevera con más fuerza de la necesaria—. No tiene experiencia con niños. No sabe nada sobre la vida en un rancho. Y lo más importante, eventualmente se irá.

Kate me mira con esa expresión que conozco demasiado bien, la que dice que puede ver a través de todas mis excusas.

—¿Sabes cuál es tu problema, Jake Wheeler? —pregunta, cruzando los brazos—. Que ya has decidido que va a fracasar. Que va a marcharse. Ni siquiera le das la oportunidad de demostrar lo contrario.

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba, porque en el fondo, sé que tiene razón. He estado esperando que Sarah falle desde el primer día, buscando confirmación de mis prejuicios en cada tropiezo, ignorando deliberadamente cada vez que me demuestra que estoy equivocado.

—No se trata de eso —miento, evitando su mirada—. Se trata de Wyatt. De protegerlo.

—¿Protegerlo de qué exactamente? —presiona Kate—. ¿De encariñarse con alguien? ¿De ser feliz? ¿O tal vez estás protegiéndote a ti mismo?

—No sé de qué estás hablando —respondo, y mi voz suena defensiva incluso para mis propios oídos.

—Claro que lo sabes —Kate se acerca y pone una mano en mi brazo, obligándome a mirarla—. Te he visto, Jake. La forma en que la miras cuando crees que nadie está prestando atención. Como si fuera agua en el desierto y tuvieras miedo de beber.

Siento que mi rostro se calienta, y me aparto bruscamente.

—Estás imaginando cosas —gruño—. Sarah Hayes no significa nada para mí.

Kate suelta una risa suave que me irrita aún más.

—Jake, te conozco desde siempre —dice con una sonrisa—. Sé cuando estás mintiendo. Especialmente a ti mismo.

Antes de que pueda responder, escuchamos las risas de Wyatt y Sarah bajando las escaleras. Mi hijo aparece primero, tirando de la mano de Sarah, que lo sigue con una sonrisa que ilumina toda su cara.

—¡Tía Kate! —exclama Wyatt al verla—. ¡Sarah va a dormir en la habitación azul! ¡Y le he enseñado a Rex y dice que es el dinosaurio más feroz que ha visto nunca!

—Vaya, eso es todo un cumplido —responde Kate, guiñándole un ojo a Sarah—. Rex no recibe elogios de cualquiera.

—Es realmente impresionante —asegura Sarah con total seriedad, como si estuviera hablando de una obra de arte en un museo en lugar de un juguete de plástico—. Tiene unos dientes muy realistas.

La forma en que habla con Wyatt, sin condescendencia, tratándolo como a una persona con opiniones válidas, hace que algo se afloje en mi pecho. Rebecca nunca tuvo esa paciencia. Siempre trataba a Wyatt como una obligación, una tarea que completar, nunca como el pequeño ser humano complejo y maravilloso que es.

—Jake —la voz de Kate interrumpe mis pensamientos—. ¿Por qué no ayudas a Sarah a instalarse mientras yo preparo algo de té?

Reconozco la estrategia de mi amiga: darnos espacio para hablar, para establecer algún tipo de tregua antes de que esta convivencia forzada comience oficialmente. Pero la idea de estar a solas con Sarah, de ayudarla a desempacar, de ver sus pertenencias personales dispersarse por mi casa, me pone inexplicablemente nervioso.

—Estoy seguro de que puede arreglárselas sola —respondo secamente—. Tengo que revisar la cerca del sector oeste antes de que anochezca.

La decepción que cruza el rostro de Sarah es tan breve que casi la pierdo, rápidamente reemplazada por una sonrisa educada.

—Por supuesto —dice con una ligereza que suena forzada—. No te preocupes, puedo instalarme yo sola.

—¡Yo te ayudaré! —ofrece Wyatt entusiasmado—. Soy muy bueno ayudando. ¿Verdad, papá?

La esperanza en los ojos de mi hijo me desarma. ¿Cómo explicarle que estoy huyendo porque soy demasiado cobarde para enfrentar lo que Sarah me hace sentir?

—El mejor ayudante del mundo —confirmo, revolviéndole el pelo—. Pero no molestes demasiado a Sarah, ¿de acuerdo? Necesita descansar.

—No me molesta en absoluto —asegura Sarah, y la sinceridad en su voz es innegable—. De hecho, agradezco la compañía.

Nuestras miradas se encuentran por un momento, y siento esa familiar corriente eléctrica que parece surgir cada vez que estamos demasiado cerca. Sus ojos, de ese azul imposible, me estudian como si intentara resolver un rompecabezas particularmente difícil.

—Bien —digo bruscamente, rompiendo el contacto visual—. Volveré para la cena.

Y sin esperar respuesta, me dirijo a la puerta, necesitando desesperadamente aire fresco y distancia. Porque Kate tiene razón, aunque nunca lo admitiría en voz alta: estoy aterrorizado. No de que Sarah falle o se marche.

Sino de que se quede. Y de lo que eso podría significar para mí.

Mientras camino hacia los establos, las palabras de Kate resuenan en mi mente: «Como si fuera agua en el desierto y tuvieras miedo de beber». Y lo peor es que tiene razón. Porque después de tanto tiempo en el desierto, tengo miedo de que un solo sorbo no sea suficiente.

Y que cuando la fuente inevitablemente se seque, la sed sea aún más insoportable que antes.

CAPÍTULO 9

SARAH

—¿Qué opinas, tortitas con forma de dinosaurio o de estrella? —pregunto, sosteniendo el molde de metal sobre la masa que acabo de preparar.

Wyatt, sentado en un taburete junto a la encimera de la cocina, considera la pregunta con la seriedad de quien decide el destino del universo. Tiene una mancha de harina en la nariz y su pelo rubio está más alborotado que nunca tras una noche de sueño.

—¡Dinosaurios! —decide finalmente—. Pero también estrellas. ¿Podemos hacer de los dos?

—Por supuesto —sonrío, apreciando su diplomacia—. Los dinosaurios pueden vivir entre las estrellas.

Es mi primera mañana oficial como niñera de Wyatt, y decidí empezarla con un desayuno especial. Jake ya se había marchado cuando nos levantamos, dejando solo una nota en la nevera: «Hay café en la cafetera. Volveré para la cena. Wyatt, pórtate bien.»

Ni una palabra para mí.

Presiono el molde de dinosaurio sobre la masa y lo levanto con cuidado, revelando la silueta perfecta de un T-Rex. Wyatt aplaude entusiasmado.

—¡Es como Rex! —exclama—. ¿Puedo hacer uno yo?

—Claro —digo, acercándole el molde—. Pero ten cuidado, la sartén está caliente.

Guío su pequeña mano con la mía, ayudándole a colocar el molde sobre la masa y a presionar con la fuerza justa. Cuando levantamos el molde juntos, su rostro se ilumina con una sonrisa que podría derretir glaciares.

—¡Lo he logrado! —grita, tan orgulloso que siento un nudo en la garganta.

—Lo has hecho perfectamente —confirmo, dándole un ligero apretón en el hombro.

Mientras continuamos haciendo tortitas, Wyatt me cuenta todo sobre sus dinosaurios, sus amigos en la guardería, y cómo su papá es «el hombre más fuerte del mundo entero». Escucho atentamente, asintiendo en los momentos adecuados, haciendo preguntas que mantienen vivo su entusiasmo. Es fácil hablar con él, mucho más fácil que con su padre.

Jake. El mero pensamiento hace que mi estómago se contraiga. Pasé gran parte de la noche despierta, demasiado consciente de que él dormía al otro

lado del pasillo. Imaginando cómo sería, qué llevaría puesto, si roncaba... Pensamientos peligrosos que no llevaban a ninguna parte buena.

—¿Por qué papá no ha desayunado con nosotros? —pregunta Wyatt de repente, sacándome de mis cavilaciones.

—Tenía que trabajar temprano, cariño —respondo, colocando una tortita con forma de estrella en su plato—. El rancho necesita mucha atención.

—Siempre trabaja —dice Wyatt con un suspiro que parece demasiado maduro para sus cuatro años—. A veces creo que quiere más a las vacas que a mí.

Su comentario me parte el corazón. Me siento frente a él, asegurándome de que me mira a los ojos.

—Eso no es cierto, Wyatt —digo con firmeza—. Tu papá te quiere más que a nada en el mundo. Trabaja tanto precisamente por ti, para darte todo lo que necesitas.

—¿De verdad? —pregunta, con esa vulnerabilidad infantil que desarma todas mis defensas.

—De verdad —aseguro—. He visto cómo te mira. Como si fueras lo más valioso del universo.

Wyatt parece reflexionar sobre esto mientras mastica su tortita con forma de dinosaurio. Finalmente asiente, aparentemente satisfecho con mi respuesta.

—¿Sabes qué? —digo, inspirada por una idea repentina—. ¿Por qué no le llevamos el almuerzo a tu papá hoy? Así podrás verlo a mitad del día.

Sus ojos se iluminan como si acabara de ofrecerle un viaje a Disneylandia.

—¡Sí! —exclama—. ¡Podemos hacerle un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada! ¡Es su favorito!

—¿Mantequilla de cacahuete y mermelada? —repito, sorprendida. Había imaginado a Jake como un hombre de filetes y patatas, no de sándwiches dulces.

—Sí, pero no se lo digas a nadie —Wyatt baja la voz como si compartiera un secreto de estado—. Papá dice que es su «placer culpable».

La idea de Jake teniendo un lado dulce, literalmente, me hace sonreír. Es un detalle tan humanizador, tan inesperadamente vulnerable, que añade otra capa al enigma que es este hombre.

Después del desayuno, el día transcurre en un borrón de actividades. Ayudo a Wyatt a vestirse, jugamos con sus dinosaurios (tengo que interpretar el papel de un Triceratops bastante dramático), y pasamos un rato dibujando. Descubro que tiene un talento natural para el arte, sus trazos son sorprendentemente claros para un niño de su edad.

A media mañana, comenzamos nuestra misión culinaria. Wyatt insiste en preparar él mismo el sándwich de su padre, y lo superviso mientras unta generosas cantidades de mantequilla de cacahuete y mermelada de fresa en el pan. Añadimos una manzana, unas galletas caseras que encontré en la despensa (obra de Martha, supongo), y una botella de agua fresca.

—¿Crees que le gustará? —pregunta Wyatt, mirando nuestra creación con una mezcla de orgullo y ansiedad.

—Le encantará —le aseguro, aunque en realidad no tengo ni idea de cómo reaccionará Jake ante nuestra sorpresa. Probablemente con esa mirada de irritación contenida que parece reservar especialmente para mí.

Metemos el almuerzo en una bolsa de papel marrón, y Wyatt insiste en decorarla con dinosaurios dibujados con rotuladores de colores. Mientras observo sus pequeñas manos trabajando con tanto cuidado, me pregunto cómo alguien tan dulce puede ser hijo de alguien tan... complicado como Jake.

Pero entonces recuerdo los momentos en que he visto a Jake con Wyatt. La infinita paciencia, la ternura en sus ojos, la forma en que su voz cambia completamente cuando le habla a su hijo. Quizás el Jake que conozco yo es solo una fachada, una armadura que usa para mantener a raya al mundo. Y tal vez, solo tal vez, el verdadero Jake es el que Wyatt conoce.

A mediodía, después de asegurarme de que Wyatt lleva protector solar y una gorra para protegerse del implacable sol texano, nos dirigimos hacia los pastos donde, según mi pequeño guía, su padre estará revisando el ganado con los otros vaqueros.

El camino es más largo de lo que esperaba, y me alegro de haber optado por las botas en lugar de cualquier otro calzado. Wyatt parlotea alegremente todo el trayecto, señalando plantas, insectos y ocasionales animales salvajes con el entusiasmo de un guía turístico en miniatura.

—¡Mira! —exclama de repente, señalando hacia adelante—. ¡Ahí está papá!

Sigo la dirección de su dedo y, efectivamente, allí está Jake en toda su gloria vaquera. Montado a caballo, con el sombrero inclinado sobre su rostro, dando instrucciones a un grupo de trabajadores. Incluso desde la distancia, su presencia es magnética. La forma en que se sienta en la silla, con esa confianza natural de quien ha pasado toda su vida a lomos de un caballo, hace que mi corazón dé un vuelco traicionero.

—¡Papá! —grita Wyatt, soltando mi mano para correr hacia su padre.

Jake se gira al oír la voz de su hijo, y lo veo desmontar con una agilidad que me deja sin aliento. Se agacha justo a tiempo para recibir a Wyatt en sus brazos, levantándolo en el aire con facilidad. La sonrisa que ilumina su rostro

es como ver salir el sol después de una tormenta. Radiante, genuina, transformadora.

Pero cuando su mirada se desplaza hacia mí, esa sonrisa se desvanece, reemplazada por una expresión cautelosa que ya conozco demasiado bien.

Respiro hondo y avanzo hacia ellos, determinada a no dejar que su frialdad me afecte. Esto es por Wyatt, me recuerdo. No por mí, y ciertamente no por Jake y sus desconcertantes cambios de humor.

—¡Te hemos traído el almuerzo, papá! —anuncia Wyatt orgullosamente, mostrando la bolsa decorada—. ¡Lo hice yo mismo!

—¿En serio? —Jake finge asombro, y su voz está llena de un cariño que nunca he escuchado cuando me habla a mí—. Debe ser el mejor almuerzo del mundo entonces.

—Sarah me ayudó un poquito —admite Wyatt con honestidad—. Pero yo puse la mantequilla de cacahuete y la mermelada.

Los ojos de Jake se mueven hacia mí, y por un momento, creo ver algo parecido a la gratitud en ellos. Pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—No teníamos que interrumpir tu trabajo —digo, intentando sonar casual —. Pero alguien quería verte.

—No es ninguna molestia —responde Jake, aunque su tono sugiere lo contrario—. Estábamos a punto de tomar un descanso de todos modos.

Noto que los otros trabajadores nos observan con curiosidad. Un grupo de hombres de diversas edades, todos con la misma expresión de sorpresa al vernos allí.

—¿No vas a presentarnos, jefe? —pregunta uno de ellos, un hombre mayor con profundas arrugas de expresión y una sonrisa amistosa.

Jake parece tenso, como si acabara de recordar que no estamos solos.

—Sarah Hayes —dice secamente—. La nueva niñera de Wyatt. Sarah, estos son algunos de los trabajadores del rancho.

El hombre mayor se acerca, quitándose el sombrero en un gesto de cortesía que me parece encantadoramente anticuado.

—Pete Simmons, señorita —se presenta—. Llevo trabajando en Sweet Valley desde antes de que este muchacho naciera —añade, señalando a Jake con un movimiento de cabeza.

—Encantada de conocerle, señor Simmons —respondo con una sonrisa genuina.

—Llámame Pete, por favor —insiste—. Todos lo hacen. Y estos son Raúl, Danny y Mike —añade, señalando a los otros hombres, que asienten o saludan con la mano.

—¿Eres la hermana de Logan Hayes? —pregunta Danny, el más joven del grupo—. El novio de la jefa.

—Culpable —admito con una pequeña sonrisa.

—Debo decir que el buen gusto corre en la familia —comenta Raúl con un guiño juguetón que me hace reír.

Jake se aclara la garganta ruidosamente, y su expresión se ha endurecido considerablemente.

—Si ya habéis terminado con las presentaciones —dice, con un filo en su voz que podría cortar acero—, tenemos trabajo que hacer. El ganado no se va a revisar solo.

Los hombres intercambian miradas, y Pete suelta una risita que intenta disimular con una tos.

—Por supuesto, jefe —dice, poniéndose de nuevo el sombrero—. Ha sido un placer, señorita Hayes. Espero que nos veamos por aquí más a menudo.

—Eso espero —respondo, y no puedo evitar mirar a Jake mientras lo digo, un pequeño desafío en mi voz.

Jake coloca a Wyatt en el suelo y se arrodilla frente a él.

—Gracias por el almuerzo, campeón —dice, revolviéndole el pelo—. Es justo lo que necesitaba.

—¿Te gusta la bolsa? —pregunta Wyatt—. He dibujado dinosaurios para ti.

—Es la mejor bolsa de almuerzo que he tenido jamás —asegura Jake, y la sinceridad en su voz hace que algo se derrita dentro de mí.

Luego se levanta y, finalmente, se dirige a mí directamente.

—Gracias por traerlo —dice, y aunque las palabras son corteses, su tono es distante—. No era necesario que vinieras hasta aquí.

—No ha sido ningún problema —respondo, manteniendo mi voz ligera a pesar de su evidente incomodidad—. Wyatt quería verte, y pensamos que sería una buena sorpresa.

—Bueno, ya me habéis visto —su tono es brusco, casi cortante—. Y como puedes comprobar, estoy ocupado. Deberías llevarte a Wyatt de vuelta a casa. No es seguro para él estar aquí con el ganado.

Siento que mi rostro se calienta, no de vergüenza sino de indignación. ¿En serio? ¿Así es como responde a un gesto amable?

—Por supuesto —digo, y me enorgullezco de lo serena que suena mi voz —. No querríamos interrumpir tu importante trabajo. Vamos, Wyatt. Dejemos que tu padre vuelva a sus vacas.

Tomo la mano de Wyatt, que parece confundido por el repentino cambio de atmósfera.

—¿Ya nos vamos? —pregunta, mirando a su padre con ojos que reflejan decepción.

—Papá tiene que trabajar, cariño —explico, intentando que mi irritación no se filtre en mi voz—. Y nosotros tenemos muchas cosas divertidas que hacer en casa, ¿recuerdas? Íbamos a hacer esas galletas con forma de dinosaurio.

El rostro de Wyatt se ilumina ante el recordatorio.

—¡Es verdad! —exclama, y luego mira a su padre—. ¡Te guardaremos algunas, papá!

Jake asiente, y por un momento parece arrepentido, como si acabara de darse cuenta de lo brusco que ha sido.

—Eso estaría bien —dice, y hay una suavidad en su voz que contradice su anterior hostilidad—. Gracias, Wyatt.

—De nada —responde Wyatt alegremente, aparentemente ajeno a la tensión entre los adultos—. ¡Te quiero, papá!

—Y yo a ti, campeón —responde Jake, y por un segundo, sus ojos se encuentran con los míos por encima de la cabeza de su hijo.

Hay algo en esa mirada, algo vulnerable y casi... suplicante, que me desconcierta. Como si quisiera decirme algo, pero no encontrara las palabras.

Pero el momento pasa, y su expresión vuelve a ser la máscara impenetrable de siempre.

—Hasta la cena —digo, girándome para marcharme.

—Hasta la cena —repite, y hay algo en su tono que me hace preguntarme si está deseando o temiendo ese momento.

—¡Vuelve cuando quieras, señorita Hayes! —grita Danny, ganándose lo que suena como un gruñido de advertencia de Jake.

No puedo evitar sonreír. Así que Jake tiene un lado protector. Interesante.

Wyatt salta junto a mí, completamente ajeno a la tensión que acaba de presenciar, contándome ya sus planes para las galletas que vamos a hornear.

Y mientras caminamos de regreso a la casa, con la cabeza alta y una sonrisa en mis labios, me doy cuenta de que, por primera vez desde que llegué a Sweet Valley, siento que tengo cierta ventaja sobre Jake Wheeler.

Porque ahora sé dos cosas: que le gusta la mantequilla de cacahuete con mermelada, y que, a pesar de toda su hostilidad, no quiere que nadie más me moleste.

Y con esta extraña tensión que se desarrolla entre nosotros, cualquier información es poder.

JAKE

Los veo acercarse desde la distancia, y por un momento creo que estoy alucinando. Sarah y mi hijo, caminando de la mano bajo el sol de mediodía, dirigiéndose directamente hacia mí como si hubieran salido de uno de esos sueños que me niego a reconocer incluso a mí mismo.

Wyatt corre hacia mí gritando «¡Papá!» y me apresuro a desmontar, necesitando sentir a mi hijo en mis brazos, necesitando anclarme a algo real antes de que mis pensamientos se desvíen hacia territorios peligrosos.

Lo levanto en el aire, disfrutando de su risa, de la forma en que sus pequeños brazos se aferran a mi cuello. Este es mi mundo. Mi realidad. Lo único que importa.

Pero entonces mi mirada se desvía hacia ella, y siento que el aire abandona mis pulmones.

Sarah, con sus vaqueros que se ajustan a sus impresionantes curvas, una sencilla camiseta blanca que de alguna manera parece más sofisticada en ella que cualquier prenda de diseñador, y su pelo recogido en una coleta alta que deja al descubierto la elegante línea de su cuello. Parece salida de un anuncio de perfume: la belleza urbana en un escenario rural, inalcanzable y tentadora.

Y está aquí, en mi territorio, con mi hijo.

—¡Te hemos traído el almuerzo, papá! —anuncia Wyatt, mostrándome una bolsa de papel decorada con dibujos coloridos—. ¡Lo hice yo mismo!

Fuerzo una sonrisa, intentando ignorar cómo mi corazón late contra mis costillas.

—¿En serio? Debe ser el mejor almuerzo del mundo entonces.

—Sarah me ayudó un poquito —admite Wyatt—. Pero yo puse la mantequilla de cacahuete y la mermelada.

Mis ojos se mueven involuntariamente hacia ella. Mantequilla de cacahuete y mermelada. Mi debilidad secreta, que aparentemente ya no es tan secreta. La idea de Sarah en mi cocina, preparando mi sándwich favorito con mi hijo, crea una imagen doméstica tan tentadora que tengo que apartarla de mi mente inmediatamente.

Noto las miradas de mis hombres, todos repentinamente interesados en Sarah. Pete, Raúl, Danny y Mike han dejado de trabajar y nos observan sin disimulo. La forma en que la miran, con esa mezcla de admiración y algo más primitivo, hace que un calor incómodo se extienda por mi pecho.

—¿No vas a presentarnos, jefe? —pregunta Pete, el viejo zorro, con una sonrisa que conozco demasiado bien.

Me tenso, súbitamente consciente de que no estamos solos.

—Sarah Hayes —digo, intentando sonar indiferente—. La nueva niñera de Wyatt. Sarah, estos son algunos de los trabajadores del rancho.

Pete se acerca, quitándose el sombrero con esa galantería anticuada que siempre usa con las mujeres atractivas.

—Pete Simmons, señorita —se presenta—. Llevo trabajando en Sweet Valley desde antes de que este muchacho naciera.

—Encantada de conocerle, señor Simmons —responde Sarah con una sonrisa que ilumina todo su rostro.

—Llámame Pete, por favor. Todos lo hacen. Y estos son Raúl, Danny y Mike.

—¿Eres la hermana de Logan Hayes? —pregunta Danny, el más joven y normalmente el más tímido del grupo. Excepto, al parecer, cuando se trata de mujeres hermosas—. El novio de la jefa.

—Culpable —admite Sarah con una pequeña sonrisa que hace que se le formen hoyuelos en las mejillas.

—Debo decir que el buen gusto corre en la familia —comenta Raúl con un guiño que me hace querer asignarle las tareas más desagradables del rancho durante el próximo mes.

Me aclaro la garganta ruidosamente, incapaz de contener mi irritación.

— Si ya habéis terminado con las presentaciones —digo, consciente del filo en mi voz, pero incapaz de suavizarlo—, tenemos trabajo que hacer. El ganado no se va a revisar solo.

Los hombres intercambian miradas, y Pete suelta una risita que intenta disimular con una tos. El viejo me conoce demasiado bien. Probablemente está leyendo cada una de mis emociones como si fueran titulares de periódico.

—Por supuesto, jefe —dice, poniéndose de nuevo el sombrero—. Ha sido un placer, señorita Hayes. Espero que nos veamos por aquí más a menudo.

—Eso espero —responde ella, y hay un desafío en su voz que hace que mis músculos se tensen.

Coloco a Wyatt en el suelo y me arrodillo frente a él, agradecido por la distracción.

—Gracias por el almuerzo, campeón —digo, revolviéndole el pelo—. Es justo lo que necesitaba.

—¿Te gusta la bolsa? —pregunta, con esa vulnerabilidad infantil que siempre me desarma—. He dibujado dinosaurios para ti.

—Es la mejor bolsa de almuerzo que he tenido jamás —aseguro, y es la verdad. Cualquier cosa que venga de mi hijo es un tesoro para mí.

Finalmente, me obligo a mirar a Sarah directamente.

—Gracias por traerlo —digo, manteniendo mi voz deliberadamente neutra —. No era necesario que vinieras hasta aquí.

—No ha sido ningún problema —responde, y hay una calidez en su voz que hace que algo se retuerza dentro de mí—. Wyatt quería verte, y pensamos que sería una buena sorpresa.

La miro, con su piel ligeramente bronceada por el sol texano, sus ojos azules que parecen ver a través de todas mis defensas, y siento pánico. Pánico por lo que me hace sentir, por cómo su presencia altera todo mi equilibrio cuidadosamente construido. Por cómo los otros hombres la miran, como si fuera un oasis en el desierto. Por cómo Wyatt sostiene su mano con tanta confianza, como si ella fuera una constante en su vida y no una visitante temporal.

—Bueno, ya me habéis visto —digo, y mi voz suena más dura de lo que pretendo—. Y como puedes comprobar, estoy ocupado. Deberías llevarte a Wyatt de vuelta a casa. No es seguro para él estar aquí con el ganado.

Veo cómo su expresión cambia, cómo sus mejillas se colorean no de vergüenza sino de indignación. He sido un idiota, lo sé incluso mientras las palabras salen de mi boca. Pero no puedo retractarme ahora.

—Por supuesto —dice, y hay una dignidad en su tono que me hace sentir aún más miserable—. No querríamos interrumpir tu importante trabajo. Vamos, Wyatt. Dejemos que tu padre vuelva a sus vacas.

Toma la mano de mi hijo, que me mira confundido.

—¿Ya nos vamos? —pregunta Wyatt, y la decepción en su voz es como un puñal en mi pecho.

—Papá tiene que trabajar, cariño —explica Sarah, y me sorprende que no deje que su evidente irritación conmigo afecte su tono con él—. Y nosotros tenemos muchas cosas divertidas que hacer en casa, ¿recuerdas? Íbamos a hacer esas galletas con forma de dinosaurio.

El rostro de Wyatt se ilumina ante la mención de las galletas.

—¡Es verdad! —exclama, y luego me mira—. ¡Te guardaremos algunas, papá!

Asiento, sintiendo una oleada de arrepentimiento. Mi hijo me está ofreciendo galletas después de que acabo de arruinar su sorpresa. No merezco a este niño.

—Eso estaría bien —digo, intentando suavizar mi tono—. Gracias, Wyatt.

—De nada —responde alegremente—. ¡Te quiero, papá!

—Y yo a ti, campeón —respondo automáticamente, y mis ojos se encuentran con los de Sarah por encima de la cabeza de Wyatt.

Quiero decirle algo. Disculparme, explicarle que no es ella, soy yo. Que su presencia me desestabiliza de formas que no puedo permitirme. Que verla con

mi hijo, en mi territorio, rodeada de hombres que claramente la encuentran atractiva, ha despertado algo primitivo y posesivo dentro de mí que me asusta.

Pero las palabras no salen. Nunca salen cuando se trata de ella.

—Hasta la cena —dice, girándose para marcharse.

—Hasta la cena —repito, y me pregunto si ella puede oír el conflicto en mi voz. El deseo de verla de nuevo mezclado con el miedo a lo que su presencia me hace.

Los observo alejarse, la pequeña figura de mi hijo junto a la esbelta silueta de Sarah. Caminan de la mano, y hay algo en esa imagen que me golpea con una fuerza inesperada. Parecen correctos juntos. Como si ella perteneciera a nuestras vidas.

Y eso me aterroriza más que cualquier otra cosa.

—¡Vuelve cuando quieras, señorita Hayes! —grita Danny, y no puedo contener un gruñido de advertencia que hace que el joven se encoja visiblemente.

—Vaya, vaya —dice Pete, acercándose a mí con esa sonrisa de quien ha visto demasiado—. Así que esa es la famosa Sarah Hayes. Ahora entiendo por qué has estado tan gruñón últimamente.

—No sé de qué estás hablando —respondo secamente, dándole la espalda para volver a mi caballo.

—Claro que no —ríe Pete—. Y yo no tengo setenta años y problemas de rodilla. Mira, muchacho, he visto esa mirada antes. Como un hombre que acaba de encontrar agua en el desierto, pero teme que sea un espejismo.

—Estás equivocado —digo, con más dureza de la necesaria—. No hay nada entre Sarah Hayes y yo. Es la niñera de Wyatt. Temporal. Y punto.

Pete levanta las manos en señal de rendición, pero su sonrisa conocedora permanece.

—Lo que tú digas, jefe. Pero si me permites un consejo: la vida es demasiado corta para pasarla luchando contra lo inevitable.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto, aunque una parte de mí ya lo sabe.

—Significa que algunas batallas no están hechas para ser ganadas —responde simplemente—. Solo para ser rendidas con gracia.

Lo miro, este hombre que ha sido más un padre para mí que mi propio padre, y siento una mezcla de irritación y gratitud por su perspicacia.

—Volvamos al trabajo —digo finalmente, incapaz de responder a su críptico consejo—. Esas vacas no se van a revisar solas.

Mientras monto de nuevo, abro la bolsa del almuerzo que Wyatt me trajo. El sándwich está un poco aplastado, la mermelada se ha filtrado por los

bordes, y hay demasiada mantequilla de cacahuete. Es perfecto.

Los dibujos de dinosaurios en la bolsa, hechos claramente por la mano inexperta de mi hijo, me hacen sonreír a mi pesar. Y cuando muerdo el sándwich, el sabor dulce y salado me transporta a mi infancia, a los raros momentos de felicidad antes de que todo se desmoronara.

Sarah Hayes ha entrado en mi casa, en mi cocina, en la vida de mi hijo. Ha descubierto uno de mis secretos más triviales y ha usado ese conocimiento para un gesto de amabilidad que no merezco después de cómo la he tratado.

Y lo peor de todo es que, a pesar de mis esfuerzos por mantenerla a distancia, una parte de mí, una parte que crece cada día, se pregunta cómo sería rendirse a lo inevitable.

Cómo sería dejar de luchar contra esta atracción que amenaza con consumirme.

Cómo sería, solo por una vez, permitirme querer algo que sé que no puedo tener.

CAPÍTULO 10

SARAH

El sonido de un pájaro cantando en la ventana me despierta lentamente. Parpadeo en la penumbra de la habitación, momentáneamente desorientada. El colchón es diferente, más firme que el de mi apartamento en Nueva York. Las sábanas huelen a detergente y a algo más, algo indefiniblemente masculino que hace que mi estómago se contraiga.

La casa de Jake. Estoy en la casa de Jake.

Me incorporo, frotándome los ojos y apartando el pelo de mi cara. Por la ventana, los primeros rayos del amanecer comienzan a filtrarse entre las cortinas descoloridas. Es demasiado temprano para estar despierta, pero mi vejiga tiene otras ideas.

Salgo de la cama estirándome como un gato perezoso. Llevo una camiseta vieja que me llega hasta medio muslo y unos pantalones cortos de algodón, mi pijama habitual. En Nueva York me habría puesto algo más elegante, sabiendo que compartía baño, pero anoche estaba tan cansada después de hornear galletas con Wyatt que apenas tuve energía para cambiarme.

Abro la puerta de mi habitación y me dirijo al pasillo, todavía medio dormida. La madera cruje bajo mis pies descalzos, y la casa parece susurrar secretos en la quietud de la mañana. Es extraño estar aquí, en este espacio tan íntimo y masculino, tan diferente de cualquier lugar donde haya vivido antes.

Llego a la puerta del baño justo cuando ésta se abre. El vapor escapa como una nube, y de repente, choco contra algo sólido y cálido. Algo muy sólido, muy cálido y muy desnudo.

Jake, con nada más que una toalla blanca anudada precariamente alrededor de su cintura.

—¡Oh! —exclamo, y mis manos se apoyan instintivamente en su pecho para evitar caer.

Su pecho desnudo. Húmedo. Musculoso.

Dios mío.

El tiempo parece detenerse mientras mi cerebro intenta procesar lo que está sucediendo. Estoy tocando a Jake. Estoy tocando su piel desnuda. Bajo mis palmas, siento el ritmo acelerado de su corazón, el calor que emana de su cuerpo, la firmeza de músculos forjados por años de trabajo físico.

Levanto la mirada lentamente, siguiendo el camino de gotas de agua que descienden por su cuello, por el hueco de su garganta, hasta perderme en la

extensión de su torso. Tiene cicatrices, noto distraídamente. Pequeñas marcas blancas que cuentan historias de una vida vivida intensamente. Y tiene un tatuaje justo encima del corazón, algo que parece una fecha.

Finalmente, mis ojos encuentran los suyos, y lo que veo allí me deja sin aliento. Sus pupilas están dilatadas, convirtiendo sus ojos color whisky en pozos oscuros donde podría ahogarme voluntariamente.

—Lo siento —susurro, pero no retiro mis manos. No puedo. Es como si estuvieran pegadas a su piel por alguna fuerza magnética que no puedo controlar.

Jake no dice nada. Solo me mira, con una intensidad que hace que mi piel hormiguee y que un calor líquido se extienda por mi vientre. Estamos tan cerca que puedo oler su champú, sentir su respiración entrecortada, ver cada una de sus pestañas.

Y entonces, como si despertara de un trance, sus manos se cierran alrededor de mis muñecas. Grandes, callosas, fuertes. Con un movimiento deliberado, aparta mis manos de su pecho.

—Disculpa —dice, y su voz es más ronca de lo habitual, más profunda—. No te he visto.

Pero no se aparta. Seguimos de pie, demasiado cerca, en el umbral del baño, envueltos en vapor y tensión. Una gota de agua cae de su pelo y aterriza en mi clavícula, deslizándose lentamente hacia el escote de mi camiseta. Sus ojos siguen su recorrido, y siento que mi piel se enciende bajo su mirada.

—Yo... —comienzo, pero no sé qué decir. Mi mente está en blanco, consumida por la proximidad de este hombre que me desconcierta y me fascina a partes iguales.

Jake da un paso atrás, creando una distancia que se siente como un abismo. Su expresión cambia, cerrándose como una puerta que se cierra de golpe. La máscara del hosco capataz vuelve a su lugar, ocultando al hombre vulnerable que vislumbré por un segundo.

—Todo tuyo —dice, haciendo un gesto hacia el baño, y hay una frialdad en su voz que contrasta brutalmente con el calor de hace un momento.

—Gracias —respondo automáticamente, aunque lo que quiero decir es «quédate».

Jake asiente una vez, bruscamente, y luego me rodea, dirigiéndose a su habitación con pasos rápidos y decididos. La puerta se cierra tras él con un clic que suena como una sentencia.

Me quedo allí, en el umbral del baño, sintiendo cómo mi corazón late desbocado contra mis costillas. Mis manos todavía hormiguean con la

sensación de su piel, y mi mente reproduce una y otra vez la imagen de su cuerpo, perfecto en su imperfección, fuerte y vulnerable al mismo tiempo.

Entro al baño y cierro la puerta, apoyándome contra ella mientras intento recuperar el aliento. El espejo está empañado, pero puedo distinguir mi reflejo borroso: mejillas sonrojadas, ojos brillantes, labios entreabiertos. Parezco alguien a quien no reconozco. Alguien afectado, descontrolado, deseoso.

El baño huele a él. A su champú, a su jabón, a su esencia masculina que ahora parece impregnar cada molécula de aire. Es intoxicante.

Me acerco al lavabo y me echo agua fría en la cara, intentando calmar el fuego que se ha encendido dentro de mí. Pero es inútil. La imagen de Jake Wheeler, casi desnudo y completamente irresistible, está grabada a fuego en mi mente.

JAKE

El impacto es tan repentino como inesperado. Abro la puerta del baño y algo suave y cálido choca contra mí. Alguien. Sarah.

Sarah en pijama, con el pelo revuelto y los ojos somnolientos. Sarah con las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos en sorpresa. Sarah, cuyas manos ahora descansan sobre mi pecho desnudo.

Sus manos son pequeñas y sorprendentemente frías contra mi piel caliente por la ducha. Puedo sentir cada uno de sus dedos, cada punto de contacto como una descarga eléctrica que recorre todo mi cuerpo. Y Dios me ayude, no quiero que las quite.

El tiempo parece ralentizarse mientras permanecemos así, congelados en este momento imposible. Observo cómo sus ojos recorren mi torso, deteniéndose en las cicatrices que he acumulado a lo largo de los años, en el tatuaje con la fecha de nacimiento de Wyatt que llevo sobre el corazón. Su mirada es como una caricia física, y siento que cada músculo de mi cuerpo se tensa en respuesta.

Mi miembro se pone duro como una roca y temo que sea capaz de atravesar la toalla. Joder.

—Lo siento —susurra, pero sus manos siguen en mi pecho, y cada segundo que pasan allí hace que sea más difícil recordar por qué esto es una mala idea.

No puedo hablar. Si abro la boca, temo que lo que salga no sean palabras sino un gruñido primitivo de necesidad. Porque en este momento, con Sarah Hayes frente a mí, con su camiseta que revela más pierna de la que debería haber visto, con su pelo cayendo en ondas desordenadas alrededor de su rostro, con esa mirada en sus ojos que me invita a olvidar todas las razones por

las que debería mantenerme alejado... en este momento, lo único que quiero es tirar de ella hacia el baño, cerrar la puerta, y descubrir si sus labios saben tan dulces como parecen.

Pero no puedo. No debo.

Con un esfuerzo sobrehumano, cierro mis manos alrededor de sus muñecas y aparto sus manos de mi pecho. El contacto envía otra oleada de calor a través de mí, y tengo que luchar contra el impulso de entrelazar nuestros dedos en su lugar.

—Disculpa —consigo decir, y mi voz suena extraña incluso para mis propios oídos—. No te había visto.

Pero no me muevo. No puedo. Estamos atrapados en la gravedad del otro, demasiado cerca y no lo suficientemente cerca al mismo tiempo. Una gota de agua cae de mi pelo y aterriza en su clavícula, deslizándose hacia el escote de su camiseta. Sigo su recorrido con los ojos, incapaz de mirar a otro lado, imaginando cómo sería seguir esa gota con mis labios, con mi lengua.

El pensamiento me sacude como un baldazo de agua fría. ¿Qué demonios estoy haciendo? Esta es Sarah Hayes. La hermana de Logan. La niñera temporal de mi hijo. Una mujer que pertenece a un mundo completamente diferente al mío. Una complicación que no puedo permitirme.

Doy un paso atrás, necesitando distancia, necesitando aire que no esté impregnado de su aroma a vainilla y mujer dormida. Levanto mis muros, refuerzo mis defensas, me obligo a recordar todas las razones por las que esto es imposible.

—Todo tuyo —digo, señalando el baño, y me aseguro de que mi voz suene fría, distante, profesional.

—Gracias —responde, y hay una nota de confusión en su voz que me hace preguntarme si ella también sintió lo que acaba de pasar entre nosotros.

Asiento una vez, incapaz de confiar en mi voz para decir algo más, y la rodeo para dirigirme a mi habitación. Cada paso que me aleja de ella es un ejercicio de pura fuerza de voluntad. Cierro la puerta tras de mí y me apoyo contra ella, respirando profundamente, intentando calmar el tumulto en mi interior.

Mi piel todavía arde donde sus manos me tocaron. Puedo sentir la huella de sus dedos como si los hubiera marcado con hierro candente. Y la imagen de ella, con esa camiseta que apenas cubría lo esencial, con esos ojos somnolientos que se encendieron al verme, con esos labios que parecían pedir ser besados... esa imagen está grabada en mi mente con una claridad dolorosa.

Me paso una mano por el pelo mojado, maldiciendo en voz baja. Esto no puede estar pasando. No puedo sentir esto por Sarah. No puedo desearla de

esta manera, tan cruda, tan primitiva, tan completa.

Porque si me permito reconocer este deseo, si me permito actuar en consecuencia, estaré abriendo la puerta a algo que no puedo controlar. Algo que podría destruir la frágil estabilidad que he construido para Wyatt y para mí. Algo que, inevitablemente, terminará en dolor.

Me visto mecánicamente, eligiendo la camisa más vieja y los vaqueros más gastados que tengo, como si el aspecto rudo pudiera protegerme de lo que acabo de sentir. Como si pudiera levantar una barrera física entre Sarah y yo.

Porque no puedo permitirme pensar en estar con esta princesa de ciudad, no solo porque soy absolutamente consciente de que no soy su clase de hombre, que es una mujer sofisticada y yo solo soy un vaquero rudo, sino porque no pienso volver a dejar que ninguna mujer se acerque a mí. Con Rebeca pude sobrevivir a su marcha, en el fondo ninguno de los dos nos queríamos, solo el embarazo inesperado de Wyatt nos unió, pero con Sarah, Con Sarah voy a volverme loco cuando se vaya si me permito dejarla entrar. Lo sé. Nadie jamás ha despertado en mí una décima parte de lo que ella despierta con una sola mirada.

CAPÍTULO 11

SARAH

—¿Dónde demonios estás metida, Sarah? ¡El mundo de la moda no espera a nadie, ni siquiera a ti!

La voz estridente de Lisa, mi agente, retumba a través del altavoz del teléfono con tanta fuerza que tengo que apartarlo de mi oreja. Kate y Emma intercambian una mirada divertida desde sus respectivas mecedoras en el porche de la casa principal. Estamos disfrutando de una tarde tranquila, con tazas de café humeante (chocolate caliente en el caso de Emma) y galletas recién horneadas, mientras Wyatt juega con sus dinosaurios en la hierba frente a nosotras.

O al menos lo estábamos, hasta que el huracán Lisa decidió arrasar con nuestra paz.

—Estoy en Texas con mi hermano, Lisa. Ya te lo dije —respondo, intentando mantener la calma—. Tomándome un descanso.

—¿Un descanso? —la palabra suena como si hubiera dicho «cometiendo un asesinato»—. ¿Sabes cuántas influencers matarían por las oportunidades que estás rechazando? Tengo a Gucci esperando tu respuesta para la campaña de otoño. ¡Gucci, Sarah! Y la revista Vogue quiere hacer un reportaje sobre tu «misterioso retiro rural». Podríamos convertir esto en oro si vuelves ahora y hacemos un relato de tu «viaje espiritual» o como quieras llamarlo.

Me froto la sien, sintiendo que comienza a palpitar una migraña. Típico de Lisa, siempre buscando la forma de monetizar hasta mis crisis existenciales.

—No es un «retiro rural» para las redes sociales, Lis —digo, y noto que mi voz suena diferente, más firme—. Es mi vida. Estoy aquí porque quiero estar aquí.

Hay un silencio tan prolongado al otro lado de la línea que por un momento creo que se ha cortado la llamada.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Sarah Hayes? —pregunta finalmente Lisa, medio en broma, medio en serio—. La Sarah que conozco nunca rechazaría una campaña de Gucci.

—Quizás no me conoces tan bien como crees —respondo, sorprendiéndome a mí misma con la honestidad de mis palabras.

Emma me mira con una expresión de aprobación tan evidente que no puedo evitar sonreírle. A sus trece años, tiene una sabiduría que muchos adultos envidiarían.

—Sarah, cariño —la voz de Lisa cambia a ese tono meloso que usa cuando intenta manipularme—. Entiendo que necesites un respiro. El ritmo de Nueva York puede ser agotador. Pero no puedes simplemente desaparecer así. Tienes contratos, compromisos, seguidores que esperan contenido. Tu marca personal...

—Mi marca personal estará bien sin mí durante un tiempo —la interrumpo, y hay una liberación en poder decir esas palabras en voz alta—. Necesito esto, Lis. Necesito recordar quién soy cuando no estoy posando para una cámara o promocionando el último producto de moda.

Kate asiente sutilmente, levantando su taza de café en un silencioso brindis de apoyo. Me sorprende lo mucho que significa para mí su aprobación, considerando que hace apenas unas semanas éramos desconocidas.

—¿Es por un hombre? —pregunta Vivian, y su tono sugiere que esa sería la única explicación razonable para mi comportamiento—. Porque si es así, podemos incorporarlo a tu narrativa. «La influencer y el vaquero», tiene potencial.

—¡No! —exclamo, quizás demasiado rápido, mientras siento que mis mejillas se calientan al pensar en cierto vaquero de ojos color whisky y mandíbula obstinada—. No se trata de un hombre, Viv. Se trata de mí.

Emma suelta una risita que intenta disimular con una tos poco convincente. La miro con los ojos entrecerrados, pero ella solo me devuelve una expresión de inocencia angelical que no me engaña en absoluto. Esa niña es demasiado perceptiva para su propio bien.

—Escucha —continúo, intentando sonar profesional—. No estoy abandonando mi carrera. Solo estoy tomándome un tiempo para reevaluar mis prioridades. Dile a Gucci que estoy interesada, pero que necesito unas semanas antes de comprometerme. Y a Vogue... bueno, diles que mi historia está aún escribiéndose.

—Estás cometiendo un error —insiste Lisa—. En este negocio, si desapareces unas semanas, la gente te olvida. Y luego tendremos que trabajar el doble para recuperar tu relevancia.

—Tal vez no quiero ser «relevante» de la misma manera que antes —respondo, y la verdad de esas palabras me golpea con fuerza—. Tal vez quiero algo más auténtico.

Kate se inclina hacia adelante en su mecedora, sus ojos brillantes con algo que parece orgullo.

—Dios mío, te han lavado el cerebro —Lisa suena genuinamente horrorizada—. ¿Es una secta? ¿Te están obligando a decir estas cosas? Gruñe dos veces si necesitas que envíe ayuda.

No puedo evitarlo. Me echo a reír. Una risa genuina, profunda, liberadora, que brota desde algún lugar olvidado dentro de mí. Kate y Emma se unen, y pronto las tres estamos riendo como locas, mientras Wyatt nos mira desde el césped con la confusión adorable de un niño de cuatro años que no entiende las bromas de adultos.

—No es una secta, Lis —digo cuando finalmente recupero el aliento—. Es una familia. Y resulta que me gusta formar parte de ella, aunque sea temporalmente.

Hay otro silencio, pero este es diferente. Más reflexivo.

—Nunca te había oído así —dice finalmente, y por primera vez en nuestra conversación, suena como una amiga y no como una agente—. Suenas... feliz.

—Lo estoy —respondo, sorprendida de lo cierta que es esa simple afirmación—. Más de lo que he estado en mucho tiempo.

—Está bien —suspira dramáticamente—. Te daré un mes. Ni un día más. Mantendré a los buitres a raya mientras tanto. Pero necesito al menos una publicación semanal en Instagram para que tus seguidores no piensen que has muerto o algo así. Y tienes que hacer las campañas que tienes pagadas, aunque sea desde ese… sitio. Te las enviaré al lugar civilizado más cercano.

No lo puedo evitar, me vuelvo a reír.

—Trato hecho —accedo, sabiendo que es lo mejor que voy a conseguir de ella—. Y Lis, gracias.

—No me agradezcas todavía —advierte—. Cuando vuelvas, vas a trabajar como nunca para compensar este experimento rural tuyo.

Cuelgo con una sonrisa, dejando el teléfono sobre la mesa de madera desgastada entre nuestras mecedoras. Por un momento, las tres permanecemos en silencio, disfrutando del suave balanceo y del sonido de los grillos que comienzan su concierto vespertino.

—Así que... —Emma es la primera en romper el silencio, con una sonrisa traviesa—. No se trata de un hombre, ¿eh?

Siento que mis mejillas se encienden de nuevo.

—No sé de qué estás hablando —respondo, fingiendo fascinación por mi taza de café.

—Por supuesto que no —asiente Emma con falsa seriedad—. Igual que no sé nada sobre cómo miras a cierto capataz gruñón cuando crees que nadie te está observando.

—¡Emma! —la reprende Kate, aunque puedo ver que está luchando por no sonreír.

—¿Qué? —Emma se encoge de hombros, toda inocencia—. Solo digo que para alguien que supuestamente no está aquí por un hombre, pasa mucho

tiempo suspirando cuando Jake hace esa cosa de inclinarse sobre la valla del corral.

—¡Yo no suspiro! —protesto, horrorizada de ser tan transparente—. Y definitivamente no me fijo en cómo se inclina sobre nada.

Las tres estallamos en carcajadas de nuevo, y esta vez incluso Wyatt se une, aunque claramente no entiende el chiste. Hay algo increíblemente liberador en este momento, en poder reír y bromear sin preocuparme por cómo me veo, si mi maquillaje se está corriendo o si alguien está capturando un ángulo desfavorable para las redes.

—Hablando en serio —dice Kate cuando nuestra risa se calma—, has hecho lo correcto al poner límites. Tu hermano tardó demasiado en aprender esa lección.

—Logan siempre ha sido el más responsable —respondo, mirando hacia los pastos donde, a lo lejos, puedo distinguir la figura de mi hermano trabajando con los caballos—. El que cargaba con todo el peso de las expectativas.

—Y míralo ahora —señala Kate—. Nunca sonríe tanto como cuando está cubierto de barro hasta las rodillas.

—Es cierto —asiento, maravillada por la transformación de Logan—. A veces apenas reconozco a ese hombre que sonríe y se levanta al amanecer sin quejarse.

—El rancho tiene ese efecto en las personas —dice Kate, con una mirada que sugiere que está viendo más allá de mis palabras—. Te despoja de las capas superficiales y te deja con lo esencial. Lo que realmente importa.

Sus palabras resuenan en mí con una verdad que no puedo negar. En el tiempo que llevo aquí, he sentido cómo las capas cuidadosamente construidas de «Sarah Hayes, la influencer» se han ido desprendiendo una a una. La obsesión por mi apariencia, la necesidad constante de validación externa, la ansiedad por estar siempre disponible y relevante... todo eso parece cada vez más lejano e insignificante.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —digo, contemplando la puesta de sol que comienza a teñir el cielo de tonos dorados y rosados—. No he publicado nada en dos semanas, y el mundo no se ha acabado. Nadie ha muerto. La vida sigue.

—¡Increíble! —bromea Emma, pero hay comprensión en sus ojos—. Resulta que el universo no gira alrededor de los filtros y las poses estudiadas.

—Emma —la advierte Kate, pero sin verdadera reprimenda en su voz.

—No, tiene razón —le sonrío—. He pasado tanto tiempo preocupándome por cómo me perciben los demás que casi olvido cómo es simplemente existir. Estar presente en el momento sin documentarlo todo.

—Como ahora —dice Kate suavemente.

—Como ahora —asiento, dejando que la paz de este momento se asiente en mí.

Wyatt elige ese instante para acercarse corriendo, sosteniendo un dinosaurio de plástico en cada mano.

—¡Sarah! —exclama, sus ojos brillantes de emoción—. ¡Rex y Trixie quieren más galletas!

—¿Ah, sí? —pregunto seriamente—. Bueno, tendremos que ver si se han portado bien. Los dinosaurios hambrientos deben tener buenos modales.

Wyatt asiente con toda la solemnidad que un niño puede reunir, y luego hace que ambos dinosaurios se inclinen en una especie de reverencia torpe que derrite mi corazón.

—Por favor, Sarah —dice con una voz grave que supongo representa a Rex el T-Rex—. Somos dinosaurios muy buenos y tenemos mucha, mucha hambre.

Kate y Emma intercambian una mirada significativa que no se me escapa, pero decido ignorarla mientras le entrego una galleta a Wyatt.

—Una para cada uno —digo—. Y asegúrate de que compartan. Incluso los dinosaurios feroces deben aprender a compartir.

Wyatt asiente solemnemente antes de correr de vuelta a su zona de juegos, hablando animadamente con sus dinosaurios sobre la importancia de los buenos modales.

—Eres buena con él —comenta Kate cuando Wyatt está lo suficientemente lejos para no oírnos.

—Es un niño maravilloso —respondo, sintiendo un nudo inesperado en la garganta.

—Jake ha hecho un buen trabajo —asiente Kate—. Después de que Rebecca se fue, estaba tan perdido... Pero nunca dejó que Wyatt lo sintiera. Siempre ha puesto a su hijo por encima de todo.

El nombre de Rebecca cae como una piedra en nuestra conversación. Es la primera vez que alguien menciona a la madre de Wyatt en mi presencia, y siento una curiosidad que sé que es inapropiada pero no puedo evitar.

Como si leyera mi mente, Emma dice:

—Se fue cuando Wyatt tenía apenas un año. Dejó una nota. Ni siquiera se despidió.

—Emma —la voz de Kate tiene ahora un tono de advertencia genuina—. No es nuestra historia para contar.

—Sarah es parte de la familia ahora —argumenta Emma—. Debería saber estas cosas.

La sencillez con la que Emma me incluye en «la familia» me deja sin palabras. Es un regalo que no esperaba y que no estoy segura de merecer.

Un silencio significativo cae entre nosotras, roto solo por el chirrido rítmico de las mecedoras y las risas ocasionales de Wyatt jugando con sus dinosaurios.

—Bueno —dice finalmente Kate, con una sonrisa que disipa la tensión—, si alguien puede llegar hasta Jake, eres tú. Después de todo, hasta Bertha la gallina terminó queriéndote, y ella odia a todo el mundo.

—Un logro del que estoy particularmente orgullosa —respondo, agradecida por el cambio de tema—. Quizás debería añadirlo a mi currículum: «Domadora de gallinas psicópatas».

—Justo entre «Influencer de éxito» y «Hornea las mejores galletas de dinosaurio del condado» —añade Kate con una sonrisa.

—Hablando de galletas —digo, poniéndome de pie—, creo que es hora de preparar la cena. Jake volverá pronto y Wyatt necesita bañarse antes de comer.

—Por supuesto —asiente Kate con una sonrisa demasiado inocente—. No querríamos que Jake llegara y la cena no estuviera lista. Qué escándalo sería.

—Cállate —murmuro, pero sin verdadera molestia.

Mientras recojo a Wyatt y nos despedimos, no puedo evitar reflexionar sobre esta tarde. Sobre la llamada de Lisa y lo fácil que fue mantenerme firme. Sobre la camaradería con Kate y Emma. Sobre la sensación de pertenencia que está echando raíces dentro de mí, a pesar de todos mis esfuerzos por recordarme que esto es temporal.

Y mientras caminamos de regreso a la casa de Jake, con Wyatt parloteando alegremente sobre las aventuras de sus dinosaurios, me pregunto si mi agente tenía razón en una cosa: tal vez sí hay un hombre involucrado en mi decisión de quedarme.

Pero quizás, solo quizás, también hay mucho más que eso. Quizás estoy descubriendo una versión de Sarah que nunca supe que existía. Una que no necesita filtros, ni poses estudiadas, ni la validación constante de extraños en internet.

Una Sarah que podría, contra todo pronóstico, encontrar su lugar en un pequeño rancho de Texas, entre gallinas psicópatas y vaqueros gruñones.

Y por primera vez en mucho tiempo, el futuro no me parece un guion cuidadosamente planificado, sino una página en blanco llena de posibilidades.

Y eso, más que cualquier campaña de Gucci, me llena de una emoción que no puedo nombrar pero que se siente sospechosamente parecida a la esperanza.

CAPÍTULO 12

JAKE

Hay algo hipnótico en observar a Sarah moverse por mi cocina. Lo hago desde el umbral de la puerta, con mi taza de café en la mano, intentando convencerme de que solo estoy supervisando que no queme la casa. Pero la verdad es que no puedo apartar la mirada.

Se mueve con una gracia natural mientras prepara el desayuno de Wyatt: tortitas con forma de dinosaurio, por supuesto. Mi hijo está sentado en su taburete, parloteando sobre algo relacionado con los triceratops y su dieta, y Sarah lo escucha con genuino interés, haciéndole preguntas y asintiendo en los momentos adecuados.

Lleva apenas unos días viviendo bajo mi techo, y ya ha establecido rutinas con Wyatt como si llevara años haciéndolo. Conoce exactamente cuánta miel le gusta en sus tortitas (demasiada), sabe que hay que cortar la fruta en trozos pequeños para que no la deje, y de alguna manera ha conseguido que se tome el vaso de leche sin protestar, algo con lo que yo llevo batallando desde que tiene memoria.

—¡Papá! —exclama Wyatt al verme—. ¡Sarah dice que los dinosaurios comían plantas! ¡Incluso Rex!

—T-Rex era carnívoro, cariño —corrige Sarah con suavidad—. Pero muchos otros dinosaurios grandes comían solo plantas.

—Como Bronco —asiente Wyatt solemnemente, refiriéndose a su Brontosaurus de plástico.

—Exactamente —sonríe Sarah, y algo dentro de mi pecho se contrae dolorosamente.

Me acerco a la mesa, manteniendo mi expresión neutra a pesar del tumulto en mi interior. ¿Cómo es posible que esta mujer, esta princesa de ciudad que apareció en mi vida hace apenas unas semanas, encaje tan perfectamente en los espacios vacíos que ni siquiera sabía que teníamos?

—Buenos días —murmuro, revolviendo el pelo de Wyatt antes de sentarme.

—Buenos días, papá —responde mi hijo alegremente, con la boca llena de tortita.

—No hables con la boca llena, campeón —le recuerdo automáticamente.

Sarah coloca un plato de tortitas frente a mí, y nuestros dedos se rozan brevemente. La electricidad que siento ante ese contacto mínimo es ridícula y

perturbadora.

—Gracias —digo secamente, apartando la mirada.

—De nada —responde ella, y puedo oír la sonrisa en su voz, aunque me niego a verificarla.

Se sienta frente a mí con su propio plato, y por unos minutos, los tres comemos en un silencio sorprendentemente cómodo, interrumpido solo por los comentarios entusiastas de Wyatt sobre sus dinosaurios. Es una escena tan doméstica, tan... familiar, que me aterroriza.

—Jake —Sarah rompe el silencio finalmente—. Necesito pedirte algo.

Levanto la mirada, inmediatamente en guardia. Su tono es cauteloso, lo que significa que está a punto de decir algo que no me va a gustar.

—¿Qué? —pregunto, más brusco de lo que pretendía.

Sarah respira hondo, como preparándose para una batalla.

—Necesito ir a la ciudad mañana —dice—. Mi agente ha enviado unos productos que tengo que promocionar. Es parte de contratos que ya firmé y me han pagado. No puedo incumplirlos.

La miro fijamente, procesando sus palabras. Por supuesto. Su otra vida. La vida que tiene fuera de este rancho, fuera de esta cocina, fuera de nosotros. La vida a la que inevitablemente volverá.

—¿La ciudad? —repito, ganando tiempo mientras organizo mis pensamientos—. ¿Te refieres a Austin?

—No, no —niega rápidamente—. Solo a Henderson. La oficina de correos tiene mis paquetes retenidos allí. Serían solo unas horas.

Henderson está a unos 80 kilómetros. No es un viaje largo, pero los caminos no son los mejores, y la idea de Sarah conduciendo sola por esas carreteras rurales me pone inexplicablemente tenso.

—¿Y Wyatt? —pregunto, aunque no es esa mi verdadera preocupación. Puedo quedarme con él o…

—Puedo quedarme con tía Kate —ofrece Wyatt, siempre útil—. ¡Y con los caballos!

Sarah asiente.

—Hablé con Kate ayer, y dijo que no habría problema —me explica—. Sé que es repentino, pero realmente necesito hacer esto. Es mi trabajo.

Su trabajo. Por supuesto. Posar con productos caros y sonreír a una cámara. Un trabajo que eventualmente la reclamará por completo, que la devolverá a Nueva York, a los eventos de moda, a un mundo donde tipos con trajes caros competirán por su atención.

La idea me revuelve el estómago.

—No puedes ir sola —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Sarah parpadea, sorprendida.

—¿Disculpa?

—Que no puedes ir sola —repito, manteniendo mi voz firme—. Esas carreteras son peligrosas si no las conoces.

Sus mejillas se colorean ligeramente, pero no retrocede.

—Puedo conducir perfectamente, Jake —responde, con ese tono que usa cuando intenta no sonar irritada—. Y tengo GPS.

—No se trata de eso —insisto, aunque ni yo mismo estoy seguro de qué se trata exactamente—. No vas a ir sola, y punto.

Me levanto bruscamente de la mesa, incapaz de seguir soportando esta conversación, esta cercanía, esta peligrosa sensación de domesticidad.

—Tengo que irme —anuncio, sin mirarla directamente—. Hay trabajo que hacer.

Y sin esperar respuesta, salgo por la puerta, necesitando desesperadamente escapar de la peligrosa calidez que amenaza con derretir todas mis defensas.

Porque lo que no puedo admitir, ni siquiera a mí mismo, es la verdadera razón por la que no quiero que vaya sola: la idea de Sarah en la ciudad, rodeada de hombres que no tienen mis restricciones ni mis muros, me resulta insoportable.

Y no pienso permitirlo.

SARAH

Lo observo salir por la puerta como si le persiguiera el mismísimo diablo. Ni siquiera se ha terminado el desayuno. Típico de Jake: soltar una orden y luego huir sin dar explicaciones.

—¿Papá está enfadado? —pregunta Wyatt, mirando con confusión la puerta por donde acaba de desaparecer su padre.

—No, cariño —le aseguro, aunque no estoy completamente convencida—. Solo tiene mucho trabajo.

Wyatt asiente, aceptando mi explicación con la confianza natural de los niños, y vuelve a concentrarse en sus tortitas. Yo, en cambio, no puedo evitar sentirme angustiada. ¿Qué ha querido decir con que no puedo ir sola? ¿Piensa prohibirme salir, como si fuera una adolescente castigada?

Esto es intolerable.

A medida que avanza el día, mi ansiedad crece. Necesito ir a Henderson. No es negociable. Esos contratos ya están firmados y pagados, y si no cumplo,

no solo perjudicaré mi relación profesional con esas marcas, sino también mi reputación en el sector. Pero, ¿cómo voy a ir si Jake está empeñado en que no conduzca sola?

Wyatt y yo pasamos la mañana jugando con sus dinosaurios y leyendo cuentos. Después de la comida, lo acuesto para su siesta y aprovecho para revisar mis correos electrónicos. Vivian ha enviado una lista detallada de los productos que tengo que promocionar: un perfume exclusivo, una línea de maquillaje ecológico y unos complementos de una marca emergente. Junto con la lista vienen las instrucciones precisas sobre cómo deben ser las fotos, qué hashtags usar y cuándo publicarlas.

Mientras leo sus demandas, siento una extraña desconexión. Es como si estuviera leyendo sobre la vida de otra persona, una vida que solía ser la mía pero que ahora parece lejana y ajena. ¿De verdad me importaba tanto el ángulo perfecto para mostrar un bolso? ¿Realmente pasaba horas eligiendo el filtro adecuado para una foto de un pintalabios?

La tarde avanza y Jake no regresa. A las seis, empiezo a preparar la cena con la creciente certeza de que tendré que enfrentarme a él sobre lo de mañana. Tal vez pueda convencerle de que me deje el coche, o quizás Kate podría llevarme.

—¿Cuándo viene papá? —pregunta Wyatt mientras me ayuda a poner la mesa.

—No lo sé, cariño —respondo con sinceridad—. Quizás esté muy ocupado hoy.

Wyatt frunce el ceño, claramente preocupado.

—Pero siempre viene a cenar —insiste—. Incluso cuando está muy ocupado.

Asiento, intentando no mostrar mi propia inquietud. Wyatt tiene razón. Por muy ocupado que esté, Jake siempre vuelve para la cena. Es parte de su rutina inquebrantable, una promesa silenciosa que le hizo a su hijo y que nunca rompe.

A las siete y media, justo cuando estoy a punto de servir la cena solo para Wyatt, escuchamos el ruido de la camioneta en el camino de entrada. El rostro del niño se ilumina inmediatamente.

—¡Es papá! —exclama, corriendo hacia la puerta.

Siento un alivio desproporcionado, seguido inmediatamente por nerviosismo. ¿Estará de mejor humor? ¿Podremos hablar civilizadamente sobre lo de mañana?

Jake entra con Wyatt ya colgado de su cuello, escuchando pacientemente el resumen detallado de nuestro día. Cuando sus ojos se encuentran con los

míos, hay algo en ellos que no puedo descifrar. No es la frialdad habitual, pero tampoco es calidez. Es algo más... complicado.

—Hola —saludo, intentando sonar casual—. La cena está lista.

—Gracias —responde, y hay una extraña formalidad en su tono—. Voy a lavarme.

Mientras cenamos, Jake está inusualmente silencioso, incluso para sus estándares. Responde a las preguntas de Wyatt y escucha sus historias, pero apenas me dirige la palabra. La tensión es tan palpable que incluso Wyatt parece notarla, lanzando miradas confusas entre nosotros.

Finalmente, cuando Wyatt termina su postre y se va a buscar su dinosaurio favorito para enseñarle a Jake algo nuevo que ha descubierto, me armo de valor.

—Sobre lo de mañana —comienzo, mirando fijamente mi plato—. Realmente necesito ir a Henderson. Es importante para mi trabajo.

El silencio que sigue es tan largo que finalmente levanto la mirada. Jake me está observando con una intensidad que me deja sin aliento.

—He organizado todo —dice finalmente, y su voz no admite discusión—. Kate cuidará de Wyatt. Yo te llevaré a Henderson.

Me quedo boquiabierta, sin poder creer lo que acabo de oír.

—¿Tú? —logro articular finalmente—. Pero... el rancho... tu trabajo...

—Pete supervisará el rancho —responde secamente—. Y Wyatt se quedará con Kate y Logan. Se marea en los viajes largos.

Parpadeo, completamente descolocada por este giro inesperado.

—¿Por qué harías eso? —pregunto, genuinamente confundida—. Pensaba que considerabas mi trabajo... frívolo.

Jake aparta la mirada, y por un momento parece casi incómodo.

—No se trata de eso —dice finalmente—. Se trata de que es peligroso que vayas sola. Esas carreteras no son seguras si no las conoces.

Por primera vez desde que lo conozco Jake me deja sin palabras.

—Gracias —digo con sinceridad—. De verdad, Jake. Significa mucho para mí.

Él asiente una vez, bruscamente, como si le incomodara mi gratitud.

—Saldremos a las nueve —dice, levantándose de la mesa—. No llegues tarde.

Y con eso, se dirige al salón donde Wyatt lo espera con su dinosaurio, dejándome sola con mis pensamientos revueltos.

Jake Wheeler se ha ofrecido a llevarme a la ciudad. Ha organizado todo: el cuidado de Wyatt, la supervisión del rancho. Y lo ha hecho por algo que sabe que es importante para mí, aunque probablemente piense que es una tontería.

La gratitud que siento es tan intensa que me sorprende. Me levanto y, siguiendo un impulso, me dirijo al salón. Jake está sentado en el suelo con Wyatt, examinando seriamente las nuevas «habilidades» de Rex el dinosaurio.

—Jake —digo, y mi voz suena extrañamente suave—. Gracias. De verdad.

Él levanta la mirada, y por un momento, veo algo en sus ojos que hace que mi corazón se acelere. Algo cálido, vulnerable, casi... tierno. Pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—No es nada —murmura, volviendo su atención a Wyatt y su dinosaurio.

Pero ambos sabemos que no es cierto. Es algo. Algo importante.

Y mientras recojo los platos de la cena, no puedo evitar preguntarme cómo será pasar horas a solas con Jake mañana. En el espacio confinado de su camioneta. Sin Wyatt como amortiguador.

La perspectiva es tan aterradora como emocionante.

Porque si algo ha quedado claro esta noche, es que, bajo esa fachada de dureza y frialdad, Jake Wheeler se preocupa por mí. Lo suficiente como para sacrificar un día de trabajo, organizar todo el rancho, y pasar horas a mi lado haciendo algo que probablemente considera una pérdida de tiempo.

Y eso hace que algo cálido y peligroso florezca en mi pecho.

Estoy en problemas.

CAPÍTULO 13

SARAH

—¿Puedes dejar de hacer eso? —la voz de Jake rompe el silencio que ha reinado en la camioneta durante los últimos veinte minutos.

Lo miro confundida.

—¿Hacer qué?

—Tamborilear con los dedos —señala hacia mi mano, que efectivamente está marcando un ritmo nervioso contra mi muslo—. Es muy distractor.

Inmediatamente detengo el movimiento, sintiendo cómo mis mejillas se calientan. Ni siquiera era consciente de que lo estaba haciendo.

—Lo siento —murmuro, y vuelvo a mirar por la ventanilla.

El paisaje texano se desliza ante mis ojos: extensiones infinitas de tierra dorada salpicada de arbustos resistentes, ganado pastando a lo lejos, y un cielo tan azul y despejado que parece irreal. En otras circunstancias, lo encontraría hermoso. Ahora mismo, solo puedo concentrarme en la tensión que parece llenar cada centímetro cúbico del habitáculo de la camioneta.

Llevamos cuarenta minutos de viaje y Jake apenas ha pronunciado diez palabras. Se sienta rígido tras el volante, con la mandíbula tensa y los nudillos blancos por la fuerza con la que agarra el volante. Cualquiera pensaría que lo estoy llevando a una sesión de tortura en lugar de a recoger unos paquetes.

—Así que... —intento nuevamente iniciar una conversación—. ¿Vienes mucho a Henderson?

Jake me lanza una mirada de reojo antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Solo lo necesario.

Y eso es todo. Dos palabras. Genial.

Suspiro y me hundo un poco más en el asiento. Va a ser un viaje muy largo.

Justo cuando estoy a punto de rendirme y aceptar que pasaremos el resto del trayecto en un silencio incómodo, Jake gira bruscamente el volante, desviándose hacia una salida que no esperaba.

—¿A dónde vamos? —pregunto, enderezándome en el asiento.

—Necesitas ropa adecuada —responde sin mirarme.

—¿Disculpa?

—Ropa adecuada —repite, como si estuviera hablando con alguien particularmente lento—. Para el rancho. No puedes seguir usando la ropa prestada de Kate. No es de tu talla.

Me quedo momentáneamente sin palabras, dividida entre la indignación por su tono y la sorpresa por su observación. Es cierto que la ropa de Kate me queda un poco grande, especialmente en la cintura, pero no pensé que Jake se hubiera fijado en eso.

—Mi ropa está perfectamente bien —respondo finalmente, intentando no sonar a la defensiva.

Jake suelta un bufido que podría interpretarse como una risa sarcástica.

—Esas camisas te quedan como si fueras una niña jugando a disfrazarse con la ropa de su madre —dice, y hay algo en su tono que no puedo descifrar —. Y esos vaqueros... —hace una pausa, y juraría que veo un ligero rubor en sus mejillas— te quedan demasiado grandes en la cintura.

El hecho de que Jake haya estado observando cómo me quedan los vaqueros hace que algo se agite en mi estómago. Algo cálido y peligroso.

—No sabía que eras un experto en moda —respondo, intentando sonar despreocupada.

—No lo soy —gruñe, girando hacia un centro comercial a las afueras de Henderson—. Pero sé reconocer cuando alguien no tiene la ropa adecuada para el trabajo.

Aparentemente, esa es su forma de decir que se preocupa por mi comodidad, aunque jamás lo admitiría. Típico de Jake.

El centro comercial resulta ser un conjunto de tiendas especializadas en ropa western y equipamiento para ranchos. Jake estaciona frente a un establecimiento llamado «Lone Star Western Outfitters» y apaga el motor.

—Vamos —dice, saliendo de la camioneta sin esperarme.

Lo sigo, dividida entre la irritación por su actitud mandona y una extraña sensación de... ¿anticipación? La idea de que Jake me ayude a elegir ropa, de que se preocupe lo suficiente para hacer esta parada, me afecta más de lo que quiero admitir.

La tienda es un paraíso de artículos western: botas de todos los colores y diseños imaginables, sombreros, cinturones con hebillas elaboradas, y ropa que va desde lo tradicional hasta lo moderno con un toque country. Una mujer mayor con una sonrisa amable nos recibe en cuanto entramos.

—¡Bienvenidos a Lone Star! ¿En qué puedo ayudaros?

Antes de que pueda responder, Jake toma el control.

—Necesita ropa para trabajar en un rancho —dice, señalándome con un gesto de cabeza—. Camisas, vaqueros, un par de botas decentes.

La mujer me mira de arriba abajo, asintiendo como si evaluara un proyecto interesante.

—Tengo justo lo que necesitas, cariño —dice, tomándome del brazo—. Ven conmigo.

Durante la siguiente media hora, me veo arrastrada por un torbellino de actividad. La mujer, que se presenta como Marge, parece tomar la misión de vestirme adecuadamente como una cuestión de honor personal. Me hace probarme más camisas western de las que he visto en toda mi vida, seleccionando meticulosamente las que mejor se adaptan a mi figura. Jake se mantiene a distancia, sentado en un banco cerca de los probadores, aparentemente absorto en su teléfono, pero noto cómo levanta la mirada cada vez que salgo para mostrar una nueva combinación.

—¿Qué te parece esta? —pregunto, saliendo con una camisa de cuadros azules y blancos que se ajusta perfectamente a mi cintura y unos vaqueros que parecen hechos a medida.

Jake levanta la vista de su teléfono y, por un segundo, su expresión cambia. Sus ojos recorren mi figura de una manera que hace que mi piel se caliente, y traga visiblemente antes de volver a su habitual ceño fruncido.

—Mejor —dice escuetamente, volviendo a mirar su teléfono—. Al menos no parece que te vayas a tropezar con tus propios pantalones.

Marge, que ha estado observando nuestras interacciones con un interés apenas disimulado, me guiña un ojo.

—Tu marido es de pocas palabras, ¿eh? —dice en voz baja—. Los hombres de rancho suelen ser así. Pero esa mirada que te acaba de echar... —suelta una risita cómplice—. Cariño, ese hombre piensa que estás preciosa.

—No es mi marido —aclaro rápidamente, sintiendo cómo mis mejillas se encienden—. Es mi... —¿jefe? ¿anfitrión? ¿el hombre que me vuelve loca de frustración y deseo a partes iguales?—. Es complicado.

—Ah, los mejores siempre lo son —responde Marge con una sonrisa conocedora—. Bueno, creo que ya tenemos todo lo que necesitas. ¿Quieres llevarte puesta esta ropa?

Asiento, agradecida por el cambio. La camisa y los vaqueros se sienten como una segunda piel, mucho más cómodos que la ropa prestada de Kate.

Mientras Marge recoge el resto de las prendas que hemos seleccionado, me miro en el espejo de cuerpo entero. La imagen que me devuelve la mirada es sorprendentemente auténtica. La Sarah Hayes de Nueva York, con sus conjuntos de diseñador y su imagen perfectamente calculada, parece una extraña lejana. Esta mujer, con su camisa western y sus botas de cuero, parece más real, más yo, que cualquier versión que haya mostrado en Instagram.

Es una revelación inquietante.

Nos dirigimos a la caja, donde Jake ya está esperando con impaciencia. Cuando Marge comienza a escanear las etiquetas, él saca su cartera.

—¿Qué haces? —pregunto, sorprendida.

—Pagar —responde, como si fuera obvio.

—No es necesario —protesto, sacando mi propia tarjeta de crédito—. Puedo pagar mi ropa.

—Fue mi idea venir aquí —insiste, ignorando mi tarjeta extendida—. Yo pago.

Antes de que pueda argumentar más, le entrega su tarjeta a Marge, quien observa nuestro intercambio con evidente diversión.

—Hacéis una pareja adorable —comenta mientras procesa el pago.

Jake se tensa visiblemente, y yo contengo la respiración, esperando su reacción. No tengo que esperar mucho.

—No somos pareja —dice bruscamente—. Es mi empleada.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Marge parece momentáneamente desconcertada, y yo siento como si me hubieran dado una bofetada.

—Oh, disculpad —dice Marge, claramente incómoda.

—No pasa nada —la interrumpo, forzando una sonrisa mientras Jake firma el recibo—. Es un error comprensible.

Pero mientras salimos de la tienda, con Jake cargando las bolsas como si pesaran una tonelada, siento una punzada de dolor que no debería estar ahí. No debería importarme cómo me define Jake. No debería doler que me reduzca a «su empleada». Y, sin embargo, duele.

El viaje de regreso a la camioneta se hace en un silencio cargado. Jake coloca las bolsas en la parte trasera y se sube al asiento del conductor sin decir palabra. Yo me acomodo en el asiento del pasajero, mirando por la ventanilla para evitar su mirada.

—Todavía tenemos que ir a la oficina de correos —digo finalmente, cuando es evidente que él no va a romper el silencio.

Jake asiente secamente y arranca el motor. Mientras salimos del aparcamiento, no puedo evitar preguntarme si este día puede volverse más incómodo.

JAKE

La imagen de Sarah saliendo del probador con esa camisa azul que se ajusta perfectamente a su cuerpo no es solo un recuerdo, es una tortura que se repite en mi mente como un bucle interminable. Cada vez que cierro los ojos, la veo

allí, con esos vaqueros que abrazan sus caderas como si hubieran sido creados específicamente para ella, mirándome con una mezcla de vulnerabilidad y desafío que hace que mi sangre hierva.

Conduzco con los nudillos blancos sobre el volante, cada músculo de mi cuerpo tenso hasta el punto del dolor. La tengo a menos de un metro de distancia, y su perfume —vainilla y algo más salvaje, más suyo— invade el espacio confinado de la camioneta, nublando mis sentidos y mi juicio. Cada vez que respiro, es ella quien llena mis pulmones. Cada vez que giro en una curva y nuestros brazos casi se rozan, una corriente eléctrica recorre mi columna vertebral.

Es una tortura. Una dulce y exquisita tortura que yo mismo he provocado con mi estúpida sugerencia de comprarle ropa.

¿En qué demonios estaba pensando? Verla probarse prenda tras prenda, observar cómo el tejido abrazaba su cuerpo, tener que dar mi opinión mientras luchaba por mantener mi expresión neutral y mi excitación bajo control... ha sido como someterme voluntariamente a un ejercicio de autocastigo.

Y lo peor es que no puedo dejar de pensar en cómo se veía con esa ropa. Como si perteneciera a Sweet Valley. Como si perteneciera a mi mundo. A mí.

El silencio entre nosotros es espeso, cargado de tensión no resuelta y palabras no dichas. Sé que la he herido con mi comentario en la tienda. «Mi empleada». Frío, impersonal, deliberadamente distante. Vi el dolor cruzar su rostro, aunque intentó ocultarlo con una sonrisa. Y una parte de mí, la parte más oscura y cobarde, se alegró. Porque el dolor crea distancia, y la distancia es lo único que puede mantenerme a salvo de lo que siento cuando estoy cerca de ella.

—Ya hemos llegado —anuncio secamente cuando aparco frente a la oficina de correos.

Sarah asiente sin mirarme y sale de la camioneta. La observo alejarse, y es como si una parte de mí se fuera con ella. Los nuevos vaqueros se ajustan a sus caderas con cada paso, y tengo que apretar la mandíbula hasta que duele para no seguirla con la mirada como un adolescente hormonal.

Golpeo el volante con frustración. Esto se está saliendo de control. Lo que siento por Sarah —esta atracción devastadora, esta necesidad constante de estar cerca de ella mientras simultáneamente la mantengo a distancia— está amenazando con destruir la cuidadosa barrera que he construido alrededor de mi corazón desde que Rebecca se fue.

Sarah regresa quince minutos después, cargando una caja que parece demasiado pesada. Salgo automáticamente para ayudarla, tomando la caja de sus manos sin preguntar.

—No hacía falta que me ayudases —dice, y hay una frialdad en su voz que nunca había escuchado antes.

Coloco la caja en la parte trasera y volvemos a nuestros asientos. El silencio ahora es diferente. Ya no es solo tensión, es un muro de hielo entre nosotros. Y por alguna razón, esto me resulta más insoportable que la tensión anterior.

Genial. El día va a ser insoportable.

Aprovechamos para comprar un montón de provisiones que solo venden en la ciudad. Compramos medicamentos para los botiquines y tomamos una comida tardía antes de volver al coche.

Cuando por fin salimos para el rancho es tarde y todo sigue siendo muy tenso entre nosotros.

No tengo ni idea de cómo solucionarlo.

Después de demasiados kilómetros de silencio asfixiante, finalmente encuentro el valor para hablar.

—Sobre lo que dije en la tienda —comienzo, manteniendo los ojos fijos en la carretera.

—No hace falta que te expliques —me interrumpe, su voz cortante como un cuchillo—. Ha quedado perfectamente claro lo que piensas.

Su tono me golpea con más fuerza que cualquier golpe físico. Nunca la había oído así, tan herida, tan distante.

—No sabes lo que pienso —respondo, más brusco de lo que pretendía.

—¿No? —se gira completamente en su asiento para mirarme, y puedo sentir sus ojos taladrándome—. «Es mi empleada». Está bastante claro, diría yo. Una transacción profesional. Nada más.

Hay tanta amargura en su voz que me hace apretar el volante con más fuerza.

—No es tan simple —digo entre dientes.

—Entonces ilumíname, Jake —desafía, y hay fuego en sus palabras—. ¿Qué soy para ti? Porque parece que cambia según te convenga. Cuando necesitas que cuide de tu hijo, soy la niñera. Cuando quieres mantener las distancias, soy «la empleada». ¿Qué seré mañana? ¿La intrusa? ¿La princesa de ciudad que juega a ser ranchera?

Sus palabras me golpean donde más duele, porque hay verdad en ellas. He estado tratándola exactamente así, manteniéndola en una categoría segura y distante cuando me siento amenazado por lo que me hace sentir.

—No es justo —protesto débilmente.

—¿Sabes qué no es justo? —su voz tiembla ligeramente, y eso me desarma más que su ira—. Que me hagas sentir como si fuera una molestia, una complicación en tu vida perfectamente ordenada, y luego me mires como lo

hiciste en la tienda, como si quisieras... —se detiene abruptamente, y el silencio que sigue está cargado de posibilidades peligrosas.

—¿Como si quisiera qué? —pregunto, y mi voz suena extraña incluso para mis propios oídos. Ronca. Tensa. Reveladora.

Sarah sacude la cabeza, como si se arrepintiera de haber dicho tanto.

—Nada. Olvídalo —murmura, volviendo a mirar por la ventanilla.

Pero no puedo olvidarlo. No puedo ignorar lo que acaba de insinuar. Que ha notado cómo la miro. Que sabe que la deseo, aunque me esfuerce por ocultarlo.

—Sarah —comienzo, sin saber exactamente qué voy a decir, pero necesitando desesperadamente arreglar esto, cuando algo en la carretera capta mi atención—. ¿Qué demonios?

A unos cien metros por delante, la carretera está bloqueada. Varias patrullas de policía con sus luces encendidas cortan el paso, y puedo distinguir lo que parece ser un camión volcado que ocupa ambos carriles. Hay ganado disperso por los alrededores, y varios vaqueros intentan reagrupar a las vacas asustadas.

—Parece un accidente —dice Sarah, su voz repentinamente libre de la ira de hace un momento, reemplazada por preocupación.

Reduzco la velocidad y me detengo junto a un agente que está dirigiendo el tráfico hacia un desvío.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, bajando la ventanilla.

—Un camión de ganado ha volcado —responde el agente—. El conductor está bien, pero tenemos unas cincuenta cabezas de ganado sueltas que estamos intentando reunir. La carretera estará cortada al menos hasta mañana.

Siento que mi estómago se hunde hasta mis botas.

—¿No hay forma de pasar? Necesitamos llegar a Sweet Valley.

El agente niega con la cabeza.

—Lo siento, amigo. No hay paso. Podéis tomar el desvío por la 87, pero os añadirá unas tres horas al viaje, y parte de esa carretera no está en las mejores condiciones. Con la noche cayendo, no os lo recomendaría.

Miro mi reloj. Son casi las seis de la tarde, y el sol ya está comenzando a descender. Conducir tres horas por una carretera secundaria en mal estado, en la oscuridad, no es una opción.

—¿Hay algún hotel decente por aquí? —pregunto, resignándome a lo inevitable.

—El Henderson Inn está a unos diez minutos en esa dirección —señala el agente—. No es el Ritz, pero está limpio y tiene buenas camas.

Asiento, agradeciendo la información, y vuelvo a subir la ventanilla. Cuando miro a Sarah, veo que ha comprendido la situación tan bien como yo. Nuestras

miradas se encuentran, y por un momento, toda la ira y la tensión de antes se disipa, reemplazada por algo más elemental: la comprensión mutua de lo que esto significa.

—Vamos a tener que pasar la noche aquí, ¿verdad? —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su voz que hace que algo se retuerza dentro de mí.

—Eso parece —respondo, intentando que mi voz suene normal mientras doy la vuelta para dirigirnos al hotel—. Llamaré a Kate para decirle que necesitamos que cuide de Wyatt esta noche.

Sarah asiente y vuelve a mirar por la ventanilla. Pero puedo ver cómo sus manos se aferran con fuerza a su bolso, cómo su respiración se ha vuelto ligeramente más rápida. Está tan consciente como yo de lo que significa esto.

Vamos a pasar la noche en un hotel. Después de la discusión que acabamos de tener. Después de todas las cosas no dichas que flotan entre nosotros.

La idea hace que mi corazón martillee contra mis costillas con tanta fuerza que temo que ella pueda oírlo. Porque pasar una noche bajo el mismo techo que Sarah Hayes, sin la presencia de Wyatt como amortiguador, después de haberla visto en esos vaqueros que parecen pintados sobre su piel, después de haber olido su perfume durante horas en el espacio confinado de la camioneta... es la definición misma de tentación.

Y no estoy seguro de tener la fuerza para resistirla.

CAPÍTULO 14

SARAH

El Henderson Inn resulta ser exactamente lo que cabría esperar de un motel de carretera en un pequeño pueblo de Texas: un edificio de una planta con habitaciones alineadas frente al aparcamiento, un letrero de neón que parpadea intermitentemente, y un aire de nostalgia que parece sacado directamente de una película de los años 80.

Jake estaciona frente a la recepción y apaga el motor, pero no hace ademán de moverse. Durante unos segundos, permanecemos en silencio, como si ambos necesitáramos un momento para procesar la situación en la que nos encontramos.

—Espera aquí —dice finalmente, abriendo la puerta—. Iré a registrarnos.

Lo observo dirigirse hacia la recepción con pasos rígidos, la tensión evidente en cada línea de su cuerpo. No le hace ninguna gracia que durmamos fuera de casa. Su silueta recortada contra las luces del motel es tan familiar y a la vez tan ajena.

Diez minutos después, Jake regresa con una expresión que solo puedo describir como una mezcla de incredulidad y resignación.

—Solo tienen una habitación —anuncia, y hay algo en su tono que me pone en alerta.

—¿Una? —repito, sin estar segura de haber entendido correctamente.

—Una —confirma, pasándose una mano por el pelo en ese gesto que he aprendido a reconocer como una señal de frustración—. Hay un festival de música country en el condado vecino. El motel está lleno de asistentes.

—Oh —es todo lo que consigo articular, mientras mi mente procesa las implicaciones—. Bueno, podemos... podemos buscar otro sitio.

Jake niega con la cabeza.

—He llamado a los otros dos moteles de la zona. Están completos. Este era el último con disponibilidad.

Nos miramos en silencio, la realidad de la situación flotando entre nosotros como un elefante en la habitación. Una habitación. Una noche. Los dos. Solos.

—Podemos seguir conduciendo —sugiero, aunque ambos sabemos que no es una opción viable—. Tomar el desvío que mencionó el policía.

—Son tres horas por carreteras secundarias, en la oscuridad —responde Jake, y su tono no admite discusión—. No es seguro.

Asiento, reconociendo la sensatez de su argumento, aunque una parte de mí está aterrorizada ante la perspectiva de pasar la noche en una habitación con Jake. Su mal humor se nota a leguas.

—Entonces supongo que compartiremos habitación —digo, intentando que mi voz suene casual.

Jake asiente una vez, bruscamente, y vuelve a encender el motor para conducir hasta nuestra habitación asignada. El corto trayecto se hace en un silencio cargado de tensión.

La habitación 12 resulta ser... exactamente lo que esperaba. Paredes de un tono beige desteñido, una cómoda con una televisión que probablemente sea más antigua que yo, un pequeño escritorio con una silla, y una puerta que presumiblemente lleva al baño.

Y una cama. Una sola cama de matrimonio que parece ridículamente pequeña para dos personas, especialmente cuando una de ellas es un hombre de casi dos metros con hombros que ocuparían dos tercios del colchón.

—Cómo no —murmura Jake al ver la cama—. El universo me odia.

En cualquier otra circunstancia, su comentario me habría ofendido. Pero hay algo tan genuinamente derrotado en su tono que solo puedo sentir una punzada de simpatía. Está tan incómodo con esta situación como yo, aunque probablemente por razones diferentes.

—Puedo dormir en el suelo —ofrezco, aunque la alfombra de aspecto dudoso no invita precisamente a tumbarse sobre ella.

Jake me mira como si acabara de sugerir que saltáramos por la ventana.

—¿Estás loca? No vas a dormir en el suelo —dice con firmeza—. Yo lo haré.

Antes de que pueda protestar, saca su teléfono del bolsillo.

—Tengo que llamar a Kate —explica, dirigiéndose hacia la puerta—. Para asegurarme de que Wyatt está bien.

Y con eso, sale de la habitación, dejándome sola con mis pensamientos revueltos y una cama que parece burlarse de mí desde el centro de la habitación.

Suspiro y me siento en el borde del colchón, que resulta ser sorprendentemente cómodo. Ha sido un día largo y extraño, y la tensión acumulada me pesa en los hombros como una capa de plomo. Necesito una ducha. Necesito un momento para recomponerme, para procesar todo lo que ha pasado hoy.

Cuando Jake regresa diez minutos después, sigo en el mismo sitio.

—Kate dice que no nos preocupemos —informa Jake, guardando su teléfono—. Wyatt está encantado con la idea de una «fiesta de pijamas» con

Emma.

Hay algo en su expresión, una suavidad momentánea al hablar de su hijo, que hace que mi corazón se contraiga.

—Eso es bueno —respondo, intentando mantener un tono ligero—. Voy a ducharme —señalo hacia el baño—. Si no te importa.

Jake asiente, evitando mirarme directamente.

—Adelante.

El baño es pequeño, pero sorprendentemente limpio. La ducha tiene buena presión, y el agua caliente es un bálsamo para mis músculos tensos. Mientras el vapor llena el pequeño espacio, apoyo la frente contra los azulejos fríos y cierro los ojos, dejando que el agua arrastre parte del estrés del día.

¿Cómo he llegado a esta situación? Hace apenas unas semanas, Sarah Hayes, la influencer de Nueva York, jamás habría imaginado que terminaría en un motel de carretera en Texas, compartiendo habitación con un vaquero gruñón que la vuelve loca de frustración y deseo a partes iguales.

Y, sin embargo, aquí estoy.

Cuando salgo del baño, envuelta en mi camiseta y unos pantalones cortos, Jake está sentado en la única silla de la habitación, mirando por la ventana con expresión distante. Se ha quitado las botas y la camisa de franela, quedándose solo con una camiseta blanca que se ajusta a sus hombros de una forma que hace que mi estómago se contraiga.

Nuestras miradas se cruzan brevemente antes de que ambos las desviemos, como adolescentes incómodos.

—Todo tuyo —digo, señalando hacia el baño.

Jake asiente y se levanta. Cuando pasa a mi lado, su aroma —a cuero, a aire libre, a algo indefiniblemente masculino— me envuelve momentáneamente, y tengo que resistir el impulso de cerrar los ojos e inhalar más profundamente.

La puerta del baño se cierra, y el sonido de la ducha vuelve a llenar la habitación. Me siento en la cama, intentando no pensar en Jake bajo el agua, con gotas deslizándose por su piel bronceada...

No. No voy a ir por ahí. Definitivamente no.

Para distraerme, enciendo la televisión y busco algo que ver, pero solo encuentro canales con mala recepción y programas que no me interesan en absoluto. Finalmente, la apago y me tumbo en la cama, mirando al techo.

El tiempo pasa con una lentitud exasperante. Cuando Jake sale del baño, con el pelo húmedo y vistiendo una camiseta limpia y unos pantalones, ya he contado todas las manchas del techo (diecisiete) y he reorganizado mentalmente mi armario en Nueva York tres veces.

—Intenta dormir —dice, extendiendo una manta sobre el suelo junto a la cama—. Mañana saldremos temprano.

—Jake, no vas a dormir en el suelo —protesto, incorporándome—. La cama es lo suficientemente grande.

Es una mentira descarada. La cama apenas parece suficiente para una persona y media, y Jake ocupa el espacio de al menos dos.

—Estaré bien —insiste, con esa obstinación que me saca de quicio.

—No seas ridículo —digo, cruzándome de brazos—. Ambos somos adultos. Podemos compartir una cama sin morirnos.

Jake me mira como si acabara de sugerirle que saltáramos desde un avión sin paracaídas.

—He dormido en sitios peores —responde, y hay algo en su tono que me dice que no está mintiendo.

—Jake...

—Buenas noches, Sarah —me interrumpe, y se tumba en su improvisado lecho, dándome la espalda.

Suspiro, frustrada, pero me meto bajo las sábanas y apago la lámpara de la mesita. La oscuridad nos envuelve, pero no trae consigo el sueño. Puedo oír la respiración de Jake, demasiado irregular para estar dormido. Está tan despierto como yo.

Los minutos pasan, convirtiéndose en una hora, luego en dos. El sueño sigue eludiéndome. Cada vez que cierro los ojos, mi mente reproduce imágenes del día: Jake mirándome en la tienda de ropa, la tensión en el coche, la forma en que su mandíbula se tensó cuando la dependienta sugirió que éramos pareja.

Finalmente, me rindo. No voy a dormir, al menos no pronto. Necesito aire.

Me levanto lo más silenciosamente posible, pero para mi sorpresa, el espacio en el suelo donde Jake había extendido su manta está vacío. ¿Cómo no lo he oído moverse?

Frunzo el ceño, confundida, hasta que noto que la puerta de la habitación está ligeramente entreabierta.

Me acerco y miro a través de la rendija. Allí, apoyado en la barandilla que rodea el pequeño porche del motel, está Jake. Su silueta se recorta contra el cielo nocturno, iluminado por una luna sorprendentemente brillante. Parece perdido en sus pensamientos, contemplando el horizonte con una expresión que no puedo descifrar desde esta distancia.

Antes de que pueda pensarlo mejor, abro la puerta y salgo.

JAKE

El aire nocturno es fresco contra mi piel, un alivio bienvenido después del calor sofocante de la habitación. O quizás no era la habitación lo que me sofocaba, sino la presencia de Sarah en ella, durmiendo a menos de dos metros de mí, con esa camiseta que deja al descubierto demasiada pierna y esa forma en que su pelo húmedo se esparcía sobre la almohada como una oscura cascada.

Apoyo las manos en la barandilla y levanto la mirada hacia el cielo. Las estrellas brillan con una claridad que solo se puede apreciar lejos de las grandes ciudades, un espectáculo que siempre me ha proporcionado cierta paz. Esta noche, sin embargo, ni siquiera el cielo estrellado consigue calmar el tumulto en mi interior.

Estoy atrapado en un motel de carretera con Sarah. Compartiendo habitación. Con una sola cama. Es como si el universo estuviera poniendo a prueba mi fuerza de voluntad de la forma más cruel posible.

El sonido de la puerta abriéndose del todo me sobresalta. Me giro y allí está ella, como una aparición en la penumbra. La luz de la luna baña su figura, haciendo que su piel parezca casi luminiscente. Lleva esa maldita camiseta que apenas le cubre los muslos, y su pelo, ahora casi seco, cae en suaves ondas alrededor de su rostro. Es la imagen más hermosa y más aterradora que he visto en mi vida.

—No podía dormir —dice, como si necesitara justificar su presencia.

—Yo tampoco —admito, volviendo a mirar hacia el horizonte para no tener que enfrentarme a la visión de ella bajo la luz de la luna.

Sarah se acerca y se apoya en la barandilla a mi lado, manteniendo una distancia prudente pero no lo suficiente como para que no pueda sentir el calor que emana de su cuerpo, oler el aroma a champú del motel en su pelo.

—Es precioso —comenta, mirando hacia el cielo estrellado—. En Nueva York apenas se ven las estrellas. Hay demasiada contaminación lumínica.

—Una de las ventajas de vivir en medio de la nada —respondo, y me sorprende lo normal que suena mi voz a pesar del caos en mi interior.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, contemplando el paisaje nocturno. Es un silencio diferente al de la camioneta o al de la habitación. Menos tenso, más... cómodo. Como si la oscuridad de la noche nos proporcionara una especie de tregua.

—¿Sabes? —dice Sarah finalmente, rompiendo el silencio—. Nunca pensé que diría esto, pero estar en el rancho... ha sido como respirar después de mucho tiempo bajo el agua.

La miro de reojo, sorprendido por su confesión.

—Mi vida en Nueva York es... —continúa, buscando las palabras adecuadas —. Es agotadora. Siempre hay que estar perfecta, siempre hay que estar disponible, siempre hay que ser relevante. Es como correr en una cinta sin fin que cada vez va más rápido.

Hay una vulnerabilidad en su voz que nunca había escuchado antes, una honestidad cruda que me desarma más que cualquier ataque frontal.

—¿Por qué lo haces, entonces? —pregunto, genuinamente curioso.

Sarah se encoge de hombros, un gesto sorprendentemente informal para ella.

—Porque soy buena en ello —responde con una franqueza que me sorprende—. Porque es lo que se espera de mí. Porque... —hace una pausa, como si estuviera confesando un secreto—. Porque no sabía que había otra forma de vivir.

Sus palabras resuenan en mí de una manera que no esperaba. Porque yo también me he sentido así, atrapado en una vida que, aunque amo en muchos aspectos, a veces parece una jaula.

—¿Y ahora? —pregunto, y hay algo en mi tono que delata más interés del que querría mostrar.

Sarah sonríe, una sonrisa pequeña pero genuina que hace que algo se retuerza en mi pecho.

—Ahora no estoy tan segura —admite—. Sweet Valley, el rancho, ha cambiado algo en mí. Me ha hecho preguntarme si hay más opciones de las que creía.

Asiento, comprendiendo perfectamente lo que quiere decir. El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pero es un silencio cómplice, como si acabáramos de compartir un secreto importante.

—¿Y tú? —pregunta Sarah después de un momento—. ¿Siempre has querido ser capataz de un rancho?

La pregunta me toma por sorpresa. Nadie me ha preguntado eso en años, probablemente. Todo el mundo en Sweet Valley asume que soy exactamente lo que siempre he querido ser.

—No exactamente —respondo, y las palabras salen con más facilidad de lo que esperaba—. Siempre he querido tener mi propio rancho.

—¿En serio? —hay genuino interés en su voz, sin un ápice de condescendencia.

Asiento, sorprendido de estar compartiendo esto con ella.

—Hay un lugar, el Rancho Clearwater, a unos 30 kilómetros de Sweet Valley —continúo, y algo dentro de mí se libera al pronunciar las palabras en

voz alta—. No es grande, pero tiene buenos pastos, un arroyo que no se seca en verano, y una casa sólida. Llevo años ahorrando para comprarlo.

—Suena maravilloso —dice Sarah, y la sinceridad en su voz hace que algo cálido se extienda por mi pecho—. ¿Por qué no lo has hecho?

—Es complicado —respondo, pasándome una mano por el pelo—. El rancho de Kate ha estado pasando por momentos difíciles desde que sus padres murieron. Ella me necesita allí. No puedo simplemente... irme. Aunque ahora tenga a Logan.

—Kate es tu mejor amiga —dice Sarah, como si estuviera reflexionando en voz alta—. La conozco lo suficiente para saber que lo que ella quiere es que seas feliz. Si ese rancho es lo que te haría feliz, estoy segura de que ella sería la primera en apoyarte.

Sus palabras me golpean con una fuerza inesperada, porque en el fondo, sé que tiene razón. Kate me ha dicho exactamente eso, más de una vez. Pero siempre he encontrado excusas, razones para posponer mi sueño.

—Tal vez —concedo, sin querer profundizar más en un tema que toca demasiadas fibras sensibles—. Pero por ahora, tengo responsabilidades. Con Kate, con Wyatt...

Sarah me mira con una intensidad que me hace sentir expuesto, como si pudiera ver a través de todas mis excusas, todas mis barreras cuidadosamente construidas.

—A veces —dice suavemente—, las responsabilidades que nos mantienen anclados son las que nos imponemos a nosotros mismos.

Su observación es tan certera que me deja momentáneamente sin palabras. Porque tiene razón. Nadie me ha pedido que sacrifique mis sueños. Kate me ha animado a perseguirlos. Incluso Wyatt estaría probablemente más feliz en un lugar que fuera verdaderamente nuestro.

El único que se interpone en mi camino soy yo mismo.

—Es tarde —digo finalmente, incapaz de seguir con esta conversación que está revelando demasiado—. Deberías volver a la cama. Mañana saldremos temprano.

Sarah me mira durante un largo momento, como si estuviera decidiendo si presionar o dejarlo estar.

—No voy a entrar si tú no lo haces —dice finalmente, con esa obstinación que me saca de quicio y me fascina a partes iguales—. No es justo que duermas en el suelo.

Suspiro, exasperado y conmovido a la vez por su testarudez.

—Sarah...

—No, Jake —me interrumpe, cruzándose de brazos—. O vamos ambos en la cama, o ambos nos quedamos aquí fuera. Tú decides. Y ni sueñes con que te voy a dejar dormir en el suelo.

La miro, dividido entre la irritación y admiración. Esta mujer es posiblemente la persona más terca que he conocido en mi vida. Y viniendo de alguien que ha lidiado con Kate Foster durante décadas, eso es decir mucho.

—Necesito dormir algo —concedo finalmente, demasiado cansado para seguir discutiendo—. Y tú también.

Sarah sonríe, una sonrisa triunfal que ilumina su rostro de una manera que hace que mi corazón dé un vuelco traicionero.

—Después de ti —dice, haciendo un gesto hacia la puerta.

Mientras la sigo de vuelta a la habitación, soy dolorosamente consciente de que acabo de cruzar algún tipo de línea invisible. No solo he accedido a compartir cama con ella, sino que le he revelado cosas que rara vez comparto con nadie. Solo con mi mejor amiga.

Y lo más aterrador de todo es que una parte de mí, una parte que crece cada día, no se arrepiente en absoluto.

CAPÍTULO 15

JAKE

Lo primero que noto al despertar es el calor. Un calor ajeno, envolvente, que me rodea como una segunda piel. Lo segundo es la suavidad. Un cuerpo presionado contra el mío, curvas que encajan perfectamente contra mis ángulos. Lo tercero es el olor: vainilla y algo más dulce, más íntimo.

Sarah.

Abro los ojos de golpe, súbitamente consciente de nuestra posición. En algún momento durante la noche, Sarah se ha movido hasta prácticamente quedar encima de mí. Su cabeza descansa sobre mi pecho, su respiración acompasada enviando pequeñas ráfagas de aire cálido contra mi piel. Una de sus piernas se ha entrelazado con las mías, y su brazo descansa sobre mi estómago, sus dedos rozando ligeramente mi costado.

Es la tortura más dulce que he experimentado jamás.

Intento no moverme, no respirar demasiado fuerte, no hacer nada que pueda despertarla. Porque en cuanto abra los ojos, este momento terminará, y volveremos a ser Sarah y Jake, la princesa de ciudad y el vaquero gruñón, fingiendo que no hay una atracción devastadora entre nosotros.

Pero mi cuerpo tiene otras ideas. La presión de su muslo contra mi entrepierna está provocando una reacción que no puedo controlar. Siento cómo me endurezco dolorosamente, cómo la sangre se precipita hacia el sur con una urgencia que me deja mareado.

Joder. Esto no puede estar pasando.

Sarah se mueve en sueños, un pequeño movimiento que hace que su muslo se frote directamente contra mi erección. Un escalofrío recorre mi columna vertebral, y tengo que morderme el labio para no emitir un sonido que definitivamente la despertaría.

Debería apartarla. Debería levantarme ahora mismo, escapar al baño, hacer cualquier cosa para romper este contacto antes de que sea demasiado tarde.

Pero no puedo moverme. Estoy paralizado por el placer, por la sensación de su cuerpo cálido y suave contra el mío.

Sarah se mueve de nuevo, esta vez con más propósito, aunque sigue dormida. Su cadera se mece contra mí, creando una fricción que envía destellos de placer por todo mi cuerpo. Su respiración cambia, se vuelve más superficial, y un pequeño sonido escapa de sus labios. Un sonido que va directo a mi entrepierna, endureciéndome aún más, si es que eso es posible.

Está soñando. Y a juzgar por la forma en que se mueve contra mí, por los pequeños sonidos que hace, no es un sueño inocente.

La idea de que Sarah pueda estar soñando conmigo, con nosotros, de esta manera, es suficiente para hacerme perder la cabeza. Mi mano, actuando con voluntad propia, se desliza hasta su cadera, no para apartarla, sino para mantenerla en su lugar mientras ella sigue moviéndose rítmicamente contra mí.

Es en ese momento cuando noto el cambio en su respiración. El ligero tensarse de su cuerpo. El breve momento de inmovilidad que indica que ya no está dormida.

Sarah está despierta. Y es plenamente consciente de lo que está haciendo.

Nuestros ojos se encuentran en la penumbra de la habitación, y lo que veo en los suyos me deja sin aliento. No hay sorpresa, no hay vergüenza. Solo deseo. Puro, crudo, honesto deseo.

Intenta apartarse, un movimiento débil que parece más una formalidad que un verdadero intento. Mis manos se aferran a sus caderas, manteniéndola en su lugar.

—Jake... —susurra, y mi nombre en sus labios suena como una súplica.

No puedo responder. Las palabras se han evaporado de mi mente. Solo queda la sensación, el instinto, la necesidad primitiva que me consume.

Guío sus caderas en un movimiento circular, presionándola contra mi erección. Subiéndola sobre mí. El gemido que escapa de sus labios es el sonido más erótico que he escuchado en mi vida. Sus ojos se cierran, su cabeza cae hacia atrás, exponiendo la línea delicada de su cuello.

Es hermosa. Tan malditamente hermosa que duele mirarla.

Sus movimientos se vuelven más urgentes, más desesperados. Mis manos la guían, estableciendo un ritmo que nos lleva a ambos al borde. La fricción es insoportablemente buena, incluso a través de las capas de ropa que nos separan.

—Jake... —vuelve a decir, esta vez con un tono de urgencia que reconozco —. No puedo... voy a...

—Déjate ir —mi voz suena extraña, ronca y desesperada—. Déjate ir, Sarah.

Sus movimientos se vuelven erráticos, su respiración entrecortada. Y entonces la siento tensarse, su cuerpo arqueándose contra el mío mientras el placer la recorre. Es la visión más erótica que he presenciado: Sarah deshaciéndose encima de mí, abandonándose completamente al placer que hemos creado juntos.

Es demasiado. La presión de su cuerpo, los sonidos que hace, la expresión de absoluto éxtasis en su rostro... Me empujan más allá del límite. Con un

gruñido que intento ahogar, me dejo ir, el placer explotando como una supernova, tan intenso que por un momento veo estrellas.

El tiempo parece detenerse mientras nuestras respiraciones se sincronizan, nuestros cuerpos aún entrelazados, el calor y la humedad expandiéndose entre nosotros.

Y entonces, como un rayo, la realidad me golpea.

¿Qué demonios acabo de hacer?

El pánico me invade. Me separo de Sarah bruscamente, casi cayéndome de la cama en mi prisa por poner distancia entre nosotros. Su expresión cambia del placer post-orgásmico a la confusión, luego a algo que parece dolorosamente cercano al rechazo.

—Jake —comienza, su voz suave, casi suplicante.

No puedo enfrentarme a esto. No puedo enfrentarme a ella, a lo que acabo de hacer, a lo que acabo de sentir.

—Yo… —las palabras se atoran en mi garganta—. Lo siento. Esto ha sido un error.

La herida en sus ojos es como un puñal en mi pecho, pero no puedo retractarme. No puedo permitirme esto. No puedo permitirme a ella.

Sin otra palabra, me encierro en el baño, apoyándome contra la puerta mientras intento recuperar el aliento, recuperar el control. El reflejo en el espejo me muestra a un hombre que apenas reconozco: ojos salvajes, pelo revuelto. Un hombre que acaba de cruzar una línea que se había prometido a sí mismo nunca cruzar.

—Joder —susurro, golpeando la pared con el puño—. Joder, joder, joder.

¿Qué he hecho? ¿Cómo voy a mirarla a los ojos después de esto? ¿Cómo vamos a compartir la misma casa, el mismo espacio, después de haber cruzado esta línea?

Y lo peor de todo, lo que me aterra hasta la médula, es que no me arrepiento. No realmente. Si pudiera volver atrás en el tiempo, no estoy seguro de que haría algo diferente. Porque este momento con Sarah, esta conexión, este placer compartido, ha sido más real, más auténtico que cualquier cosa que haya experimentado nunca.

Y eso me aterroriza más que nada.

Porque Sarah es temporal. Es una visitante en nuestras vidas. Eventualmente volverá a Nueva York, a su mundo de glamour y lujo, y yo me quedaré aquí, con un corazón roto y un hijo que se preguntará por qué la mujer que comenzaba a querer también nos ha abandonado.

No puedo permitir que eso suceda. No puedo permitir que Wyatt sufra como yo sufrí. No puedo permitirme el lujo de caer por Sarah.

Incluso si una parte de mí, una parte que crece cada día, ya lo ha hecho.

CAPÍTULO 16

SARAH

El viaje de regreso a Sweet Valley transcurre en un silencio tan denso que casi puedo tocarlo. Jake mantiene la vista fija en la carretera, las manos aferradas al volante como si temiera que al soltarlo pudiera hacer algo imperdonable. Como tocarme, quizás. O simplemente mirarme.

No hemos hablado de lo que pasó esta mañana. No hemos hablado, punto. Desde que salió del baño con el pelo húmedo y la expresión de un hombre camino a la horca, no ha pronunciado más de diez palabras seguidas. «Buenos días», «Vamos», «Ya están arreglando la carretera», y el siempre útil «Hmm» cuando le pregunté si quería parar a desayunar.

Yo tampoco he insistido. El rechazo abrupto después de lo que compartimos me ha dejado un sabor amargo que ni el café mediocre de la gasolinera ha conseguido eliminar. Parte de mí quiere gritarle, exigirle una explicación. Otra parte, la que aún siente el fantasma de sus manos en mis caderas, prefiere el silencio a una confirmación de lo que ya sospecho: para Jake Wheeler, lo que pasó fue un error. Un desliz. Algo que nunca debió ocurrir.

Cuando finalmente llegamos al rancho, Kate nos recibe en el porche con una sonrisa que se desvanece al captar la tensión entre nosotros.

—¿Todo bien? —pregunta, mientras Jake descarga bruscamente las bolsas de la camioneta.

—Perfectamente —respondo con una sonrisa que no llega a mis ojos—. Solo cansados. Dormir en un motel no es precisamente descansar.

Kate me mira con esa intuición que parece tener para detectar mentiras, pero antes de que pueda indagar más, Wyatt sale corriendo de la casa como un pequeño tornado.

—¡Papá! ¡Sarah! —exclama, lanzándose primero a los brazos de Jake y luego a los míos—. ¡Os he echado de menos! ¡Hemos hecho galletas con tía Kate y tío Logan, y he montado a Buttercup, y Emma me ha enseñado a hacer una trampa para duendes!

Su entusiasmo es contagioso, y por un momento, el nudo en mi garganta se afloja. Wyatt tiene ese efecto en mí, esa capacidad para hacerme olvidar todo lo demás.

—¡Una trampa para duendes! —respondo, fingiendo asombro—. Eso suena muy importante.

—¡Lo es! —asegura con toda la seriedad de sus cuatro años—. Emma dice que los duendes roban calcetines. ¡Por eso siempre faltan!

Jake revuelve el pelo de su hijo con una sonrisa que no le he visto en todo el día.

—Eso explica muchas cosas, campeón —dice, y su voz suena más ligera, más natural—. ¿Listo para volver a casa?

Wyatt asiente entusiasmado, pero luego me mira con preocupación.

—¿Vienes con nosotros, Sarah?

La pregunta inocente crea un silencio incómodo. Jake se tensa visiblemente, y yo siento cómo el calor sube a mis mejillas.

—Claro que sí —respondo finalmente, manteniendo mi voz firme—. Soy tu niñera, ¿recuerdas?

Jake me mira brevemente, y hay algo en sus ojos —¿culpa? ¿arrepentimiento?— que hace que mi corazón dé un vuelco traicionero. Pero el momento pasa tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Vamos entonces —dice, tomando a Wyatt de la mano—. Ha sido un día largo.

Y así, sin más, volvemos a la rutina. Como si nada hubiera cambiado. Como si no hubiera despertado enredada en sus brazos, como si no hubiéramos compartido un momento de intimidad tan intenso que aún tiemblo al recordarlo.

Los días siguientes son un ejercicio de evitación mutua. Jake sale antes del amanecer y regresa cuando Wyatt ya está cenado y listo para dormir. Las pocas veces que coincidimos, mantiene una distancia física que resulta casi cómica, como si temiera que pudiera contagiarle alguna enfermedad mortal.

Y yo... yo finjo que no me importa. Levanto la barbilla, sonrío a Wyatt, cocino, limpio, juego, leo cuentos. Soy la niñera perfecta. La profesional impecable. La mujer que definitivamente no está sufriendo por el rechazo de un vaquero cabezota que no siente nada por ella.

Pero por las noches, cuando la casa está en silencio y estoy sola en mi habitación, la máscara se cae. Y me pregunto cómo es posible que, en tan poco tiempo, Jake haya conseguido colarse bajo mi piel de esta manera. Yo, que he salido con modelos, actores y herederos sin que mi corazón se acelerara ni una vez, ahora me encuentro despierta a las tres de la madrugada, recordando el tacto de sus manos, el sonido de su respiración entrecortada, la forma en que susurró mi nombre.

Es patético. Y lo peor es que no puedo hacer nada al respecto.

La situación explota una semana después. Estoy en la cocina, preparando la cena, cuando Jake entra inesperadamente. Es temprano para sus estándares recientes, y su presencia me sobresalta tanto que casi dejo caer la olla que estoy sosteniendo.

—Has vuelto pronto —comento, intentando sonar casual mientras vuelvo a centrarme en cortar verduras.

—Pete se ha encargado de terminar con el vallado —responde, dirigiéndose al fregadero para lavarse las manos—. ¿Dónde está Wyatt?

—Con Emma —respondo—. Kate lo ha invitado a merendar. Lo traeré después de la cena.

Jake asiente, y por un momento parece que va a decir algo más, pero se limita a secarse las manos y dar media vuelta para marcharse.

No sé qué me posee en ese momento. Tal vez es la frustración acumulada, o quizás simplemente estoy cansada de este juego de fingir que nada ha pasado.

—¿Hasta cuándo vamos a seguir con esto? —pregunto, y mi voz suena más cortante de lo que pretendía.

Jake se detiene en seco, pero no se gira.

—¿Con qué?

—Con esta... distancia —respondo, dejando el cuchillo sobre la tabla de cortar con más fuerza de la necesaria—. Actúas como si fuera invisible. Como si ni siquiera estuviera aquí.

Lentamente, se gira para mirarme. Su expresión es dura, con esa máscara impenetrable que ha perfeccionado durante la última semana.

—Estoy ocupado, Sarah. El rancho no se gestiona solo.

—Por supuesto —respondo con un sarcasmo que hace que sus ojos se entrecierren—. Tan ocupado que te levantas antes del amanecer y vuelves cuando Wyatt ya está dormido. Tan ocupado que das un rodeo de diez metros para no cruzarte conmigo en el pasillo.

—No tengo por qué darte explicaciones sobre mi horario —dice, cruzándose de brazos en una postura defensiva.

—No, no tienes por qué —concedo, sintiendo cómo la rabia se acumula en mi garganta—. Pero al menos podrías tener la decencia de mirarme a la cara. ¿O es demasiado pedir para el gran Jake Wheeler?

Sus ojos se oscurecen peligrosamente.

—¿Qué quieres de mí, Sarah? —pregunta, y hay un filo en su voz que debería advertirme que estoy pisando terreno peligroso.

—¡Quiero que dejes de actuar como un idiota! —exploto, sorprendiéndome incluso a mí misma con la vehemencia de mi respuesta—. Lo que pasó, pasó.

No puedes simplemente fingir que no existió.

Jake da un paso hacia mí, y hay algo intimidante en su postura, en la forma en que su mandíbula se tensa.

—Fue un error —dice con una frialdad calculada—. Uno que no volverá a ocurrir.

Sus palabras me golpean como una bofetada. Siento el calor subir a mis mejillas, mitad vergüenza, mitad furia.

—¿Un error? —repito, odiando cómo mi voz tiembla ligeramente—. Vaya. Qué conveniente.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta, su tono peligrosamente bajo.

—Significa que es muy fácil culpar a un «error» —hago comillas con los dedos, sabiendo que el gesto lo irritará aún más—. Más fácil que admitir que quizás, solo quizás, sentiste algo real.

Jake suelta una risa seca, sin humor, que me hace estremecer.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—Oh, ilústrame entonces —desafío, acercándome un paso más, entrando deliberadamente en su espacio personal—. Explícame por qué has estado evitándome como si fuera una enfermedad contagiosa desde que volvimos. Explícame por qué ni siquiera puedes mirarme a los ojos más de dos segundos.

—No tengo por qué explicarte nada —responde, pero noto cómo retrocede ligeramente, como si mi cercanía le quemara—. No te debo nada.

—Cobarde —susurro, y veo cómo la palabra impacta en él, cómo sus pupilas se dilatan con rabia apenas contenida.

—Ten cuidado, Sarah —advierte, su voz un gruñido bajo—. No sabes de lo que hablas.

—Sé exactamente de lo que hablo —insisto, incapaz de detenerme ahora que he comenzado—. Tienes miedo. Miedo de sentir algo, miedo de admitir que quizás no soy solo la princesa de ciudad que creías. Miedo de que tal vez, solo tal vez, lo que pasó entre nosotros fue más que un simple desliz.

Jake da otro paso hacia mí, y ahora estamos tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, oler ese aroma a aire libre y cuero que me vuelve loca. Sus ojos brillan con una mezcla de furia y algo más oscuro, más primitivo.

—Lo que pasó —dice entre dientes— fue un momento de debilidad. Nada más.

—¿Debilidad? —repito, y la palabra me duele más de lo que quiero admitir —. Vaya, gracias por la aclaración. Me alegra saber que soy una «debilidad» que hay que evitar a toda costa.

—No pongas palabras en mi boca —advierte, y puedo ver cómo lucha por mantener el control—. No he dicho eso.

—No hace falta que lo digas —respondo, odiando el nudo que se forma en mi garganta—. Lo demuestras cada vez que sales corriendo en dirección contraria cuando me ves.

Nos miramos fijamente, la tensión entre nosotros tan densa que casi podría cortarse. Hay tanta furia en sus ojos, tanta frustración... y algo más, algo que se niega a reconocer pero que hace que mi pulso se acelere peligrosamente.

Antes de que pueda decir algo más, algo que probablemente lamentaría, el timbre de la puerta rompe el momento como un cristal que se hace añicos.

Jake retrocede como si lo hubiera quemado, y el muro invisible entre nosotros vuelve a alzarse, más alto y más grueso que antes.

—Yo abriré —dice, y sin esperar respuesta, se dirige hacia la puerta.

Me quedo allí, en medio de la cocina, intentando recuperar el equilibrio. ¿Qué acaba de pasar? ¿Estábamos a punto de...?

Las voces desde la entrada interrumpen mis pensamientos. Voces femeninas, alegres, demasiado entusiastas. La curiosidad puede más que mi deseo de evitar a Jake, así que me dirijo hacia el vestíbulo.

Allí encuentro a Jake rodeado por tres mujeres que parecen sacadas de un catálogo de «Madres Perfectas de Texas». Todas rubias, todas impecablemente vestidas con esa mezcla de casual y elegante que nunca he conseguido dominar, todas sonriendo a Jake como si fuera el último trozo de tarta en un bufé.

—¡Ahí estás, Jake! —exclama la más alta, una rubia con un corte de pelo perfecto—. Te hemos estado buscando por todas partes.

—Melissa —asiente Jake, claramente incómodo—. Amber, Denise. ¿En qué puedo ayudaros?

—Es sobre la Feria Anual de Sweet Valley —explica la que debe ser Amber, una mujer con un bronceado sospechosamente perfecto para vivir en un rancho—. El comité de padres del jardín de infancia está organizando varias actividades, y necesitamos voluntarios.

—Y pensamos inmediatamente en ti —añade Denise, la más joven de las tres, mirando a Jake de una forma que hace que mi sangre hierva—. Eres tan bueno con los niños...

La forma en que lo dice, con ese tono meloso y esa mirada de adoración, hace que tenga que reprimir un bufido. Jake parece igualmente incómodo, aunque no parece darse cuenta de las verdaderas intenciones de Denise. Hombres.

—Lo siento —responde, pasándose una mano por el pelo en ese gesto que he aprendido a reconocer como señal de nerviosismo—. Estoy hasta arriba de trabajo en el rancho. No puedo comprometerme.

—Oh, vamos, Jake —insiste Denise, poniendo una mano en su brazo—. Solo serían unas pocas horas. Y Wyatt estaría tan emocionado de ver a su papá ayudando.

La familiaridad con la que lo toca, la forma en que usa a Wyatt como arma emocional, hace que algo primitivo y territorial se despierte dentro de mí. Antes de que pueda pensarlo dos veces, me encuentro avanzando hacia el grupo con una sonrisa que espero parezca amistosa y no homicida.

—Yo puedo ayudar —anuncio, colocándome junto a Jake.

Cuatro pares de ojos se vuelven hacia mí con expresiones que van desde la sorpresa (Jake) hasta la confusión (las tres mujeres).

—Oh —Melissa me mira de arriba abajo, evaluándome—. No creo que nos conozcamos. Soy Melissa Thornton, presidenta del comité de padres. Estas son Amber Wilson y Denise Cooper.

—Sarah Hayes —me presento, extendiendo mi mano—. Soy la niñera de Wyatt.

—¿Niñera? —repite Denise, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. No sabía que Jake había contratado a alguien nuevo.

—Es temporal —explica Jake, y aunque su tono es neutro, siento como si me hubiera dado una bofetada—. Mientras Martha está de viaje.

—Ya veo —Denise vuelve a sonreír, claramente aliviada—. Bueno, es muy amable de tu parte ofrecerte, Sarah, pero realmente necesitamos padres para estas actividades. Es parte de la tradición de la escuela.

—En realidad —interviene Melissa, mirándome con más interés—, podríamos usar toda la ayuda posible. El año pasado tuvimos muy pocos voluntarios y fue un desastre.

—Estaré encantada de ayudar —insisto, ignorando la mirada de advertencia de Jake—. Tengo experiencia organizando eventos en Nueva York.

—¿Nueva York? —Amber parece repentinamente más interesada—. ¿Eres de allí?

—Sí —respondo, sin entrar en detalles sobre quién soy realmente o qué hago allí. No estoy de humor para explicar mi carrera como influencer a estas mujeres.

—Bueno, entonces es perfecto —decide Melissa, sacando una pequeña libreta de su bolso—. Apuntaré tu nombre. La primera reunión del comité es este viernes a las cuatro, en la cafetería de la escuela. ¿Podrás asistir?

—Por supuesto —asiento, ignorando deliberadamente la forma en que Jake me mira, como si hubiera perdido la cabeza—. Allí estaré.

—Maravilloso —sonríe Melissa, guardando la libreta—. Bueno, no os molestamos más. Jake, un placer verte como siempre.

—Igualmente —responde él, con esa cortesía automática que usa cuando quiere que la gente se vaya.

—Hasta el viernes, Sarah —se despide Amber.

—Adiós, Jake —añade Denise, con una sonrisa que pretende ser seductora —. Siempre puedes cambiar de opinión sobre lo de ser voluntario. Nunca es tarde.

Tengo que hacer un esfuerzo consciente para no poner los ojos en blanco. Cuando finalmente se marchan y Jake cierra la puerta, el silencio que cae entre nosotros es ensordecedor.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —pregunta, girándose para mirarme con una expresión que no puedo descifrar.

—¿El qué? —respondo, fingiendo inocencia—. Solo me he ofrecido voluntaria para ayudar. ¿No es eso lo que hace la gente en los pueblos pequeños? ¿Colaborar en la comunidad?

Jake me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —dice, cruzándose de brazos—. ¿Desde cuándo te interesa la Feria Anual de Sweet Valley?

—Desde que cuido a un niño que probablemente participará en ella —respondo, levantando la barbilla en un gesto desafiante—. ¿O es que crees que no soy capaz de ayudar? ¿Que la princesa de ciudad no puede mancharse las manos con algo tan mundano como una feria escolar?

Jake suspira, pasándose una mano por el rostro en un gesto de cansancio.

—No es eso —dice finalmente—. Es solo que... no tienes que hacerlo. No es tu responsabilidad.

—¿Y si quiero hacerlo? —desafío, dando un paso hacia él—. ¿Y si quiero ser parte de esto? ¿De la vida de Wyatt, del rancho, de...? —me detengo, sin atreverme a terminar la frase.

De tu vida. De ti.

Jake me mira largamente, y por un momento, veo algo en sus ojos que hace que mi corazón se acelere. Una vulnerabilidad, un anhelo que refleja el mío propio. Pero luego, como siempre, el muro vuelve a alzarse.

—Haz lo que quieras —dice finalmente, dándose la vuelta—. Voy a ducharme antes de la cena.

Y con eso, se aleja, dejándome sola en el vestíbulo con más preguntas que respuestas y una sensación de vacío que no logro comprender.

Porque lo que no puedo admitir, ni siquiera a mí misma, es que me ofrecí voluntaria por dos razones: para demostrarle a Jake que puedo ser parte de su mundo, y porque no soportaba la idea de que Denise Cooper usara la feria como excusa para acercarse a él.

Lo cual es ridículo, porque Jake no me pertenece. No es mío para sentir celos. No es mío para anhelar.

Y, sin embargo, mientras vuelvo a la cocina para terminar la cena, no puedo evitar preguntarme si algún día podría serlo. Si existe alguna posibilidad de que este hombre terco, complicado y maravilloso pueda ver más allá de sus miedos y de mi pasado, y darse cuenta de que lo que hay entre nosotros merece una oportunidad.

Porque lo que pasó en ese motel no fue un error. Fue lo más real que he sentido en toda mi vida.

Sweet Valley me está cambiando. Jake me está cambiando.

Y lo más increíble, es que no quiero que pare.

CAPÍTULO 17

JAKE

No debería haber venido.

Ese pensamiento martillea en mi cabeza mientras me apoyo contra la pared del fondo de la cafetería de la escuela, intentando pasar desapercibido entre los padres entusiastas que discuten sobre la Feria Anual de Sweet Valley como si fuera un asunto de seguridad nacional.

La culpa es de Pete. Si no hubiera decidido que hoy era el día perfecto para desmontar medio motor de mi camioneta, no estaría aquí. Y la culpa es de Wyatt, que puso esos ojos de cachorro abandonado cuando le dije que no podríamos ir a la reunión con Sarah. «Pero le prometí a Tommy que jugaríamos juntos», había dicho con ese tono que desarma todas mis defensas. Y así, contra todo mi buen juicio, terminé pidiendo a Sarah que nos llevara en el coche que Logan le había prestado.

El viaje de veinte minutos fue una tortura. Wyatt parloteando alegremente desde el asiento trasero, ajeno a la tensión que crepitaba entre nosotros. Sarah conduciendo con esa gracia natural que parece tener para todo, respondiendo a mi hijo con entusiasmo mientras yo me limitaba a mirar por la ventanilla, fingiendo un interés desmedido en los campos de maíz que bordeaban la carretera.

Y ahora estoy aquí, observando cómo Sarah, la princesa de Manhattan, se mueve entre las madres del comité como si hubiera nacido para esto. Como si perteneciera a Sweet Valley.

—¿Qué os parece si dividimos las actividades por edades? —está sugiriendo ahora, inclinada sobre un plano de la escuela—. Los más pequeños podrían tener sus juegos aquí, cerca de la entrada, donde es más fácil supervisarlos. Y los mayores podrían usar el campo de atrás para competiciones más activas.

Melissa Thornton, la presidenta del comité que normalmente rechaza cualquier idea que no sea suya, asiente con entusiasmo.

—Eso tiene mucho sentido, Sarah. El año pasado fue un caos tener todas las actividades mezcladas.

—Y podríamos usar un sistema de pulseras de colores —continúa Sarah, gesticulando con esas manos que no puedo dejar de mirar—. Cada grupo de edad tendría un color, y así sería más fácil saber quién pertenece a qué zona.

—¡Brillante! —exclama Amber Wilson—. Eso facilitaría mucho la seguridad.

La observo, fascinado a mi pesar, mientras despliega idea tras idea. No es solo lo que dice, sino cómo lo dice. Sin condescendencia, sin ese aire de superioridad que se esperaría de alguien con su trasfondo. Escucha las sugerencias de los demás, las incorpora, las mejora. Incluso Denise Cooper, que claramente la veía como una amenaza, ahora la mira con una mezcla de admiración y alivio, como si se hubiera quitado un peso de encima al no tener que pensar en todos los detalles.

Y lo más sorprendente es que Sarah ni siquiera parece darse cuenta del efecto que está causando. No hay cálculo en su entusiasmo, no hay agenda oculta. Simplemente está brillando. Como si hubiera encontrado algo que genuinamente disfruta.

—Jake —la voz de Tom Cooper me saca de mis pensamientos—. ¿Qué opinas de la nueva contratación de los Cowboys? Ese quarterback novato parece prometedor.

Agradezco la distracción, hundiéndome en una conversación sobre fútbol que requiere el mínimo esfuerzo mental. Pero incluso mientras discuto estadísticas y jugadas, mi atención sigue volviendo a ella. A la forma en que su rostro se anima cuando habla de algo que le apasiona. A cómo su risa, genuina y despreocupada, parece iluminar toda la habitación.

No se parece en nada a la Sarah que llegó a Sweet Valley, con sus zapatos de diseñador y su actitud urbana. Esta Sarah es real. Auténtica. Y mucho, mucho más peligrosa para mi determinación.

La reunión avanza, y con ella mi inquietud. Porque cada minuto que pasa, cada sonrisa que Sarah comparte con estas personas que son parte de mi comunidad, de mi mundo, hace más difícil recordar por qué debo mantener la distancia. Por qué debo protegerme a mí mismo. A Wyatt.

Wyatt, que ahora mismo está en el otro extremo de la cafetería, jugando con Tommy Cooper y otros niños. Están construyendo algo con bloques de colores, y la risa de mi hijo llega hasta mí como una melodía familiar y reconfortante. Al menos él está pasando un buen rato.

—Creo que eso cubre todos los puntos de hoy —anuncia Melissa, consultando su lista—. La próxima reunión será el miércoles que viene, y para entonces necesitamos tener confirmados los proveedores de comida.

—Yo puedo encargarme de eso —se ofrece Sarah, y hay algo en la naturalidad de su ofrecimiento que hace que mi pecho se contraiga dolorosamente—. Tengo experiencia negociando con proveedores para eventos.

—Perfecto —sonríe Melissa—. Entonces creo que podemos dar por concluida la reunión.

Mientras los padres comienzan a dispersarse, recogiendo a sus hijos y despidiéndose, busco a Wyatt con la mirada. Lo encuentro todavía en la zona de juegos, pero ahora está trepando por una estructura que parece demasiado alta para sus cuatro años. Mi instinto protector se dispara inmediatamente.

Estoy a punto de llamarlo cuando sucede. Wyatt pierde el equilibrio, resbala y cae. No es una caída grave —la estructura no es tan alta y hay colchonetas debajo— pero el susto es evidente en su rostro. Por un segundo, el tiempo parece congelarse mientras veo a mi hijo en el suelo, su expresión transformándose del shock al dolor.

Y entonces, como esperaba, su mirada busca la mía. Siempre ha sido así desde que era un bebé. Ante cualquier caída, cualquier dolor, Wyatt busca a su padre. A mí. Su roca, su constante.

Me adelanto, abriendo los brazos, preparado para recibirlo y consolarlo como he hecho cientos de veces.

Pero Wyatt no corre hacia mí.

Corre hacia Sarah.

Lo veo como en cámara lenta. Mi hijo, mi pequeño, levantándose con lágrimas en los ojos y corriendo directamente hacia ella, brazos extendidos, buscando su consuelo. Y Sarah, sin un momento de duda, se agacha y lo recibe, envolviéndolo en un abrazo que parece tan natural como respirar.

—Shh, ya pasó, vaquero —la escucho murmurar mientras lo mece suavemente—. Fue solo un susto. Eres muy valiente, ¿sabes?

Wyatt se aferra a ella, su pequeño cuerpo temblando ligeramente. Sarah le acaricia el pelo, limpia sus lágrimas con una ternura que me deja sin aliento. Y entonces, como por arte de magia, comienza a contarle algo que hace que Wyatt levante la mirada, interesado a pesar de su dolor.

—¿Sabes qué? —dice con una seriedad cómplice—. Creo que Rex habría estado muy orgulloso de ti. Los T-Rex son muy valientes, pero a veces también se caen.

—¿De verdad? —pregunta Wyatt, el llanto casi olvidado.

—De verdad —asiente Sarah—. De hecho, tengo una teoría sobre por qué tienen los brazos tan cortos.

—¿Por qué? —los ojos de Wyatt están ahora completamente secos, fascinados.

—Porque se caían tanto cuando eran pequeños que sus brazos no crecieron de tanto usarlos para levantarse —responde Sarah con un guiño que hace que Wyatt suelte una carcajada.

Y es en ese preciso instante, viendo a mi hijo reír en los brazos de Sarah, cuando la realidad me golpea con la fuerza de un tornado.

Estoy jodido. Completamente, irremediablemente jodido.

Porque esto no es solo atracción física. No es solo deseo. Es algo mucho más profundo, mucho más aterrador. Es ver a la mujer que ha estado invadiendo mis pensamientos convertirse en parte de la vida de mi hijo. Es reconocer que, en apenas unas semanas, Sarah se ha infiltrado en nuestro mundo de una manera que ni siquiera Rebecca, la madre biológica de Wyatt, consiguió en un año.

Y lo peor de todo es que no puedo culparla. No ha hecho nada para forzar esta situación. No ha intentado ganarse a Wyatt con regalos o atenciones excesivas. Simplemente ha estado ahí, constante, paciente, genuinamente interesada en mi hijo. En nosotros.

El pánico me invade mientras los observo juntos, tan perfectos, tan naturales, como si siempre hubieran estado destinados a formar esta unidad. Porque sé lo que viene después. Sé cómo termina esta historia.

Sarah volverá a Nueva York. A su vida de lujo y glamour, de fiestas exclusivas y portadas de revista. Y Wyatt se quedará preguntándose por qué otra mujer que amaba lo ha abandonado. Se quedará con un vacío que yo no sabré cómo llenar.

Y yo... yo me quedaré con este dolor en el pecho, con esta sensación de pérdida anticipada que ya me está ahogando.

—Jake —la voz de Sarah me sobresalta. Está frente a mí, con Wyatt todavía en sus brazos—. ¿Estás bien? Pareces ausente.

Me mira con esos ojos azules que parecen ver directamente a través de todas mis defensas, y por un momento, solo un momento, considero la posibilidad de rendirme. De dejar caer los muros. De permitirme sentir todo lo que he estado reprimiendo.

—Estoy bien —miento, y mi voz suena extraña incluso para mis propios oídos—. Solo cansado. ¿Estás listo, campeón?

Wyatt asiente, pero no hace ademán de querer bajar de los brazos de Sarah. Se queda allí, con la cabeza apoyada en su hombro, como si fuera el lugar más seguro del mundo.

Y tal vez lo sea. Tal vez Sarah, con su sonrisa sincera y su corazón sorprendentemente grande, sea exactamente lo que Wyatt necesita.

Lo que yo necesito.

El pensamiento me aterra tanto que tengo que apartar la mirada.

—Vámonos —digo, dándome la vuelta para dirigirme hacia la salida—. Se está haciendo tarde.

Puedo sentir la confusión de Sarah ante mi brusco cambio de actitud, pero no puedo explicarle. No puedo decirle que acabo de darme cuenta de que

estoy enamorándome de ella. De que mi hijo ya la ama. De que estamos construyendo una casa de naipes que se derrumbará en el momento en que ella decida que ha tenido suficiente.

Mientras caminamos hacia el coche, con Sarah todavía llevando a Wyatt, que ahora parlotea alegremente sobre dinosaurios caídos, siento que cada paso me acerca más a un precipicio. Un precipicio del que no estoy seguro de poder alejarme.

Porque lo que he visto hoy no ha sido solo a Sarah encajando en Sweet Valley. He visto a Sarah convirtiéndose en parte de nosotros. De nuestra familia.

Y por primera vez desde que Rebecca se fue, la idea de volver a tener una «familia» no me produce rechazo, sino un anhelo tan profundo que me duele físicamente.

Estoy en serios problemas. Jodidamente serios.

Y lo peor es que una parte de mí, una parte que crece cada día, ya no quiere luchar contra ello.

CAPÍTULO 18

SARAH

—¡Y entonces el T-Rex dijo: «¡No puedo aplaudir porque tengo los brazos muy cortos!»

La carcajada de Wyatt llena la cocina mientras intento mantener una expresión seria, como si el chiste que acabo de contarle fuera la cumbre del humor sofisticado. Es la tercera broma sobre dinosaurios de la tarde, y cada una ha sido recibida con más entusiasmo que la anterior.

—¡Otra vez! —exige, golpeando la mesa con sus pequeñas manos.

—Después de cenar —prometo, revolviendo la salsa que burbujea en el fuego—. Ahora necesito que seas mi ayudante especial y pongas la mesa. ¿Crees que podrás con esa misión?

Wyatt asiente con determinación, como si le hubiera encomendado salvar el mundo en lugar de colocar tres platos. Lo observo mientras saca cuidadosamente los cubiertos del cajón, su lengua asomando por la comisura de los labios en un gesto de concentración que ha heredado de su padre.

Jake. El pensamiento de él hace que mi estómago se retuerza. Han pasado tres días desde la reunión del comité, y aunque las cosas entre nosotros no son tan tensas como después del «incidente del motel» (como he decidido llamarlo en mi cabeza), seguimos en una especie de limbo incómodo. Jake ya no me evita activamente, pero tampoco busca mi compañía. Es cordial, pero distante. Como si hubiera trazado una línea invisible entre nosotros que no se atreve a cruzar.

El timbre de la puerta interrumpe mis pensamientos.

—¡Yo abro! —grita Wyatt, abandonando su tarea para correr hacia la entrada.

—¡Espera! —lo alcanzo justo antes de que abra—. Primero preguntamos quién es, ¿recuerdas?

Wyatt asiente solemnemente. Las lecciones de seguridad son algo que Jake ha inculcado en él desde pequeño.

—¿Quién es? —pregunta con su vocecita.

—¡Somos nosotras, cariño! —responde una voz femenina que reconozco inmediatamente como la de Melissa Thornton—. Amber, Denise y yo. ¿Está tu papá en casa?

Abro la puerta para encontrarme con las tres mujeres del comité escolar, todas impecablemente vestidas para lo que claramente no es una visita casual.

Melissa sostiene una carpeta, Amber lleva una bandeja de lo que parecen brownies caseros, y Denise... Denise lleva un vestido veraniego que parece diseñado específicamente para destacar sus curvas.

—Buenas tardes —saludo, intentando ocultar mi sorpresa—. Jake no está en casa todavía, pero debería llegar pronto para la cena.

—¡Perfecto! —exclama Melissa, avanzando sin esperar invitación—. Así tendremos tiempo de preparar nuestra presentación. Es sobre la feria, algo muy emocionante.

Antes de que pueda responder, las tres mujeres ya han entrado y se dirigen a la sala de estar como si conocieran el lugar. Wyatt las sigue, claramente intrigado por las visitantes inesperadas y, probablemente, por los brownies.

—¿Puedo ofreceros algo de beber? —pregunto, cayendo automáticamente en el papel de anfitriona, aunque técnicamente esta no es mi casa.

—Un té helado sería maravilloso —responde Amber, colocando los brownies en la mesa de centro—. Hace un calor infernal ahí fuera.

Mientras preparo las bebidas, escucho a las mujeres charlar con Wyatt, haciéndole preguntas sobre comida y sus dinosaurios favoritos. Denise parece particularmente interesada, y no puedo evitar notar cómo desliza comentarios sobre Jake en la conversación. «Tu papá debe estar muy orgulloso», «¿A tu papá también le gustan los dinosaurios?», «¿Qué hace tu papá para divertirse?».

La sutileza no es precisamente su fuerte.

Cuando regreso con una bandeja de vasos de té helado, la puerta principal se abre y Jake entra, deteniéndose en seco al ver el inesperado comité de bienvenida en su sala de estar.

—¿Qué...? —comienza, su mirada moviéndose de las mujeres a mí, como si yo tuviera alguna explicación.

Me encojo de hombros ligeramente, tan confundida como él.

—¡Jake! —Denise es la primera en levantarse, alisándose el vestido con un movimiento que parece ensayado—. Qué alegría verte. Espero que no te importe nuestra visita sorpresa.

—Es sobre la feria —añade Melissa, toda eficiencia—. Tenemos una nueva iniciativa para recaudar fondos y necesitamos tu participación.

Jake me lanza otra mirada, esta vez claramente pidiendo ayuda, pero decido que puede sufrir un poco. Después de todo, no ha sido precisamente comunicativo últimamente.

—Les estaba sirviendo té helado —digo con una sonrisa inocente—. ¿Quieres uno?

—Por favor —responde, quitándose el sombrero y pasándose una mano por el pelo en ese gesto que he aprendido a reconocer como señal de

incomodidad.

Mientras voy a la cocina, escucho a Melissa comenzar su presentación. Algo sobre «iniciativas innovadoras» y «participación comunitaria». Cuando regreso con el té de Jake, la conversación ha avanzado significativamente.

—Una subasta de solteros —está diciendo Melissa con entusiasmo—. Es la solución perfecta para nuestro déficit presupuestario. El año pasado, Henderson recaudó más de cinco mil dólares con la suya.

—Y tú, Jake —interviene Amber—, serías nuestra estrella. No hay un solo hombre en Sweet Valley que pueda competir contigo en atractivo.

La forma en que dice «atractivo», alargando cada sílaba, hace que tenga que reprimir una mueca.

Jake parece haberse quedado sin palabras. Está sentado rígidamente en el borde del sillón, sosteniendo su vaso de té como si fuera una granada a punto de explotar.

—No creo que sea una buena idea —dice finalmente, su voz tensa—. No soy... no me gusta ser el centro de atención.

—Oh, vamos —insiste Denise, inclinándose hacia él de una manera que hace que su escote sea imposible de ignorar—. Es por una buena causa. Los niños necesitan ese dinero para mejores instalaciones. ¿No quieres que Wyatt tenga un patio de recreo decente?

Usar a Wyatt como arma emocional es bajo, incluso para Denise.

—Podría hacer una donación directa —ofrece Jake, claramente buscando una salida—. No es necesario que me subaste.

—No es lo mismo —argumenta Melissa—. La subasta no solo recauda fondos, también crea comunidad. Es divertido, emocionante. Todos los hombres solteros participarán. Incluso el reverendo Johnson ha aceptado.

La imagen del reverendo septuagenario siendo subastado casi me hace escupir mi té, pero me contengo.

—Lo siento, pero no —Jake se mantiene firme—. No es lo mío.

—Pero Jake —Denise pone su mano sobre el brazo de él, y siento una punzada de irritación—. Serías el mayor éxito de la noche. Todas las mujeres solteras de Sweet Valley estarían pujando por ti.

La idea de Jake siendo subastado, de otras mujeres compitiendo por una cita con él, hace que algo desagradable se retuerza en mi estómago. Algo que se parece sospechosamente a los celos.

—¿Y qué implica exactamente ser «subastado»? —pregunto, incapaz de contenerme.

Melissa me mira, como si acabara de recordar mi presencia.

—Oh, es muy sencillo —explica—. Los participantes suben al escenario, se hace una pequeña presentación sobre ellos, y luego las mujeres pujan por una cita. El mejor postor gana una cena con el soltero en cuestión. Todo muy inocente y por una buena causa.

—Suena divertido —comento, aunque la idea de Jake cenando con otra mujer, especialmente con alguien como Denise, me revuelve el estómago—. Deberías considerarlo, Jake.

Me lanza una mirada que podría congelar el infierno. Claramente no aprecia mi «apoyo».

—Como he dicho, no es lo mío —repite, más firme esta vez—. Pero gracias por pensar en mí.

—¿Y qué hay de las mujeres? —pregunto, una idea formándose en mi cabeza—. ¿También habrá solteras para subastar?

—¡Por supuesto! —asiente Melissa—. Igualdad de oportunidades. Ya tenemos a varias voluntarias.

—En ese caso —digo, mirando directamente a Jake—, creo que yo también participaré.

El silencio que sigue a mi anuncio es tan denso que casi podría cortarse. Jake me mira como si acabara de declarar que pienso unirme a un culto satánico.

—¿Tú? —pregunta finalmente, su voz extrañamente tensa.

—¿Por qué no? —respondo con una ligereza que no siento—. Es por una buena causa, ¿verdad? Y como has dicho, no te interesa participar, así que al menos uno de nosotros debería contribuir.

—¡Sería maravilloso! —exclama Amber, claramente ajena a la tensión entre Jake y yo—. Una mujer sofisticada como tú atraería muchas pujas.

—Exacto —asiento, sin apartar mis ojos de Jake—. Además, podría ser una buena forma de... conocer gente. Ampliar mi círculo social en Sweet Valley.

Algo oscuro cruza la mirada de Jake, algo primitivo y posesivo que hace que un escalofrío recorra mi columna vertebral.

—Participaré —dice abruptamente, sorprendiéndonos a todos—. En la subasta. Lo haré.

—¡Maravilloso! —Melissa aplaude, encantada con el giro de los acontecimientos—. ¡Sabía que podíamos contar contigo, Jake!

Denise parece particularmente complacida, y no hace ningún esfuerzo por ocultar cómo recorre el cuerpo de Jake con una mirada apreciativa que me hace querer arrojarle mi té a la cara.

—Pero —añade Jake, y hay un filo en su voz que no había escuchado antes —, con una condición.

—Lo que sea —responde Melissa rápidamente.

—Sarah no participa.

Su declaración cae como una bomba en la habitación. Todos los ojos se vuelven hacia mí, esperando mi reacción.

—Disculpa, ¿qué? —pregunto, incapaz de creer lo que acabo de oír.

—Ya me has oído —responde Jake, su mirada desafiante—. Yo participo, tú no.

La audacia, la pura arrogancia de su demanda, enciende algo dentro de mí. ¿Quién se cree que es para decidir lo que puedo o no puedo hacer?

—Eso no es negociable —respondo, cruzándome de brazos—. Si quiero participar, participaré. No eres mi dueño, Jake Wheeler.

La tensión entre nosotros es tan palpable que incluso Wyatt, que había estado jugando tranquilamente con sus dinosaurios, levanta la mirada con curiosidad.

—Bueno —interviene Melissa, claramente incómoda—, no hay razón por la que ambos no podáis participar, ¿verdad? Cuantos más, mejor para la recaudación.

—Exacto —asiento, sin apartar mis ojos de Jake—. Ambos participaremos. Por los niños.

—Por los niños —repite Jake, y hay una promesa de represalias en su tono que hace que mi pulso se acelere.

Las tres mujeres intercambian miradas, claramente desconcertadas por el extraño intercambio que acaban de presenciar.

—Perfecto entonces —dice Melissa, recogiendo su carpeta—. La subasta será el sábado que viene, a las siete, en el salón comunitario. Os enviaré todos los detalles por correo electrónico.

Se despiden apresuradamente, como si sintieran que es mejor salir antes de que la tensión en la habitación explote. Denise es la última en irse, no sin antes lanzarle a Jake una mirada que promete pujar generosamente por él.

Hace que me ponga furiosa.

Cuando finalmente cerramos la puerta tras ellas, el silencio que cae entre nosotros es ensordecedor.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunta Jake, su voz peligrosamente baja.

—¿El qué? —respondo, fingiendo inocencia mientras vuelvo a la cocina para revisar la cena.

Me sigue, y puedo sentir su mirada taladrando mi espalda.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —dice—. ¿Por qué te ofreciste como voluntaria para esa ridícula subasta?

Me giro para enfrentarlo, espátula en mano.

—Por la misma razón que tú, aparentemente —respondo—. Por los niños.

—No te burles de mí, Sarah —advierte, y hay algo en su tono que me hace contener la respiración—. No estoy de humor.

—¿Y yo sí? —contraataco, la frustración de semanas finalmente desbordándose—. ¿Crees que disfruto viendo cómo esa mujer prácticamente se te echa encima mientras tú ni siquiera puedes mirarme a los ojos durante más de dos segundos?

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y de inmediato me arrepiento. He revelado demasiado, he mostrado mis cartas.

Jake me mira fijamente, y por un momento veo algo en sus ojos —¿sorpresa?— antes de que su expresión se endurezca nuevamente.

—No sé de qué hablas —dice, pero su voz carece de convicción.

—Por supuesto que no —respondo con un suspiro cansado.

Vuelvo a centrarme en la cena, removiendo la salsa con más vigor del necesario. Puedo sentir a Jake todavía detrás de mí, inmóvil, como si estuviera debatiendo qué decir o hacer a continuación.

—La cena estará lista en diez minutos —digo finalmente, sin mirarlo—. Deberías lavarte las manos.

Es una salida, una forma de romper este momento tenso, y Jake la toma. Se va sin decir palabra, y yo me quedo allí, preguntándome en qué lío acabo de meterme.

Porque la verdad, la verdad que no puedo admitir ni a mí misma, es que la idea de Jake siendo subastado, de otra mujer ganando el derecho a una cita con él, me resulta insoportable. Y lo más aterrador es darme cuenta de hasta qué punto me importa.

La subasta es en una semana. Siete días para decidir si voy a luchar por este hombre terco y complicado, o si voy a dar un paso atrás y dejar que Denise y sus escotes estratégicos ganen la batalla.

Y mientras sirvo la cena para un Jake silencioso y un Wyatt ajeno a la tensión entre los adultos, tomo mi decisión.

Si Jake Wheeler cree que puede mantenerme alejada de esa subasta, está a punto de descubrir lo testaruda que puedo ser cuando realmente quiero algo.

O a alguien.

CAPÍTULO 19

SARAH

—No me puedo creer que me hayas convencido para ponerme esto —murmuro, observando mi reflejo en el espejo del vestuario improvisado.

Kate, detrás de mí, sonríe con una mezcla de orgullo y diversión mientras ajusta los últimos detalles de mi atuendo.

—Te ves espectacular —asegura, colocando un mechón rebelde detrás de mi oreja—. Todo Sweet Valley estará a tus pies.

El vestido que Kate ha insistido en que use es una creación en azul profundo que se ajusta a mi cuerpo antes de abrirse en una falda que cae hasta justo por encima de las rodillas. Es elegante pero no ostentoso, sofisticado pero accesible. El tipo de vestido que dice «soy de ciudad, pero puedo adaptarme a la vida rural». Las botas de cuero que lo acompañan añaden ese toque western que, sorprendentemente, funciona.

—No es todo Sweet Valley quien me preocupa —confieso, aplicándome una última capa de brillo labial.

Kate me lanza una mirada conocedora a través del espejo.

—Lo vas a dejar sin palabras —dice con una seguridad que me gustaría compartir—. Jake no sabrá qué lo golpeó.

Suspiro, intentando calmar los nervios que revolotean en mi estómago. ¿Cómo he llegado a esto? ¿En qué momento mi estancia en Sweet Valley se convirtió en una misión para intentar provocar celos en un vaquero testarudo?

—Esto es una locura —murmuro, más para mí misma que para Kate—. Ni siquiera sé por qué me importa tanto.

—¿En serio? —Kate arquea una ceja con escepticismo—. Porque desde mi punto de vista, es bastante obvio.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre y Emma asoma la cabeza, sus ojos brillantes de excitación.

—¡Ya casi es la hora! —anuncia—. El salón está a reventar. ¡Hay gente que ha venido incluso desde Henderson!

—Genial —respondo, y el pánico debe ser evidente en mi voz porque Emma suelta una risita.

—Relájate —me aconseja con la sabiduría de sus trece años—. Vas a arrasar. Y, por cierto, Jake está ahí fuera, parece un león enjaulado.

Mi corazón da un vuelco traicionero ante la mención de su nombre.

—¿Lo has visto? —pregunto, intentando sonar casual.

—Ajá —Emma asiente con una sonrisa traviesa—. Está... wow. Nunca lo había visto tan arreglado. Y Denise no le quita los ojos de encima desde que llegó. Creo que se está planeando hipotecar su casa para pujar por él.

Una punzada de celos me atraviesa, tan aguda e inesperada que me deja momentáneamente sin aliento.

—Bueno —digo, irguiéndome—. Supongo que es hora de darle a Sweet Valley un espectáculo que recordarán.

Kate y Emma intercambian una mirada cómplice mientras me acompañan hacia el pasillo que conduce al área de espera detrás del escenario. El salón comunitario ha sido transformado para la ocasión: luces tenues, decoración western elegante, y un escenario donde cada «lote» será presentado y subastado.

—Estaremos en primera fila —me asegura Kate, dándome un último abrazo—. Logan ya está allí con Wyatt.

—Gracias —respondo, genuinamente agradecida por su apoyo—. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente no estarías a punto de ser subastada como ganado —bromea Kate, pero hay calidez en sus ojos—. Ve a por todas, Sarah.

Con un último apretón de manos, Kate desaparece, dejándome sola en el pasillo que conduce al área de espera. Respiro hondo, intentando calmar mis nervios. «Es solo una subasta benéfica», me recuerdo. «No es como si estuvieras vendiendo tu alma.»

Al entrar en la pequeña sala donde los participantes esperan su turno, lo primero que veo es a Jake. Está de espaldas a mí, hablando con Tom Cooper, pero incluso así, su presencia domina el espacio. Ha cambiado sus habituales vaqueros gastados por unos oscuros que se ajustan perfectamente a sus piernas, una camisa negra que resalta los músculos de su espalda, y un chaleco que le da un aire elegante sin perder ese toque rústico que lo caracteriza.

Cuando se gira y me ve, se queda momentáneamente inmóvil. Sus ojos me recorren de arriba abajo con una intensidad que hace que mi piel se caliente. Por un segundo, veo algo en su mirada —¿admiración? ¿deseo?— antes de que su expresión se endurezca nuevamente.

—Sarah —me saluda con un breve asentimiento, como si fuéramos meros conocidos y no compartiésemos el mismo techo.

—Jake —respondo con la misma frialdad fingida, aunque mi corazón late desbocado.

Tom Cooper, captando la tensión entre nosotros, murmura una excusa y se aleja, dejándonos solos en nuestro rincón.

—Veo que te has tomado en serio lo de impresionar a los postores —comenta Jake, y hay un filo en su voz que me sorprende.

—Podría decir lo mismo —respondo, manteniendo mi tono ligero a pesar de la tensión que crece entre nosotros—. Nunca te había visto tan arreglado.

Sus ojos se entrecierran ligeramente, y hay algo en su expresión, una intensidad que me hace contener la respiración.

—No lo hago por ellos —dice finalmente, su voz más baja, más íntima.

—¿No? —pregunto, y odio lo esperanzada que suena mi voz—. ¿Por quién entonces?

Jake da un paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros. Estamos en un rincón apartado de la sala, parcialmente ocultos por una columna, pero aun así demasiado expuestos para la carga eléctrica que parece vibrar entre nosotros.

—No voy a responder a esa pregunta —asegura, y hay una crudeza en su voz que me deja sin aliento.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre y Denise entra, buscando claramente a Jake. Lleva un vestido rojo que deja poco a la imaginación, y su mirada se ilumina cuando lo localiza.

—¡Jake! —exclama, avanzando hacia nosotros con una sonrisa que pretende ser seductora—. Te estaba buscando. Quería desearte suerte antes de que empiece la subasta.

—Gracias, Denise —responde Jake con una educación forzada—. Pero no creo en la suerte.

—Bueno, tal vez después de esta noche cambies de opinión —dice ella, colocando una mano en su brazo y mirándome brevemente con algo cercano al desdén—. He estado ahorrando especialmente para esta ocasión.

La insinuación es tan obvia que casi me hace poner los ojos en blanco. Jake parece igualmente incómodo, pero mantiene su educación mientras Denise sigue hablando sobre lo emocionante que será la subasta y lo mucho que ha estado esperando esta noche.

—Si me disculpas —la interrumpo finalmente, incapaz de soportar más su coqueteo descarado—. Necesito revisar algunos detalles con Melissa antes de que comience todo.

Sin esperar respuesta, me alejo hacia el otro extremo de la sala, donde Melissa Thornton está organizando el orden de los participantes. Mi sangre hierve, y no solo por la actitud de Denise, sino por cómo Jake apenas hizo nada para desalentar sus avances.

«¿Qué esperabas?», me regaño mentalmente. «No es como si tuviera alguna obligación hacia ti. Lo que pasó en el motel fue un *error*, ¿recuerdas?»

Pero eso no hace que duela menos. Ver a otra mujer tocar a Jake, mirarlo con esa intención tan clara, imaginar que podría ganarlo en la subasta y tener derecho a una cita con él... Es suficiente para hacer que mis entrañas se retuerzan de celos.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que no noto que Jake se ha acercado hasta que su voz, baja y tensa, suena justo detrás de mí.

—¿Huyes de mí, Sarah?

Me giro para enfrentarlo, preparada para lanzar algún comentario mordaz, pero las palabras mueren en mi garganta cuando veo su expresión. Hay una intensidad en sus ojos, una determinación que no había visto antes.

—No estoy huyendo —respondo, levantando la barbilla en un gesto desafiante—. Solo te daba espacio para que pudieras disfrutar de tu admiradora.

Jake suelta un bufido que podría ser de irritación o de diversión.

—Denise es la última persona con la que quiero pasar tiempo —dice, y hay una sinceridad en su voz que me sorprende.

—Pues no lo parecía —replico, incapaz de contener mi irritación—. No vi que hicieras mucho para desalentarla.

—¿Estás celosa, princesa? —pregunta, y hay un brillo peligroso en sus ojos, una satisfacción que me irrita y me excita a partes iguales.

—Por supuesto que no —miento descaradamente—. Solo me parece hipócrita que te muestres tan interesado cuando hace unos días apenas podías mirarme a la cara.

Jake da otro paso hacia mí, y de repente estamos en un rincón apartado, semiocultos por las cortinas que separan el área de espera del escenario. Puedo oír el murmullo de la multitud al otro lado, pero aquí, en este pequeño espacio, solo existimos nosotros dos.

—¿Crees que no quiero mirarte? —su voz es un gruñido bajo, casi amenazante—. ¿Crees que no pienso en ti constantemente? ¿Que no me vuelve loco verte cada día y no poder...?

Se interrumpe, como si hubiera dicho demasiado. Sus ojos se mueven a mis labios, y veo el momento exacto en que su control se quiebra.

—A la mierda —murmura, y antes de que pueda procesar lo que está pasando, sus manos están en mi cintura, empujándome contra la pared.

Su boca encuentra la mía en un beso que no tiene nada de dulce o tentativo. Es un beso nacido de la frustración, del deseo reprimido, de los celos. Sus labios son exigentes, casi rudos, y respondo con la misma intensidad, aferrándome a sus hombros como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento.

Una de sus manos se desliza hasta mi nuca, enredándose en mi pelo, mientras la otra permanece firmemente en mi cintura, manteniéndome contra la pared. El calor de su cuerpo, el sabor de su boca, la presión de sus dedos... todo se combina en una explosión de sensaciones que me deja mareada.

Cuando su lengua se desliza contra la mía, no puedo evitar soltar un pequeño gemido que parece encenderlo aún más. Su agarre se intensifica, y de repente su pierna está entre las mías, presionando justo donde más lo necesito. El placer es tan intenso, tan inesperado, que tengo que romper el beso para tomar aire.

Jake aprovecha para trazar un camino de besos por mi mandíbula, bajando hasta mi cuello. Cuando sus dientes rozan suavemente la piel sensible justo debajo de mi oreja, mis rodillas amenazan con ceder.

—Jake... —susurro, y mi voz suena extraña incluso para mis propios oídos. Ronca, desesperada.

—Dime que pare —murmura contra mi piel, pero sus manos, su boca, todo en él dice lo contrario—. O voy a perder la jodida cabeza.

—No puedo —admito, y la honestidad de mi respuesta parece sorprendernos a ambos—. No quiero que pares.

Jake levanta la cabeza para mirarme, y hay tanta vulnerabilidad en sus ojos, tanto deseo crudo, que me deja sin aliento. Por un momento, todas las barreras caen, y veo al hombre detrás de la fachada de dureza. El hombre que teme ser herido, que ha construido muros tan altos que ni él mismo puede escalarlos.

—Sarah —comienza, y hay una suavidad en su voz que me derrite.

—¡Quedan cinco minutos para el comienzo! —la voz de Melissa interrumpe el momento, amplificada por el micrófono—. ¡Todos los participantes, por favor, tomen sus posiciones!

La realidad se estrella contra nosotros como una ola fría. Jake se aparta, pasándose una mano por el pelo en ese gesto de frustración.

—Esto no ha terminado —dice, y no es una pregunta sino una promesa.

—No —confirmo, intentando recuperar el aliento y la compostura—. Definitivamente no ha terminado.

Nos miramos durante un segundo más, la tensión entre nosotros casi palpable, antes de que Jake se gire bruscamente y se dirija hacia donde los participantes se están alineando.

Me quedo allí, apoyada contra la pared, intentando procesar lo que acaba de suceder. Jake Wheeler me ha besado. No un beso dulce o tentativo, sino un beso que hablaba de deseo contenido, de frustración, de necesidad. Un beso que ha derribado todas mis defensas y ha dejado al descubierto verdades que no estaba preparada para enfrentar.

Y ahora tengo que salir a un escenario y ser subastada como si nada hubiera pasado. Como si mis labios no estuvieran hinchados por su beso, como si mi cuerpo no estuviera vibrando con un deseo insatisfecho, como si mi corazón no estuviera latiendo con una verdad que ya no puedo negar.

Estoy enamorada de Jake Wheeler.

JAKE

La subasta está en pleno apogeo, pero apenas puedo concentrarme en lo que sucede a mi alrededor. Mis pensamientos, mi cuerpo, todo mi ser sigue atrapado en ese rincón oscuro con Sarah, en la sensación de sus labios bajo los míos, en el pequeño gemido que escapó de su garganta cuando profundicé el beso.

¿Qué demonios he hecho?

Años de cuidadosa contención, de mantener a raya mis emociones, de proteger a Wyatt y a mí mismo del dolor del abandono... Todo eso se ha desmoronado en un instante de debilidad. O quizás de fuerza. Ya ni siquiera estoy seguro de cuál es cuál.

—¡Jake Wheeler! —la voz del presentador me sobresalta—. ¡Es tu turno!

Subo al escenario mecánicamente, intentando mantener una expresión neutral mientras el presentador lee mi biografía. «Jake Wheeler, 35 años, capataz del rancho Sweet Valley...» Las palabras flotan a mi alrededor mientras observo la multitud desde mi posición en el escenario.

El salón comunitario está lleno, y reconozco casi todos los rostros. Vecinos, amigos, personas con las que he crecido. Y allí, en primera fila, Logan sosteniendo a Wyatt en su regazo, con Emma y Kate a su lado. Mi hijo me saluda entusiasmado, completamente ajeno a la tormenta que se desata en mi interior.

Y entonces veo a Denise mirándome como un gato a punto de devorar un canario. Me estremezco de disgusto. A su lado, otras mujeres solteras de Sweet Valley, todas sosteniendo sus paletas de puja, todas con esa mirada de determinación que me hace sentir como un trozo de carne en exhibición.

Pero mis ojos siguen buscando a alguien más. Alguien que no está entre el público porque está esperando su turno detrás del escenario. Sarah.

—¡Que comience la puja! —anuncia el presentador, y el salón estalla en gritos y risas.

Las ofertas comienzan a llegar rápidamente. Doscientos, trescientos, cuatrocientos dólares. Intento mantener una sonrisa educada mientras las cifras suben, pero mi mente sigue volviendo a ese beso. A la forma en que

Sarah se aferró a mis hombros, a cómo su cuerpo se amoldó perfectamente al mío, a esa confesión susurrada: «No quiero que pares».

—¡Quinientos dólares! —grita Denise, y hay un murmullo de admiración en la sala.

—¡Quinientos cincuenta! —contraataca otra mujer.

—¡Seiscientos! —responde Denise sin dudar.

La puja continúa, pero me resulta cada vez más difícil mantener mi fachada de tranquilidad. Porque en unos minutos, Sarah subirá a este mismo escenario. Será presentada, admirada, deseada por hombres que no tienen idea de quién es realmente. Hombres que no saben que le gusta el café con demasiada azúcar, que habla con los caballos cuando cree que nadie la escucha, que tiene un repertorio infinito de chistes sobre dinosaurios solo para hacer reír a Wyatt.

Y uno de esos hombres ganará el derecho a una cita con ella. A pasar horas en su compañía, a hacerla reír, a quizás intentar algo más...

La idea me revuelve el estómago.

—¡Ochocientos dólares! —exclama Denise, y su voz me devuelve bruscamente a la realidad.

El silencio que sigue indica que nadie va a superar esa oferta. Miro a Denise, que sonríe triunfante, y siento una mezcla de resignación. Al menos será una cena, nada más. Puedo soportar eso.

—¡Ochocientos dólares a la una! ¡A las dos! ¡Vendido a la señorita por ochocientos dólares! —el presentador parece complacido con la cifra—. ¡Un aplauso para nuestro capataz favorito, que acaba de recaudar una cantidad impresionante para la escuela!

Los aplausos suenan distantes mientras bajo del escenario, mi mente ya anticipando lo que viene a continuación. Sarah. Su subasta. El pensamiento de que otro hombre pueda acercarse a ella me mata.

No. No puedo permitirme pensar así. No tengo ningún derecho sobre ella. Ninguna reclamación. Lo que pasó hace unos minutos fue un momento de debilidad, nada más.

—¡Y ahora, damas y caballeros, tenemos un lote muy especial! —anuncia el presentador con entusiasmo renovado—. ¡Directamente desde la Gran Manzana, la sensación de las redes sociales, Sarah Hayes!

Y allí está ella, subiendo al escenario con una gracia que parece natural en ella. El vestido azul abraza sus curvas de una manera que hace que mi boca se seque, y su sonrisa, aunque ligeramente tensa, ilumina todo su rostro. Es hermosa. Dolorosamente hermosa.

El presentador lee su biografía, destacando su trabajo como influencer, sus colaboraciones con marcas de lujo, su impresionante número de seguidores.

Pero eso no es Sarah. No la verdadera Sarah. No la mujer que ha entrado en nuestras vidas y las ha transformado por completo.

La puja comienza, y siento una rabia irracional crecer en mi interior mientras varios hombres levantan sus paletas. Algunos los reconozco: el hijo del banquero, un ranchero del condado vecino, incluso el nuevo profesor de la escuela. Todos mirando a Sarah con un interés que hace que mis manos se cierren en puños.

Las cifras suben rápidamente. Cuatrocientos, quinientos, seiscientos dólares. Sarah mantiene su sonrisa, pero puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus ojos recorren la sala, buscando... ¿qué? ¿A quién?

Sus ojos encuentran los míos, y por un momento, todo lo demás desaparece. La multitud, las pujas, incluso el recuerdo de mi propia subasta. Solo existimos Sarah y yo, conectados por una mirada que dice más que mil palabras.

—¡Mil dólares! —la voz de un hombre me devuelve brutalmente a la realidad.

Es Daniel Morgan, el hijo del propietario del único hotel de Sweet Valley. Alto, rubio, con ese aire de confianza que viene de saber que eres el mejor partido del pueblo. Lo conozco desde la escuela, y nunca me ha caído bien. Demasiado arrogante, demasiado acostumbrado a conseguir lo que quiere.

Y ahora quiere a Sarah.

El silencio que sigue a su oferta indica que ha ganado. Nadie en Sweet Valley va a superar mil dólares, ni siquiera por alguien tan especial como Sarah.

—¡Mil dólares a la una! —comienza el presentador, y veo cómo Sarah sigue mirándome, una pregunta silenciosa en sus ojos.

¿Qué quiere de mí? ¿Que intervenga? ¿Que puje por ella? ¿Que la reclame frente a todo el pueblo?

No puedo. No debo. Sería cruzar una línea que me he prometido no cruzar. Sería admitir sentimientos que no puedo permitirme tener.

—¡A las dos! —continúa el presentador, y el tiempo parece ralentizarse.

La mirada de Sarah se aparta finalmente de la mía, y hay una resignación en sus ojos que me parte el alma. Cree que la he abandonado. Que la he dejado a merced de Daniel Morgan y su sonrisa perfecta.

Y tal vez lo he hecho. Tal vez es lo mejor. Un corte limpio antes de que las cosas se compliquen aún más.

—¡Vendida al señor Morgan por mil dólares! —declara el presentador, y el salón estalla en aplausos y silbidos.

Sarah baja del escenario, y aunque intenta mantener su sonrisa, puedo ver la decepción en sus ojos. Daniel Morgan se acerca a ella, todo sonrisas y encanto,

y la forma en que la mira, como si ya la considerara suya, hace que algo primitivo y posesivo se despierte dentro de mí.

Pero no tengo derecho a sentirme así. No después de lo que acabo de hacer. O más bien, de lo que no he hecho.

Mientras la multitud comienza a dispersarse, noto que Denise se acerca a mí, su sonrisa triunfante y su intención clara.

—Tenemos una cita, Jake —dice, colocando una mano en mi brazo—. Estoy pensando en el Riverside Grill, este sábado. ¿Te parece bien?

Asiento mecánicamente, mi atención todavía dividida. Por encima del hombro de Denise, veo a Sarah hablando con Daniel. Él se inclina hacia ella, dice algo que la hace sonreír, y luego coloca una mano en la parte baja de su espalda mientras la guía hacia la salida.

Y es ese simple gesto, esa mano posesiva en la espalda de Sarah, lo que finalmente me hace comprender la magnitud de mi error.

Porque no importa cuánto intente negarlo, cuántas barreras construya, cuántas excusas invente. La verdad es que quiero a Sarah para mí. Y acabo de entregarla en bandeja de plata a otro hombre.

La subasta ha terminado. Y he perdido mi oportunidad.

CAPÍTULO 20

JAKE

Dos días después, las cosas solo empeoran.

El rancho me ha retenido más de lo habitual esta noche. Un problema con el sistema de riego, una vaca pariendo fuera de temporada y una valla rota en el sector norte han hecho que las horas se estiren hasta bien entrada la noche. Cuando finalmente aparco la camioneta frente a casa, las luces del porche son lo único que ilumina la oscuridad.

Entro silenciosamente, consciente de la hora. Las once y media. Sarah probablemente ya habrá acostado a Wyatt hace horas. Dejo las botas en la entrada y avanzo por el pasillo en calcetines, intentando no hacer crujir las tablas del suelo que conozco de memoria.

Al llegar al salón, me detengo en seco. La televisión sigue encendida, con el volumen tan bajo que apenas se escucha, proyectando un suave resplandor azulado sobre el sofá. Y allí, acurrucados bajo la vieja manta de cuadros que mi madre tejió hace décadas, están Sarah y Wyatt, profundamente dormidos.

La imagen me golpea con una fuerza inesperada. Mi hijo está hecho un ovillo contra el costado de Sarah, su cabecita rubia apoyada en su hombro, una de sus pequeñas manos aferrada a la tela de su camiseta como si temiera que pudiera desaparecer mientras duerme. Y ella lo rodea protectoramente con un brazo, su mejilla apoyada suavemente contra el pelo de Wyatt, sus pestañas proyectando sombras sobre sus pómulos en la luz tenue.

Parecen... una familia. Mi familia. El pensamiento me atraviesa como una corriente eléctrica, dejándome momentáneamente sin aliento.

En lugar de despertarlos, me dejo caer silenciosamente en el sillón frente a ellos. Solo un minuto, me digo a mí mismo. Solo un minuto para observarlos, para grabar esta imagen en mi memoria.

Sarah se ve diferente cuando duerme. Más joven, más vulnerable. Sin esa coraza de confianza y sofisticación que suele llevar como una segunda piel. Hay una suavidad en su rostro, una paz que hace que algo se retuerza dolorosamente en mi pecho. Su pelo cae en ondas sueltas alrededor de su cara, y un mechón rebelde cruza su mejilla. Mis dedos pican con el impulso de apartarlo, de sentir la suavidad de su piel.

Me contengo. No tengo derecho a tocarla, no después de lo que pasó en la subasta. No después de quedarme allí parado mientras otro hombre ganaba el derecho a llevarla a cenar, a hacerla reír, a intentar impresionarla.

Daniel Morgan. Solo pensar en su nombre hace que mi mandíbula se tense. Nunca me cayó bien, incluso antes de que pujara por Sarah. Y ahora...

Ahora el sábado la llevará a cenar. Probablemente al Riverside Grill, el mejor restaurante en cincuenta kilómetros a la redonda. Le contará historias sobre sus viajes a Europa, sobre su carrera en finanzas, sobre todas las cosas sofisticadas y cosmopolitas que tienen en común. Cosas que yo nunca podré ofrecerle.

Y mientras tanto, yo estaré cenando con Denise.

La ironía de la situación casi me hace reír. Yo, que he pasado semanas alejándome de Sarah, construyendo muros entre nosotros, convenciéndome de que lo nuestro es imposible, ahora me consume la idea de que otro hombre pueda tener lo que yo he estado rechazando.

Soy un maldito idiota.

Wyatt se mueve en sueños, murmurando algo ininteligible antes de acurrucarse más cerca de Sarah. Ella, aún dormida, ajusta instintivamente su abrazo, protegiéndolo, consolándolo. Es un gesto tan maternal, tan natural, que siento un nudo formarse en mi garganta.

Rebecca nunca hizo eso. Ni una sola vez. Incluso cuando Wyatt era un bebé, lo sostenía como si fuera una bomba a punto de explotar, siempre buscando la primera oportunidad para pasármelo. «No soy buena con los bebés», decía, como si nuestro hijo fuera un proyecto complicado y no una parte de nosotros.

Pero Sarah... Sarah parece haber nacido para esto. Para los abrazos somnolientos en el sofá, para los chistes de dinosaurios, para las tiritas en rodillas raspadas y los cuentos antes de dormir. Ha encajado en nuestras vidas como si siempre hubiera pertenecido aquí.

Y ese es precisamente el problema. Porque no pertenece aquí. Pertenece a Nueva York, a las pasarelas y los cócteles de diseño, a un mundo de oportunidades y experiencias que Sweet Valley nunca podrá ofrecerle. Eventualmente se irá. Tiene que irse. Su vida está allí.

Es mejor así, me digo. Mejor mantener la distancia. Mejor que salga con Daniel Morgan y se dé cuenta de que hay hombres que pueden ofrecerle el tipo de vida a la que está acostumbrada. Mejor un corte limpio ahora que una herida sangrante después.

Pero mientras los observo, tan perfectos juntos bajo la suave luz azulada del televisor, otra verdad se abre paso a través de todas mis defensas, de todos mis miedos: ya es demasiado tarde. Para Wyatt. Para mí.

Ya nos hemos encariñado. Ya estamos invertidos emocionalmente. Y cuando Sarah se vaya, nos dejará con algo más que un vacío. Nos dejará con la

memoria de lo que podría haber sido. De lo que casi tuvimos.

Sarah se mueve ligeramente, y por un segundo temo haberla despertado con la intensidad de mis pensamientos. Pero solo reacomoda su posición, suspirando suavemente mientras su mano libre se posa protectoramente sobre la espalda de Wyatt.

Es una imagen que me rompe y me recompone al mismo tiempo. Una que llevaré conmigo mucho después de que ella se haya ido.

Me levanto silenciosamente, sabiendo que debería despertarlos, llevar a Wyatt a su cama, dejar que Sarah descanse adecuadamente. Pero soy egoísta. Quiero robar un momento más de esta perfección prestada, de esta familia que nunca será realmente mía.

Con cuidado, me acerco y ajusto la manta que se ha deslizado, cubriendo mejor los hombros de Sarah y el pequeño cuerpo de mi hijo. Mis dedos rozan accidentalmente su brazo, y siento un escalofrío recorrer mi columna ante ese mínimo contacto.

—Jake...

Su voz, ronca por el sueño, me sobresalta. Sus ojos están entreabiertos, nublados por el sueño, pero fijos en mí. Hay una suavidad en ellos, una vulnerabilidad que hace que mi corazón dé un vuelco traicionero.

—Shh —susurro, sin saber qué más decir—. Sigue durmiendo.

—Es tarde —murmura, parpadeando lentamente—. Lo siento, nos quedamos dormidos viendo...

—No pasa nada —la interrumpo suavemente—. Descansa. Yo llevaré a Wyatt a su cama.

Con infinito cuidado, deslizo a mi hijo de sus brazos. Él protesta débilmente en sueños, pero no se despierta, acurrucándose contra mi pecho como solía hacer cuando era más pequeño. El peso familiar de su cuerpecito contra el mío es reconfortante, un ancla en medio de la tormenta de emociones que me atraviesa.

—Jake —la voz de Sarah me detiene cuando estoy a punto de alejarme—. Sobre el sábado...

Mi cuerpo se tensa instantáneamente.

—No tenemos que hablar de eso —digo, quizás demasiado bruscamente.

Ella me mira durante un largo momento, y hay tanto en sus ojos —tristeza, confusión, anhelo— que tengo que apartar la mirada.

—Buenas noches, Sarah —digo finalmente, y me odio por la frialdad en mi voz, por los muros que sigo construyendo incluso cuando una parte de mí solo quiere derrumbarlos.

—Buenas noches, Jake —responde suavemente, y hay una resignación en su tono que me parte el alma.

Mientras subo las escaleras con Wyatt en brazos, siento el peso de todas las palabras no dichas, de todos los sentimientos reprimidos, asentándose sobre mis hombros como una carga imposible.

Lo acuesto en su cama, le quito los zapatos y lo arropo cuidadosamente. Se gira hacia su lado favorito, abrazando a Rex el dinosaurio, completamente ajeno al tumulto en el corazón de su padre.

—Te quiero, campeón —susurro, besando su frente.

Permanezco allí un momento más, observándolo dormir, encontrando consuelo en su respiración acompasada, en la paz de su rostro. Esto es lo que importa, me recuerdo. Protegerlo. Mantenerlo a salvo. No puedo permitir que sufra otra pérdida, otro abandono.

Incluso si eso significa sacrificar lo que mi corazón realmente desea.

Cuando finalmente me dirijo a mi propia habitación, paso frente a la puerta de Sarah. Está cerrada, pero puedo ver una línea de luz por debajo. Está despierta. Tal vez pensando en Daniel Morgan y su cita del sábado. Tal vez pensando en mí y en el beso que compartimos antes de la subasta. Tal vez preguntándose, como yo, qué habría pasado si las cosas fueran diferentes.

Mi mano se levanta, casi por voluntad propia, a punto de tocar su puerta. A punto de tirar abajo todas mis defensas y decirle la verdad: que no quiero que vaya a esa cita. Que no soporto la idea de ella con otro hombre. Que, a pesar de todos mis esfuerzos por mantenerla a distancia, estoy enamorado de ella.

Pero mi mano cae sin llamar.

Me alejo de su puerta, llevando conmigo la imagen de ella y Wyatt dormidos en el sofá. Un recuerdo que atesoraré cuando todo lo demás se haya ido. Un momento robado de una vida que nunca será mía.

Y mientras me preparo para otra noche de sueño inquieto, una certeza se asienta en mi pecho: el sábado será un infierno. Porque mientras yo esté cenando con Denise Cooper, todo lo que podré pensar será en Sarah. En sus ojos azules. En su risa. En la forma en que sus labios se sintieron bajo los míos.

Y en cómo Daniel Morgan podría estar experimentando todo eso mientras yo me quedo con nada más que arrepentimientos y oportunidades perdidas.

CAPÍTULO 21

SARAH

—¿Estás segura de que esto es una buena idea? —pregunta Kate, observándome desde la cama mientras me aplico la última capa de máscara de pestañas.

—No —respondo con honestidad, estudiando mi reflejo en el espejo—. Pero es demasiado tarde para echarme atrás.

Kate suspira, ajustando a Wyatt en su regazo. El pequeño está absorto en un libro de dinosaurios, completamente ajeno a la tensión que flota en el aire.

—Siempre puedes fingir una enfermedad repentina —sugiere, solo medio en broma—. Una apendicitis. Nadie cuestiona una apendicitis.

Me río a pesar de mis nervios, girándome para mirarla.

—¿Y qué hay de Jake? ¿También debería fingir una apendicitis para salvarse de su cita con Denise?

—Jake se lo ha buscado él solito —responde Kate, encogiéndose de hombros—. Podría haber pujado por ti. No lo hizo.

Sus palabras, aunque ciertas, hacen que algo se retuerza dolorosamente en mi pecho. Sí, Jake podría haber pujado por mí. Podría haber impedido que Daniel Morgan ganara el derecho a esta cita. Pero se quedó allí, observando en silencio, dejándome ir.

A pesar del beso que compartimos. A pesar de la intensidad con la que me miró después. A pesar de todo lo no dicho entre nosotros.

—Bueno, quizás esta noche sea exactamente lo que necesito —digo, más para convencerme a mí misma que a Kate—. Daniel parece agradable. Y es guapo.

—Y tiene tanto en común contigo como un pingüino con un cactus —señala Kate, arqueando una ceja.

—Los polos opuestos se atraen —respondo automáticamente, aunque ambas sabemos que no me refiero a Daniel.

Me giro de nuevo hacia el espejo, evaluando mi aspecto final. He optado por un vestido negro sencillo pero elegante, lo suficientemente sofisticado para el Riverside Grill pero no tan elaborado como para parecer que me he esforzado demasiado. Mi pelo cae en ondas suaves alrededor de mi rostro, y el maquillaje es más intenso de lo habitual, con un toque de sombra ahumada que hace que mis ojos parezcan más azules, más profundos.

Me veo bien. Me veo como la Sarah Hayes de Nueva York, la influencer segura de sí misma que nunca permitiría que un vaquero cabezota le rompiera el corazón.

Si tan solo me sintiera así por dentro.

El timbre suena, anunciando la llegada de Daniel. Kate me lanza una última mirada que dice claramente «todavía puedes echarte atrás», pero me limito a sonreírle con más confianza de la que siento.

—Deséame suerte —digo, inclinándome para besar la cabeza de Wyatt—. Pórtate bien con tía Kate y tío Logan, ¿vale, vaquero?

Wyatt asiente distraídamente, más interesado en su libro que en mi partida. Parte de mí se pregunta si notará mi ausencia esta noche, si preguntará por mí. Si Jake le explicará dónde estoy.

Jake. ¿Estará ya en su cita con Denise? ¿Habrá elegido también el Riverside Grill? La idea de encontrármelos allí hace que mi estómago se retuerza con una mezcla de anticipación y pavor.

—Diviértete —dice Kate mientras me dirijo a la puerta—. Y recuerda, si necesitas una excusa para escapar, Logan y yo podemos fingir una emergencia.

Le lanzo una sonrisa agradecida antes de bajar las escaleras para recibir a mi cita.

Daniel Morgan es, objetivamente, un hombre atractivo. Alto, rubio, con una sonrisa perfecta y un traje caro. Me espera en el porche con un ramo de rosas, un gesto tradicional que en otras circunstancias podría haber apreciado.

—Sarah —dice, y hay una genuina admiración en su voz cuando me ve—. Estás absolutamente deslumbrante.

—Gracias —respondo, aceptando las flores—. Tú también te ves muy bien.

Es cierto, aunque no siento ni una fracción de la reacción que experimento cuando veo a Jake en sus vaqueros gastados y sus camisas de franela.

Daniel me ofrece su brazo con una galantería anticuada que me hace sonreír a mi pesar. Es encantador, de una manera estudiada pero sincera. Mientras me acompaña hasta su coche —un BMW último modelo, por supuesto—, se lanza a una conversación fácil sobre el tiempo, la subasta, lo hermoso que es Sweet Valley en esta época del año.

Es agradable. Cómodo. Completamente desprovisto de la tensión eléctrica que caracteriza cada interacción con Jake.

El trayecto hasta el restaurante transcurre sin incidentes, con Daniel contándome sobre su trabajo en el negocio hotelero familiar y yo respondiendo preguntas educadas sobre mi carrera en Nueva York. Es el tipo de conversación que he tenido cientos de veces en citas anteriores: superficial, pulida, segura.

Cuando llegamos al Riverside Grill, el maître nos conduce a una mesa junto a la ventana con vistas al río. El restaurante está elegantemente decorado, con manteles blancos, velas y una iluminación tenue que crea un ambiente íntimo. Es, con diferencia, el lugar más sofisticado de Sweet Valley, aunque en Manhattan apenas se calificaría como un bistró de barrio.

—He reservado la mejor mesa —comenta Daniel mientras me ayuda a sentarme—. Las vistas del río al atardecer son espectaculares.

—Es precioso —admito, genuinamente impresionada por el paisaje que se extiende más allá de la ventana. El sol comienza a ponerse, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados que se reflejan en el agua.

Daniel ordena una botella de vino tinto sin consultar la carta, un gesto que me habría impresionado en mi vida anterior. El sommelier asiente con aprobación, confirmando su buen gusto. Todo es perfectamente correcto, perfectamente elegante.

Perfectamente vacío.

Y entonces los veo.

En una mesa al otro lado del restaurante, medio ocultos por una columna, pero todavía visibles desde mi posición, están Jake y Denise. Él lleva una camisa negra que resalta los músculos de sus hombros, y su pelo, normalmente escondido bajo el sombrero, está peinado hacia atrás de una forma que le da un aire peligrosamente atractivo. Denise, frente a él, lleva un vestido verde tan ajustado que dudo que pueda respirar, y se inclina hacia adelante de una manera que asegura que Jake tenga una vista privilegiada de su escote.

Algo feo y posesivo se retuerce en mi interior.

—¿Sarah? —la voz de Daniel me devuelve a la realidad—. ¿Estás bien?

—Sí, perdona —respondo, forzando una sonrisa—. Me distraje con las vistas.

Daniel sigue mi mirada anterior y su expresión cambia sutilmente cuando reconoce a Jake.

—Ah, Wheeler también está aquí —comenta con una ligereza que no llega a sus ojos—. Con Denise. Interesante elección de restaurante.

Hay algo en su tono, una insinuación de que quizás no es coincidencia, que me hace preguntarme si Jake eligió este lugar sabiendo que nosotros estaríamos aquí. La idea hace que mi pulso se acelere traicioneramente.

—Sweet Valley no tiene muchas opciones para una cena elegante —respondo, intentando sonar despreocupada—. Era de esperar que eligieran el mismo sitio.

Daniel asiente, aunque no parece completamente convencido. El camarero llega con el vino, y la conversación se desvía hacia temas más seguros: la carta,

las especialidades del chef, las recomendaciones de Daniel basadas en visitas anteriores.

Intento concentrarme en mi cita, realmente lo intento. Daniel es encantador, atento, y hace un esfuerzo genuino por conocerme. Me habla de sus viajes por Europa, de sus estudios en Yale, de sus planes para expandir el negocio familiar. En otra vida, en otro momento, podría haber estado interesada.

Pero mi atención sigue desviándose hacia la mesa de Jake. Lo observo disimuladamente por encima del borde de mi copa de vino, notando cómo apenas toca su comida, cómo su sonrisa no llega a sus ojos mientras Denise habla sin parar. Y entonces, como si sintiera mi mirada, levanta la vista y nuestros ojos se encuentran a través del restaurante.

El mundo parece detenerse por un instante. Todo —el murmullo de las conversaciones, la suave música de fondo, incluso la voz de Daniel— se desvanece, y solo quedamos Jake y yo, conectados por una mirada que dice más que mil palabras.

Hay algo en sus ojos, una intensidad cruda que hace que mi piel se caliente. Deseo, frustración, y algo más profundo, más vulnerable, que no me atrevo a nombrar. Por un momento, un glorioso momento, veo al hombre que me besó con desesperación detrás del escenario.

Y entonces Denise coloca su mano sobre la de él, reclamando su atención, y el momento se rompe. Jake aparta la mirada, y yo vuelvo a concentrarme en Daniel, que afortunadamente no ha notado mi distracción.

La cena continúa, un ejercicio de contención y conversación educada mientras por dentro me consumo. Cada risa de Denise, cada vez que toca el brazo de Jake, es como una pequeña puñalada. Y lo peor es que no tengo derecho a sentirme así. Jake no es mío. Nunca lo ha sido.

—¿Te apetece ya el postre? —pregunta Daniel cuando terminamos el plato principal—. El soufflé de chocolate aquí es legendario.

—En realidad —respondo, tomando una decisión impulsiva—, ¿qué te parece si vamos a otro sitio? He oído que el Lone Star tiene música en vivo los sábados.

Daniel parece sorprendido por mi sugerencia. El Lone Star es un bar country en las afueras del pueblo, tan diferente del refinado Riverside Grill como el día de la noche.

—¿Estás segura? —pregunta, claramente desconcertado—. No parece... tu estilo.

—¿Y cómo sabes cuál es mi estilo? —desafío con una sonrisa que espero sea provocativa y no desesperada—. Quizás hay más en mí de lo que parece a

simple vista.

La verdad es que solo quiero irme.

Daniel sonríe, genuinamente intrigado.

—En ese caso, me encantaría descubrirlo —responde, haciendo un gesto al camarero para pedir la cuenta.

Mientras esperamos, mis ojos vuelven involuntariamente a la mesa de Jake. Para mi sorpresa, están levantándose. Jake deja un billete sobre la mesa con un gesto brusco que sugiere impaciencia, mientras Denise recoge su bolso con una expresión que oscila entre la irritación y la determinación.

¿También se van? ¿Adónde? La idea de Jake llevando a Denise a su casa, de ella invitándolo a entrar, de ellos dos juntos… me hace querer vomitar.

No. No puedo permitirme pensar en eso.

Daniel paga la cuenta y me ofrece su brazo nuevamente. Mientras salimos del restaurante, siento la mirada de Jake siguiéndome, quemando mi espalda como un hierro al rojo vivo. No me giro. No puedo. Si lo hiciera, podría hacer algo imperdonablemente estúpido, como correr hacia él y exigirle que deje de ser tan condenadamente terco.

En lugar de eso, me aferro al brazo de Daniel y salgo a la noche estrellada de Sweet Valley, decidida a demostrarle a Jake Wheeler —y a mí misma— que puedo divertirme sin él. Que no me está volviendo loca con su actitud distante y sus miradas intensas. Que no sueño con sus besos cada noche.

Incluso si todas esas cosas son mentiras.

JAKE

El Lone Star está abarrotado, como era de esperar en un sábado por la noche. La banda en el pequeño escenario toca una mezcla de country clásico y rock sureño, y la pista de baile está llena de parejas que se mueven al ritmo de la música. El olor a cerveza, cuero y perfume barato impregna el aire, mezclándose con el humo residual de décadas de cigarrillos fumados antes de que las leyes cambiaran.

Es familiar. Reconfortante. Y, aun así, esta noche, me siento como un extraño en un lugar que conozco desde que tenía edad suficiente para entrar legalmente.

—No puedo creer que me hayas traído aquí después del Riverside —comenta Denise, arrugando ligeramente la nariz mientras observa el entorno —. Aunque supongo que tiene su... encanto rústico.

Asiento distraídamente, mis ojos escaneando el local por enésima vez en los diez minutos que llevamos aquí. No es coincidencia que hayamos terminado

en el Lone Star. No después de escuchar a Sarah sugerir este lugar a Morgan mientras fingía prestar atención a la interminable charla de Denise sobre sus planes de rediseño para su sala de estar.

Es insoportable.

—¿Te apetece una cerveza? —pregunto, más por cortesía que por verdadero interés.

—Prefiero un cosmopolitan, si lo tienen —responde Denise, y la duda en su voz me dice todo lo que necesito saber sobre sus expectativas respecto a la carta de cócteles del Lone Star.

—Veré qué puedo hacer —digo, dirigiéndome hacia la barra, agradecido por la oportunidad de escapar momentáneamente.

Mientras espero a que el barman me atienda, repaso mentalmente la desastrosa cena. Denise hablando sin parar sobre temas que no me interesan lo más mínimo. Yo respondiendo con monosílabos, incapaz de concentrarme en nada que no fuera la mesa junto a la ventana donde Sarah cenaba con Daniel Morgan.

Verla hablar con él, verlo inclinarse hacia ella con esa sonrisa que pretendía ser encantadora, ver cómo sus ojos ocasionalmente buscaban los míos a través del restaurante... fue una tortura. Una que yo mismo me busqué al no pujar por ella en la subasta.

—Un whisky doble y... —dudo, sabiendo que las posibilidades de que tengan los ingredientes para un cosmopolitan son prácticamente nulas— una cerveza.

El barman asiente y se gira para preparar las bebidas. Mientras espero, mis ojos vuelven a recorrer el local, deteniéndose abruptamente cuando los veo entrar.

Sarah y Morgan. Ella parece ligeramente incómoda, pero determinada, escaneando el bar como si buscara algo. O a alguien. Cuando sus ojos encuentran los míos, se detiene por un segundo, y veo cómo contiene la respiración. Luego, deliberadamente, desvía la mirada y sonríe a Morgan, permitiendo que él la guíe hacia una mesa vacía cerca de la pista de baile.

El barman coloca las bebidas frente a mí, pero apenas lo noto. Toda mi atención está en Sarah, en cómo la luz tenue del bar juega con su pelo, en cómo su vestido negro abraza sus curvas de una forma que me pone duro, en cómo su risa, incluso desde esta distancia, parece perforar el ruido ambiental y llegar directamente a mí.

—Gracias, cariño —la voz de Denise me sobresalta. Ha aparecido a mi lado sin que me diera cuenta, y ahora toma la cerveza con una mueca apenas disimulada—. Supongo que esto tendrá que servir.

La guío a una mesa, desde la que tengo una vista clara de Sarah y Morgan. No ha sido una elección consciente, me digo a mí mismo. Simplemente era la única mesa disponible.

Mentira. Todo en esta noche es una mentira. Excepto los celos que me corroen por dentro cada vez que Morgan se inclina hacia Sarah, cada vez que ella sonríe a algo que él dice, cada vez que sus dedos rozan «accidentalmente» los de ella sobre la mesa.

—Jake, ¿me estás escuchando? —la voz irritada de Denise me devuelve a la realidad.

—Lo siento —murmuro, forzándome a centrar mi atención en mi cita—. ¿Qué decías?

Denise suspira dramáticamente.

—Te estaba contando sobre mis planes para el comité de la feria del próximo año —dice, claramente molesta por mi falta de atención—. Estoy pensando en un tema vintage, algo nostálgico, pero con un toque moderno.

—Suena interesante —respondo automáticamente, mientras mis ojos vuelven a desviarse hacia la mesa de Sarah.

Morgan le está diciendo algo al oído, y ella asiente con una sonrisa que no llega a sus ojos. Conozco esa sonrisa. Es la misma que usa cuando intenta ser educada, pero está incómoda. La he visto suficientes veces dirigida a mí.

La banda termina una canción y comienza otra, más lenta, más íntima. Morgan se levanta y extiende su mano hacia Sarah, invitándola a bailar. Ella duda por un segundo, sus ojos desviándose brevemente en mi dirección antes de aceptar.

Algo primitivo y posesivo se despierta dentro de mí mientras los veo dirigirse a la pista de baile. Morgan coloca sus manos en la cintura de Sarah, atrayéndola más cerca de lo necesario, y ella apoya sus manos en sus hombros, manteniendo una distancia educada pero no suficiente para mi gusto.

—¿Bailamos? —la voz de Denise interrumpe mis pensamientos asesinos.

—No bailo —respondo secamente, sin apartar los ojos de la pareja en la pista.

—Oh, vamos —insiste, colocando su mano sobre la mía—. Una canción. Por los viejos tiempos.

No hay «viejos tiempos» entre Denise y yo. Salimos una vez en el instituto, una cita desastrosa, pero asiento mecánicamente, demasiado distraído por la visión de Morgan susurrando algo al oído de Sarah para argumentar.

Nos unimos a las parejas en la pista, y Denise inmediatamente se pega a mí como una segunda piel, sus brazos rodeando mi cuello, su cuerpo presionado

contra el mío de una forma que debería ser provocativa pero solo me resulta incómoda.

Desde esta posición tengo una vista perfecta de Sarah y Morgan. Están a pocos metros de distancia, moviéndose lentamente al ritmo de la música. Sarah parece tensa, su sonrisa forzada mientras Morgan continúa hablándole al oído. Y entonces, como si sintiera mi mirada, levanta la vista y nuestros ojos se encuentran por encima del hombro de su pareja.

Hay tanto en esa mirada —frustración, deseo, un desafío silencioso— que me deja sin aliento. Sarah sostiene mi mirada durante un largo momento, y luego, deliberadamente, se acerca más a Morgan, permitiendo que sus cuerpos se toquen completamente.

Es un desafío. Una provocación. Y funciona.

Algo dentro de mí se rompe. Todas las barreras cuidadosamente construidas, todas las excusas, todas las razones por las que debería mantenerme alejado de Sarah, todo se desmorona en un instante de claridad cristalina.

No puedo seguir con esta farsa. No puedo verla en brazos de otro hombre. No puedo pretender que no me importa, que no la deseo, que no me estoy volviendo loco cada vez que la veo sonreír a alguien que no soy yo.

—Disculpa —le digo a Denise, apartándome bruscamente—. Tengo que hacer algo.

No espero su respuesta. En tres zancadas estoy junto a Sarah y Morgan, que me miran sorprendidos por mi repentina aparición.

—Wheeler —saluda Morgan con una sonrisa tensa—. ¿Se te ha perdido algo?

—Sí —respondo, mi voz un gruñido bajo—. Ella.

Y antes de que cualquiera de los dos pueda reaccionar, tomo a Sarah por la cintura y la levanto sobre mi hombro como un saco de patatas. Ella suelta un grito de sorpresa que se transforma en indignación cuando se da cuenta de lo que está pasando.

—¡Jake! ¿Qué demonios crees que estás haciendo? —exclama, golpeando mi espalda con sus puños—. ¡Bájame ahora mismo!

—Nos vamos —declaro, ignorando sus protestas y las miradas atónitas de todos los presentes—. Esto se acabó.

—¡Wheeler! —la voz de Morgan suena detrás de mí, una mezcla de incredulidad y furia—. ¡No puedes simplemente llevártela así!

Me giro para enfrentarlo, todavía con Sarah sobre mi hombro.

—Mírame —respondo simplemente, y hay algo en mi expresión que lo hace retroceder un paso.

Con Sarah todavía protestando y golpeando mi espalda, me dirijo hacia la parte trasera del bar, donde sé que hay un pequeño almacén que también sirve como oficina improvisada. Como amigo del dueño sé dónde tiene escondida la llave.

—¡Jake Wheeler, bájame ahora mismo o te juro que...! —la amenaza de Sarah queda incompleta mientras abro la puerta del almacén y entro, cerrándola tras nosotros.

Solo entonces la bajo, permitiendo que sus pies toquen el suelo nuevamente. Está furiosa, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes de indignación. Nunca ha estado más hermosa.

—¿Has perdido completamente la cabeza? —exige, alisándose el vestido con movimientos bruscos—. ¿Cómo te atreves a humillarme así frente a todo el mundo? ¿Quién te crees que eres para...?

—No podía soportarlo más —la interrumpo, mi voz más ronca, más vulnerable de lo que pretendía—. No podía verte con él. No podía...

Me detengo, incapaz de encontrar las palabras para expresar el torbellino de emociones que me consume. Sarah me mira, y veo cómo su furia se transforma lentamente en algo más complejo, más profundo.

—¿No podías qué, Jake? —pregunta, y hay un desafío en su voz que hace que mi pulso se acelere—. Dilo. Por una vez en tu vida, di lo que realmente sientes.

Nos miramos en la penumbra del almacén, rodeados de cajas de licor y suministros del bar, la música amortiguada por las paredes, pero aún audible. Estamos tan cerca que puedo oler su perfume, contar las pecas casi invisibles en su nariz, ver cómo su pecho sube y baja con cada respiración agitada.

Y en ese momento, con Sarah mirándome como si pudiera ver directamente a través de todas mis defensas, finalmente me rindo.

A la mierda el miedo. A la mierda las excusas. A la mierda todo lo que no sea este momento, esta mujer, esta necesidad que me consume por dentro.

—No podía soportar verte con él —admito, dando un paso hacia ella—. No podía soportar la idea de sus manos en tu cintura, de sus labios cerca de tu oído, de él llevándote a casa después y quizás...

Me detengo, la imagen demasiado dolorosa incluso para verbalizarla.

Sarah me mira, y hay tantas emociones cruzando su rostro que no puedo descifrarlas todas. Pero hay una que reconozco, porque refleja la mía propia: deseo. Crudo, honesto, innegable.

—¿Y qué vas a hacer al respecto, vaquero? —pregunta, su voz apenas un susurro.

CAPÍTULO 22

JAKE

El tiempo se detiene mientras nos miramos en la penumbra del almacén. La música del bar llega amortiguada a través de las paredes, un ritmo constante que parece sincronizarse con los latidos de mi corazón. Sarah está frente a mí, su respiración agitada, sus ojos brillantes con una mezcla de desafío y deseo que me deja sin aliento.

—¿Y qué vas a hacer al respecto, vaquero? —provoca, su voz apenas un susurro.

Ya no hay vuelta atrás. No después de haberla sacado así de la pista de baile, no después de haber dejado que mis celos se manifestaran de forma tan pública, tan innegable. No hay más excusas, no hay más barreras que levantar.

—Esto —gruño, y en un movimiento rápido la empujo contra la pared más cercana, mi cuerpo aprisionando el suyo.

Mis labios se estrellan contra los suyos en un beso que no tiene nada de suave. Es hambriento, posesivo, casi salvaje. Semanas de deseo reprimido, de celos, de negación, todo explota en este momento. Mis manos se aferran a sus caderas con fuerza suficiente para dejar marcas, manteniéndola inmóvil mientras mi lengua invade su boca sin pedir permiso.

Sarah responde con igual ferocidad, sus uñas clavándose en mis hombros, su cuerpo arqueándose contra el mío. Cuando muerde mi labio inferior, un gruñido animal escapa de mi garganta. Deslizo una mano hasta su nuca, enredando mis dedos en su pelo y tirando ligeramente hacia atrás, exponiendo la suave piel de su cuello a mis labios, a mis dientes.

—Jake... —gime cuando mis dientes rozan un punto sensible justo debajo de su oreja.

El sonido de mi nombre en sus labios, tan necesitado, tan vulnerable, enciende algo primitivo dentro de mí. Quiero marcarla, reclamarla, hacer que olvide que alguna vez ha estado en brazos de otro hombre.

Mis manos encuentran el borde de su vestido, subiéndolo bruscamente hasta sus caderas. Cuando mis dedos rozan el encaje de sus bragas, descubro que está tan lista para mí como yo para ella, y la revelación me arranca un gruñido de satisfacción.

—¿Quieres que me detenga? —murmuro contra su cuello, dándole una última oportunidad de escape.

—Si te detienes ahora, te mato —responde, y la determinación en su voz hace que mi excitación alcance niveles casi dolorosos.

Es todo lo que necesito oír. En un movimiento fluido, la levanto, y sus piernas se envuelven instintivamente alrededor de mi cintura. La llevo hasta el viejo escritorio que ocupa un rincón del almacén, despejándolo con un brazo antes de sentarla en el borde.

Nuestras bocas se encuentran nuevamente, el beso es tan desesperado como el primero. Mis manos recorren su cuerpo con urgencia, encontrando la cremallera de su vestido y bajándola con impaciencia. La tela cae, revelando un conjunto de lencería negra que hace que mi sangre hierva.

—Eres tan hermosa que duele mirarte —digo, mi voz ronca por el deseo.

Un rubor se extiende por sus mejillas, pero hay determinación en sus ojos cuando sus manos encuentran los botones de mi camisa, desabrochándolos con una rapidez que sugiere que ha pensado en esto tanto como yo. Cuando sus dedos rozan mi piel desnuda, un escalofrío recorre mi columna vertebral.

—He soñado con esto —confiesa, sus ojos recorriendo mi torso expuesto —. Con tocarte así.

Sus palabras encienden un fuego en mi interior que amenaza con consumirme. Deslizo los tirantes de su sujetador por sus hombros, desabrochándolo con un movimiento. Cuando sus pechos quedan expuestos, me tomo un momento para admirarla, para grabar esta imagen en mi memoria.

—Eres perfecta —murmuro, antes de inclinarme para tomar uno de sus pezones en mi boca.

El gemido que escapa de sus labios es el sonido más erótico que he escuchado jamás. Sus manos se enredan en mi pelo, manteniéndome cerca mientras mi lengua y mis dientes juegan con el sensible botón. Cuando cambio al otro pecho, sus caderas se mueven instintivamente contra las mías, buscando fricción.

Mis manos descienden por su cuerpo, encontrando el borde de sus bragas. Con un movimiento brusco, las rasgo, demasiado impaciente para quitarlas adecuadamente.

—Jake —jadea, sorprendida por mi arrebato.

—Te compraré otras —prometo, mi voz un gruñido bajo.

Mis dedos encuentran su centro, descubriendo lo húmeda que está para mí. Cuando deslizo un dedo en su interior, sus ojos se cierran y su cabeza cae hacia atrás, exponiendo la línea elegante de su cuello. Añado un segundo dedo, estableciendo un ritmo que la hace jadear y retorcerse.

—Por favor —suplica, sus manos desabrochando frenéticamente mi cinturón—. Te necesito ahora.

La urgencia en su voz refleja la mía propia. Mientras ella se ocupa de mis pantalones, yo busco en mi cartera un preservativo, agradeciéndome mentalmente por tener la previsión de llevarlo, aunque nunca pensé que podría usarlo con Sarah.

En cuanto mis vaqueros y boxers caen lo suficiente, Sarah envuelve sus dedos alrededor de mi erección, y tengo que morder mi labio para no perder el control allí mismo. Sus movimientos son firmes, seguros, llevándome al borde con una habilidad que me deja sin aliento.

—Espera —jadeo, deteniendo su mano—. No así. Quiero estar dentro de ti.

Sus ojos, oscurecidos por el deseo, encuentran los míos mientras me coloco el preservativo. Sin apartar la mirada, me posiciono en su entrada, provocándola con la punta.

Con un empuje poderoso, entro en ella completamente. Ambos gemimos ante la sensación, tan perfecta, tan abrumadora. Por un momento nos quedamos inmóviles, adaptándonos a la intensidad de estar finalmente unidos.

Y entonces comienzo a moverme. No hay nada de suave o tierno en mis embestidas. Son duras, profundas, posesivas. Necesitadas. Mis manos sujetan sus caderas con fuerza, manteniéndola en su lugar mientras me hundo en ella una y otra vez. La mesa cruje bajo nuestro peso, pero apenas lo noto.

Sarah me encuentra embestida tras embestida, sus piernas envueltas firmemente alrededor de mi cintura, sus talones clavándose en mi espalda baja, urgiéndome a ir más profundo, más fuerte. Sus uñas dejan surcos en mis hombros, marcándome como yo quiero marcarla a ella.

—Eres mía —gruño contra su oído, las palabras escapando antes de que pueda detenerlas—. Dilo.

—Soy tuya —jadea, su voz entrecortada por el placer—. Solo tuya, Jake.

Sus palabras me empujan más cerca del borde. Deslizo una mano entre nuestros cuerpos, encontrando ese punto que sé que la llevará al límite. Cuando mis dedos lo rozan, Sarah grita, su cuerpo tensándose alrededor del mío.

—Mírame —ordeno, sintiendo que mi propio clímax se acerca—. Quiero ver tus ojos cuando te corras.

Sus párpados se abren, revelando ese azul imposible ahora casi negro por el deseo. Nuestras miradas se entrelazan, tan íntimamente como nuestros cuerpos, y hay algo en ese momento, algo crudo y honesto y aterrador, que me deja completamente expuesto.

Cuando el orgasmo la golpea, es como presenciar una fuerza de la naturaleza. Su cuerpo se arquea, sus músculos internos apretándose alrededor

de mí con una fuerza que me arrastra directamente a mi propio clímax. Me corro con su nombre en mis labios, un grito ronco que parece arrancado desde lo más profundo de mi ser.

El tiempo parece detenerse mientras nos miramos, jadeando, nuestros cuerpos aún unidos, nuestros corazones latiendo tan fuerte que puedo sentir el suyo contra mi pecho. Hay tanto en sus ojos —satisfacción, asombro, y algo más que no me atrevo a nombrar— que tengo que apartar la mirada, repentinamente abrumado por la intensidad del momento.

Porque esto no ha sido solo sexo. Ha sido una rendición, una confesión, un punto de no retorno. Y mientras nuestras respiraciones se ralentizan y la realidad comienza a filtrarse nuevamente, una pregunta queda flotando entre nosotros, no pronunciada pero palpable:

¿Dónde nos deja esto?

CAPÍTULO 23

SARAH

El despertador suena demasiado temprano, como siempre. Tanteo a ciegas hasta encontrarlo y lo apago con un golpe más fuerte de lo necesario. La luz del amanecer se filtra por las cortinas, tiñendo la habitación de un suave tono dorado que contrasta con mi humor.

Han pasado tres días desde aquella noche en el almacén del Lone Star. Tres días de miradas esquivas, conversaciones superficiales y una tensión tan espesa que podría cortarse con un cuchillo. Jake y yo nos movemos por la casa como dos planetas en órbitas cuidadosamente calculadas para no colisionar jamás, usando a Wyatt como escudo y excusa.

Suspiro, obligándome a salir de la cama. El suelo está frío bajo mis pies descalzos, un recordatorio de que el otoño avanza inexorablemente hacia el invierno. Me pongo una bata sobre el pijama y me dirijo al baño, rezando para no encontrarme con Jake en el pasillo.

No tengo tanta suerte.

Justo cuando alcanzo la puerta del baño, la de su habitación se abre. Jake sale, ya completamente vestido para el trabajo en el rancho. Nuestras miradas se cruzan por un segundo antes de que ambos las desviemos, como adolescentes avergonzados.

—Buenos días —murmura, pasando una mano por su pelo en ese gesto nervioso que ya me es familiar.

—Buenos días —respondo, aferrándome al cinturón de mi bata como si fuera un salvavidas.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros. Hay tanto que deberíamos decir, tantas preguntas sin respuesta, tantas emociones no expresadas... Y, sin embargo, permanecemos mudos, atrapados en este limbo de nuestra propia creación.

—El baño es todo tuyo —dice finalmente, señalando la puerta con un gesto vago—. Yo ya he terminado.

—Gracias —respondo, y mi voz suena extraña incluso para mis propios oídos.

Jake asiente una vez, bruscamente, y se dirige hacia las escaleras. Lo observo alejarse, notando la rigidez en sus hombros, la tensión en su mandíbula. Parece tan incómodo como yo me siento.

¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo es posible que después de la intimidad que compartimos, después de habernos visto en nuestro momento más vulnerable, ahora apenas podamos mirarnos a los ojos?

Con otro suspiro, entro al baño y cierro la puerta. El espejo me devuelve la imagen de una mujer con ojeras y expresión confundida. No me reconozco. La Sarah de Nueva York, segura y sofisticada, parece una extraña lejana.

Me ducho rápidamente, dejando que el agua caliente se lleve parte de mi tensión. Cuando salgo, envuelta en una toalla, escucho la voz de Wyatt desde su habitación. Parece estar hablando con sus dinosaurios, como hace cada mañana antes de levantarse. Sonrío a mi pesar; al menos algunas cosas siguen siendo normales.

Vuelvo a mi habitación y me visto con jeans, una camiseta sencilla y un suéter que he tomado prestado del armario de Kate. Ropa práctica para un día en el rancho.

Cuando bajo a la cocina, Jake ya se ha ido. Su taza de café está en el fregadero, y la cafetera aún está caliente. Como cada mañana desde... aquella noche, ha salido temprano para evitar desayunar conmigo. La rutina comienza a resultar dolorosamente predecible.

Preparo el desayuno para Wyatt y para mí: tortitas con forma de dinosaurio, por supuesto. Mientras la masa se cuece en la sartén, mi mente vuelve inevitablemente a lo que sucedió en ese almacén. A las manos de Jake sobre mi piel, a sus labios reclamando los míos, a la forma en que nuestros cuerpos encajaron perfectamente, como si hubieran sido creados el uno para el otro.

Y luego, la mirada en sus ojos después. Esa mezcla de satisfacción, confusión y... miedo. Sí, había miedo allí. El mismo miedo que he visto en sus ojos cada vez que nos hemos cruzado desde entonces.

Miedo de lo que esto significa. De lo que podría significar.

—¡Sarah! —la voz de Wyatt me sobresalta—. ¡Se está quemando!

Miro hacia abajo y veo que la tortita está efectivamente carbonizándose en la sartén. La retiro rápidamente, maldiciendo por lo bajo.

—Lo siento, vaquero —digo, tirando la tortita quemada a la basura—. Estaba distraída.

—¿Pensando en papá? —pregunta con esa inocencia brutal que solo los niños poseen.

Me quedo paralizada, la espátula a medio camino entre la encimera y la sartén.

—¿Qué? No, yo... ¿Por qué dices eso?

Wyatt se encoge de hombros, como si fuera obvio.

—Porque papá siempre está pensando en ti. Y cuando la gente piensa mucho en alguien, se queman las tortitas.

Su lógica infantil me deja sin palabras. ¿Jake piensa en mí?

—Tu papá tiene muchas cosas en qué pensar —respondo finalmente, vertiendo más masa en la sartén—. El rancho, los animales, tú...

—Y tú —insiste Wyatt con esa terquedad que ha heredado claramente de su padre—. Te mira como mira el pastel de chocolate. Como si quisiera comerte, pero no estuviera seguro de si debería.

Una risa sorprendida escapa de mi garganta. La descripción es tan acertada que resulta cómica y perturbadora a partes iguales.

—Bueno, te aseguro que tu papá no quiere comerme —digo, intentando sonar despreocupada mientras doy la vuelta a la tortita—. Y hablando de comer, ¿cuántos dinosaurios quieres?

Wyatt parece aceptar el cambio de tema, aunque la mirada que me lanza sugiere que no está completamente convencido. Es demasiado perceptivo para su edad, otra cualidad que comparte con Jake.

El desayuno transcurre sin más incidentes, con Wyatt contándome sobre un sueño en el que montaba a caballo con un Triceratops. Su entusiasmo es contagioso, y por un rato consigo olvidar la incomodidad que ha definido los últimos días.

Estamos terminando cuando noto que Wyatt está inusualmente callado. Lo miro con más atención y veo que sus mejillas están sonrojadas, pero no del modo habitual. Parece... febril.

—¿Te sientes bien, cariño? —pregunto, extendiendo una mano para tocar su frente.

Está caliente. Demasiado caliente.

—Me duele la cabeza —admite, y el hecho de que lo reconozca en lugar de negarlo me preocupa aún más. Wyatt normalmente insistiría en que está perfectamente bien incluso con un brazo roto.

—Vamos a tomarte la temperatura —digo, levantándome para buscar el termómetro en el botiquín.

Cuando regreso, Wyatt está cabizbajo, jugando sin entusiasmo con el último trozo de su tortita. Le coloco el termómetro bajo el brazo y espero, acariciando suavemente su pelo mientras tanto.

El pitido del termómetro confirma mis sospechas: 38.5°C. No es alarmante, pero definitivamente tiene fiebre.

—Parece que hoy toca día de descanso, vaquero —digo, intentando sonar animada—. Películas de dinosaurios y mimos.

Wyatt asiente débilmente, otro signo de que realmente no se siente bien. En cualquier otro día, habría saltado de emoción ante la perspectiva de un maratón de películas.

—¿Puedo llamar a papá? —pregunta con voz pequeña.

—Claro que sí —respondo inmediatamente, alcanzando mi teléfono.

Marco el número de Jake, consciente de que rara vez lo llamo. Normalmente nos comunicamos a través de notas o mensajes de texto breves y funcionales. Suena tres veces antes de que responda.

—¿Sarah? —su voz suena tensa, preocupada—. ¿Ha pasado algo?

—Wyatt tiene fiebre —respondo, yendo directamente al grano—. No es grave, 38.5, pero quería hablar contigo.

Escucho un suspiro de alivio al otro lado de la línea, seguido del sonido de movimiento.

—Voy para allá —dice sin dudar.

—No es necesario que... —comienzo, pero ya ha colgado.

Miro el teléfono, sorprendida por su reacción. No esperaba que dejara el trabajo para venir inmediatamente. Aunque, pensándolo bien, debería haberlo previsto. Jake siempre pone a Wyatt por encima de todo.

—Papá viene —le digo a Wyatt, que sonríe débilmente.

—Lo sabía —responde con una confianza absoluta que me conmueve.

Mientras esperamos, acomodo a Wyatt en el sofá con mantas, almohadas y su colección de dinosaurios. Le doy un poco de paracetamol infantil para la fiebre y pongo «Jurassic Park» en la televisión, a pesar de mis dudas sobre si es apropiada para su edad. Jake ya le ha permitido verla varias veces, argumentando que «los niños del rancho son más duros».

No han pasado ni veinte minutos cuando escucho el ruido de la camioneta en el camino de entrada. Pasos apresurados en el porche, y luego la puerta se abre de golpe. Jake entra como un torbellino, el sombrero en una mano y una expresión de preocupación que hace que mi corazón se contraiga.

—¿Dónde está? —pregunta, aunque puede ver perfectamente a Wyatt en el sofá.

—Aquí, papá —responde Wyatt, levantando una mano en un saludo débil.

Jake se acerca en dos zancadas y se arrodilla frente al sofá, colocando una mano en la frente de su hijo.

—Hey, campeón —dice, su voz sorprendentemente suave—. ¿Cómo te sientes?

—Cansado —admite Wyatt—. Y me duele la garganta. Pero Sarah dice que puedo tomar helado.

Jake me mira por primera vez desde que entró, y hay una gratitud en sus ojos que me deja sin aliento.

—Helado para la garganta, ¿eh? —dice, con una media sonrisa—. Buena idea.

Nos quedamos así un momento, mirándonos, y por primera vez en tres días, no hay incomodidad en su mirada. Solo preocupación compartida por el niño que ambos queremos proteger.

—Le he dado paracetamol hace unos minutos —informo, volviendo a la practicidad—. La fiebre no es alta, pero está decaído.

Jake asiente, pasando una mano por el pelo de Wyatt en un gesto de infinita ternura.

—Parece un resfriado —dice—. Ha habido varios casos en el pueblo esta semana.

—Probablemente —coincido—. Con descanso y líquidos debería mejorar pronto.

Otro momento de silencio, menos incómodo que los anteriores, pero aún cargado de cosas no dichas.

—Gracias por llamarme —dice finalmente Jake—. Y por cuidar de él.

—Es mi trabajo —respondo automáticamente, aunque ambos sabemos que es mucho más que eso.

Jake se levanta, quitándose la chaqueta y dejándola sobre una silla.

—Me quedaré en casa hoy —anuncia—. Pete puede encargarse del rancho.

No me sorprende su decisión. Jake siempre ha sido padre antes que cualquier otra cosa.

—No es necesario que ambos nos quedemos —digo, aunque una parte de mí quiere exactamente eso—. Puedo cuidarlo yo.

Jake me mira, y hay algo en sus ojos, una determinación mezclada con vulnerabilidad, que me resulta irresistible.

—Quiero quedarme —dice simplemente—. Es mi hijo.

Asiento, comprendiendo. Por supuesto que quiere estar con Wyatt cuando está enfermo. Cualquier padre lo haría.

—Entonces hagamos turnos —sugiero—. Puedo preparar algo de sopa para el almuerzo mientras tú te quedas con él.

Jake parece sorprendido por mi propuesta, como si no hubiera esperado que ahora que está él yo también quisiera cuidarlo. Pues que se vaya acostumbrando, quiero a este niño.

—Suena bien —acepta finalmente.

Y así comienza nuestro día, cuidando juntos de Wyatt. Yo preparo sopa de pollo en la cocina mientras Jake se sienta junto a su hijo, viendo la película y

comentando ocasionalmente sobre la inexactitud de los dinosaurios representados. Después, Jake sube a cambiar las sábanas de la cama de Wyatt mientras yo le doy un baño tibio para ayudar con la fiebre.

Es extraño lo fácil que resulta caer en esta dinámica, trabajando juntos como un equipo bien coordinado. La incomodidad que ha caracterizado nuestras interacciones recientes parece haberse disipado, reemplazada por un propósito común: cuidar de Wyatt.

A medida que avanza el día, Wyatt alterna entre períodos de somnolencia y breves momentos de energía. La fiebre sube y baja, nunca alcanzando niveles preocupantes pero suficiente para dejarlo agotado. Jake y yo nos turnamos para sentarnos con él, leerle cuentos, asegurarnos de que beba suficientes líquidos.

Para la hora de la cena, Wyatt está durmiendo nuevamente en el sofá. Jake y yo nos sentamos en la cocina, comiendo la sopa que sobró del almuerzo en un silencio que, por primera vez en días, no se siente incómodo.

—Eres muy buena con él —dice Jake de repente, mirando su tazón en lugar de a mí—. Mejor de lo que... —se interrumpe, pero sé lo que iba a decir. Mejor de lo que Rebecca jamás fue.

—Es fácil ser buena con Wyatt —respondo con honestidad—. Es un niño especial.

Jake levanta la mirada, y hay tanto en sus ojos —gratitud, confusión, anhelo — que me deja sin aliento.

—Gracias —dice simplemente—. Por todo lo que haces por él.

Hay más en esas palabras de lo que parece, una admisión velada de que he llegado a significar algo para ellos. Para ambos.

—No tienes que agradecérmelo —respondo, sosteniendo su mirada—. Lo hago porque quiero.

Otro silencio, pero este está cargado de posibilidades, de preguntas no formuladas, de esperanzas apenas reconocidas.

El momento se rompe cuando escuchamos a Wyatt llamar débilmente desde el salón. Ambos nos levantamos al mismo tiempo, nuestros cuerpos rozándose ligeramente en el espacio estrecho entre la mesa y la encimera. El contacto, aunque breve, envía una corriente eléctrica a través de mí, un recordatorio físico de lo que compartimos en ese almacén.

Por la forma en que Jake gruñe, sé que él también lo ha sentido.

Wyatt está sentado en el sofá, con los ojos vidriosos por la fiebre y una expresión de malestar que parte el corazón.

—No me siento bien —murmura, y antes de que podamos reaccionar, vomita sobre la manta que lo cubre.

Jake y yo nos movemos al instante, él sosteniendo a Wyatt mientras yo retiro rápidamente la manta sucia.

—Está bien, campeón —dice Jake con una calma que admiro—. Estas cosas pasan cuando estamos enfermos.

Wyatt parece al borde de las lágrimas, tanto por el malestar físico como por la vergüenza.

—Lo siento —dice con voz pequeña.

—No hay nada que sentir —respondo firmemente, acariciando su mejilla caliente—. Vamos a limpiarte y te sentirás mejor.

Entre los dos, llevamos a Wyatt al baño. Jake lo sostiene mientras yo le lavo la cara y le ayudo a enjuagarse la boca. Luego le cambiamos el pijama por uno limpio y lo llevamos a su habitación.

—¿Puedo dormir con vosotros? —pregunta Wyatt cuando Jake intenta acostarlo en su cama—. Los tres juntos, por favor.

Mi corazón se detiene por un instante.

Jake y yo intercambiamos una mirada cargada de significados. Dormir juntos. Los tres. La idea es tan tentadora como aterradora.

Hay unos instantes de silencio antes de que Jake reaccione.

—Si a Sarah no le importa, cariño —responde Jake finalmente—. Podemos hacer una acampada en mi habitación. Mi cama es más grande.

—Me encantaría —respondo sin dudar. No me perdería esta oportunidad por nada en el mundo.

Wyatt sonríe débilmente, claramente aliviado. Jake lo levanta en brazos y se dirige hacia su habitación. Yo los sigo, llevando la medicina y un vaso de agua, intentando no pensar en lo que significa entrar en el espacio más privado de Jake.

Su habitación es exactamente como la imaginaba: sencilla, ordenada, masculina. Una cama grande con un edredón azul oscuro, una cómoda de madera, algunas fotografías de Wyatt en las paredes. Nada superfluo, nada innecesario. Como el hombre mismo.

Jake acomoda a Wyatt en el centro de la cama, y yo me siento al borde, ayudándole a tomar otro poco de medicina para la fiebre.

—¿Te quedarás toda la noche? —pregunta Wyatt para asegurarse, mirándome con esos ojos que son tan parecidos a los de su padre.

Miro a Jake, buscando su aprobación. Él asiente casi imperceptiblemente.

—Me quedo —confirmo, y la sonrisa de Wyatt es suficiente recompensa por cualquier incomodidad que pueda sentir.

Nos acomodamos en la cama, Wyatt en el centro, Jake y yo a cada lado. Es extraño y al mismo tiempo se siente sorprendentemente natural, como si

hubiéramos hecho esto cientos de veces.

Wyatt se duerme rápidamente, agotado por la enfermedad. Jake y yo permanecemos despiertos, mirándonos por encima de la pequeña cabeza rubia que descansa entre nosotros.

—Gracias —susurra Jake en la penumbra—. Por estar aquí. Por ser... tú.

Las palabras me pillan desprevenida, tan sinceras, tan vulnerables, tan diferentes del Jake distante de los últimos días.

—No hay otro lugar donde preferiría estar —respondo con igual honestidad.

Y mientras observo a Jake cerrar lentamente los ojos, su mano protectoramente sobre el pecho de su hijo, me doy cuenta de una verdad que ya no puedo negar: estoy exactamente donde pertenezco.

Con ellos. Mi familia improvisada, inesperada, perfecta en su imperfección.

CAPÍTULO 24

JAKE

El sol aún no ha salido cuando me despierto, una costumbre arraigada después de años madrugando para trabajar en el rancho. Por un momento me siento desorientado, consciente de que algo es diferente. Y entonces lo recuerdo: Wyatt enfermo, Sarah ayudando, los tres durmiendo en mi cama.

El corazón se me acelera de emoción. Casi no puedo creer que sea verdad. Que esto esté pasando fuera de mis sueños más profundos.

Giro la cabeza lentamente, temiendo y esperando lo que voy a encontrar. Y ahí están. Mi hijo, durmiendo profundamente, su respiración más regular que ayer, señal de que la fiebre ha bajado. Y Sarah, también dormida, su rostro relajado en una expresión de paz que rara vez le veo cuando está despierta.

La luz tenue del amanecer se filtra por las cortinas, bañándolos en un suave resplandor dorado. Es una imagen que nunca pensé que vería: mi hijo y Sarah, durmiendo en mi cama, como si pertenecieran allí. Como si fuéramos una familia. Como si Sarah de verdad fuera mía.

El pensamiento debería aterrorizarme. Debería enviarme corriendo en dirección contraria, como he estado haciendo desde que Sarah entró en nuestras vidas. Pero esta mañana, viendo la forma en que su mano descansa protectoramente sobre el brazo de Wyatt, solo siento una extraña calma. Y un anhelo tan profundo que amenaza con partirme en dos.

Con cuidado para no despertarlos, me levanto y me dirijo al baño. Me miro en el espejo, esperando ver el pánico en mis ojos, la resistencia, el miedo familiar a dejar entrar a alguien. En cambio, veo a un hombre que parece... en paz. Cansado, preocupado por su hijo enfermo, pero en paz.

¿Qué me está pasando?

Cuando regreso a la habitación, Sarah está despierta, observando a Wyatt con una expresión de ternura que me golpea directamente en el pecho.

—Buenos días —susurro, no queriendo despertar a mi hijo.

Sarah levanta la mirada, y hay una vulnerabilidad en sus ojos que me desarma. Como si ella también estuviera sorprendida por lo natural que se siente esto.

—Buenos días —responde, su voz ronca por el sueño—. Creo que le ha bajado la fiebre.

Me acerco y coloco suavemente una mano en la frente de Wyatt. Efectivamente, está más fresca que anoche.

—Parece que sí —confirmo, aliviado—. Probablemente solo sea un virus de veinticuatro horas.

Sarah asiente, y nos quedamos en silencio, observando a mi hijo dormir, compartiendo este momento de intimidad doméstica que nunca pensé que tendría con ella.

—Prepararé el desayuno —digo finalmente, necesitando algo que hacer, alguna excusa para salir de esta habitación donde todo se siente demasiado real, demasiado posible.

—Te ayudaré —responde, comenzando a levantarse.

—No, quédate con él —le pido—. Por si se despierta.

Sarah parece sorprendida por mi petición, pero asiente y vuelve a acomodarse junto a Wyatt. La imagen de ellos dos en mi cama me acompaña mientras bajo las escaleras, grabada a fuego en mi memoria.

En la cocina, me muevo automáticamente, preparando café, mezclando la masa para tortitas, sacando el jarabe de arce que a Wyatt le gusta incluso cuando está enfermo. Mi mente, sin embargo, está arriba, con ellos.

Con Sarah.

Han pasado cuatro días desde lo que sucedió en el almacén del Lone Star. Cuatro días de evitarla, de pretender que nada ha cambiado, de construir muros aún más altos entre nosotros. Y, sin embargo, bastó que Wyatt enfermara para que esos muros se desmoronaran como si nunca hubieran existido.

Trabajamos juntos ayer, cuidando de mi hijo como si lo hubiéramos hecho toda la vida. No hubo incomodidad, no hubo dudas, solo ese entendimiento silencioso que surge cuando dos personas comparten un propósito común. Cuidar de alguien que ambos queremos.

Y ahí está el problema, ¿no? Porque Sarah quiere a Wyatt. No hay duda de ello. Lo veo en cada interacción, en cada gesto de cariño, en la paciencia infinita que tiene con él. Y Wyatt la quiere también. La forma en que sus ojos se iluminan cuando ella entra en una habitación, cómo busca su aprobación, cómo confía implícitamente en ella... Es todo lo que un padre podría desear en alguien que cuida de su hijo.

Excepto que Sarah no es solo la niñera de Wyatt. No después de lo que pasó entre nosotros. No después de haberla visto desmoronarse de placer en mis brazos, de haber sentido su cuerpo unido al mío de la forma más íntima posible. No después de haberle confesado, en un momento de pasión desenfrenada, que la considero mía.

El recuerdo de esa noche me golpea con fuerza, haciendo que casi derrame el café. Puedo sentir su piel bajo mis dedos, oír sus gemidos en mi oído,

saborear la dulzura de sus labios. Fue más que sexo. Fue una rendición, una confesión sin palabras de todo lo que he estado intentando negar desde que ella llegó a Sweet Valley.

Y ahora está arriba, en mi cama, cuidando de mi hijo como si fuera suyo.

¿Qué se supone que debo hacer con eso?

Estoy tan absorto en mis pensamientos que no la oigo bajar las escaleras. Su voz me sobresalta.

—Wyatt sigue dormido —dice, entrando en la cocina—. Pensé que podría ayudarte después de todo.

La miro, y algo en mi pecho se contrae dolorosamente. Lleva una camiseta de dormir, demasiado grande para ella, pero de alguna manera perfecta. Su pelo está recogido en una coleta desordenada, y no lleva maquillaje. Nunca la había visto tan... natural. Tan hermosa.

—Claro —respondo, intentando que mi voz suene normal—. Puedes cortar algo de fruta.

Sarah asiente y se acerca a la encimera, tomando un cuchillo y comenzando a cortar una manzana. Trabajamos en silencio durante unos minutos, moviéndonos alrededor del otro en la pequeña cocina con una sincronización que parece venir de años de práctica, no de semanas.

—Jake —dice finalmente, sin mirarme—. Sobre lo que pasó...

—No tenemos que hablar de eso ahora —la interrumpo, no preparado para esta conversación—. Wyatt nos necesita concentrados en él.

Sarah me mira, y hay una determinación en sus ojos que reconozco. Es la misma expresión que tenía cuando decidió participar en la subasta, cuando se enfrentó a Bertha la gallina, cuando me desafió en el almacén del Lone Star.

—Wyatt está dormido —dice con firmeza—. Y hemos pasado días evitando hablar de lo que pasó. Creo que merecemos al menos reconocer que sucedió.

Tiene razón, por supuesto. Siempre tiene razón cuando se trata de enfrentar las cosas que yo preferiría enterrar.

—Sucedió —admito, concentrándome en voltear una tortita para no tener que mirarla—. No debería haber sucedido, pero sucedió.

—¿Por qué no debería haber sucedido? —pregunta, y hay un filo en su voz que me hace levantar la mirada.

—Porque complica las cosas —respondo, sabiendo que suena débil incluso para mis propios oídos—. Porque eres la niñera de mi hijo. Porque eventualmente volverás a Nueva York.

Sarah deja el cuchillo y se gira completamente hacia mí.

—¿Y si no lo hiciera? —pregunta, y hay tanta vulnerabilidad en su voz que me deja sin aliento—. ¿Y si quisiera quedarme?

La pregunta flota entre nosotros, cargada de posibilidades que nunca me he permitido considerar. Sarah, quedándose en Sweet Valley. Quedándose con nosotros. Conmigo.

Antes de que pueda responder, antes incluso de que pueda procesar lo que esa pregunta significa realmente, escuchamos a Wyatt llamándonos desde arriba.

—¡Papá! ¡Sarah!

El momento se rompe, y ambos nos dirigimos hacia las escaleras, agradecidos por la interrupción, pero conscientes de que esta conversación no ha terminado. Solo ha sido aplazada.

Wyatt está sentado en la cama, frotándose los ojos somnoliento, pero claramente mejor que ayer.

—Tengo hambre —anuncia, y el alivio que siento al oír esas palabras es inmenso.

—Esa es una buena señal —digo, sentándome a su lado y comprobando su temperatura con una mano en su frente—. Parece que la fiebre se ha ido.

—¿Puedo tomar tortitas? —pregunta esperanzado.

—Por supuesto —responde Sarah, sentándose al otro lado—. Tu papá las está preparando ahora mismo.

Wyatt asiente entusiasmado, y la normalidad de la escena, los tres sentados en mi cama hablando de tortitas, me golpea con una fuerza inesperada. Así es como podría ser siempre. Los tres juntos, una familia.

La idea ya no me aterroriza como antes. En cambio, me llena de una ansiedad diferente, un miedo no a lo que podría ser, sino a perderlo antes incluso de tenerlo.

—No te ves bien, Sarah —dice Wyatt de repente, frunciendo el ceño mientras la observa—. ¿Estás enferma también?

Miro a Sarah con más atención y noto lo que mi hijo ha visto: está pálida, con círculos oscuros bajo los ojos que no estaban ahí ayer. Cuando coloco una mano en su frente, confirmo lo que ya sospechaba: está caliente.

—Tienes fiebre —digo, y no puedo ocultar la preocupación en mi voz.

—Estoy bien —insiste, aunque el ligero temblor en sus manos la desmiente —. Solo estoy un poco cansada.

—Te has contagiado —digo, y la culpa me inunda—. Deberías estar en la cama, no cuidando de nosotros.

—Estoy bien —repite, pero cuando intenta levantarse, se tambalea ligeramente.

La sostengo por los hombros, guiándola de vuelta a la cama.

—Wyatt, parece que ahora nos toca a nosotros cuidar de Sarah —digo, y mi hijo asiente con seriedad, como si acabara de encomendarle una misión de vital importancia.

—Puedo traerle mi dinosaurio de peluche —ofrece—. Rex siempre me hace sentir mejor cuando estoy enfermo.

—Es una gran idea —le digo a Wyatt, viendo cómo sus ojos se iluminan ante la posibilidad de ayudar—. ¿Por qué no vas a buscarlo mientras yo ayudo a Sarah a ponerse cómoda?

Wyatt asiente con determinación y sale corriendo de la habitación, aparentemente olvidando su propia enfermedad ante la emoción de su nueva misión.

—De verdad, no es necesario —protesta Sarah débilmente—. Puedo volver a mi habitación. Wyatt necesita descansar y...

—Ni hablar —la interrumpo, y hay una firmeza en mi voz que no admite discusión—. Te quedas aquí. Ahora tú eres la paciente.

La miro mientras intenta mantener una expresión de dignidad a pesar de los escalofríos que comienzan a recorrerla. Es tan testaruda, tan determinada a no mostrar debilidad, que algo dentro de mí se ablanda. Esta mujer que ha estado cuidando de mi hijo, de mi casa, de mí de más formas de las que probablemente reconozco, ahora necesita que alguien cuide de ella.

Y me sorprende lo mucho que quiero ser yo quien lo haga.

—Al menos déjame ayudar con el desayuno —insiste, intentando levantarse nuevamente.

Esta vez, mis manos en sus hombros son más suaves, pero igualmente firmes. La empujo gentilmente hacia atrás, contra las almohadas.

—Lo único que vas a hacer es descansar —digo, y aunque intento sonar autoritario, hay una suavidad en mi voz que no puedo ocultar—. Órdenes del doctor Wheeler.

Una pequeña sonrisa curva sus labios, e incluso con las mejillas sonrojadas por la fiebre y el pelo revuelto, es la cosa más hermosa que he visto.

—No sabía que tenías un doctorado —bromea débilmente.

—Doctorado honorario en terquedad —respondo, permitiéndome una sonrisa—. Especializado en hacer que las princesas de ciudad descansen cuando lo necesitan.

Wyatt regresa en ese momento, cargando no solo a Rex el dinosaurio sino también una colección impresionante de otros animales de peluche.

—He traído refuerzos —anuncia seriamente, depositando el montón de peluches sobre la cama—. Para que tengas un ejército que te proteja.

Sarah mira la colección con una expresión tan genuinamente conmovida que siento un nudo en la garganta.

—Es el mejor ejército que he visto —dice, y aunque su voz es débil, la sinceridad en ella es innegable—. Gracias, comandante Wyatt.

Mi hijo se hincha de orgullo y comienza a organizar estratégicamente los peluches alrededor de Sarah, explicándole las «habilidades especiales» de cada uno. Lo dejo con su importante tarea mientras bajo a la cocina para preparar una bandeja con el desayuno y buscar el termómetro y algunos medicamentos.

Mientras caliento la sopa que sobró de ayer —el mejor remedio para un resfriado, según mi madre— mi mente vuelve a la pregunta que Sarah dejó flotando entre nosotros antes de que Wyatt nos interrumpiera.

«¿Y si quisiera quedarme?»

Las palabras reverberan en mi cabeza, cargadas de posibilidades que nunca me he permitido considerar. Sarah, la sofisticada influencer de Nueva York, quedándose en Sweet Valley. Quedándose con nosotros. Por elección.

La idea me llena de un anhelo tan intenso que casi me asusta. Porque si me permito creerlo, si me permito esperar, ¿qué pasará cuando inevitablemente la realidad se imponga? Su carrera, su vida, todo lo que dejó atrás en Nueva York... eventualmente la reclamarán. Y entonces, ¿dónde quedaremos Wyatt y yo?

Pero mientras arreglo la bandeja con sopa, té con miel, y unas galletas que Sarah horneó, otra voz, más suave pero igualmente insistente, susurra en mi mente: ¿Y si es sincera? ¿Y si realmente quiere quedarse? ¿Seguirás alejándola por miedo a lo que podría pasar?

Cuando regreso a la habitación, encuentro a Wyatt acurrucado junto a Sarah, ambos rodeados por el «ejército» de peluches. Mi hijo está mostrándole un libro de dinosaurios, señalando sus favoritos con entusiasmo, mientras Sarah escucha con una atención que sé que no es fingida, a pesar de lo mal que debe sentirse.

Me detengo en el umbral, absorbiendo la imagen. Hay una naturalidad en su interacción que hace que mi pecho se contraiga dolorosamente. No es la primera vez que veo a Sarah con Wyatt, por supuesto, pero hay algo en este momento, en la vulnerabilidad compartida de ambos, que me golpea con una claridad brutal.

Sarah encaja en nuestras vidas como si hubiera sido creada para estar aquí.

—¡Mira, papá! —exclama Wyatt cuando me ve—. Le estoy enseñando a Sarah cosas sobre el Ankylosaurus. ¡Tiene un mazo en la cola!

—Ya veo —respondo, acercándome con la bandeja—. Pero creo que Sarah necesita comer algo ahora. Y tú también, campeón.

—¿Puedo comer aquí con Sarah? —pregunta, con esos ojos que sabe que no puedo resistir.

—Solo por hoy —concedo, aunque en realidad no me importaría que se convirtiera en una costumbre—. Situación especial.

Mientras Sarah come lentamente la sopa, claramente esforzándose por mostrar apetito por el bien de Wyatt, tomo su temperatura. 38.7°C. Más alta que la de Wyatt ayer.

—Necesitas descansar —digo, entregándole un analgésico y un vaso de agua—. Y mucho líquido.

—Sí, doctor —responde con una sonrisa débil, tomando obedientemente la medicina.

Los tres pasamos la mañana así, en una extraña pero cómoda domesticidad. Wyatt, aparentemente recuperado, se convierte en el «enfermero asistente», trayendo pañuelos, agua, y contando historias para entretener a Sarah. Yo me muevo entre la habitación y el resto de la casa, atendiendo tareas necesarias, pero siempre volviendo, como si un imán me atrajera hacia ellos.

Para la tarde, Sarah se ha quedado dormida, exhausta por la fiebre. Wyatt, también cansado después de su propio día de enfermedad, se acurruca a su lado para una siesta, rodeado de sus peluches. Los observo dormir, una sensación de protección tan intensa que casi duele expandiéndose en mi pecho.

Me siento cuidadosamente en el borde de la cama, intentando no despertarlos. El pelo de Sarah se ha esparcido sobre la almohada, un mechón cayendo sobre su rostro. Sin pensar, extiendo la mano para apartarlo, mis dedos rozando su mejilla caliente por la fiebre.

Ella suspira en sueños, girando su rostro instintivamente hacia mi toque, y algo dentro de mí se rompe. Una barrera, un muro, una resistencia que he mantenido firmemente en su lugar desde que Rebecca nos abandonó.

Porque la verdad, la verdad que he estado intentando negar desde que Sarah Hayes entró en nuestras vidas, es que ya no puedo imaginar nuestra existencia sin ella. Ya no quiero.

Y eso me aterra más que cualquier otra cosa. Porque querer algo, a alguien, con tanta intensidad, significa ser vulnerable. Significa arriesgarse al dolor, a la pérdida, a la devastación que viene cuando ese algo, ese alguien, se va.

Pero mientras observo a Sarah y a Wyatt dormir, tan perfectos juntos, tan en paz, me pregunto si el riesgo no valdría la pena. Si la posibilidad de tener esto, de tenerla a ella, no merece enfrentar ese miedo.

Sarah se mueve en sueños, murmurando algo ininteligible. Sin pensar, coloco mi mano sobre la suya, un gesto de consuelo instintivo. Sus dedos se

entrelazan con los míos, aún dormida, y la naturalidad de esa conexión me deja sin aliento.

—Jake —susurra, tan bajo que casi no la escucho.

Mi nombre en sus labios, incluso en sueños, envía una onda de calor a través de mí. No sé si está soñando conmigo o si de alguna manera sabe que estoy aquí, a su lado, pero en este momento no importa.

Lo que importa es que, por primera vez desde que Rebecca se fue, me permito considerar la posibilidad de dejar entrar a alguien. De bajar mis defensas. De arriesgarme.

Porque Sarah Hayes, con su determinación, su bondad, su forma de amar a mi hijo como si fuera suyo, merece más que mis miedos, mis dudas, mis muros cuidadosamente construidos.

Merece todo lo que puedo dar. Y quizás, solo quizás, sea hora de descubrir exactamente cuánto es eso.

Mientras la tarde avanza hacia el anochecer, permanezco junto a ellos, mi mano aún entrelazada con la de Sarah, permitiéndome, por primera vez en mucho tiempo, la peligrosa, aterradora, maravillosa sensación de la esperanza.

CAPÍTULO 25

SARAH

—¿Estás segura de que te sientes lo suficientemente bien para esto? —pregunta Kate, mirándome con preocupación mientras caminamos por el centro comercial de Henderson.

—Completamente recuperada —respondo con una sonrisa, aunque todavía siento un ligero cansancio en los huesos—. Además, no podría estar en cama un día más. Jake me estaba volviendo loca con sus cuidados.

Kate sonríe, una expresión conocedora que me hace sonrojar.

—Terrible, ¿verdad? Un hombre atractivo pendiente de tus necesidades, trayéndote sopa casera y asegurándose de que tomes tus medicinas.

—No te burles —protesto, pero no puedo evitar sonreír—. Era como estar bajo arresto domiciliario. «¿Has bebido suficiente agua?» «¿Has tomado la medicina?» «No, no puedes levantarte todavía.»

—Suena absolutamente insoportable —bromea Kate, deteniéndose frente a un escaparate—. ¿Qué opinas de esto?

Observo el pequeño modelo de rancho artesanal en la tienda de regalos. Es detallado y encantador, con diminutos caballos y vallas, incluso un pequeño establo con puertas que se abren.

—Es perfecto —digo, sintiendo cómo la emoción crece en mi pecho—. Exactamente lo que estaba buscando.

Mientras Kate entra a la tienda para preguntar por el precio, mi mente vuelve a la semana pasada. La enfermedad de Wyatt, seguida por la mía, cambió algo fundamental entre Jake y yo. La incomodidad que había surgido después de nuestra noche en el almacén del Lone Star se transformó en algo diferente, más cálido, más íntimo.

Durante tres días, Jake cuidó de mí como nadie lo había hecho antes. Me sorprendió su ternura, la paciencia con la que me traía té con miel, cambiaba las sábanas, o simplemente se sentaba junto a mí para asegurarse de que no me faltara nada. Y cada noche, dormíamos los tres juntos en su cama: Wyatt en el medio, Jake y yo a cada lado, como una familia.

Una familia. La palabra resuena en mi interior con una fuerza que me asusta y me emociona a partes iguales. Nunca imaginé que podría sentir esto, esta sensación de pertenencia, de hogar. No con un hombre que pasó semanas intentando mantenerme a distancia. No en un pequeño pueblo de Texas tan diferente de mi vida en Nueva York.

Y, sin embargo, aquí estoy. Comprando un regalo para Jake, planeando una sorpresa que espero le demuestre cuánto significa para mí, cuánto quiero ser parte de su vida. De su futuro.

—Doscientos dólares —anuncia Kate, regresando a mi lado—. Y pueden personalizarlo con el nombre que queramos.

—Es perfecto —repito, sintiendo cómo mi corazón se acelera con anticipación—. ¿Cuánto tardarían?

—Pueden tenerlo listo mañana por la tarde —responde Kate—. Justo a tiempo para la pequeña excursión.

Sonrío, pensando en la expresión de Jake cuando vea lo que hemos planeado. Desde que me contó sobre el Rancho Clearwater, sobre su sueño de tener su propia tierra, he querido verlo. Quería entender esa parte de él, ese anhelo que lleva dentro. Quiero empujarlo a que luche por su sueño. A que se permita vivirlo.

Y gracias a Kate, que conoce al propietario, mañana podré hacerlo. Una visita sorpresa, solo nosotros tres: Jake, Wyatt y yo. Un día perfecto, espero. Un día para crear recuerdos, para dar un paso más hacia lo que cada vez estoy más segura que quiero: una vida con ellos.

—¿Crees que le gustará? —pregunto, repentinamente insegura—. ¿No pensará que me estoy entrometiendo?

Kate coloca una mano sobre mi brazo, su expresión suavizándose.

—Sarah, conozco a Jake desde que éramos niños. Nunca lo había visto mirar a nadie como te mira a ti. Jamás miró así a Rebecca.

La mención de la ex de Jake hace que algo se retuerza en mi estómago. No son celos, exactamente. Es más bien inquietud. Porque, aunque Jake nunca habla de ella, su fantasma parece flotar entre nosotros a veces, especialmente cuando se trata de Wyatt.

—No quiero presionarlo —confieso, mientras nos dirigimos a la caja—. Sé lo mucho que le cuesta confiar, dejar entrar a alguien.

—Y por eso mismo esto es perfecto —responde Kate—. No es una declaración directa. Es un gesto que dice «entiendo lo que es importante para ti». Y créeme, para Jake, eso vale más que mil palabras de amor.

Mientras pago por el modelo de rancho, que estará personalizado con «Rancho Wheeler» grabado en la pequeña entrada, no puedo evitar sonreír. Es un pequeño paso, pero significativo. Una forma de decirle a Jake que veo su sueño, que lo respeto, que quiero ser parte de él.

Solo espero que él esté listo para escuchar lo que no estoy diciendo con palabras.

El día siguiente amanece perfecto: cielo despejado, temperatura suave, una ligera brisa que hace ondear los pastos dorados. Jake no sospecha nada cuando le sugiero un picnic, solo nosotros tres. Acepta con una sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco, y me ayuda a preparar una cesta con sándwiches, fruta y las galletas caseras que horneé anoche.

—¿A dónde vamos exactamente? —pregunta mientras carga la cesta en la camioneta—. El lago está precioso en esta época del año.

—Es una sorpresa —respondo, intercambiando una mirada cómplice con Wyatt, que apenas puede contener su emoción.

Mi pequeño cómplice ha guardado el secreto admirablemente. Anoche, cuando le expliqué el plan, sus ojos se iluminaron con tanta alegría que supe que estábamos haciendo lo correcto.

—¡Va a ser la mejor sorpresa del mundo, papá! —exclama ahora, saltando para subirse a la camioneta—. ¡Mejor que la Navidad!

Jake me mira con una ceja levantada, una media sonrisa jugando en sus labios.

—¿Mejor que la Navidad? Ahora sí que estoy intrigado.

—Tendrás que esperar para verlo —respondo con una sonrisa enigmática, subiendo al asiento del pasajero.

Durante el trayecto, le doy indicaciones a Jake sin revelar nuestro destino final. Wyatt parlotea alegremente desde el asiento trasero, hablando sobre dinosaurios y caballos y ocasionalmente dejando escapar pistas que me hacen contener la respiración, temiendo que arruine la sorpresa. Pero Jake parece genuinamente desprevenido, siguiendo mis instrucciones con una confianza que me conmueve.

Cuando finalmente tomamos el desvío hacia el Rancho Clearwater, noto cómo sus manos se tensan sobre el volante. Me mira de reojo, una pregunta silenciosa en sus ojos.

—Sigue —digo suavemente—. Confía en mí.

Jake asiente, aunque puedo ver la confusión y algo más en su expresión. Cuando la entrada del rancho aparece a la vista, con su cartel de madera desgastado por el tiempo, contiene la respiración.

—Sarah... —comienza, pero no parece encontrar las palabras.

—Sorpresa —digo simplemente, colocando mi mano sobre la suya en la palanca de cambios.

Wyatt aplaude desde atrás, incapaz de contener su emoción por más tiempo.

—¡Es el rancho de tus sueños, papá! ¡Sarah nos ha traído para verlo!

Jake detiene la camioneta justo antes de la entrada, y por un momento terrible temo que esté molesto, que piense que he cruzado alguna línea

invisible. Pero cuando se gira para mirarme, sus ojos brillan con una emoción tan cruda, tan genuina, que me deja sin aliento.

—¿Cómo...? —pregunta, su voz ronca.

—Kate me ayudó —explico—. Conoce al propietario. Nos dio permiso para visitarlo hoy. Solo nosotros.

Jake mira hacia la propiedad, y puedo ver cómo su pecho sube y baja con respiraciones profundas, como si intentara controlar alguna emoción abrumadora.

—¿No te gusta la sorpresa, papá? —pregunta Wyatt, repentinamente preocupado.

Jake se gira hacia su hijo, y la sonrisa que ilumina su rostro es la más hermosa que he visto jamás.

—Me encanta la sorpresa, campeón —dice, su voz cargada de emoción—. Es el mejor regalo que me han hecho nunca.

Luego me mira, y hay tanto en sus ojos —gratitud, asombro, y algo más profundo que no me atrevo a nombrar— que siento un nudo formarse en mi garganta.

—Gracias —dice simplemente, pero esas dos palabras contienen un universo de significado.

—Todavía no has visto nada —respondo, intentando aligerar el momento antes de que las lágrimas que siento formarse en mis ojos caigan—. Vamos, tenemos el lugar para nosotros hasta el atardecer.

Jake asiente y pone en marcha la camioneta nuevamente, atravesando la entrada del rancho con una expresión que solo puedo describir como reverente.

Las siguientes horas son mágicas. Jake nos guía por la propiedad como si ya le perteneciera, mostrándonos el arroyo que nunca se seca, los pastos perfectos para el ganado, la casa principal que necesita reparaciones, pero tiene «buenos huesos», como él dice. Habla con una pasión que rara vez le he visto, sus ojos brillando mientras describe cómo mejoraría esto o aquello, dónde construiría nuevos establos, cómo expandiría los corrales.

Wyatt lo sigue como una sombra entusiasta, haciendo preguntas, señalando lugares donde podrían vivir sus dinosaurios de juguete. Y yo los observo, mi corazón tan lleno que duele, imaginando un futuro donde esta no sea solo una visita, sino nuestro hogar. Nuestro rancho.

Hacemos el picnic bajo un viejo roble cerca de la casa, con vistas a los pastos que se extienden hasta donde alcanza la vista. Mientras comemos, Jake comparte historias de su infancia, de cómo soñaba con tener su propia tierra desde que era niño, de cómo trabajó para aprender todo lo que podía.

—Mi padre se fue cuando yo tenía ocho años —dice en un momento, sorprendiéndome con esta revelación inesperada—. Simplemente desapareció un día. Mi madre tuvo que vender nuestro pequeño terreno para pagar las deudas que dejó. Supongo que desde entonces he querido recuperar eso. Un lugar que sea realmente mío. Que nadie pueda quitarme.

La vulnerabilidad en su voz me conmueve profundamente. Es la primera vez que Jake habla de su padre, de su infancia. Otro muro que cae entre nosotros.

—Lo conseguirás —digo con convicción—. Este lugar está destinado a ser tuyo. Lo puedo sentir.

Jake me mira, y hay tanta emoción en sus ojos que tengo que contener el impulso de lanzarme a sus brazos.

—¿Y dónde viviría yo, papá? —pregunta Wyatt, ajeno a la intensidad del momento—. ¿Tendría mi propia habitación?

Jake sonríe, revolviéndole el pelo.

—La habitación más grande, campeón. Con espacio para todos tus dinosaurios.

—¿Y Sarah? —pregunta Wyatt con la inocencia brutal de los niños—. ¿Ella viviría con nosotros también?

El silencio que sigue es denso, cargado de posibilidades no expresadas. Jake me mira, y hay una pregunta en sus ojos, una vulnerabilidad que me deja sin aliento.

—Eso... —comienza, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Eso dependería de Sarah, supongo.

Es mi turno de sentir el corazón acelerado, las palmas sudorosas. No es una declaración, no exactamente. Pero es una puerta entreabierta, una invitación tentativa a un futuro compartido.

—Me gustaría eso —respondo suavemente, manteniendo mi voz firme a pesar del torbellino de emociones en mi interior—. Me gustaría mucho.

La sonrisa que se extiende lentamente por el rostro de Jake es como el amanecer: gradual, cálida, iluminándolo todo. Wyatt aplaude, completamente ajeno a la magnitud del momento que acaba de provocar.

—¡Entonces todos viviremos aquí! —declara con la certeza absoluta de los niños—. ¡Y tendremos caballos, y vacas, y tal vez un T-Rex!

Reímos, la tensión del momento disipándose en algo más ligero, más juguetón, pero no menos significativo. Jake extiende su mano sobre la manta de picnic, y yo coloco la mía sobre la suya. Nuestros dedos se entrelazan, un gesto simple pero profundo.

No son palabras de amor. No son promesas explícitas. Pero de alguna manera, se siente como un compromiso. Un paso hacia algo real, algo duradero.

Después del picnic, exploramos el resto de la propiedad. Jake nos muestra el pequeño estanque donde aprendió a nadar cuando era niño, visitando a los anteriores dueños. Nos habla de sus planes para restaurar el viejo granero, para plantar árboles frutales junto a la casa. Con cada palabra, cada gesto entusiasta, me enamoro un poco más de él, de su pasión, de su visión.

Cuando llega el momento de la segunda sorpresa, estoy casi temblando de anticipación. Le pido a Jake que se siente en el porche de la casa, mientras Wyatt y yo vamos a la camioneta a buscar el regalo.

—Cierra los ojos —instruyo cuando regresamos, Wyatt sosteniendo cuidadosamente la caja envuelta.

Jake obedece, una sonrisa jugando en sus labios. Wyatt coloca el regalo en sus manos con toda la solemnidad que puede reunir un niño de cuatro años.

—Puedes abrirlos ahora —digo, mi corazón latiendo con fuerza.

Jake abre los ojos y mira la caja, luego a nosotros, la confusión evidente en su rostro.

—¿Otro regalo? —pregunta, genuinamente sorprendido—. Ya has hecho demasiado con esta visita.

—Ábrelo —insiste Wyatt, prácticamente rebotando de emoción.

Con cuidado, Jake desenvuelve el paquete. Cuando ve el modelo del rancho, con el pequeño cartel «Rancho Wheeler» en la entrada, su expresión cambia a una de asombro. Pasa los dedos por los detalles: la casa principal, los establos, los diminutos caballos, todo creado con un cuidado exquisito.

—Es... —comienza, pero su voz se quiebra. Traga visiblemente antes de intentarlo de nuevo—. Es exactamente como lo imagino. Como lo sueño.

—Para que lo tengas hasta que el real sea tuyo —explico, mi propia voz un poco temblorosa—. Un recordatorio de que algunos sueños sí se hacen realidad.

Jake levanta la mirada, y hay tanta emoción en sus ojos que me deja sin aliento. Por un momento, creo que va a decir algo, algo importante, algo que cambiará todo entre nosotros.

Pero en lugar de palabras, se levanta, coloca el modelo cuidadosamente en el porche, y da un paso hacia mí. Sus manos encuentran mi rostro, acunándolo con una ternura que hace que mis rodillas se debiliten. Y entonces, sus labios están sobre los míos, en un beso tan suave, tan lleno de sentimiento, que siento lágrimas formarse en mis ojos.

No es un beso apasionado como los que hemos compartido hasta ahora. Es algo diferente, algo más profundo. Un beso que sabe a promesas, a futuro, a hogar.

Cuando nos separamos, Wyatt está aplaudiendo y saltando a nuestro alrededor, completamente encantado con este nuevo desarrollo. Jake ríe, un sonido libre y feliz que rara vez le escucho, y levanta a su hijo en brazos.

—¿Te ha gustado la sorpresa, papá? —pregunta Wyatt, sus pequeños brazos rodeando el cuello de Jake.

—Es la mejor sorpresa del mundo, campeón —responde Jake, extendiendo un brazo para incluirme en el abrazo—. La mejor de todas.

Nos quedamos así, los tres abrazados en el porche de lo que podría ser nuestro futuro hogar, y siento una felicidad tan completa, tan perfecta, que casi temo que algo venga a arruinarla.

El sol comienza a descender cuando finalmente nos preparamos para partir. Jake guarda el modelo del rancho en la camioneta con un cuidado reverente, como si fuera el objeto más valioso que ha poseído jamás. Wyatt, agotado por la emoción y la exploración, se queda dormido casi inmediatamente en el asiento trasero.

Durante el viaje de regreso, Jake sostiene mi mano sobre la palanca de cambios, su pulgar trazando pequeños círculos en mi piel. No hablamos mucho, pero no es necesario. El silencio entre nosotros ahora es cómodo, lleno de posibilidades y promesas no dichas.

Cuando llegamos a Sweet Valley, el sol está poniéndose, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados. Jake estaciona frente a casa y apaga el motor, pero no hace ademán de salir inmediatamente. En lugar de eso, se gira hacia mí, sus ojos buscando los míos en la luz menguante.

—Gracias —dice simplemente, pero esas dos palabras contienen un universo de significado—. Por hoy. Por todo.

—Ha sido un placer —respondo, y nunca he dicho nada más sincero.

Jake se inclina y me besa nuevamente, suave y dulce, antes de volverse para despertar a Wyatt. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

Bajamos de la camioneta, y en un impulso, Jake toma mi mano. Con Wyatt entre nosotros, todavía somnoliento pero sonriente, comenzamos a caminar hacia la casa. En un movimiento coordinado, levantamos a Wyatt entre los dos, haciéndolo reír mientras sus pies dejan el suelo momentáneamente.

Es un momento perfecto. Los tres, caminando hacia casa, riendo, unidos. Una familia.

Y entonces la veo. Una figura femenina esperando en el porche, observándonos. Alta, esbelta, con un aire de sofisticación urbana que parece fuera de lugar en el rancho. Cuando nos acercamos, puedo distinguir su rostro, y algo en mi interior se congela.

Porque, aunque nunca la he visto antes, sé exactamente quién es. Veo la forma en que sus ojos se entrecierran al fijarse en nuestras manos unidas, en Wyatt entre nosotros.

Jake se detiene abruptamente, su cuerpo tensándose a mi lado. Su mano suelta la mía como si quemara, y la pérdida del contacto se siente como un presagio.

—Rebecca —dice, y su voz suena extraña, distante, como si perteneciera a otra persona.

La mujer en el porche sonríe, pero es una sonrisa que no llega a sus ojos. Ojos que ahora están fijos en mí, evaluándome, juzgándome.

—Hola, Jake —responde, su voz suave, pero con un filo que puedo detectar incluso desde esta distancia—. Ha pasado mucho tiempo.

Y así, en un instante, la burbuja de felicidad perfecta que habíamos creado hoy explota, dejándonos en una realidad mucho más complicada.

Rebecca ha vuelto. Y por la forma en que mira a Wyatt, con una intensidad casi depredadora, ha vuelto por algo. O por alguien.

CAPÍTULO 26

JAKE

—Rebecca —su nombre sale de mi boca como algo extraño, ajeno, como si perteneciera a otra vida.

Y en cierto modo, así es. La mujer que está de pie en el porche, con su vestido de ciudad y su postura estudiada, pertenece a un capítulo de mi vida que creía cerrado definitivamente.

Siento cómo Sarah se tensa a mi lado, y por instinto, mi mano suelta la suya. No por vergüenza, sino por un impulso protector. Rebecca siempre tuvo un talento especial para usar cualquier debilidad en tu contra.

—Hola, Jake —responde, su voz tan suave y calculada como la recuerdo—. Ha pasado mucho tiempo.

Tres años, para ser exactos. No es que lleve la cuenta, pero la fecha en que decidió que ser madre no era lo suficientemente emocionante y se largó quedó grabada a fuego en mi memoria.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, mi voz más dura de lo que pretendía.

Rebecca ignora mi pregunta, su mirada fija ahora en Wyatt, que se ha pegado instintivamente a la pierna de Sarah. Es curioso cómo los niños pueden sentir las cosas. Cómo pueden reconocer la autenticidad del cariño... o su ausencia.

—Wyatt —dice, y hay una nota de emoción en su voz que no logro descifrar si es genuina o ensayada—. Has crecido tanto.

Mi hijo permanece en silencio, observándola con una mezcla de curiosidad y recelo. No la reconoce, por supuesto. Tenía apenas un año cuando ella se fue. Para él, Rebecca es una extraña, no importa cuántas células compartan.

El sonido de un motor acercándose por el camino de entrada rompe el momento. Un elegante BMW negro se detiene junto a mi camioneta, levantando una pequeña nube de polvo. La puerta se abre y, para mi sorpresa, Logan emerge del asiento del conductor. Pero no está solo. Una mujer con un traje de diseñador y un aire de eficiencia metropolitana sale del lado del pasajero, escaneando el entorno como si estuviera evaluando una propiedad en venta.

Sus ojos dejan de escanear todo cuando ve a Sarah.

—¡Sarah! —exclama la mujer, avanzando hacia nosotros con una sonrisa que no llega a sus ojos—. ¡Por fin te encuentro! Llevo días intentando contactarte.

Sarah parece momentáneamente desconcertada, como si no pudiera procesar la aparición de esta nueva persona en medio de la tensión existente.

—¿Lisa? —dice finalmente, y hay una nota de incredulidad en su voz—. ¿Qué haces aquí?

Logan se acerca, su expresión una mezcla de disculpa y preocupación.

—Llegó a la casa principal preguntando por ti —explica—. Dijo que era urgente y que no respondías a sus llamadas.

—Y lo es —afirma Lisa, mirando con superioridad a todos antes de volver su atención a Sarah—. Tenemos que hablar. Ahora. Vogue quiere ofrecerte la dirección creativa de su división digital. Es un trabajo de ensueño, Sarah. Pero necesitan una respuesta inmediata.

El mundo parece detenerse por un instante. Un zumbido comienza en mis oídos, amortiguando todo lo demás. La dirección creativa de Vogue. Un trabajo de ensueño. Una oferta que no podrá rechazar. Una oferta que la llevará de vuelta a Nueva York, lejos de Sweet Valley, lejos de nosotros.

Siento como mi corazón se destroza.

Y, por supuesto, Rebecca se da cuenta de lo mucho que me ha afectado la noticia.

—Vaya, vaya —la voz de Rebecca corta el aire como un cuchillo—. Parece que he llegado en un momento interesante.

Se hace el silencio. Sarah está tan tensa que casi tengo miedo de que se parta.

—Sarah, necesitamos hablar en privado. Es la oportunidad de tu vida —dice la agente rompiendo el silencio.

Rebecca suelta una risa que suena como cristales rotos.

—Oh, por favor, no dejéis que interrumpamos —dice, con falsa cortesía—. Jake y yo también tenemos asuntos importantes que discutir. Asuntos legales.

La palabra «legales» cae como una bomba en medio de nosotros. Siento que mi sangre se congela en mis venas.

Esta situación se vuelve cada vez peor.

—¿Qué asuntos legales? —pregunto, mi voz es apenas un susurro tenso.

Rebecca sonríe, una sonrisa malvada que conozco demasiado bien.

—Custodia, Jake —dice simplemente—. He estado reflexionando sobre mis derechos como madre. Derechos a los que nunca renuncié formalmente, por cierto.

El pánico me invade como una ola fría. Custodia. La palabra que más he temido desde que se fue. La amenaza que siempre ha estado ahí, en el fondo de mi mente, esperando para materializarse.

—No tienes ningún derecho —respondo, intentando mantener mi voz firme a pesar del miedo que me corroe por dentro—. Abandonaste a tu hijo. Nos abandonaste.

—Sin papeles de por medio —replica Rebecca, su voz suave pero implacable—. Nunca firmé nada cediendo mis derechos. Legalmente, sigo siendo su madre. Y los tribunales suelen favorecer a las madres, ¿no es así?

Lisa, ajena al drama familiar que se desarrolla, interviene con impaciencia.

—Sarah, no tenemos tiempo para esto —insiste—. El avión a Nueva York sale en tres horas. Necesitan tu respuesta antes de medianoche.

Mi cabeza comienza a dar vueltas. Todo está sucediendo demasiado rápido. Rebecca amenazando con la custodia de Wyatt. Sarah con una oferta de trabajo de ensueño en Nueva York. El mundo que creía estar construyendo, desmoronándose en un puto instante ante mis ojos.

—Por supuesto, entiendo que esto es mucho para procesar —dice Rebecca, con falsa comprensión—. Pero hay soluciones, Jake. Siempre las hay. Por ejemplo, una compensación económica adecuada podría persuadirme de no seguir adelante con la demanda de custodia.

Y ahí está. Su verdadero motivo. Dinero. Siempre fue el dinero con Rebecca. Nunca Wyatt, nunca yo, siempre lo que podía obtener.

En cierta parte siento alivio.

—¿Me estás chantajeando? —pregunto, la incredulidad mezclándose con la rabia.

—Lo llamo llegar a un acuerdo amistoso —responde, sin perder la compostura—. Después de todo, ambos queremos lo mejor para Wyatt, ¿no?

Wyatt, que ha estado aferrado a la pierna de Sarah todo este tiempo, levanta la mirada confundido.

—Papá, ¿qué pasa? —pregunta, su voz pequeña y asustada—. ¿Quiénes son estas señoras?

No puedo responder. Las palabras se atascan en mi garganta. ¿Cómo le explicas a un niño de cuatro años que su madre biológica ha vuelto solo para intentar extorsionar a su padre? ¿Cómo le dices que la mujer que ha llegado a querer tiene una vida esperándola a miles de kilómetros de distancia?

—¡Ya basta! —la voz de Sarah corta el aire como un látigo, sorprendiéndonos a todos.

Nunca la había oído hablar así, con tanta autoridad, tanta determinación. Se adelanta, colocándose entre Rebecca, Lisa y nosotros, como una leona protegiendo a sus cachorros.

—Esto es absurdo —continúa, su voz firme pero controlada—. Estáis aterrorizando a un niño y atacando a un hombre que no ha hecho nada más

que ser un padre extraordinario.

Se gira hacia Lisa primero.

—Lisa, aprecio que hayas venido hasta aquí, pero esto podría haberse manejado por teléfono —dice, su tono profesional pero decidido—. Y para que conste, no estoy interesada en ninguna oferta que requiera que abandone Sweet Valley. Punto.

Antes de que Lisa pueda protestar, Sarah se vuelve hacia Rebecca, y hay un fuego en sus ojos que nunca había visto antes.

—Y tú —dice, su voz cargada de una furia contenida—. Si crees por un segundo que voy a quedarme quieta mientras amenazas a esta familia, estás muy equivocada. Cualquier juez con dos dedos de frente verá que abandonaste a tu hijo durante tres años sin contacto alguno, y que ahora vuelves solo por dinero.

Rebecca parece momentáneamente desconcertada, como si no esperara resistencia, y mucho menos de Sarah.

—No sabes de lo que hablas —intenta, pero Sarah la interrumpe.

—Sé exactamente de lo que hablo —responde, y hay una certeza en su voz que me deja sin aliento—. Mi hermano es Logan Hayes. Tenemos más abogados de los que puedes imaginar, y estarán encantados de destrozar cualquier demanda frívola que presentes.

Se gira hacia Logan, que ha estado observando la escena con una mezcla de sorpresa y admiración.

—Logan, ¿podrías quedarte con estas... damas un momento? —pregunta, aunque no es realmente una pregunta—. Jake, Wyatt y yo necesitamos un minuto.

Sin esperar respuesta, Sarah toma la mano de Wyatt con una mano y la mía con la otra, y nos conduce hacia la casa. Su agarre es firme, seguro, un ancla en medio de la tormenta que amenaza con arrastrarnos.

—Pero Sarah... —comienza Lisa, claramente desconcertada por este giro de los acontecimientos.

—Luego, Lis —responde Sarah sin volverse—. Esto es más importante.

Y con esas palabras, entramos en casa, dejando a Rebecca, Lisa y Logan en el porche. La puerta se cierra tras nosotros, amortiguando sus voces, creando un refugio momentáneo del caos exterior.

Mi mente es un torbellino de emociones contradictorias. Alivio por la intervención de Sarah. Miedo por la amenaza de Rebecca. Confusión por lo que acaba de suceder. Y, por encima de todo, una pregunta que no me atrevo a formular en voz alta: ¿qué significa que Sarah haya rechazado tan categóricamente la oferta de Nueva York?

¿Podría ser que realmente quiera quedarse? ¿Aquí, en Sweet Valley? ¿Con nosotros?

Mientras Sarah se arrodilla para hablar suavemente con Wyatt, calmando sus miedos con palabras tranquilizadoras y abrazos seguros, me permito, por primera vez en mucho tiempo, un destello de esperanza.

Quizás, solo quizás, no todo está perdido después de todo.

CAPÍTULO 27

SARAH

En cuanto la puerta se cierra detrás de nosotros, siento cómo la tensión en los hombros de Jake disminuye ligeramente. El contraste entre el caos exterior y la tranquilidad de la casa es casi palpable. Aquí dentro, somos solo nosotros tres. Una familia improvisada, quizás, pero una familia, al fin y al cabo.

Wyatt nos mira con esos ojos enormes llenos de confusión y miedo. Su manita se aferra a la mía como si temiera que fuera a desaparecer en cualquier momento.

—¿Quiénes son esas señoras, Sarah? —pregunta, su vocecita más baja de lo habitual.

Mi corazón se contrae dolorosamente. ¿Cómo explicarle a un niño de cuatro años una situación tan complicada? Miro a Jake, buscando orientación, pero él parece tan perdido como yo, su rostro una máscara de preocupación y fatiga.

Me arrodillo frente a Wyatt, quedando a su altura, y tomo sus pequeñas manos entre las mías.

—¿Sabes qué? —digo, intentando que mi voz suene tranquila y segura—. Los adultos a veces tenemos conversaciones complicadas que pueden dar miedo. Pero no tienes que preocuparte por eso ahora.

—¿Estáis enfadados conmigo? —pregunta, y la vulnerabilidad en su voz hace que algo se rompa dentro de mí.

—No, cariño —respondo inmediatamente, acariciando su mejilla—. Nadie está enfadado contigo. Nunca.

Jake se arrodilla junto a nosotros, formando un pequeño círculo en el suelo de la entrada. Su cercanía me reconforta, a pesar de la tormenta que acaba de desatarse fuera.

—La señora del vestido rojo es Rebecca —dice Jake, su voz suave pero firme—. Y ella es quien te trajo al mundo. Pero se fue cuando eras muy pequeño. Demasiado pequeño para recordarla.

Wyatt frunce el ceño, procesando esta información.

—¿Como la mamá dinosaurio que deja los huevos y luego se va? —pregunta, refiriéndose a un documental que vimos hace unos días.

Jake y yo intercambiamos una mirada, sorprendidos por su analogía. A veces olvido lo perceptivos que pueden ser los niños.

—Algo así —responde Jake, con una pequeña sonrisa triste—. Pero tú no estuviste solo. Yo siempre estuve contigo.

—Y ahora yo también —añado, sin pensar. Las palabras salen de mi corazón antes de que mi cerebro pueda filtrarlas.

Los ojos de Jake se encuentran con los míos, y hay tanto en esa mirada —sorpresa, esperanza, miedo— que me deja sin aliento.

—¿De verdad? —pregunta Wyatt, sus ojos iluminándose—. ¿Te vas a quedar con nosotros para siempre?

La pregunta queda suspendida en el aire, cargada de significado. No es solo Wyatt quien espera mi respuesta. Jake también la espera, aunque intenta disimularlo.

—Eso es lo que quiero —respondo con honestidad—. Quedarme aquí, con vosotros.

—¿Pero qué pasa con la señora del traje? —insiste Wyatt—. Dijo algo sobre Nueva York.

Este niño no se pierde nada. Respiro hondo, consciente de que Jake está pendiente de cada palabra.

—A veces, Wyatt, las personas creen saber lo que es mejor para ti —explico —. Lisa, la señora del traje, piensa que debería volver a Nueva York porque allí está mi trabajo. Pero...

Me detengo, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que siento.

—Pero a veces descubres que lo que realmente quieres no es lo que pensabas —continúo—. A veces encuentras algo mejor, algo más importante que cualquier trabajo.

—¿Como nosotros? —pregunta Wyatt, con esa inocencia brutal que solo los niños poseen.

—Exactamente como vosotros —confirmo, y mi voz se quiebra ligeramente con la emoción.

Miro a Jake, necesitando que entienda lo que estoy tratando de decir, y rezando para que él quiera lo mismo. Sus ojos están brillantes, intensos, fijos en los míos como si intentara leer mi alma.

—¿Lo dices en serio? —pregunta finalmente, su voz apenas un susurro—. ¿Rechazarías esa oferta?

—Ya lo he hecho —respondo con una seguridad que me sorprende a mí misma—. No hay nada en Nueva York que se compare con lo que tengo aquí.

Jake parece momentáneamente sin palabras, como si no pudiera creer lo que está escuchando.

—Pero es un sueño —dice finalmente—. La dirección creativa de Vogue. Has trabajado mucho para lograrlo.

Sonrío, porque ahora veo con claridad lo que antes estaba nublado por la ambición y las expectativas.

—Los sueños cambian, Jake —digo suavemente—. Las personas cambian. Yo he cambiado. Lo que quería antes no es lo que quiero ahora.

—¿Y qué quieres ahora? —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su voz que me aprieta el corazón.

Miro a Wyatt, que nos observa con atención, y luego de nuevo a Jake. La respuesta es tan simple y a la vez tan profunda que casi me asusta decirla en voz alta.

—Esto —respondo—. Vosotros. Un hogar. Una familia.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas de significado. Jake traga visiblemente, como si estuviera luchando con emociones demasiado grandes para contenerlas.

—Pero Rebecca... —comienza, el miedo volviendo a sus ojos.

—Rebecca no puede hacer nada —lo interrumpo con firmeza—. No legalmente. Abandonó a Wyatt sin ningún tipo de acuerdo de custodia. Cualquier abogado medianamente competente destruiría su caso en minutos. Y tenemos a todo el bufete de Hayes Petroleum de nuestro lado. Y sino le daremos todo el dinero que quiera.

Jake asiente lentamente, pero puedo ver que la preocupación no ha abandonado completamente su rostro.

—No es solo eso —admite, pasándose una mano por el pelo en ese gesto que delata su nerviosismo—. Es... todo. Es demasiado para pedirte que lo asumas. Mis problemas, mis complicaciones. No es justo para ti.

Entiendo entonces lo que realmente le preocupa. No es solo Rebecca, no es solo la oferta de trabajo. Es la idea de que yo pueda arrepentirme, de que un día me despierte y me dé cuenta de que he sacrificado demasiado por ellos.

—Jake —digo, extendiendo mi mano para tocar su mejilla—. No estás pidiéndome nada. Yo estoy eligiendo esto. Te estoy eligiendo a ti. A vosotros.

—¿Por qué? —pregunta, y la vulnerabilidad en su voz me rompe el corazón —. ¿Por qué elegirías esto cuando podrías tener todo lo demás?

La respuesta es tan clara, tan obvia, que casi me río. ¿Cómo puede no verlo?

—Porque os quiero —digo simplemente—. A los dos. Más de lo que he querido nunca nada ni a nadie.

Los ojos de Jake se ensanchan, como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar. Wyatt, en cambio, reacciona con la naturalidad de los niños ante las verdades evidentes.

—Nosotros también te queremos, Sarah —dice, como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿Verdad, papá?

Jake mira a su hijo y luego a mí, y algo parece romperse dentro de él. Una barrera, un muro, una resistencia que ha mantenido en pie durante demasiado tiempo.

—Sí —responde, su voz ronca por la emoción—. Te queremos, Sarah. Yo te quiero. Más de lo que creía posible querer a alguien.

Las palabras, tan simples y a la vez tan profundas, hacen que mi corazón se acelere. No es una declaración poética, no es un discurso elaborado. Es Jake Wheeler en su forma más pura: directo, honesto, sin adornos. Y es perfecto.

—¿Ves? —dice Wyatt, mirándonos con una sonrisa satisfecha—. No era tan difícil decirlo, papá.

Su comentario inocente rompe la tensión, y los tres nos reímos, un sonido que parece fuera de lugar considerando el caos que nos espera fuera, pero que al mismo tiempo es exactamente lo que necesitamos.

Jake toma mi mano, entrelazando nuestros dedos con una naturalidad que hace que mi corazón se hinche de alegría.

—No sé qué va a pasar con Rebecca —admite—. No sé qué intentará. Pero sé que no quiero enfrentarlo solo. No otra vez.

—No tienes que hacerlo —respondo, apretando su mano—. Estamos juntos en esto. Los tres.

—¡Como los Tres Mosqueteros! —exclama Wyatt, claramente emocionado por formar parte de esta unidad.

—Exactamente como los Tres Mosqueteros —confirmo, sonriendo—. Uno para todos...

—¡Y todos para uno! —completa Wyatt, levantando su pequeño puño en el aire.

Jake sonríe, y es una sonrisa que transforma su rostro, que ilumina sus ojos de una manera que rara vez he visto. Por un momento, parece más joven, más libre, como si un peso enorme hubiera sido levantado de sus hombros.

—Tenemos que hablar con ellos —dice finalmente, volviendo a la realidad —. No van a irse sin una respuesta.

Asiento, sabiendo que tiene razón. El mundo exterior sigue ahí, esperando, con sus demandas y sus complicaciones.

—Pero no con Wyatt presente —añado, protectora—. No quiero que escuche lo que Rebecca pueda decir.

Jake está de acuerdo inmediatamente.

—Podríamos llamar a Kate —sugiere—. Tal vez ella y Logan podrían llevarse a Wyatt por esta noche. Darle un respiro de todo esto.

La idea es buena. Wyatt adora a Kate y a mi hermano, y una noche lejos de toda esta tensión le vendría bien.

—¿Qué te parece, cariño? —le pregunto a Wyatt—. ¿Te gustaría tener una fiesta de pijamas con la tía Kate y el tío Logan?

Sus ojos se iluminan ante la perspectiva.

—¿Puedo llevar a Rex? —pregunta, refiriéndose a su dinosaurio favorito.

—Por supuesto —responde Jake, revolviéndole el pelo—. Rex también necesita unas vacaciones.

Mientras Jake saca su teléfono para llamar a Kate, Wyatt se acerca a mí y me abraza espontáneamente, sus pequeños brazos rodeando mi cintura. Me inclino para devolverle el abrazo, inhalando el aroma a champú infantil y galletas que siempre parece llevar consigo.

—Me alegro de que te quedes, Sarah —dice contra mi hombro—. No quiero que te vayas nunca.

Las palabras, tan simples y honestas, hacen que mis ojos se llenen de lágrimas. Porque en ese momento, con este pequeño en mis brazos y su padre mirándonos con una expresión que no puedo describir como otra cosa que amor, sé con absoluta certeza que he tomado la decisión correcta.

Nueva York, Vogue, mi carrera... todo eso parece pertenecer a otra vida, a otra Sarah. La Sarah que soy ahora, la que ha descubierto lo que realmente importa, no cambiaría este momento por nada en el mundo.

Jake termina su llamada y se acerca a nosotros, una sonrisa suave en sus labios.

—Kate viene en camino —informa—. Dice que tiene palomitas y películas de dinosaurios esperando.

—¡Sí! —exclama Wyatt, saltando de emoción—. ¿Puedo ir a buscar mi pijama y a Rex?

Jake asiente, y Wyatt sale disparado escaleras arriba, su energía aparentemente restaurada por la perspectiva de una aventura nocturna.

Cuando nos quedamos solos, Jake da un paso hacia mí, eliminando la distancia entre nosotros. Sus manos encuentran mi cintura, y las mías se apoyan naturalmente en su pecho. Es asombroso lo bien que encajamos, como si nuestros cuerpos hubieran sido diseñados el uno para el otro.

—¿Estás segura de esto? —pregunta, su voz baja e intensa—. ¿De nosotros? ¿De quedarte?

Levanto la mirada para encontrarme con la suya, y la vulnerabilidad que veo allí me conmueve profundamente. Este hombre fuerte, valiente, que ha enfrentado tanto solo, todavía teme que pueda desvanecerme como un espejismo.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —respondo, y cada palabra es una promesa—. Te quiero, Jake Wheeler. A ti y a ese pequeño

tornado que está arriba buscando su dinosaurio. Os quiero a los dos, con todo lo que eso implica.

Jake cierra los ojos un momento, como si estuviera absorbiendo mis palabras, dejando que penetren todas sus defensas. Cuando los abre de nuevo, hay una claridad, una certeza en ellos que me deja sin aliento.

—Te quiero, Sarah Hayes —dice, y aunque las palabras son simples, hay una profundidad en ellas que me llega al alma—.Y te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que nunca te arrepientas de habernos elegido.

Sus labios encuentran los míos en un beso que es a la vez tierno y apasionado, un sello físico de las promesas que acabamos de intercambiar. Me derrito contra él, dejando que el calor de su cuerpo, la firmeza de sus brazos alrededor de mi cintura, la dulzura de su boca contra la mía, borren todos los miedos, todas las dudas.

El sonido de pasos apresurados bajando las escaleras nos hace separarnos, aunque Jake mantiene un brazo firmemente alrededor de mi cintura, como si temiera que pudiera desaparecer si me suelta.

Wyatt aparece con su mochila de dinosaurios, Rex asomando por la parte superior, y su pijama favorito bajo el brazo.

—¡Estoy listo! —anuncia, y luego se detiene, mirándonos con curiosidad—. ¿Por qué estáis tan juntos?

Jake y yo intercambiamos una mirada, y no puedo evitar sonreír ante la inocencia de la pregunta.

—Porque nos queremos, campeón —responde Jake con una honestidad que me conmueve—. Igual que te queremos a ti.

Wyatt asiente, como si esto fuera perfectamente lógico y no necesitara más explicación.

—¿Eso significa que Sarah va a ser mi mamá? —pregunta, con esa franqueza brutal que solo los niños poseen.

La pregunta me deja momentáneamente sin palabras. Es algo que he pensado, que he sentido en lo más profundo de mi corazón, pero escucharlo expresado tan directamente, tan inocentemente, me sobrecoge.

Jake se arrodilla frente a su hijo, colocando una mano en su pequeño hombro.

—Eso es algo que tendremos que hablar los tres, con calma —dice, su voz suave pero seria—. Ser mamá es algo muy importante. Pero lo que sí puedo decirte es que Sarah nos quiere muchísimo, y va a quedarse con nosotros.

Wyatt parece considerar esto por un momento, su pequeño ceño fruncido en concentración. Luego mira hacia mí.

—Yo quiero que seas mi mamá —dice simplemente—. Haces las mejores tortitas con forma de dinosaurio y no te importa cuando hablo de T-Rex durante la cena. Y me encanta que me abraces.

Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente se derraman. Me arrodillo junto a Jake, quedando a la altura de Wyatt.

—Me encantaría ser tu mamá, Wyatt —digo, mi voz temblorosa por la emoción—. Más que nada en el mundo. Pero tu papá tiene razón, es algo que tenemos que hablar con calma, cuando todo esto se haya solucionado.

Wyatt asiente, aparentemente satisfecho con mi respuesta. Luego, con la facilidad con la que los niños cambian de tema, pregunta:

—¿Puedo llevarme también mi libro de dinosaurios?

Jake ríe, una risa genuina que hace que mi corazón se hinche de amor.

—Claro que sí, campeón —responde—. Ve a buscarlo.

Mientras Wyatt sube corriendo las escaleras nuevamente, Jake se vuelve hacia mí, sus ojos brillantes con una mezcla de emociones.

—¿Lo decías en serio? —pregunta en voz baja—. ¿Sobre ser su mamá?

—Con todo mi corazón —respondo sin dudar—. Si tú estás de acuerdo, claro.

La sonrisa que se extiende por su rostro es como el amanecer, gradual y luminosa, iluminándolo todo a su paso.

—Creo que sería lo más maravilloso del mundo —dice, su voz ronca por la emoción—. Para él. Para nosotros.

El sonido de un coche acercándose nos devuelve a la realidad. Kate ha llegado, y con ella, el recordatorio de que todavía tenemos que enfrentar lo que nos espera fuera.

—Vamos a superar esto —digo, tomando la mano de Jake—. Juntos. Y luego podremos concentrarnos en nuestro futuro. En nuestra familia.

Jake asiente, llevando mi mano a sus labios para besarla suavemente.

—Nuestra familia —repite, como si estuviera saboreando las palabras—. Me gusta cómo suena eso.

Y mientras Wyatt baja corriendo las escaleras, libro en mano y sonrisa en el rostro, pienso que a mí también me gusta. Me gusta muchísimo.

Es mucho mejor que cualquier cosa que hubiera soñado nunca.

CAPÍTULO 28

JAKE

El aire de la noche es fresco cuando salimos al porche, pero apenas lo noto. La conversación con Sarah, sus palabras de amor, la certeza de que ha elegido quedarse con nosotros... todo eso ha creado un fuego en mi interior que ningún frío puede apagar.

Rebecca y Lisa siguen allí, hablando en voz baja junto al BMW. Logan está apoyado en la barandilla del porche, vigilándolas como un halcón. Cuando nos ve salir, se endereza, su mirada interrogante.

—¿Todo bien? —pregunta en voz baja, sus ojos moviéndose entre Sarah y yo.

—Mejor que bien —respondo, y la firmeza en mi voz parece sorprenderlo.

Kate llega en ese momento, estacionando su camioneta junto a la mía. Wyatt corre hacia ella en cuanto baja, su mochila de dinosaurios rebotando contra su espalda.

—¡Tía Kate! —exclama—. ¡Vamos a ver películas de dinosaurios!

Kate lo recibe con un abrazo, pero sus ojos están fijos en el extraño grupo reunido en nuestro porche. Rebecca la observa con una sonrisa tensa, claramente incómoda ante la llegada de otra persona aliada a mí.

—Wyatt se quedará con vosotros esta noche —le explico a Logan, lo suficientemente alto para que todos escuchen—. Tenemos asuntos que resolver aquí.

Mi tono no deja lugar a dudas: esto termina hoy. Sarah aprieta mi mano brevemente antes de soltarla y acercarse a Kate y Wyatt.

—Tienes todo lo que necesitas, ¿verdad, vaquero? —pregunta, arrodillándose para quedar a la altura de mi hijo.

—¡Sí! —asiente Wyatt entusiasmado—. ¡Y Rex también!

Sarah sonríe, esa sonrisa que ilumina todo su rostro y que siempre hace que algo se derrita dentro de mí.

—Pórtate bien con tía Kate —dice, acomodándole el cuello de la chaqueta —. Papá y yo iremos a buscarte mañana.

—¿Lo prometes? —pregunta Wyatt, y hay una vulnerabilidad en su voz que me recuerda que, a pesar de su entusiasmo, los eventos de hoy lo han afectado.

—Lo prometo —responde Sarah con firmeza—. Los tres mosqueteros, ¿recuerdas?

Wyatt sonríe, tranquilizado, y levanta su pequeño puño.

—¡Todos para uno y uno para todos!

Kate me lanza una mirada interrogante por encima de la cabeza de Wyatt, pero solo asiento, prometiéndole en silencio que le explicaré todo más tarde.

—Vamos, campeón —dice, tomando la mano de Wyatt—. Las palomitas nos esperan.

Mientras se alejan hacia la camioneta, siento una mezcla de alivio y determinación asentarse en mi pecho. Con Wyatt a salvo, puedo concentrarme en los dos problemas que quedan por resolver.

—Sarah —dice Lisa, acercándose en cuanto Kate y Wyatt se marchan—. Realmente necesitamos hablar. En privado.

Sarah me mira, y hay una seguridad en sus ojos que me dice que sabe exactamente lo que va a hacer.

—Vamos a la cocina —responde, y luego se gira hacia mí—. ¿Te ocupas de Rebecca mientras tanto?

La confianza implícita en su pregunta, la certeza de que podemos manejar esto por separado, me llena de una fuerza que no sabía que tenía.

—Por supuesto —respondo, y añado en voz más baja, solo para ella—. Te quiero.

Una sonrisa breve pero radiante ilumina su rostro.

—Y yo a ti —responde, antes de guiar a Lisa hacia la casa.

Me quedo en el porche con Rebecca y Logan. Mi cuñado (y qué extraño es pensar en él así) capta mi mirada y asiente casi imperceptiblemente.

—Estaré dentro si me necesitas —dice, dándonos espacio, pero dejando claro que está disponible si las cosas se complican.

Cuando la puerta se cierra tras él, Rebecca y yo nos quedamos solos. La miro realmente por primera vez desde que apareció en mi puerta. Y no siento más que indiferencia hacia ella. Solo quiero que se marche de nuestras vidas de una vez por todas.

—Así que... —comienza, claramente incómoda con mi escrutinio—. Tú y esa chica de Nueva York estáis juntos. Jamás me lo hubiera imaginado.

—Hay muchas cosas que no sabes, Rebecca —respondo, mi voz tranquila pero firme—. Nunca fuiste muy buena mirando más allá de ti misma.

Se tensa, un destello de rabia cruzando su rostro antes de que recupere su compostura.

—No he venido a pelear, Jake —dice, su tono suavizándose en esa manera calculada que conozco tan bien—. Solo quiero lo que me corresponde.

—¿Y qué es exactamente lo que crees que te corresponde? —pregunto, cruzándome de brazos—. ¿Un hijo al que abandonaste hace tres años? ¿Un dinero que no has ganado?

Rebecca suspira dramáticamente, como si yo fuera un niño terco que no entiende lo obvio.

—Soy su madre, Jake —dice, como si eso lo explicara todo—. Tengo derechos.

—Los derechos se ganan —respondo, sin ceder un milímetro—. Con presencia. Con sacrificio. Con amor incondicional. Cosas que nunca demostraste.

—Estaba pasando por un momento difícil —protesta, pero la excusa suena débil incluso para sus propios oídos—. No estaba preparada para ser madre.

—¿Y ahora sí lo estás? —pregunto, aunque ambos sabemos la respuesta—. ¿O es que tu último marido te dejó y necesitas dinero?

El ligero ensanchamiento de sus ojos me dice que he dado en el clavo. Típico de Rebecca. Siempre buscando la solución fácil a sus problemas financieros.

—Eso es cruel, Jake —dice, intentando parecer herida—. Y no es asunto tuyo.

—Te equivocas —respondo, dando un paso hacia ella—. Cualquier cosa que afecte a mi hijo es asunto mío. Y tú, Rebecca, eres una amenaza para su bienestar.

—¡Eso no es justo! —protesta—. Nunca le haría daño a Wyatt.

—¿No? —mi voz es peligrosamente suave—. ¿Qué crees que pasaría si aparecieras en su vida solo para volver a desaparecer cuando te aburrieras o encontraras algo mejor? ¿O si un juez, por algún milagro, te concediera visitas y lo arrastraras entre dos hogares, desestabilizando la vida que he construido para él?

Rebecca no tiene respuesta para eso. Al menos le queda suficiente conciencia para saber que tengo razón.

—Seamos prácticos —digo finalmente, cambiando de táctica—. Ambos sabemos que no has venido por Wyatt. Has venido por dinero.

Abre la boca para protestar, pero levanto una mano, deteniéndola.

—No insultes mi inteligencia, Rebecca. Te conozco. Siempre has sido transparente en tus motivaciones, al menos para mí.

Algo en mi tono, en mi postura, parece sorprenderla. Este no es el Jake que ella dejó, el hombre destrozado que apenas podía funcionar entre el trabajo y un bebé que lloraba toda la noche. Este es un Jake diferente, más fuerte, más seguro. Un hombre que sabe lo que quiere y lo que vale.

—Bien —dice finalmente, rindiéndose a la pretensión—. Necesito dinero. Mi situación no es... ideal en este momento.

—Te daré dinero —respondo, y sus ojos se iluminan con una codicia que me revuelve el estómago—. Pero con condiciones.

—¿Qué condiciones? —pregunta, repentinamente cautelosa.

—Renunciarás legalmente a todos tus derechos parentales sobre Wyatt —digo, mi voz no admite discusión—. Firmarás los documentos que mi abogado preparará. No más amenazas, no más apariciones sorpresa, no más intentos de contacto. Wyatt quedará legalmente solo bajo mi custodia.

Rebecca parece momentáneamente desconcertada, como si no hubiera esperado una respuesta tan directa y definitiva.

—Eso es... extremo —dice finalmente—. Tal vez solo necesite algo temporal, hasta que me establezca de nuevo. No tiene por qué ser tan definitivo.

—Es definitivo o no hay trato —respondo, implacable—. No voy a vivir con la amenaza constante de que aparezcas cuando necesites dinero, usando a mi hijo como moneda de cambio.

La veo calcular, sopesar sus opciones, buscar una salida que le permita mantener su ventaja. Pero ambos sabemos que no tiene ninguna. Su amenaza de custodia es débil en el mejor de los casos, y yo tengo recursos que ella no puede igualar.

—¿Cuánto? —pregunta finalmente, y la palabra desnuda, desprovista de pretensiones, confirma todo lo que siempre supe sobre ella.

—Cincuenta mil dólares —respondo—. Más que suficiente para que te establezcas donde quieras, lejos de aquí.

Sus ojos se agrandan ligeramente. Es más de lo que esperaba, claramente.

—¿Cuándo? —pregunta, la avaricia apenas contenida en su voz.

—El lunes mi abogado te contactará con los documentos —explico—. Una vez que los firmes, el dinero será transferido a tu cuenta. Pero te advierto, Rebecca —añado, mi voz endureciéndose—, si alguna vez intentas contactar a Wyatt o interferir en nuestras vidas de nuevo, no habrá más negociaciones. Solo consecuencias legales.

La amenaza implícita en mis palabras no pasa desapercibida. Rebecca me estudia, como si estuviera viendo a un extraño con el rostro de alguien que una vez conoció.

—Has cambiado, Jake —dice finalmente—. No eres el mismo hombre que dejé.

—No, no lo soy —confirmo, sintiendo una extraña paz al admitirlo—. Aquel hombre ya no existe. Y deberías estar agradecida por eso. El Jake de antes habría aceptado cualquier condición que pusieras, solo por miedo a

perder a Wyatt. Este Jake sabe exactamente lo que vale su familia y luchará por ella con todo lo que tiene.

Algo parpadea en sus ojos, algo que parece casi como respeto.

—Supongo que debería felicitarte —dice, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Por tu nueva... familia. Sarah parece... interesante.

—Es mucho más que interesante —respondo, sin morder el anzuelo de su tono condescendiente—. Es extraordinaria. Y será una madre para Wyatt como tú nunca podrías haber sido.

Las palabras son duras, pero necesarias. No hay lugar para ambigüedades aquí, no cuando el bienestar de mi hijo está en juego.

Rebecca asiente lentamente, como aceptando finalmente que ha perdido esta batalla.

—Bien —dice, recogiendo su bolso del banco del porche—. Esperaré la llamada de tu abogado. Supongo que esto es un adiós.

—Supones bien —confirmo—. Adiós, Rebecca.

No hay emoción en mi despedida, solo finalidad. Observo cómo camina hacia su coche de alquiler, sus tacones resonando en el camino de grava. No mira atrás ni una sola vez mientras arranca y se aleja, llevándose consigo el último vestigio de un pasado que ya no me define.

Cuando su coche desaparece en la distancia, siento como si un peso enorme se levantara de mis hombros. Un capítulo cerrado definitivamente. Una amenaza neutralizada. Un futuro más seguro para mi hijo.

Y para nosotros.

La puerta se abre detrás de mí, y me giro para ver a Sarah saliendo al porche. Su expresión es serena, decidida, y sé inmediatamente que su conversación con Lisa ha ido tan bien como la mía con Rebecca.

Cuando su agente se ha marchado volvemos a hablar.

—¿Se ha ido? —pregunta, mirando hacia el camino vacío.

—Para siempre —confirmo, extendiendo mi mano hacia ella.

Sarah entrelaza sus dedos con los míos y se acerca, apoyándose contra mi costado de una manera que se siente tan natural, tan correcta, que me pregunto cómo he podido vivir tanto tiempo sin esto.

—¿Cómo te ha ido con Lisa? —pregunto, aunque la calma en su rostro ya me da la respuesta.

—Sorprendentemente bien —responde, con una pequeña sonrisa—. Después del shock inicial y varios intentos de persuasión, finalmente entendió que mi decisión es firme. De hecho... —se detiene, como considerando si compartir algo más.

—¿De hecho? —la animo, curioso.

—Me ofreció una alternativa —dice, mirándome con una mezcla de cautela y esperanza—. Supervisar proyectos específicos de forma remota, con visitas trimestrales a Nueva York. No es la dirección creativa completa, pero me permitiría mantener un pie en la industria sin tener que mudarme.

La miro, procesando lo que esto significa. Sarah no está renunciando completamente a su carrera, solo redefiniendo sus términos. Estableciendo un equilibrio que le permita tener ambos mundos. Me parece la mejor idea del mundo.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunto, necesitando estar seguro.

—Solo si a ti te parece bien —responde, sus ojos buscando los míos—. Mi prioridad sois tú y Wyatt. Esto solo funcionaría si encaja con nuestra vida aquí.

Nuestra vida. Dos palabras simples que contienen todo un universo de promesas.

—Creo que es perfecto —digo honestamente—. Nunca querría que renunciaras completamente a algo que amas. Solo quiero ser parte de tu futuro, de la forma que sea.

La sonrisa que ilumina su rostro es preciosa, borrando las últimas sombras de duda.

—Entonces está decidido —dice, acurrucándose más contra mí—. Aceptaré el trabajo mientras pueda hacerlo desde aquí. Y ocasionalmente viajaré a Nueva York para mantener a Lisa feliz.

—Suena como un plan perfecto —respondo, envolviendo mi brazo alrededor de su cintura—¿Qué te parece si entramos? —sugiero, notando cómo la temperatura ha bajado con la noche—. Ha sido un día largo.

Sarah asiente, pero antes de que podamos movernos, Logan sale al porche. Su expresión es una mezcla de alivio y curiosidad.

—¿Todo bien? —pregunta, mirando el camino vacío donde antes estaba el coche de Rebecca.

—Todo resuelto —confirmo—. Rebecca no volverá a ser un problema.

—Y Lisa ha aceptado un compromiso que me permite quedarme aquí —añade Sarah, apoyando su cabeza en mi hombro en un gesto que hace que mi corazón se hinche de orgullo y felicidad.

Logan sonríe, genuinamente complacido.

—Me alegro por vosotros —dice, y hay una sinceridad en su voz que aprecio—. Kate acaba de llamar. Dice que Wyatt ya está en pijama, viendo «Jurassic Park» y comiendo su peso en palomitas. Ambos me están esperando junto a Emma.

Sarah ríe, un sonido que nunca me canso de escuchar.

—Gracias por tu ayuda, Logan —dice, y puedo sentir el afecto en su voz—. No sé qué habríamos hecho sin ti.

—Para eso está la familia —responde simplemente, y me siento afortunado de poder formar parte de ella.

Después de que Logan se marche, Sarah y yo entramos en la casa. El silencio que nos recibe es extraño, pero no incómodo. Es la primera vez que estamos verdaderamente solos desde que nos hemos confesado nuestros sentimientos, sin Wyatt, sin interrupciones, sin crisis que resolver.

—¿Tienes hambre? —pregunto, repentinamente consciente de que ninguno ha cenado.

—Estoy muerta de hambre —admite Sarah con una sonrisa—. Resulta que enfrentarse a ex esposas manipuladoras y agentes ambiciosas abre el apetito.

Río, sintiendo cómo la tensión del día comienza a disiparse.

—Creo que puedo preparar algo —ofrezco, dirigiéndome hacia la cocina—. No será tan bueno como tus cenas, pero será comestible.

Mientras preparo unos sándwiches sencillos (lo mejor que puedo ofrecer a estas horas), Sarah se sienta en la encimera, balanceando sus piernas. La domesticidad del momento, la naturalidad de nuestra interacción, me llena de una alegría que no sabía que podía sentir.

—Así que... —dice, aceptando el sándwich que le ofrezco—. Los dos mosqueteros, solos en casa. ¿Qué hacemos ahora?

Hay un brillo juguetón en sus ojos que hace que mi pulso se acelere. La miro, esta mujer extraordinaria que ha elegido quedarse con nosotros, que ha enfrentado a su pasado y al mío sin pestañear, que ama a mi hijo como si fuera suyo.

Y de repente, sé exactamente lo que quiero hacer.

—Ahora —digo, acercándome hasta quedar entre sus piernas colgantes—, creo que deberíamos celebrar.

—¿Celebrar? —repite, sus ojos brillando con anticipación—. ¿Y cómo sugieres que lo hagamos, vaquero?

En lugar de responder con palabras, elimino la distancia entre nosotros y capturo sus labios con los míos. El beso es diferente a cualquiera que hayamos compartido antes. No hay desesperación, no hay urgencia nacida del miedo a perder. Solo pasión, promesa y la certeza absoluta de que este es solo el primero de muchos, muchos más.

Cuando nos separamos, ambos sin aliento, apoyo mi frente contra la suya.

—Te quiero, Sarah —murmuro, las palabras fluyendo fácilmente ahora que todas las barreras han caído—. Te quiero más de lo que creí posible.

—Y yo te quiero a ti, Jake Wheeler —responde, sus manos acunando mi rostro—. A ti y a todo lo que viene contigo.

En sus ojos veo un futuro que nunca me atreví a imaginar. Un futuro con amor, con familia, con la clase de felicidad que creí que no estaba destinada para mí.

Y mientras la levanto en mis brazos, sus piernas envolviéndose automáticamente alrededor de mi cintura, sé con absoluta certeza que ese futuro comienza esta noche.

CAPÍTULO 29

JAKE

La llevo en brazos por las escaleras, su cuerpo ligero contra mi pecho, sus brazos alrededor de mi cuello. El silencio entre nosotros está cargado de anticipación, de promesas no pronunciadas, de deseo contenido durante demasiado tiempo.

Cuando llegamos a mi habitación —nuestra habitación ahora, me corrijo mentalmente con fascinación— la bajo lentamente, permitiendo que su cuerpo se deslice contra el mío. Cada punto de contacto envía descargas eléctricas a través de mi piel. Sarah me mira con esos ojos azules imposibles, ahora oscurecidos por el deseo, y siento que podría ahogarme en ellos.

—Jake —susurra, y mi nombre en sus labios suena como una oración.

—Sarah —respondo, mi voz más ronca de lo que esperaba—. Me muero por ti.

En respuesta, toma mi rostro entre sus manos y me atrae hacia ella para un beso apasionado. Sus labios son suaves pero exigentes, su lengua explorando mi boca con una urgencia que enciende un fuego en mis entrañas. Mis manos encuentran su cintura, acercándola más, eliminando cualquier espacio entre nosotros.

—Necesito sentirte —murmura contra mis labios cuando finalmente nos separamos para respirar.

La miro a los ojos, buscando cualquier señal de duda, de vacilación. No encuentro ninguna. Solo veo deseo, confianza y algo más profundo, más permanente. Amor. Real, innegable, abrumador.

—Te he deseado desde el primer momento que te vi —confieso, las palabras saliendo sin filtro—. Incluso cuando intentaba convencerme de que eras todo lo que no quería.

Sarah sonríe, una sonrisa que ilumina su rostro y hace que mi corazón se salte un latido.

—¿Incluso cuando me llamabas «princesa de ciudad»? —pregunta, con un brillo travieso en sus ojos.

—Especialmente entonces —admito, mis manos deslizándose por su espalda, atrayéndola más cerca—. Era más fácil fingir que te detestaba que admitir lo mucho que me atraías.

Sus dedos juegan con los botones de mi camisa, desabrochándolos uno a uno con una lentitud deliberada que me vuelve loco.

—Siempre he sabido que bajo toda esa hostilidad había algo más —dice, sus ojos siguiendo el movimiento de sus dedos mientras expone mi pecho—. La forma en que me mirabas a veces...

Trago saliva cuando sus manos finalmente tocan mi piel desnuda. Sus dedos son frescos contra mi calor, explorando, aprendiendo, trazando cada músculo, cada cicatriz, cada imperfección. Me siento expuesto, no solo físicamente sino en un nivel más profundo, más vulnerable.

—¿Cómo te miraba? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

Sarah levanta la vista, y la intensidad en sus ojos me deja sin aliento.

—Como si quisieras devorarme —responde, sus dedos trazando un camino descendente por mi abdomen—. Como si quisieras poseerme.

Sus palabras provocan una oleada de calor que recorre mi cuerpo. Porque tiene razón. Así es exactamente como la he mirado, cómo la miro ahora. Como un hombre muriendo de sed ante un oasis.

Con un movimiento rápido, le quito la camisa por la cabeza, ansioso por sentir más de ella, por ver más. El sujetador de encaje que lleva es de un azul profundo que hace que su piel parezca crema, que sus ojos brillen como zafiros. Es la cosa más hermosa que he visto en mi vida.

—Eres tan hermosa que duele mirarte —digo, las palabras saliendo directamente de mi corazón sin pasar por mi cerebro.

Un rubor delicioso tiñe sus mejillas, pero no aparta la mirada. En cambio, sus manos se mueven hacia el cierre de sus vaqueros, desabrochándolos lentamente, provocadoramente. Observo, hipnotizado, cómo se los quita, revelando unas braguitas a juego con el sujetador. El contraste entre la Sarah sofisticada que conocí primero y esta mujer sensual que se desnuda para mí hace que mi excitación alcance niveles casi dolorosos.

—Tu turno —dice, su voz suave pero firme.

Me quito la camisa y los vaqueros con movimientos rápidos, demasiado impaciente para el juego lento que ella ha iniciado. Cuando estoy solo en boxers, Sarah da un paso hacia mí, sus manos encontrando mi pecho nuevamente, sus dedos trazando patrones que hacen que mi piel arda.

—Te he imaginado así tantas veces —confiesa, sus ojos recorriendo mi cuerpo con una apreciación que me hace sentir poderoso, deseado—. Desde esa mañana en el pasillo, cuando saliste de la ducha.

El recuerdo de ese momento, de la tensión palpable entre nosotros, de cómo sus manos se apoyaron instintivamente en mi pecho desnudo, envía una nueva oleada de calor a mi entrepierna.

—Yo también —admito, mis manos encontrando sus caderas, atrayéndola más cerca—. Te he imaginado de mil formas diferentes. En mi cama, en la

ducha, en el establo...

Su risa, suave y seductora, me envuelve como una caricia.

—Vaya, vaquero —murmura, presionando su cuerpo contra el mío—. No sabía que tenías tanta imaginación.

En respuesta, la levanto nuevamente, girando para depositarla en el centro de la cama. Me coloco sobre ella, apoyado en mis brazos para no aplastarla con mi peso, y la miro a los ojos.

—Tienes que saber algo —digo, súbitamente serio—. Lo eres todo para mí. No es solo deseo, aunque Dios sabe que te deseo más de lo que he deseado a nadie. Esto es... Te amo, joder.

Sus ojos se suavizan, y una mano sube para acariciar mi mejilla.

—Yo también —responde con intensidad.

Bajo mi cabeza para besarla nuevamente, esta vez más lentamente, saboreando cada segundo, cada sensación. Mis labios trazan un camino desde su boca hasta su cuello, deteniéndome en ese punto sensible justo debajo de su oreja que descubrí en el almacén del Lone Star. Su suspiro de placer me confirma que lo recuerda tan bien como yo.

Mis manos encuentran el cierre de su sujetador, liberándola de él con ansia. Cuando sus pechos quedan expuestos, me tomo un momento para admirarla, para grabar esta imagen en mi memoria.

—Eres pura perfección —murmuro, antes de inclinarme para tomar uno de sus pezones en mi boca.

Sarah arquea la espalda, un gemido escapando de sus labios. Sus manos se enredan en mi pelo, manteniéndome cerca mientras mi lengua y mis dientes juegan con el sensible botón. Alterno entre ambos pechos, determinado a no dejar ninguno desatendido, a aprender exactamente qué la hace gemir, qué la hace suspirar mi nombre.

Mis manos continúan su exploración, descendiendo por su vientre plano hasta el borde de sus braguitas. La miro, buscando permiso, y ella asiente, sus ojos brillantes de deseo. Lentamente, deslizo la prenda por sus piernas, revelando finalmente toda su belleza.

—Eres tan hermosa —repito, incapaz de encontrar palabras más elocuentes para expresar lo que siento al verla así, desnuda, vulnerable, perfecta.

—Tú también —responde, sus ojos recorriendo mi cuerpo con una apreciación que hace que mi piel arda—. Quiero sentirte, Jake. Todo de ti.

Sus palabras desatan algo primitivo dentro de mí. Con movimientos rápidos, me quito los boxers, liberando mi erección. Los ojos de Sarah se oscurecen aún más al verme completamente desnudo, y hay una apreciación en su mirada que alimenta mi ego de una manera que nunca había experimentado.

Vuelvo a colocarme sobre ella, esta vez sin barreras entre nosotros. La sensación de su piel desnuda contra la mía es electrizante, adictiva. Nuestros cuerpos parecen reconocerse, encajar perfectamente, como piezas de un rompecabezas diseñadas para estar juntas.

—Te quiero, Sarah —digo, mi voz ronca por la emoción y el deseo—. Te quiero con todo mi corazón.

—Yo también te quiero, Jake —responde, sus manos trazando patrones en mi espalda—. Para siempre.

Nuestros labios se encuentran nuevamente, el beso más profundo, más intenso que los anteriores. Mientras nuestras lenguas danzan, mis manos exploran su cuerpo, aprendiendo cada curva, cada valle, cada punto que la hace suspirar de placer.

Cuando mis dedos encuentran su centro, descubro que está tan lista para mí como yo para ella. Deslizo un dedo en su interior, maravillándome ante su calor, su humedad. Sarah gime contra mis labios, sus caderas moviéndose instintivamente para profundizar el contacto.

—Jake —jadea cuando añado un segundo dedo, estableciendo un ritmo lento pero firme—. Por favor...

—¿Por favor qué, princesa? —pregunto, mi voz un gruñido bajo mientras mis dedos continúan su exploración—. Dime lo que quieres.

—A ti —responde sin dudar—. Te quiero a ti. Dentro de mí. Ahora.

Sus palabras son como gasolina en el fuego que arde dentro de mí. Retiro mis dedos, posicionándome entre sus piernas. La punta de mi erección roza su entrada, y ambos gemimos ante el contacto.

—Mírame —pido, necesitando ver sus ojos cuando nos unamos.

Sarah obedece, su mirada fija en la mía mientras lentamente, inexorablemente, me hundo en ella. La sensación es indescriptible, como volver a casa después de un largo viaje, como encontrar algo que no sabías que habías perdido. Cuando estoy completamente dentro, me detengo, dándonos a ambos un momento para ajustarnos, para saborear esta conexión.

—Te sientes... —comienza, pero las palabras parecen fallarle.

—Lo sé —respondo, entendiendo perfectamente lo que intenta decir—. Tú también.

Comienzo a moverme, estableciendo un ritmo lento al principio, saboreando cada sensación, cada expresión que cruza su rostro. Sus manos se aferran a mis hombros, sus uñas dejando medias lunas en mi piel que llevaré con orgullo mañana.

Gradualmente, nuestros movimientos se vuelven más urgentes, más desesperados. Sarah envuelve sus piernas alrededor de mi cintura,

permitiéndome llegar más profundo, y el cambio de ángulo arranca un gemido de ambos.

—Jake —jadea, sus ojos nunca dejando los míos—. Estoy cerca...

—Yo también —admito, sintiendo cómo el placer se acumula en la base de mi columna—. Juntos, Sarah. Ven conmigo.

Mis embestidas se vuelven más rápidas, más intensas, y deslizo una mano entre nuestros cuerpos para tocar ese punto que sé que la llevará al borde. Cuando mis dedos encuentran su clítoris, Sarah arquea la espalda, un grito escapando de sus labios.

La siento tensarse a mi alrededor, sus músculos internos apretándose en espasmos de placer, y es suficiente para empujarme a mi propio clímax. El orgasmo me golpea con una intensidad que me deja sin aliento, sin pensamientos, sin nada excepto la sensación de Sarah a mi alrededor, la visión de su rostro transformado por el placer, el sonido de mi nombre en sus labios.

Cuando finalmente regreso a la realidad, estoy colapsado sobre ella, nuestros cuerpos pegados por el sudor, nuestras respiraciones igualmente agitadas. Con cuidado, me retiro y me coloco a su lado, atrayéndola hacia mí para que su cabeza descanse sobre mi pecho.

—Eso fue... —comienza, su voz aún temblorosa.

—Increíble —completo, besando su frente—. Perfecto. Como tú.

Sarah ríe suavemente, el sonido vibrando contra mi piel.

—No soy perfecta, Jake —dice, trazando patrones perezosos en mi pecho —. Tengo defectos, inseguridades, días malos...

—Perfecta para mí —aclaro, apretándola más contra mi costado—. Con todos tus defectos, tus inseguridades y tus días malos. Todo lo que eres, todo lo que serás... es exactamente lo que quiero. Lo que necesito.

Levanta la cabeza para mirarme, y hay tanta emoción en sus ojos que siento mi corazón expandirse en mi pecho.

—¿Quién iba a decir que el gruñón capataz de Sweet Valley sería tan romántico? —bromea, pero puedo ver que mis palabras la han conmovido.

—Solo contigo —respondo con honestidad—. Solo tú sacas este lado de mí.

Nos quedamos en silencio por un momento, disfrutando de la cercanía, del calor compartido, de la intimidad que va más allá de lo físico.

—¿Sabes qué estaba pensando? —dice finalmente Sarah, su voz suave en la penumbra de la habitación.

—¿Qué? —pregunto, mis dedos jugando con un mechón de su pelo.

—En lo afortunada que soy —responde, apoyando su barbilla en mi pecho para mirarme—. De haberte encontrado. A ti y a Wyatt. De haber descubierto

lo que realmente importa antes de que fuera demasiado tarde.

Sus palabras hacen que algo se contraiga en mi pecho, una emoción tan intensa que casi duele.

—Yo soy el afortunado —digo, mi voz ronca por la emoción—. Tú has traído luz a nuestras vidas, Sarah. A la mía y a la de Wyatt. Nos has mostrado que es posible volver a ser una familia.

—Lo somos —afirma con una certeza que me deja sin aliento—. Una familia. Tal vez no convencional, tal vez no lo que cualquiera de nosotros esperaba, pero real. Nuestra.

Nuestra familia. Las palabras resuenan en mi mente, en mi corazón, llenando espacios que no sabía que estaban vacíos.

—Te quiero —digo nuevamente, porque nunca me cansaré de decirlo, ahora que finalmente puedo—. Y quiero pasar el resto de mi vida demostrándotelo.

Sarah sonríe, una sonrisa que contiene todas las promesas que necesito.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —responde, inclinándose para besarme suavemente—. Y no pienso ir a ninguna parte.

La atraigo hacia mí para otro beso, este más profundo, más exigente. Siento cómo el deseo comienza a renacer, cómo mi cuerpo responde a su cercanía, a su calor.

—¿Lista para la segunda ronda, princesa? —pregunto contra sus labios, mis manos ya comenzando a explorar nuevamente su cuerpo.

Su risa, baja y seductora, envía escalofríos por mi columna.

—Siempre lista para ti, vaquero —responde, sus ojos brillando con promesas de placer por venir—. Siempre.

Y mientras vuelvo a perderme en ella, en su calor, en su pasión, sé con absoluta certeza que he encontrado mi hogar. No en un lugar, no en un rancho o una casa, sino en esta mujer. En Sarah Hayes, la princesa de ciudad que resultó ser exactamente lo que este vaquero necesitaba.

Mi compañera. Mi amor. Mi futuro.

CAPÍTULO 30

SARAH

El sol de la tarde baña el rancho en un resplandor dorado, convirtiendo los pastos en un mar ondulante de ámbar y los establos en estructuras de cuento de hadas. Desde el porche de la casa principal, observo la escena que se desarrolla frente a mí: Emma y Wyatt persiguiéndose entre risas, Kate organizando la mesa para la barbacoa, y Jake, mi Jake, encendiendo la parrilla con esa concentración intensa que pone en todo lo que hace.

Seis meses. Han pasado seis meses desde aquella noche en que nuestras vidas cambiaron para siempre. A veces todavía me parece un sueño, como si pudiera despertar en cualquier momento en mi apartamento de Manhattan, rodeada de lujo, pero vacía por dentro.

—Un centavo por tus pensamientos —la voz de Logan me saca de mi ensoñación.

Mi hermano se apoya en la barandilla junto a mí, ofreciéndome una cerveza que acepto con una sonrisa agradecida.

—Solo estaba pensando en lo mucho que ha cambiado todo —respondo, dando un sorbo a la bebida fría—. En lo mucho que hemos cambiado nosotros.

Logan asiente, su mirada siguiendo la mía hasta posarse en Kate, que ahora ríe por algo que Jake le ha dicho.

—Si alguien me hubiera dicho hace un año que terminaría viviendo en un rancho en medio de Texas, enamorado de una ranchera testaruda y feliz de levantarme al amanecer para revisar cercas... —deja la frase en el aire, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Le habrías despedido por incompetente —completo, provocando una risa en ambos.

Es cierto. El Logan de antes, obsesionado con el control y el poder corporativo, habría considerado esta vida como un fracaso. El Logan que tengo a mi lado ahora, con su camisa a cuadros y sus botas polvorientas, irradia una paz que nunca había visto en él.

—¿Recuerdas cuando papá decía que nunca encontraríamos la felicidad hasta que aprendiéramos a dejar de buscarla? —pregunta, su voz suavizándose al mencionar a nuestro padre.

—Lo recuerdo —respondo, sintiendo un nudo en la garganta—. Siempre pensé que era uno de esos consejos paternos sin sentido.

—Y resulta que tenía razón —Logan sonríe, levantando su cerveza en un brindis silencioso—. La encontramos cuando dejamos de perseguirla. En el último lugar donde habríamos pensado buscar.

Sweet Valley. Este pequeño punto en el mapa que ha cambiado todo. Que nos ha cambiado a nosotros.

—A veces me pregunto qué pensaría papá si nos viera ahora —digo, mirando mi anillo de compromiso, un sencillo solitario que Jake me dio hace apenas un mes, arrodillado en el mismo lugar de casa donde nos confesamos nuestros sentimientos—. Su hija, la influencer de Manhattan, convertida en una orgullosa madre y futura esposa de un capataz de rancho.

—Estaría orgulloso —responde Logan con certeza—. De ambos. Por encontrar lo que realmente importa.

Observo a Jake, que ahora está enseñando a Emma cómo dar la vuelta a las hamburguesas perfectamente. Su rostro, antes tan serio y cerrado, ahora se ilumina con sonrisas frecuentes. El hombre que conocí, desconfiado y herido, ha florecido en alguien que no teme mostrar su amor, su vulnerabilidad.

Y yo también he cambiado. La Sarah que llegó a Sweet Valley, con sus zapatos de diseñador y su vida vacía, parece una extraña ahora. He aprendido a valorar el silencio del amanecer, la satisfacción de un trabajo físico bien hecho, la alegría de ver crecer a un niño que ha robado mi corazón por completo.

Mi trabajo sigue ahí, redefinido pero presente. Los viajes trimestrales a Nueva York para supervisar proyectos me mantienen conectada con esa parte de mí, pero ya no es lo que me define. Ya no necesito filtros ni poses estudiadas para sentirme válida.

—¡Mamá! ¡Mamá! —la voz de Wyatt interrumpe mis pensamientos, y mi corazón da un vuelco como cada vez que me llama así.

Lo veo correr hacia mí, sus pequeñas piernas moviéndose a toda velocidad, su rostro iluminado con esa sonrisa que derretiría el corazón más duro. Desde que firmamos los papeles de adopción hace dos meses, ha estado practicando la palabra, saboreándola, como si quisiera compensar todo el tiempo que no pudo usarla.

Me agacho para recibirlo, y él se lanza a mis brazos con la confianza absoluta que solo los niños pueden tener. Lo levanto, maravillándome por milésima vez de cómo este pequeño ser se ha convertido en el centro de mi universo.

—¡Papá dice que las hamburguesas están casi listas! —anuncia, sus bracitos rodeando mi cuello—. ¡Y tía Emma me ha enseñado a hacer aviones de papel que vuelan de verdad!

—¿En serio? —respondo con entusiasmo genuino—. Tendrás que enseñarme después de comer.

—¡Vale! —asiente con determinación—. ¡Te haré uno azul porque es tu color favorito!

Mi corazón se hincha de amor. Es en estos pequeños detalles, en el hecho de que Wyatt sepa mi color favorito y quiera complacerme, donde encuentro la mayor felicidad.

Jake se acerca, seguido por Kate y Emma. Hay algo en su expresión, una mezcla de orgullo y amor que me deja sin aliento.

—Parece que alguien se me ha adelantado con las noticias —dice, inclinándose para besar mi mejilla.

—Es que soy muy rápido, papá —responde Wyatt con seriedad—. Más rápido que un velociraptor.

Todos nos reímos, y la familiaridad de este momento, la naturalidad con la que todos interactuamos, me llena de una gratitud tan profunda que apenas puedo contenerla.

—Vamos a comer antes de que se enfríe todo —sugiere Kate, acercándose para alborotar el pelo de Wyatt—. Este pequeño velociraptor debe estar hambriento después de tanto correr.

—¡Estoy hambriento como un T-Rex! —confirma Wyatt, provocando otra ronda de risas.

Mientras nos dirigimos hacia la mesa, Jake rodea mi cintura con su brazo, manteniéndome cerca. Con Wyatt aún en mis brazos, formamos una unidad, un pequeño núcleo familiar que hace unos meses habría parecido imposible.

—¿Feliz? —susurra Jake en mi oído, su aliento cálido contra mi piel enviando escalofríos por mi columna.

—Más de lo que nunca creí posible —respondo con honestidad.

De repente, Logan se detiene frente a nosotros, una expresión solemne en su rostro.

—Creo que esto merece un brindis —dice, levantando su cerveza—. Por Sweet Valley, que nos dio lo que no sabíamos que estábamos buscando.

—Por Sweet Valley —repite Kate, uniéndose a nosotros con su propia bebida.

—Por la familia —añade Emma, sosteniendo su vaso de limonada—. La que nace y la que se elige.

Jake me mira, sus ojos brillantes con emoción contenida, y sé exactamente lo que está pensando. Porque yo siento lo mismo.

—Por nosotros —dice, su voz ronca por la emoción—. Por todos nosotros.

—¡Y por los dinosaurios! —añade Wyatt, levantando su vaso de zumo con tanta fuerza que casi lo derrama.

La risa estalla entre nosotros, espontánea y genuina. En un impulso, Logan extiende su brazo libre, y Kate se acerca a él. Emma se une, y de repente estamos todos juntos, un abrazo grupal improvisado con Wyatt en el centro, riendo y protestando que lo estamos aplastando, aunque su sonrisa dice lo contrario.

Y mientras permanecemos así, unidos bajo el sol de Texas, siento una certeza que nunca había experimentado antes. Esta es mi vida ahora. Estos son mi gente, mi familia, mi hogar.

No en un apartamento de lujo en Manhattan, no en portadas de revistas o en feeds de Instagram perfectamente ordenados.

Aquí. En un rancho polvoriento en Sweet Valley, Texas. Con un vaquero testarudo que me mira como si fuera el milagro más grande del mundo, un niño que me llama «mamá» con adoración en su voz, y una familia extendida que nos apoya incondicionalmente.

He encontrado mi lugar en el mundo. Y resulta que estaba a miles de kilómetros de donde pensaba que debía buscarlo.

Logan me guiña un ojo por encima de la cabeza de Kate, una comunicación silenciosa entre hermanos. Lo entiendo perfectamente. Ambos hemos recorrido el mismo camino, desde el vacío disfrazado de éxito hasta esta plenitud sencilla pero profunda.

—¿Sabes qué? —digo, apoyando mi cabeza en el hombro de Jake mientras mantengo a Wyatt seguro en mis brazos—. Creo que finalmente estoy en casa.

Y mientras nos separamos para dirigirnos a la mesa, con las risas de Wyatt y Emma llenando el aire, con la mano de Jake firmemente entrelazada con la mía, sé que es verdad.

Estoy en casa. Por fin.

EPÍLOGO

JAKE

—¿Estás seguro de que no hay nadie? —susurra Sarah, su aliento cálido contra mi cuello mientras avanzamos sigilosamente por el camino de grava.

Me recoloco la mochila que se ha movido ligeramente al inclinarme.

—Completamente —respondo, aunque no puedo evitar mirar por encima de mi hombro—. El agente inmobiliario me dio las llaves esta mañana. Nadie vendrá hasta la entrega oficial el lunes.

La luna llena ilumina el Rancho Clearwater, bañando los pastos y la casa en un resplandor plateado que le da un aire casi mágico. Mi rancho. Nuestro rancho. Todavía no puedo creer que dentro de una semana este lugar será oficialmente nuestro.

Sarah se detiene frente a la casa, su silueta recortada contra el cielo estrellado. Lleva unos vaqueros ajustados que hacen maravillas con sus curvas y una de mis camisas anudada a la cintura. Con el pelo suelto y salvaje alrededor de sus hombros, parece una visión, una fantasía hecha realidad.

—Es hermoso —dice, girándose hacia mí con una sonrisa que hace que mi corazón se acelere—. No puedo creer que vayamos a vivir aquí.

—Créelo —respondo, acercándome para rodear su cintura con mis brazos —. Tú, yo, Wyatt... nuestra familia.

Sarah se pone de puntillas para besarme, un beso dulce que rápidamente se transforma en algo más caliente, más urgente. Cuando nos separamos, sus ojos brillan con una mezcla de amor y travesura que he aprendido a reconocer.

—Entonces... —dice, jugando con los botones de mi camisa—. ¿Me vas a enseñar el dormitorio principal, futuro señor del rancho?

—Con mucho gusto, futura señora Wheeler —respondo, mi voz repentinamente ronca.

Abro la puerta principal con la llave que ahora cuelga de mi llavero junto a un pequeño dinosaurio de plástico (regalo de Wyatt para «darme suerte»). El interior está vacío, nuestros muebles aun esperando en nuestra antigua casa para la mudanza oficial, pero eso no importa ahora.

Tomo la mano de Sarah y la guío a través de la sala de estar, nuestros pasos resonando en el suelo de madera. Subimos las escaleras lentamente, saboreando la anticipación, la emoción de estar aquí, solos, en nuestro futuro hogar.

—Aquí —digo, abriendo la puerta del dormitorio principal—. ¿Qué te parece?

Sarah entra, girando lentamente para tomar todo el espacio. La habitación es grande, con ventanales que dan al oeste, perfectos para ver la puesta de sol desde la cama. La luz de la luna se filtra a través de ellos, creando patrones plateados en el suelo.

—Es perfecto —dice finalmente, volviéndose hacia mí con una sonrisa que me quita el aliento—. Aunque falta algo esencial.

—¿Qué? —pregunto, aunque su mirada traviesa me da una buena idea de lo que está pensando.

—Una cama —responde, desabrochando lentamente los botones de mi camisa que lleva puesta—. Pero supongo que tendremos que improvisar.

Mi boca se seca mientras observo cómo se deshace de la camisa, revelando un sujetador de encaje negro que contrasta deliciosamente con su piel clara. Sus dedos se mueven hacia el botón de sus vaqueros, y mi cuerpo reacciona instantáneamente.

—He traído algo —digo, sacando una manta de mi mochila—. Pensé que podríamos necesitarla.

Sarah ríe, un sonido bajo y seductor que envía escalofríos por mi columna.

—Siempre tan preparado, vaquero —murmura, acercándose para ayudarme a extender la manta en el suelo—. Me pregunto qué más traes en esa mochila.

En respuesta, saco una botella de champán y dos vasos de plástico.

—Hay que celebrar como es debido —digo, guiñándole un ojo.

—Vaya, vaya —sonríe, arrodillándose en la manta—. Jake Wheeler, eres todo un romántico.

Abro el champán, llenando los vasos improvisados. Sarah acepta el suyo, sus ojos nunca dejando los míos mientras bebemos.

—Por nuestro hogar —brinda, la luz de la luna reflejándose en sus ojos.

—Por nosotros —respondo, inclinándome para besarla.

El beso es lento, profundo, cargado de promesas. Dejo mi vaso a un lado para poder usar ambas manos, una encontrando su camino hasta su nuca, la otra deslizándose por su espalda. Sarah suspira contra mis labios, su cuerpo moldeándose al mío con esa perfección que nunca deja de asombrarme.

Con movimientos deliberadamente lentos, la recuesto sobre la manta, admirando cómo la luz plateada juega sobre su piel. Es la cosa más hermosa que he visto jamás, y aún no puedo creer que sea mía.

—¿En qué piensas? —pregunta, sus dedos trazando patrones en mi pecho.

—En lo afortunado que soy —respondo con honestidad—. En que nunca pensé que tendría esto. Una mujer que amo, un hijo feliz, un hogar propio.

Sus ojos se suavizan, y una mano sube para acariciar mi mejilla.

—Yo soy la afortunada —dice suavemente—. Tú me salvaste, Jake. Me mostraste lo que realmente importa.

Capturo sus labios nuevamente, incapaz de expresar con palabras lo que siento. Mis manos exploran su cuerpo, deshaciéndose de cada prenda con reverencia, como si estuviera desenvolviendo el regalo más preciado.

Cuando finalmente está desnuda bajo la luz de la luna, me detengo para admirarla. Las sombras y luces juegan sobre sus curvas, creando un cuadro que ningún artista podría capturar.

—¿Vas a quedarte mirando toda la noche? —bromea, aunque puedo ver el rubor que tiñe sus mejillas—. Porque empieza a hacer frío.

—Entonces tendré que calentarte —respondo, quitándome la camisa y los vaqueros con movimientos rápidos.

Me coloco sobre ella, apoyado en mis brazos para no aplastarla con mi peso. Nuestros cuerpos se reconocen, encajan perfectamente, como si hubieran sido diseñados el uno para el otro. Cuando mis labios encuentran su cuello, Sarah suspira, sus manos aferrándose a mis hombros.

—Jake —gime cuando mis dientes rozan ese punto sensible justo debajo de su oreja—. Te necesito.

Sus palabras encienden un fuego en mi interior. Mis labios trazan un camino descendente, deteniéndome para rendir homenaje a cada centímetro de su piel. Cuando llego a sus pechos, me tomo mi tiempo, saboreando, adorando, aprendiendo una vez más qué la hace gemir, qué la hace suspirar mi nombre.

Las manos de Sarah no están quietas. Exploran mi espalda, mis hombros, descienden para apretar mi trasero, instándome a un contacto más cercano. Cuando sus dedos encuentran mi erección, un gruñido escapa de mi garganta.

—Impaciente, ¿eh? —murmuro contra su piel.

—Solo contigo —responde, su voz entrecortada mientras sus dedos se cierran alrededor de mí—. Siempre contigo.

No puedo esperar más. Con un movimiento fluido, me coloco entre sus piernas. Nuestras miradas se encuentran mientras lentamente me hundo en ella. La sensación es abrumadora, perfecta, como volver a casa.

—Te quiero —digo, las palabras saliendo sin filtro—. Dios, cómo te quiero.

—Yo también te quiero —responde, sus piernas envolviéndose alrededor de mi cintura, atrayéndome más profundamente—. Ahora, muévete.

Obedezco, estableciendo un ritmo lento al principio, saboreando cada sensación, cada expresión que cruza su rostro. Pero pronto, la necesidad se

vuelve demasiado intensa. Nuestros movimientos se aceleran, se vuelven más urgentes, más desesperados.

La habitación se llena con el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, de piel contra piel, de palabras de amor y deseo susurradas en la oscuridad.

—Jake —jadea, sus ojos nunca dejando los míos—. Estoy cerca.

—Yo también —admito, sintiendo cómo el placer se acumula en la base de mi columna—. Juntos, Sarah. Siempre juntos.

Deslizo una mano entre nuestros cuerpos para tocar ese punto que sé que la llevará al borde. Cuando mis dedos encuentran su clítoris, Sarah grita mi nombre, su cuerpo tensándose bajo el mío.

La sensación de sus músculos internos apretándose a mi alrededor es suficiente para empujarme a mi propio clímax. El orgasmo me golpea con una intensidad que me deja sin aliento, sin pensamientos, sin nada excepto la sensación de Sarah, la visión de su rostro transformado por el placer, el conocimiento de que esto es solo el principio.

Cuando finalmente recupero el aliento, me coloco a su lado, atrayéndola hacia mí. Sarah se acurruca contra mi costado, su cabeza encontrando su lugar en mi hombro, como si siempre hubiera pertenecido allí.

—Creo que hemos estrenado la habitación adecuadamente —murmura, trazando patrones perezosos en mi pecho.

Río, besando la parte superior de su cabeza.

—Definitivamente. Aunque tendremos que estrenar cada habitación de la casa, ¿sabes? Es tradición.

Sarah levanta la cabeza, una sonrisa traviesa curvando sus labios.

—¿Es eso un hecho, señor Wheeler? —pregunta, arqueando una ceja—. ¿Y cuántas habitaciones tiene exactamente nuestro rancho?

—Ocho —respondo, mis manos ya comenzando a explorar nuevamente su cuerpo—. Sin contar el establo, el granero, el cobertizo...

Su risa, baja y seductora, envía escalofríos por mi columna.

—Vamos a estar muy ocupados —dice, inclinándose para besarme.

—Tenemos toda la vida —respondo contra sus labios.

Y mientras nos perdemos nuevamente el uno en el otro, bajo el techo de lo que pronto será oficialmente nuestro hogar, sé con absoluta certeza que no cambiaría este momento, esta vida, por nada en el mundo.

Porque aquí, con Sarah en mis brazos, finalmente he encontrado mi lugar. Mi propósito. Mi felicidad.

Y es solo el comienzo.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUI

¿QUIERES CONOCER AL JEFE MÁS SEXY DE NUEVA YORK?

¿Qué haces cuando tu jefe, que aparentemente te odia, se ofrece a fingir ser tu novio en la boda de tu hermana?

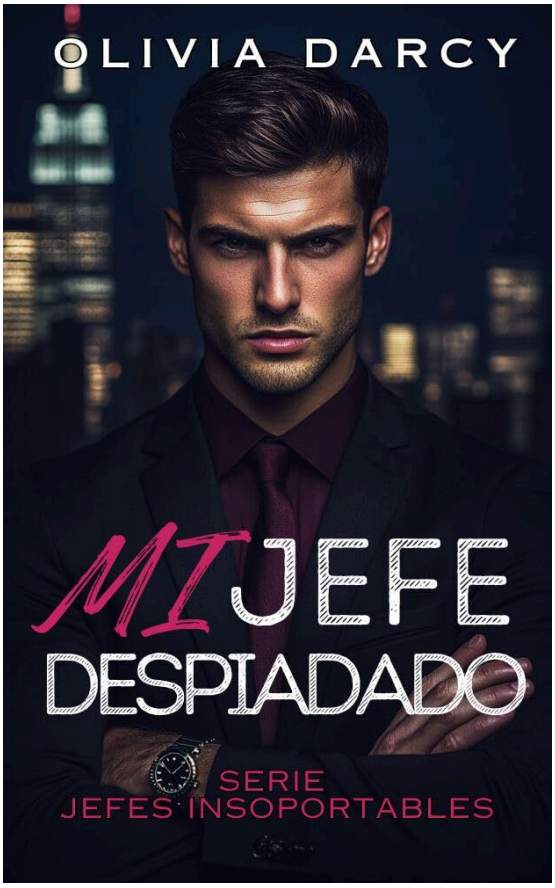
La primera vez que vi a **Callum Whitaker** supe que sería mi perdición. Arrogante, despiadado y malditamente sexy, el hermano mayor de mi mejor amiga me trata como si me odiara. Y ahora, tras perderlo todo en España, me he convertido en su asistente personal. Maldita ironía.

Lucía Vidal lleva dos años protagonizando todas mis fantasías. Ahora la tengo donde siempre he querido: en mi empresa, bajo mis órdenes. Pero cuando menciona que necesita un acompañante para una boda en España, algo dentro de mí se rompe. Nadie más va a tocarla.

Una semana fingiendo ser pareja. Un juego peligroso donde las reglas están hechas para romperse y el deseo amenaza con consumirlos a ambos.

«Mi jefe despiadado» es el primer libro de la serie Jefes Insoportables, donde los hombres más poderosos de Manhattan se encuentran tras las puertas del exclusivo club El Círculo. Una historia independiente con final feliz garantizado.

CONSÍGUELO AQUÍ



SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.
Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy
Página web: https://oliviadarcyautora.com/